

Alonso Quesada

Insulario

Alonso Quesada

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

23

INSULARIO

Edición de Lázaro Santana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Alonso Quesada

INSULARIO

[Versos y Prosas]

Islas Canarias
1988

© Para el texto **Lázaro Santana de la Nuez**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes
del Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-7695-4

Depósito Legal: M. 21.610-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	13
Primeras ediciones de libros de Alonso Quesada	27
Bibliografía	29
 De	
EL LINO DE LOS SUEÑOS	31
La Oración de todos los días	33
Oración matinal	35
Oración vespéral	36
Oración de media noche	37
Ericka	38
Un recuerdo infantil	39
Elegía al canario	40
Canto a Jesús de Narareth	41
El poeta llama a la muerte	42
El último dolor	43
El domingo	44
Un tenedor de libros	45
El balance	46
El sábado	47
Un concierto en la colonia	48
Miss Ford	50
La mañana de los magos	51
Alabanza de lo cotidiano	52
La eterna sombra	53
Tierras de Gran Canaria	54
Una inglesa ha muerto	55
Vuelve a ver a su amigo el mar	56
Final	57

	<u>Págs.</u>
POEMA TRUNCADO DE MADRID	59
Prólogo o inicial alegoría tumultuosa	61
Canto Primero	64
Canto Segundo	66
Oasis	68
Canto Tercero	69
Canto Cuarto	71
Refugio	73
Canto Quinto	75
Canto Sexto	77
Alegría	78
De	
LOS CAMINOS DISPERSOS	81
Caminos de paz del recuerdo	83
I	83
II	84
VI	86
XIII	88
Dolorosos caminos	88
I	88
III	90
VI	90
IX	92
XI	94
XIII	95
Intermedio elegíaco	97
Siempre	97
Caminos de ayer	99
II	99
III	99
IV	100
POEMAS NO RECOGIDOS EN LIBRO	103
<i>Noche. Ciudad iluminada</i>	105
Buen clima	106

	<u>Págs.</u>
Poema del hijo	107
Venía por la ciudad	108
De	
CRONICAS DE LA CIUDAD Y DE LA NOCHE	111
<i>Crónicas de la ciudad</i>	113
La alameda está vacía	113
Yo no leo periódicos	114
El señor chinchoso	116
No me ha invitado	117
Ese es un sinvergüenza	118
Una gran persona	120
No he sacado cigarros	121
El señor que no existe	123
Las criadas de Vegueta	124
La inquietud de los amanuenses	127
La careta desdeñada	129
El domingo en Vegueta	130
El sol en Vegueta	132
La caricatura	133
La inseguridad del isleño	135
El isleño se aburre emancipado	136
<i>Crónicas de la noche</i>	138
Civilización	138
En el tinglado amanece	140
El farol de los escombros	141
Nieve en la cumbre	142
Los novios de noche	144
Un niño ha muerto	145
Un niño llora	146
Nos mudamos	147
Los emigrantes en la noche	149
Un entierro en la madrugada	150
La casa del risco	151
Beethoven en la noche	152

	<u>Págs.</u>
De	
MEMORANDA	155
El avión se fue	157
Uno solo	158
Nuevo silencio	159
Todos menos uno	160
Lluvia política	162
Un marinero	163
El cielito infernal	164
Piñata	166
Nada	167
Frío	168
Sol	169
Acabase la luz y la luz	170
La tristeza del hongo	171
Un japonés bebido	173
El señorito anuncia el verano	174
Los biombos ambulantes	175
Porque desaparece el laurel	176
Las hojas de rosa	178
El recuerdo oloroso	179
De	
INSULARIO	181
Regionalismo al fin	183
Un germano y su Kan	186
Como se dibujaba la paz aquí	188
El reloj alemán de la ínsula	191
Llega la inglesa bonita	195
No saben lo que ganan	197
Shylock sentimental	200
La dama del mar	204
En el cielo de Budha	206
Los hongos del Japón	210
Un gobierno español visto a través del Atlántico	214

	<u>Págs.</u>
La imaginación del viajante	218
Los nuevos ricos	222
La despedida de Rosario Pino	226
Se ha perdido un monóculo	230
Piel de Rusia	234
Una historia breve	237
La pelota mágica	241
El baile del pastor	244
Humorada profiláctica	248
De	
SMOKING-ROOM	253
Las dos mujeres de Mr. Talbot	255
Como se muere un inglés colonial	265
El breve cuento de una novela	268
Los suicidios de Perkins	272
La salud de Federico Gillmann	280
La pierna de palo	286
La agonía de Mr. Carlson	294
LAS INQUIETUDES DEL HALL	305
I	307
II	318
III	323
IV	328
V	333
VI	337
VII	347
VIII	351
IX	357
X	361

INTRODUCCION

Alonso Quesada (seudónimo de Rafael Romero Quesada) nació en Las Palmas de Gran Canaria el 5 de diciembre de 1886. Fue el cuarto —y único varón— de los cinco hijos habidos en el matrimonio compuesto por José Romero Castro y Dolores Quesada Afonso. El era oriundo de Tacoronte y ella de Las Palmas. Quesada cursó estudios en el colegio de San Agustín; fueron condiscípulos suyos Tomás Morales, Néstor, Luis Benítez Inglott, etc.

En febrero de 1903, Quesada ingresó como voluntario en el Regimiento de Infantería de Las Palmas; su padre era el Comandante Mayor de ese Regimiento. En 1905, las obligaciones militares del Comandante Romero lo llevaron a Alcoy; la familia residió un breve tiempo en esa ciudad; en 1906 regresaron a Las Palmas y poco después (abril, 1907) moría el padre. Este acontecimiento supuso para Quesada la cancelación de todos sus proyectos de estudios y la necesidad de dedicarse a realizar algún trabajo que le permitiera atender las obligaciones familiares. El primer puesto que desempeñó Quesada se lo proporcionó un funcionario del Banco de España. En 1909 ó 1910 comenzó a trabajar para la casa Elder Dempster Canary Island empezando, al mismo tiempo, su larga, fructífera y ambivalente relación con los ingleses. Salvo la aludida estancia en Alcoy y un viaje a Madrid, realizado en abril o mayo de 1918, la vida de Quesada transcurrió enteramente en su ciudad natal; su vínculo con la isla

estuvo signado por una especie de malditismo, aceptado voluntariamente, consciente acaso de que él suponía uno de los elementos fundamentales de su trabajo de escritor.

La primera actividad literaria de Romero se encauzó hacia el periodismo y el teatro. Perteneció a la redacción de diversos periódicos locales; unos juveniles, «El Gran Galeoto» (1904), bisemanario «satírico bilioso»; otros de mayor trascendencia en la vida cultural de la ciudad, «Ecos», que dirigió en 1916. En «Florilegio», «El Tribuno» «La Ciudad» aparecieron, con anterioridad a 1915, numerosas colaboraciones suyas, tanto en verso como en prosa. Eran colaboraciones de carácter festivo y satírico en las que se burlaba, con ferocidad no exenta de gracia, de algunos tipos ciudadanos (el frecuentador de casinos, el comerciante maleducado, etc.), trabajos que prefiguran el tono de sus *crónicas* posteriores. También ridiculiza los tics literarios adoptados por algunos poetas modernistas que habían degradado a estereotipos colindantes con el ridículo el código de libertad expresiva introducido en el lenguaje poético español por poetas como José Martí o Rubén Darío. Una muestra de esa obra de ingenio la recogió Quesada en tres opúsculos publicados en 1907: *Hipos, ¡Bardo!* y 7; los dos segundos (de carácter teatral) fueron escritos en colaboración con Federico Cuyás, uno de sus condiscípulos en el colegio de San Agustín. Quesada se arrepintió muy pronto de la publicación de esos libritos y procuró destruir cuantos ejemplares encontraba de ellos.

En 1915 Quesada publica su primer libro importante: *El lino de los sueños*; los poemas que lo integran los había redactado a partir de 1912. En ellos utiliza un lenguaje llano y directo, de expresión casi coloquial, formalmente conducido por un endecasílabo blanco de ascendencia inglesa. Los temas de las composiciones están sugeridos por las propias vivencias del poeta, por las premoniciones y sentimientos íntimos (enfermedad, muerte, tristeza) y por la observación directa de cuanto le rodea (el mar, el

campo, los compañeros de oficina). Quesada retiene de su existencia, y de la que transcurre próxima a él, el suceso mínimo, la anécdota intrascendente, la reflexión común. Parte de esa rutina cotidiana configura el sentimiento de la soledad, del aislamiento.

El aislamiento que glosa Quesada en *El lino de los sueños* traduce un condicionante impuesto al autor por los medios físicos; lo que atormenta a éste es la lejanía, vivir en una tierra que «tiene el mayor mar como camino» de acceso; su frustración y la de su «aislado hogar» radica en no poder convertir en realidad sus «ansias de otros lares». Pero el mar no es sólo una llanura solitaria, aisladora; es también un camarada que dispensa la salud.

La poesía de *El lino de los sueños* fue definida por Unamuno como poesía «seca», «árida», «enjuta», «pelada»; el juicio no tiene la perspicacia que otros de Unamuno sobre el libro. Unamuno confunde la índole del sujeto del poema con el poema en particular. Y lo que aquí es aplicable a la materia que constituye la poesía —los montes de fuego, por ejemplo— no es válido para caracterizar la forma estética que asume la expresión. Unamuno quería aclarar que la poesía de *El lino de los sueños* no era poesía modernista, pues él tenía como modernista a una poesía musical y colorista, vacía de contenido —todo lo contrario, en efecto, a como era la de Quesada. Pero también Quesada era modernista, en otro sentido: aquél que acogía el intimismo, la reflexión y la ironía como parte fundamental de su expresión.

La ironía es, desde luego, uno de los elementos más originales y característicos del libro de Quesada y tiene ahí un doble sentido: de juego y de crítica: es una lúdica manipulación de la realidad y también su crítica. Esta doble vertiente se advierte en los poemas escritos sobre su experiencia con los ingleses de la colonia, junto a los cuales trabajaba.

El libro siguiente de Quesada, *Crónicas de la ciudad y de la noche*, apareció en 1919. En él recoge su autor una selección del abundante trabajo periodístico publicado en «Ecos». Quesada no firmó nunca esos trabajos con su seudónimo habitual; utilizó para ello otros distintos: Gil, Cardenio, Felipe Centeno, Máximo Manso, Galindo, Hilario Montes, etc., algunos de los cuales corresponden a nombres de personajes que aparecen en las novelas de Benito Pérez Galdós, autor por el que Quesada sintió siempre una viva admiración.

Quesada define su trabajo en las crónicas como unas «reflexiones ligeras de la vida ciudadana». Sin embargo, esos apuntes tienen una entidad mayor de la que su autor pareció darle. En las *crónicas* Quesada refleja la idiosincrasia de sus paisanos, respecto a los cuales él se siente como observador no implicado en los sucesos. Puede, así, hablar de «nuestros amigos insulares» como si él fuera ajeno al círculo de la insularidad. En esta objetivación de las crónicas es rasgo relevante el distanciamiento que impone el humor; esos breves textos no pretenden ser un retrato fiel del sujeto, sino una caricatura que refleja distorsionados sus rasgos esenciales. Como toda intención caricaturesca, la fidelidad al modelo es cierta de manera relativa y, casi siempre, unilateral. Quesada advierte esa restricción y no pretende generalizar la validez de sus observaciones. Su propósito es crear un «tipo», inexistente como tal, pero cuyo rasgo más visible aparece con frecuencia entre los insulares. El «molimiento» físico a que alude Quesada traduce, como él explica, un molimiento, un cansancio del espíritu. Pero en la realidad, esa dejación del ímpetu y de la iniciativa se produce alternada con momentos de agresividad; sólo que el autor no registra la segunda característica.

Las *crónicas*, que dedica Quesada a glosar la noche y las actividades que se suceden en su transcurso, tienen, como oposición a sus reflexiones ciudadanas, un carácter más sentimental y poético. La agresividad y la ironía que

caracteriza a las primeras ceden ante un tono lírico, ligeramente nostálgico, que parece traducir un especial entrañamiento del autor con la circunstancia que informa su escritura. Una de las más hermosas de esas páginas alude al entierro, en la alta madrugada, de una muchacha; la ceremonia se realiza en silencio, sin acompañamientos ni cantos de sacerdotes. La soledad y el despojamiento de la escena debieron impresionarle profundamente, pues vuelve a recrear el tema en una composición de *Los caminos dispersos*; en ella, el poeta sigue al solitario féretro «como otra sombra blanca»

Las *crónicas* constituyen unos deliberados ejercicios de literatura costumbrista; no en el sentido peyorativo que usualmente conlleva el término, sino en el de la localización geográfica estricta: los tipos que Quesada observa son seres intransferibles fuera de los límites de la isla. De ahí que las *crónicas*, con las salvedades aplicadas a toda creación literaria, sean también un documento sociológico útil para conocer los modos de vida en la isla a comienzos de siglo.

El protagonista único de las *crónicas* es el hombre insular; en cambio, los personajes que aparecen en los artículos dados a conocer en «La Publicidad», periódico de Barcelona donde Quesada colaboró entre 1918 y 1922 y recogidos en volumen bajo el título de *Insulario*, son en su mayoría extranjeros que, por el azar de la guerra, permanecen en Las Palmas o pasan por la ciudad con rumbo incierto: marineros alemanes cuyos barcos han quedado retenidos en el puerto en virtud de la neutralidad española; naufragos italianos u holandeses, víctimas de los submarinos alemanes; cocottas y aristócratas rusos o franceses, etcétera. Quesada da forma con tales exóticos seres a un mosaico de vida bulliciosa y arbitraria.

En esos trabajos, Quesada reitera el tono irónico y poético-sentimental de las *crónicas*, aunque su aspereza crítica sea mayor. Esta aparece especialmente en los textos

que abordan temas políticos —«Un gobierno español visto a través del Atlántico», por ejemplo, en el que Quesada lanza una grave acusación respecto al desinterés del Gobierno central por Canarias, haciendo de paso una acerva parodia de los modos de vida peninsulares—.

Insulario contiene algunas de las más penetrantes observaciones de Quesada acerca de la paz y de la violencia desarrolladas en el seno de una sociedad utilitaria, desprovista, según la observa Quesada, de cualquier tensión cultural. Una prosa ágil y flexible, con imaginaciones insólitas, sirve de vehículo a sus historias y reflexiones donde la ironía pone de relieve la implícita lección moral que subyace en muchas de ellas.

Smoking-Room y *Las inquietudes del Hall*, cuyos protagonistas son los ingleses de la colonia, completan su visión de la sociedad insular de la época. Ambos libros quedaron inéditos a la muerte de Quesada y sólo fueron publicados en 1972 y 1975, respectivamente.

Esos libros reflejan la compleja atracción-repulsión que sintió Quesada por los ingleses y por la cultura británica, en general. Un sentimiento de admiración hacia los modos de comportamiento británicos —su mesura, su reticencia, su silencio (que él solía oponer al bullicio estrepitoso de lo español), su saber estar— y otro de repulsa hacia su carácter excesivamente pragmático, duro, frío, groseramente apegado a la realidad del tiempo y del dinero.

Los ingleses de Quesada tienen, por otra parte, una notable falta de interés por todo lo exterior a ellos mismos. En tal sentido, sus relatos se insertan en la línea crítica que representan los de Evelyn Waugh y Roland Firbank, cuyos personajes, según opina Frederik Karl, «no existen más que para sí mismos».

Dentro de ese tipo general de inglés, Quesada distingue dos subtipos diferentes: el primero, cuya profesión se relaciona con el comercio, está encarnado por un ser

inflexible: explota a sus subordinados y convierte su propia vida en autoexplotación. Es a esa especie a la que el autor hace objeto de su más ácida ironía; su presencia en la narración se acompaña de tonos negativos y grotescos. El segundo subtipo es un inglés más simpático; un inglés que hasta cierto punto ha roto con el rígido control de su casta y obra con entera libertad, conservando, no obstante, una actitud ática, elegante, hecha de reserva y confianza frente a sus semejantes; su extravagancia podrá llevarle en ocasiones al ridículo, pero se tratará en todo caso de un ridículo congruente, humano, opuesto a la desalmada frialdad de Mr. Talbot o Mr. Carlson. Al margen de estos dos tipos, o entre uno y otro caso extremo, existe una masa de ingleses amorfa, sin relieve (el matrimonio de pañeros de Manchester que lee en el Hall del hotel la misma novela en dos ejemplares distintos) que asiste imperturbable al transcurso de los sucesos.

Los cuentos de Quesada rezuman un tipo de humorismo netamente inglés. En el diálogo que precede a las narraciones de *Smoking—Room*, Mr. Wilson, uno de los británicos a quienes el autor va a leerles sus relatos, le dice: «Vd. es un humorista inglés», a lo que contesta Quesada: «Cierto. Lo soy. Es muy fácil serlo. Además me gusta. El tono inglés es bueno, y en España, más». Quesada utiliza en esas obras una ironía maliciosa, pero sanamente practicada. Las cosas desagradables hay que decirlas —como afirma el Dr. Cross— de «una manera sonriente». Quesada, por supuesto, no se burla subjetivamente de sus personajes; los deja que actúen a su arbitrio; sus propios impulsos los conducirán a las situaciones límite en que se pondrán en evidencia ellos mismos. Sirviéndose de todos los recursos de humor —distorsión de la realidad, anormalidades, etc.— el autor crea un mundo auténticamente esperpéntico. Allí hasta los objetos y lugares —un reloj, un *hall*— asumen una personalidad que, a la vez que es reflejo de la condición humana de los personajes que los utilizan, influyen en las normas de

comportamiento de éstos. Algunos rasgos de humor negro —esa increíble agonía de Mr. Carlson— rememoran páginas de un inefable Quincey.

Entre el mundo personal de Quesada y el de los ingleses que él crea, existe un punto de contacto importante: la enfermedad. Muchos de los ingleses de la colonia están tocados por la tuberculosis (su razón de estar en Canarias es que las islas se ofrecen como sanatorio natural para su dolencia). Por encima de esta ¿deliberada? coincidencia, lo realmente sugestivo de ella es que los ingleses enfermos pertenecen todos al tipo amable.

La prosa de las *crónicas* es el resultado inmediato del ejercicio de una observación directa de la realidad; la prosa de los cuentos está igualmente involucrada en esa génesis realista; pero la materia poética, la invención y el desarrollo del asunto, les da un talante diferente. La frase, por lo general, pierde su carácter reiterativo (aunque en algunos casos la reiteración se utilice como recurso irónico —al comienzo de *Las inquietudes del Hall*—) y se hace más amplia. El idioma tiene una gran economía de medios expresivos, que no parece pobreza léxica sino simple utilización funcional de un instrumento al que no se concede en apariencia una importancia extrema. En cambio, las imágenes se sobreimponen con brillantez y originalidad. La cierta dosis de absurdo y arbitrariedad que esas imágenes poseen, parece señalar una influencia de Ramón Gómez de la Serna. Sin descartar que esa influencia exista, hay que señalar que la frase que en Gómez de la Serna condensa su peculiar sentido de la poesía y del humor (la greguería), aparece como un texto cerrado, aislado, autónomo. Por el contrario, las imágenes de Quesada tienen su correspondencia en las excentricidades del relato que, a su vez, traduce la idiosincrasia de sus protagonistas ingleses.

Otro de los rasgos sugestivos de la narrativa de Quesada consiste en la presentación marcadamente visual de los

sucesos desde un punto de vista oblicuo y móvil, un procedimiento que guarda semejanza con ciertas técnicas cinematográficas. Quesada utiliza el primer plano (morosa descripción de una pierna), el *travelling* (los ojos de Jorge cuando recorren el Hall, se detienen en el cuello de Oliva y se aproxima a él), etc. Quesada fue un gran aficionado al cine y su prosa contiene analogías sugeridas por aquel nuevo medio de expresión (las enfermeras caminan silenciosamente *como en una película muda*; una colección de viejas fotografías, al darles la luz, se iluminan como un *viejito cinematógrafo infantil*).

Al mismo tiempo que redactaba los cuentos de *Smoking-Room* (entre 1918 y 1920), Quesada escribió dos obras de teatro, *La Umbría* y *Llanura*. La primera se publicó en 1922; la segunda fue estrenada en el Teatro Circo del Puerto, en Las Palmas de Gran Canaria, el 25 de octubre de 1919; no fue editada hasta 1950. En la presente selección no se incluye fragmento de ninguna de esas obras, dado lo inútil de parcelar unos trozos de diálogo o de acotaciones que no tienen sentido desgajados del contexto general de la obra. Conviene, no obstante, anotar algunas de las características de ambos títulos para que el lector tenga una idea más completa de toda la producción quesadiana.

La Umbría y *Llanura* son obras bien distintas entre sí y no sólo en extensión (los tres actos de *La Umbría* triplican la duración de los tres de *Llanura*; también lo son de intención y de alcance. La primera supone un intento ambicioso, de gran aliento literario y escénico; la segunda reduce sus propuestas a un único escenario y a un drama donde la histeria suplanta a la supuesta reencarnación.

La Umbría es una obra con dos protagonistas visibles y actuantes: la salud y la enfermedad. Una y otra marcan la frontera de dos concepciones de vida excluyentes: por una parte, la gente del pueblo: labradores, herreros, pas-

tores, gente que el autor nos presenta como poseedora de un físico pletórico de vigor; y, por otra, los componentes de la familia Linares, reclusos en la finca —La Umbría— amenazados de muerte por la tuberculosis.

Al margen del drama literal (enfermedad: división: soledad: muerte) esta opuesta dicotomía de la existencia permite intuir en el autor una intención alegórica referenciada en las dos clases sociales de la isla: el pueblo llano y un híbrido compuesto por la burguesía acomodada y por una pseudo aristocracia disminuida. El aislamiento por ambas partes es completo, sin que se advierta ninguna solución al conflicto. El intento de Salvadora —uno de los Linares— de huir de la finca junto con Horacio Guillén, un capitán de goleta que fue su novio, acabará en fracaso. Los Linares serán implacablemente consumidos por la enfermedad entre las ruinas de su orgullo y las de la mansión donde agonizan.

Los escenarios de la obra se localizan en los alrededores de Agaete y en el Puerto de Las Nieves. Durante varios años, Quesada pasó largas temporadas en aquel pueblo, alojándose en casa de Tomás Morales o en el hotel Los Berrazales, el famoso balneario de aguas medicinales, en las que precisamente buscaba alivio a su enfermedad (la misma que aquejaba a los Linares): la tuberculosis. Su predilección por estos paisajes se advierte en las bellísimas descripciones que hace de ellos en las acotaciones de la obra.

Llanura, como se ha indicado, plantea un problema de reencarnación. Los personajes se comportan con una vaga irrealidad, irrealidad que viene subrayada por el lenguaje alambicado que utilizan. Para ellos, la vida no puede ser «este sencillito suceder cotidiano»; buscan, tras la realidad visible —una muchacha náufraga rescatada de las olas— otra realidad invisible, recreada: la vuelta de la hija que se ahogó en el mar. Todo se desvela, finalmente: la náufraga es, efectivamente, una náufraga y los que habían

creído encontrar en ella a la hija perdida tienen que ceder ante la evidencia de los hechos. El carácter simbólico de la obra emparenta a *Llanura* con piezas de similar carácter de William B. Yeats o de Maurice Maeterlinck.

El último libro en el que trabajó Quesada fue *Los caminos dispersos*. Lo acabó a finales de 1924 (en enero de 1925 participó con él en un concurso organizado por el Ministerio de Instrucción Pública). Sin embargo, los poemas los venía elaborando desde 1915. Durante esos nueve años, Quesada se dedicó preferentemente a la prosa, pero no descuidó la poesía. En revistas como «España» y «La Pluma», de Madrid, o en «Alfar», de La Coruña, fue dando a conocer espaciadamente los poemas que, más tarde, muy corregidos, integrarían *Los caminos dispersos*.

Temáticamente, y con respecto a *El lino de los sueños*, la incorporación más significativa llevada a cabo en el nuevo libro es la de la ciudad como elemento alienador. Un ensayo extremo de este propósito lo constituyen el extenso «Poema truncado de Madrid», publicado en «España» entre octubre y noviembre de 1920. El poema anticipa los tonos de desolación e incomunicación que recibirían un desarrollo más amplio en *Los caminos dispersos* —más amplio y también más posibilista, pues en el libro Quesada ensaya alguna fórmula de solución al problema: el amor, la vuelta a una vida más natural en la naturaleza. El aislamiento, que en *El lino de los sueños* se achacaba a los medios físicos que impedían una efectiva, y afectiva, comunicación con otros seres, se transforma aquí en incomunicación: el hombre, aun estando próximo a otros, no puede hacerse entender de éstos.

Algunos poemas de *Los caminos dispersos* mantienen un tono visionario que establece una aparente ruptura con la realidad. Las escenas cotidianas ceden ante las figuraciones alucinadas que fluyen del subconsciente. Los objetos, la naturaleza, los seres, adquieren dimensión comunicable: las cualidades propias de cada uno de ellos

se transfieren a las de los demás: así, de un corazón pueden salir calles, o ser ese corazón pájaro muerto que se expulsa por la ventana, etc. ¿Proporcionó a Quesada la droga esas imaginaciones? El retrato que hace de un morfinómano asume caracteres de un expresionismo alucinante que recuerda a algunas figuras de Munch: «...Un hombre embalsamado con morfina / cruza de pronto a mi lado. / Lívido y sordo / es como un extraño fantasma ibseniano. / No mira con los ojos / sino con el temblor de los labios. / Los labios locos. Toda el alma amarilla / como un sueño de opio vibrando. / Se pierde entre los espejos / de un café iluminado... / La terrible sombra danza en los espejos. / Y el café se torna / en un luminoso laberinto trágico.» Estos versos reelaboran un tema episódico del canto segundo del «Poema truncado de Madrid» (vv. 12 a 17). La *ciudad* aparece como marco de referencia para una observación singular que denota un cambio de visión del poeta, cambio en el que participan elementos de su propia experiencia (el viaje a Madrid) y de sus observaciones en *otro* ámbito distinto del suyo (la alucinación).

El lenguaje del libro está acorde con la nueva realidad que éste quiere expresar. El flexible endecasílabo de *El lino de los sueños* se rompe aquí abrupta y azarosamente, borrando cualquier resto de musicalidad; el verso es áspero y seco, agresivo; el tono alcanza una exasperación crítica que preocupó a Miró (cuando éste recibió el libro para presentarlo en el aludido concurso, escribió inmediatamente a Quesada rogándole que le enviara algunos otros poemas para sustituir a aquellos que él consideraba que iban a «alarmar el ánimo asustadizo de algún jurado») y la actitud vital roza un nihilismo que sólo atempera el final salvador del libro.

Quesada trabajó para la Elder Dempster hasta 1912 ó 1913. Seguidamente lo hizo para el Bank of British West Afrika Limited, entidad en la que ocuparía a partir de 1920 un cargo de cierta importancia: Jefe de Cartera. En

ese mismo año contrajo matrimonio con Rita Suárez; tres años después nacería su única hija, Amalia. En 1922, fue nombrado Oficial de Estadística en la Junta de Obras del Puerto y abandona el Banco. En 1923, con otro socio, adquiere una librería, situada en la calle Obispo Codina, de Las Palmas. Quesada deja traslucir en varios textos suyos lo pertinaz de la precaria situación económica en que vivía. Aunque multiplicaba sus esfuerzos para superarla (dirección de diversos periódicos, colaboraciones frecuentes en otros, etc.), el éxito no pareció acompañar sus propósitos. Sólo consiguió arruinar su salud, que ya venía bastante deteriorada desde hacía algunos años. A principios de 1923, aquejado de «un terrible estado de debilidad» solicitó la excedencia en la Junta de Obras y pasó una temporada en Agaete; allí superó aparentemente la crisis. En 1924, la enfermedad hizo nueva aparición; esta vez fue Teror el lugar de asilo. Poco después se instaló con su mujer en Santa Brígida: era el último esfuerzo que hacía por aliviar la presión y la angustia de sus pulmones. Un esfuerzo baldío: Quesada falleció en aquella localidad grancanaria el 4 de noviembre de 1925; aún no había cumplido los treinta y nueve años de edad.

Desde el comienzo de su trabajo en *El lino de los sueños* la escritura de Quesada aparece situada en la periferia del modernismo. Lejos de sus propuestas iniciales, se distancia críticamente de ellas; las cuestiona y, finalmente, las niega. Quesada, como algunos poetas sudamericanos (Lugones, Fernández Moreno, etc.), rechaza el ritmo y el lenguaje propios del primer modernismo y adopta otro de carácter más neutro y gris donde el tono conversacional y la ironía aparecen como elementos fundamentales. Así, la obra de Quesada puede avanzar en el tiempo y situarse como precedente de la vanguardia literaria española de los años veinte y treinta. Ciertas constantes de su obra (el humor, el conceptualismo, el criticismo, la imaginación onírica) son utilizadas por escritores novecentistas como Pérez de Ayala, Fernández Flores o

Salinas. Y, aunque la mayor y mejor parte de la obra de Quesada sólo fue editada bastantes años después de ocurrida su muerte, ya *El lino de los sueños* ejerció cierta influencia en Pedro Salinas; él mismo lo confiesa en una carta que remite a Quesada: «... en esa isla lejana, Vd. hacía cumplidamente lo que yo esbozaba».

La obra de Quesada ha proporcionado a la literatura canaria el paradigma de una escritura comprometida con una *situación insular*: traduce una peculiar visión del mundo, una forma única de estar y de sentir, de mezclarse con él y de asumirlo. A pesar de su marginalidad, o precisamente por ella, esa manera de asunción tiene carácter resueltamente universalista; su vigilancia crítica le hace superar el riesgo de localismo y alcanzar una forma de expresión donde el valor poético, sin desdecir de sus raíces personales y geográficas, funciona autónoma y suficientemente. La isla, a pesar del terrible «infierno Atlántico» que era para Quesada, actuó, no como elemento disgregador o anulador, sino como acicate superador de su conciencia poética.

LAZARO SANTANA

PRIMERAS EDICIONES DE LIBROS DE ALONSO QUESADA

El lino de los sueños. Imprenta Clásica Española. Madrid, 1915.

Crónicas de la ciudad y de la noche. Las Palmas de Gran Canaria, 1919.

La Umbría. Editorial Atenea. Madrid, 1922.

Los caminos dispersos. El Gabinete Literario. Las Palmas de Gran Canaria, 1944.

Llanura. Planas de Poesía. Las Palmas de Gran Canaria, 1950.

Smoking-Room. Planas de Poesía. Las Palmas de Gran Canaria, 1950. (Contiene únicamente tres narraciones. La edición definitiva la publicó la editorial Fablas, de Las Palmas de Gran Canaria, en 1972).

Las inquietudes del Hall. Fablas. Las Palmas de Gran Canaria, 1975.

Insulario. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1982.

Memoranda. Edirca. Las Palmas de Gran Canaria, 1982.

Obra completa. Gobierno de Canarias. Cabildo Insular de G.C. Las Palmas de G.C., 1987.

BIBLIOGRAFIA:

SANCHEZ ROBAYNA, Andrés: *El primer Alonso Quesada. La poesía de El lino de los sueños*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1977.

SANTANA, Lázaro: *Informe sobre Alonso Quesada*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1976.

SANTANA, Lázaro: *Alonso Quesada y el Partido Liberal Canario*. Fables, Las Palmas de Gran Canaria, 1980.

SANTANA, Lázaro: *La plata verde*. Alegranza. Las Palmas de Gran Canaria, 1987.

DE
EL LINO DE LOS SUEÑOS

LA ORACION DE TODOS LOS DIAS

¡Bendita la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde...
Mi madre ha sonreído tristemente,
pero había una paz en su mirada...

Yo gano el pan de una infeliz manera
porque yo no nací para estas cosas:
hago unas sumas y unas reducciones;
y así me consideran y me pagan...
Hoy hace cinco años que mi padre
me dejó este gobierno; cuando era
más amplia la ilusión y la locura
pasaba por mi mente a enamorarse...

¡Bendita la orfandad, las privaciones,
el amargo dolor, y los caminos
por donde, sin oficio, voy andando,
profeso caballero de la Noche!...

Las seis mujeres de mi casa, dicen
que esta resignación me dará el cielo;
verdad será, porque lo dicen todas,
y ellas en esas cosas saben mucho...

Conformidad de toda pesadumbre:
¡Mañana moriremos!... Los gusanos
todo nos quitarán menos la risa
petrificada en nuestra calavera...

¡Benditas sean las amargas horas,
la pobre compasión de los mayores
y esta inquietud de no saber mañana
dónde tendré el hogar y los ensueños!...

.....

Serenamente el mar viene a mi alma
en estas lentas tardes de verano;
sobre la arena de la playa aguarda
mi corazón la sombra que lo envuelva.
(¡Mi corazón de noche!... ¡Es esa dulce
y tenue claridad, que no es del cielo
ni de la tierra, y que en la noche tiembla
como una huella de la tarde ida!)

Y mi alma, tiende sobre el mar dorado
una esperanza de mejores tiempos,
en ese instante en que las cosas todas
por demasiado ciertas nos engañan...

¡Las venideras horas serán buenas,
y buena la verdad de mi reposo!
—digo, y bendigo la infantil creencia
de este mi pobre corazón, tan niño!...

ORACION MATINAL

La mañana ha brotado sobre el campo
como una rosa blanca.
Junto a la puerta del hogar has puesto
la silla más pequeña de la casa.
Hoy es el día solemne en que has llegado
y el pueblo duerme aún sin saber nada...
Todo el silencio matinal parece
de una sagrada discreción; y tu alma
se recoge a su fondo, porque tenga
asilo más propicio la mañana.
La silla más pequeña es la armonía
y es la visión de una virtud lejana.
Allí, en reposo vespéral, un día,
mi tarda vuelta aguardarás callada,
cuando sobre tu frente esté el lucero
y haya un doble calor en tu mirada...
¡Dios te proteja, que supiste darme
en un minuto la verdad soñada!...
El haga para ti todas sus rosas
y tenga para el pan toda su gracia.
¡La Muerte tardará!... Ya nos lo dice
el mudo platicar de nuestras almas...
Junto a la puerta del hogar pusiste
la silla más pequeña de la casa,
y la santa humildad de tu figura
era infinitamente iluminada,
porque tuviera esa merced celeste
el blando sentimiento que brotaba.
Madrecita gentil, ¡seas bienvenida!
La madre viuda buenamente calla;
y tiene esa sonrisa bondadosa
que otorga todas las locuras sanas.
Yo he visto en el temblor de tus pupilas,
al disponer mis cosas, como el ama,
una lejana ordenación de amores

y una orgullosa gratitud lejana...
¡Oh casa mía de la aldea, pura
casa junto al pinar de la hondonada!...
Junto a la puerta del hogar, la silla;
sobre la silla, tu silueta blanca...
¡Y el manto de oro, bajo el cielo amado
protege el ansia maternal, que vaga
como un secreto por el campo, mientras
por mi sendero tu pupila indaga!...

ORACION VESPERAL

A Luis Doreste

La tarde muere, y tiene
todo el dulce color de mi recuerdo...
Porque cuente la historia de mi vida
que muera así la tarde se ha dispuesto.
El lejano sonido de una esquila
pone en la brisa un pastoril comentario
que al perderse al través del cielo malva
hace brotar la rosa de un lucero.
El niño corazón tiembla y solloza:
tiene miedo de amar; pero es un miedo
que le gusta tener cuando la vida
es infantil, como esta tarde el cielo.
El pobre corazón tiembla, y parece
que busca otro rincón dentro del pecho,
otro rincón más hondo en que ocultarse
por temor de saber un cuento nuevo...
La tarde entera tiene
el color de la infancia de mi ensueño:
hay una golondrina misteriosa
que ha detenido en el azul su vuelo...
¡Yo pongo mi ilusión sobre sus alas,
y la quietud del lírico momento
se diluye en el oro más lejano
que no acabó de hilar el sol que ha muerto!...

Mi vida toda tiene
la suavidad divina de un secreto:
¡Parece que me dicen al oído,
con todo el corazón, que estoy viviéndolo!

ORACION DE MEDIA NOCHE

A Luis García Bilbao

La barca negra
que siempre está en el mar, viene a la orilla:
Hay un farol iluminado en ella
y un viejo manto para la partida...
Toda la turba sideral parece
que se confunde atónita y que espía
las huellas de mis pasos en la playa...
Mi sombra va delante como guía.
Llega hasta el mar el resonar de estrellas
y no se cree en nada de la vida:
la hora mejor para una muerte seria,
sin ataúd, ni cantos, ni elegías...
Voy en silencio por la oscura playa.
La noche es otoñal... Nadie camina.

Al fondo de la aldea, el cementerio
es una sombra luminosa... Brilla
como la mancha que los ojos tienen
cuando han mirado al sol, y *ya no miran...*
¿No has meditado nunca en esa losa
que ha de tener una memoria escrita,
y en esa tenebrosa luz de lámpara
que enciende la piedad de la familia?...
¿O en aquel padrenuestro extraordinario
que siempre cantan en la despedida?...
¿O en ese —¿de qué ha muerto?— que florece
en estas tardas bocas de provincia?...

¿Y luego, el día de los muertos, esas
sentimentales gentes que visitan
los camposantos, y renuevan todos
nuestros inciertos pasos por la vida?...
¿No sientes el dolor de esta grotesca
danza de reglamentos, que eterniza
nuestra memoria, y graba fuertemente
la huella que te importa dejar limpia?

Y ahora el silencio es más intenso; y habla
una tranquila voz, en lejanía:
—Aleja de tu espíritu ese albergue,
que será para todos, algún día...
Y evádate, en la noche, entre las sombras,
y sé una parte de la noche misma...

ERICKA (1882 - 1902)

¿Quién será esta mujer de veinte años
que han enterrado en este oscuro nicho
y cuyo nombre no sabremos nunca,
de qué patria será y quién lo ha escrito?
En todo el cementerio, no hay más triste
lugar que este lugar tan conocido
para mis ojos, que porfiados buscan
la transparencia en este mármol frío.

Allá, en la lejanía, está el recuerdo...
Todos, al mencionarla, la habrán visto
dulce llegar, como esa brisa amada,
cuando se nubla el sol, llega a los nidos.

—El nicho está al entrar, junto a unas flores;
desde allí se ve el mar. El mejor nicho
que hallé fue para ella; las mejores
flores para ella fueron...—

Esto ha dicho

el que la acompañó y tornó sin ella,
al darles cuenta de lo sucedido...

Y todos en las mentes se forjaron
el lejano lugar, bello y distinto...
¡Mas ninguno atinó con las prisiones
donde tiene la muerta el buen olvido!

—*Ericka*, puse sobre el mármol negro;
—ha de decir el hombre con quien vino—
fue en un pueblo lejano... ¡Tan lejano,
que tiene el mayor mar como camino!...

UN RECUERDO INFANTIL

Néstor

Este es un buen amigo de otros días
que ha retornado de un solar lejano.
Fuimos, allá en la infancia, compañeros,
eternos compañeros, casi hermanos.
El en el fondo de mis ojos busca,
impaciente, la luz de aquellos años...
Yo voy poniendo en su pupila inquieta
mi indagación también sobre el pasado.
Y después del silencio, en que las almas
tornan a verse con temor de extraños,
y van y vienen desde un pecho al otro

por si encontraran el rincón amado,
él me abraza y me dice con aquella
primera voz, que el tiempo le ha guardado:
—¿Te acuerdas de aquel día tan famoso
en el que huimos del colegio odiado,
y después de elegir sitio seguro
al cementerio fuimos a ocultarnos?...
Tranquilos, bajo el sol de la mañana
junto a una sepultura nos sentamos.
¡La mañana de abril en la que había
como un silencio muerto en todo el campo!
Una campana lenta de agonía,
un sonido dio entonces, funerario:
las notas esparciéronse medrosas
con temblor de hojas secas, a lo largo...
¡Abrieron una fosa!... Los rosales
con timidez sus rosas agitaron
a cada golpe de la azada, y todo
era de un hondo meditar amargo...

¡Y el alma halló el lugar plácido y bueno
porque fue albergue en nuestra huida, hermano!...

ELEGIA AL CANARIO

Hoy, al dar el sustento al pajarillo,
le hemos hallado muerto.

Fue una extraña
emoción, un dolor tan extraño,
como si lentamente fuera saliendo el alma
de nuestro pecho, y viéramos partirla
sin tener el valor de sujetarla...

Un silencio infantil, sobre nosotros
pone las suaves alas...

¡El pájaro de oro se ha evadido
por un rayo de sol de la mañana!

CANTO A JESUS DE NAZARETH

Jesús: tu mar está sereno ahora.
¡Oh la virtud de tu bendita mano
cuando paró las ondas y pisaban
tus pies sobre el cristal!...

Tiempo pasado
que fue mejor... ¡porque no ha sido nuestro!

El silencio en el mar es muy lejano...
Y la quietud azul con oro y rosa
allá... por nuestra alma, que ha llegado
al Infinito en este instante puro...
El horizonte es nuestro anhelo amado
que el alma entera ha recogido, dulce,
la limosna del sol...

¡Ah, cuántos años
frente al mar!... Como ayer, hoy es lo mismo:
el alma que se aleja... y se detiene
para contribuir en el ocaso...

Jesús: yo creo en la virtud sagrada
de tus benditas manos.
Para las ondas, como ayer, y ordena
mi sendero cercano.

Yo curaré las llagas de mis plantas
cuando vaya a partir, por no mancharlo;
limpias y azules seguirán las ondas
para guardar al sol en el descanso...
Jesús: no tengo otro recuerdo fuerte
que esté sobre mi espíritu, que el tuyo.
¡Tiende la transparencia de tu mano!,
que aguardo su piedad en esta orilla
hasta un futuro amanecer, confiado...

EL POETA LLAMA A LA MUERTE

—¡Amada, amada, la eterna!...

¡Oh, este sol y esta montaña,
y este bronce de mis horas,
y estas flechas de mi aljaba!...
¡Y este pensamiento sobre
el mar!... ¡Esta verdad!...
¡Y esta fortaleza máxima!
—Madre: yo estoy sobre el monte
envuelto en la áurea coraza
del sol, y tengo el anhelo
de mi futuro... ¡Y el alma
es azul!... ¡Y hay una estrella!
¡Y un signo sobre la palma
de mi mano!...

¡Y un pretérito

corazón que afirma y clama!...

—¡Amada, amada, la eterna!
Es la hora... ¡El sol aguarda!...

EL ULTIMO DOLOR

30 de junio de 1913

Mi madre ha sonreído tristemente
y sus ojos clarísimos dejaron
partir la luz, sin detenerla, lejos...
¡A ese lugar, tan luminoso, donde
va la luz de los ojos, cuando huye!

Sendero del dolor y del amor,
más del amor que del dolor; sendero
para mí tan amigo, consecuente
con mi interrogación... ¡Llena de ensueño
la memoria!... Las rosas de tus bordes,
de una blancura superior y eterna,
pon en tierra, al cruzar mi guiadora,
porque sus pies al fin sientan dulzura!...

¡Y el mar, el mar de la quietud divina!
¡La ribera cercana!... ¡El valle!... —aromas
de eternidad— para su arribo sean
como la claridad de aquellos ojos
cuando se abrían por mirar lo amado...

EL DOMINGO...

Para Antonio Machado

¡Tristeza de estos libros, sin emoción, sin alma,
en un arca de hierro guardados seriamente!...
¡Oh, no sabéis cuando se es pobre, cuando
se gana así la vida tan cotidianamente,
la infinita amargura que rebosa en nosotros
al ver en los domingos estos libros ingleses!

Hemos llegado ahora fatigados del viaje
dominguero, y buscamos entre nuestros papeles
de cuentas y de sumas, un libro que dejamos
escondido ayer tarde... La oficina parece
que sueña un sueño suave de ausencia y de recuerdo...
¡Y es sólo nuestra alma que al silencio se ofrece!

Las puertas de cristales donde ha sido grabado
con las letras en oro el *Private* consiguiente,
al impulso secreto de una mano anglicana
se abre, porque aparezca en el umbral un jefe...

—*Good-evening*, señor, ¿cómo ha venido ahora?...
¡Y piensa que venimos a trabajar, pacientes,
como el buey, en el campo mercantil, y suaviza
su mostacho con la sonrisa complaciente!
¡Una ilusión de rosas!... ¡Hasta el que menos sueña,
hasta el más aritmético, sus ilusiones tiene!...
No hay que romperlas nunca y por eso mi boca
responde: —Trabajando un rato, mister Siemens:
unos cuantos asientos que de ayer me quedaban,
he venido a ponerlos para estar al corriente...
—*Good-by*, mister Quesada...

¡Y se aleja!...

¡Y yo sigo

mi florido sendero, como un muchacho, alegre!...

UN TENEDOR DE LIBROS

Este es un tenedor de libros, bueno;
un inglés muy pacífico, que mira
distráido el amor... Frente a mi mesa
él trabaja consciente. —Es la oficina
de una entidad británica, severa,
donde pagan ¡mis números! con libras...

Hay un claro de sol sobre la testa
del inglés y él lo siente y se suaviza
aquel mirar tan mercantil que tienen
los ojos grises... pero no termina
la operación de cálculos que sigue
la recta ruta, bajo el sol, precisa...

Todos trabajan menos yo, que miro:
¡mi alma en todo minuto está propicia!
Y este es el mal de mi futuro de hombre.
¡Esta es mi enfermedad desconocida!...
El inglés ha parado, por fumarse
un cigarrillo de opio; una sonrisa
tiene en los labios y una gracia inglesa
me dice en tanto el cigarrillo lía...

Y entonces, la discreta entonación
de este adorable mister, finaliza,
y al verme como ayer, puestos los ojos
en lugar diferente al que me obligan,
clama: —¡Señor poeta, muchas nubes
para ganar con claridad la vida!...

¡Pero me cuenta de la Amada, lejos,
en los fríos hogares!...

Una cita

de patriotismo, que orgulloso siente
su corazón, todo teneduría...

Y mi alma puesta en ocasión de plática,
al alma inglesa a platicar invita,
con la recordación de aquella aurora
en la que alondra y ruiñón porfían...
Y el entusiasmo del inglés florece,
como una flor exótica, divina,
que sólo han visto nuestros buenos ojos,
en un caliente invernadero, un día...

EL BALANCE...

A Tomás Morales

Estos cuarenta ingleses esta noche se juntan
para hacer un balance porque termina el año.
El trabajo nocturno, si es trabajo de números,
tiene para estos hombres un voluptuoso encanto.
Van llegando puntuales. Sobre las altas mesas
van uniformemente los libros colocando;
luego sacan sus pipas; reposados encienden
y antes de dar comienzo beben un whisky agrio.

La oficina está plena de luz, y yo he venido,
como todos los días, con bastante retraso...
Ellos, que no toleran la indiferencia mía,
en su lengua, a mis modos, ponen un comentario...
Y el más viejo de todos, el tenedor primero,
—¡jaranero divino! a mi entrada alza el vaso
y con una postura de orador de Hyde-Park
grita: —¡Brindo, señores, por el amigo Byron!

Los demás se sonríen —una burla británica—.
Yo sigo a mi pupitre y empiezo mi trabajo...

EL SABADO

A Domingo Rivero

Son las tres de la tarde. La oficina está envuelta en el oro marino que nos trae el verano: ese oro que viene de estos mares los días luminosos... ¡El oro del desierto cercano!... El gerente ha salido para toda la tarde a jugar la partida de *foot-ball* porque es sábado. Los demás, como menos, seguimos la tarea: ¡el eterno pan nuestro, de tan eterno amargo!

Lentamente, las hojas de los libros, las mueven estos ingleses jóvenes, tan hermosos, tan castos, que el rubor los abrasa si contáis aventuras que corristeis vosotros en los más locos años... Yo tengo el pensamiento puesto en una columna donde una araña teje... ¡lo que yo voy pensando! Este decir lo ha dicho el cajero que sabe mucho Dickens y tiene presunción de flemático...

¡Oh, este mister Quesada con sus ensueños locos.
—Como el cojo poeta, es violento y romántico...
—¡El quisiera ahogarse como Shelley un día,
y ser pasto de hoguera frente a su mar Atlántico!...

Yo siento este rocío de ironía, que cae mansamente en mi alma, mientras reviso un cálculo. Ellos, de suma en suma, van poniendo sus burlas con esa suficiencia sonora de hombres prácticos.

—¡Oh, las horas rurales de mi vida, perdida
en la evasión de un humo muy azul y lejano!...
¿Qué será, de este modo, cuando al umbral sereno
de la vejez arribe, sin haber comenzado?...

—El poeta no dice una palabra ahora,
que tiene el pensamiento de loco aprisionado.
—¿Por qué no dice nunca las trovas que ha lucido
esa testa que odia el mayor y el diario?...

Como un presuntuoso brindador, el tintero
alzo en mi mano y digo, conceptuoso y romántico:
—¡Oscar Wilde fue el primer corazón de Inglaterra!;
brindo, pues, por sus labios y sus ojos extraños,
y por la complicada ternura de su alma
y el ensueño sonoro de sus celestes años...

Ellos se ruborizan... Inclinan las cabezas
y tornan, silenciosos, de esta vez al trabajo...

UN CONCIERTO EN LA COLONIA

En la puerta, dos viejas servidoras inglesas
me toman presurosas el gabán y el sombrero...
El acto ha comenzado hace varios minutos.
Cantan un coro grave todos los caballeros.
Es una fiesta en Pascuas, que la colonia tiene
en el *Nuevo instituto para los marineros*.
Todos están oyendo como en una capilla;
las inglesas escogen cada una su sueño,
y estos uniformados tenedores de libros
relucen como *smokings* que tienen rasos nuevos...

Yo no sé lo que cantan, pero sin duda ofrece
unas melancolías de nieblas, el concierto;
los ingleses deshojan una tristeza vaga,
cuando termina el coro con un acorde lento.

Y ahora, canta una dama de cabellos dorados,
una canción graciosa que tiene un ritornelo
popular. ¡Cómo ríen estas muchachas lindas
tan leves como el lino, sin color y sin senos!...

Las inglesas aplauden... los ingleses sonríen.
El Director me mira para observar mi efecto;
yo hago una cortesía, castellana y sonora
y el Director me envuelve con su agradecimiento.

Después, el Cónsul dice que vayamos afuera;
el *hall* está adornado con ramas y letreros
en inglés. Nos invitan con café muy caliente
y en seguida con vasos de *sangría-refresco*...

Y entonces, tres inglesas, con tres bolsas de seda,
se acercan a nosotros para pedir dinero;
y yo que no contaba con esta picardía
y que no llevo nunca conmigo sino ensueños,
ante estas tres figuras fatales, tembloroso,
como ante mi Destino, sin vacilar me entrego...

.....

MISS FORD

A Enrique Díez-Canedo

Esta inglesita linda, como un búcaro, pulcra,
llena de un suave aroma de limpieza británica;
con sus cabellos claros, y sus faldas de lino
y sus blusas de seda, y el sombrero de paja...
¡Ah, cómo la han besado todos los españoles
bajo la fronda amiga, en esas noches cálidas,
cuando la luna busca el pretexto del árbol
más oscuro y espeso, para la tolerancia!...

¡Oh madama la luna!, consentida señora:
yo apuesto con tus luces, mis discreciones máximas,
que he de internarme mucho cuando me toque en suerte
y has de alumbrar la fronda sin atinar mis *ramas*...

La madama adorable ¡tan latina! ha brillado
sobre el linar divino de la cabeza blanca;
y los labios ingleses, aclimatados, lucen,
como meridionales, una sangrienta mancha...

—Vamos, mister, al bosque... —Y la leve muñeca
se prende a nuestro brazo, francesamente lánguida...

Hay un rumor perdido bajo las arboledas...

Una *mistress* —la madre— que es novelista, parla
con un cajero viejo, de monocle de concha,
de anillos de amatistas y flor en la solapa...
mientras en una mesa de mimbre un par de lores
de similor, emprenden la segunda jornada
de *whisky and soda*; ahora sin soda, sólo whisky...
¡para que el whisky luzca toda su pompa áurea!

La luna ha sonreído tan adecuadamente,
como una compatriota de la gentil muchacha...

LA MAÑANA DE LOS MAGOS

El padre sol solemnemente pone
sobre mi casa todo el oro nuevo
de esta mañana pastoral de Reyes...
Amorosa mañana de mi infancia.
Mi madre cose en un rincón del patio
y las tres niñas, silenciosamente;
las manos primorosas van y vienen
como unas hacendosas lugareñas...
Ya no hay juguetes en la casa... Todo
es trabajo de vida recio y duro;
¡hay que vivir!, que la soldada es poca
y la ilusión un lujo insostenible...
¡Horas lentas de amor! Pasan los días
en una igual distribución de cosas,
y vuelve el sol, y como ayer, nos halla
hilando el mismo lino en nuestra rueca...

Trabajo rudo, ¡mas un mar sereno
que fortalece el sol!...

¡Oh madre vida,
dame tu sano amor a todas horas,
pon en mi fuerza tu verdad suprema!...
Ve cómo están estas muchachas llenas
de fiel resignación... Cómo en sus ojos
hay la certeza del oficio nuevo...
¡y el cumplimiento de la ayuda hermana!

FIN

Si el pan es tosco, es pan de campo sano...
mas es buena la vida, y en la tierra
¡labrad otra ilusión!, que un nuevo día
florecerá como un juguete útil...

ALABANZA DE LO COTIDIANO

Esta tarde, esta calle no es mi calle.
Hay unos gallardetes que la adornan
y un arco hecho de palmas, y unas rosas
de papel amarillo en la cornisa...
Es día de San Telmo y todo el barrio,
que es marinero, huelga y se divierte...
Yo voy por otra calle, que no tiene
aquella bondad mansa de mi calle.

Aquí he llegado y me contemplan todos
llenos de asombro... ¡Es una cara nueva!...

¡Oh la adorada ruta cotidiana
de este espíritu mío, tan piadosa!
Parece que el camino se ha perdido,
y que no voy a ningún lado cierto,
y que es otra la hora, y muchos días
se han llevado ayer noche en el silencio...

¡Qué camino más largo el que me lleva
y qué distinta de bondad, la vida!...
¡Qué recio el corazón que no tolera
esta disposición irremediable!

FIN

No abandones tu ruta cotidiana,
traza tu vida de un humilde modo,
que es la virtud suprema, la costumbre,
¡y es mayor que el amor!...

Toda una vida

trunca la ruta nueva, y en el alma
pone una sombra fría, esa otra luz...

LA ETERNA SOMBRA

¡El silencio esta noche!... Nunca el miedo
llegó más silencioso...

¡Hora escondida

entre los cortinones de mi cuarto,
como para surgir a media noche!...
¡Es hora de siempre, la indecisa,
la que es como un relieve de las otras;
esa hora eterna del temor, la hora
en que se funden todos los recuerdos
funestos de la vida!...

Y el alma recia, hoy temblorosa escucha:
—¡Ah, no morir ahora, madre mía!...
Mas la muerte parece estar cercana.

Por el sombrío corredor, camina
una perversa sombra recatada,
que al llegar a mi lecho se desborda
sobre mí. ¡El corazón se aquieta súbito!...

¡Oh, y mañana el huerto y los naranjos,
y la tierra, y el agua de mis fuentes,
y esta sagrada claridad del alba
sobre mi mar Atlántico!...
¡Oh, no morir ahora, que mañana
el sol ha de brotar más luminoso!
El corazón lo dice, y él espera
alcanzar la mañana todavía...

(En la ventana, angustiosamente:)

Yo abro mi corazón bajo los cielos,
como esas flores, que de noche se abren...
Y la luz de la luna lo ilumina,
porque la sombra parta...

¡Y ha partido!

TIERRAS DE GRAN CANARIA

Tierras de Gran Canaria, sin colores,
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Campos, eriales, soledad eterna;
—honda meditación de toda cosa—.
¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!
¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,
sobre una roca, frente al mar, aguardo
el mañana, ¡y el otro!...

¡Horas amadas

no nacidas aún! Ansias secretas
de esa perfecta orientación humana...

Tierra de amor, en lejanía —siempre
llena de luz para mis ojos crédulos,—
en estos campos sin color, mi alma
tiene el eco engañoso del Desierto...

En el azul están mis ideales
tan invisibles como las estrellas
en este atardecer... ¡Y sin embargo,
allí brillando están eternamente!

Campos de Gran Canaria, sin colores,
¡secos!, en mi niñez tan luminosos...
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Soledad, aislamiento, pesadumbre...
El corazón siempre en un punto misterioso
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero
que no pasa jamás del horizonte!...

UNA INGLESA HA MUERTO

Hoy ha muerto una inglesa. La han llevado
al cementerio protestante, envuelta
la caja blanca en flores y coronas,
y el pabellón royal, como un trofeo,
lucía entre las rosas sus colores...
Un pastor anglicano le ha leído
toda una historia, al destapar la caja...
La colonia británica, elegante,
discreta y grave, no torcía el ceño...
Solemnemente el acto fue pasando
sin dolor y sin pena bajo un cielo
español. Más correctos y pulidos
estos amables hombres desfilaron
ante la muerta... ¡y deshojaron rosas
sobre la figulina adormecida!...

Uniforme la marcha, la tristeza,
el tono de la voz y el movimiento
del brazo... una lección bien aprendida;
¡la exquisita medida de sus modos!...
Y la muerta, a la tierra fue tornada...
Sola, al país del sol, llegará un día
y ni amantes ni hermanos, los azules
ojos cerraron... ¡Los azules ojos!...

¡Todo lo azul de esta Britania grave!

VUELVE A VER A SU AMIGO EL MAR

Hermano mar, he vuelto... ¡Tantos días
de soledad en el hogar enfermo!
¡Qué lentitud la de las horas! Este
reloj del comedor ¡tan viejo! apenas
andaba, y luego el vaso del remedio
sobre la mesa sin vaciarse nunca...
Y ante nosotros el ropero oscuro,
donde guardamos nuestra pobre veste,
era, a la media noche, como un trasgo
que aguardaba un instante decisivo...

¿Cómo estará mi mar?... Y tus rumores
llegaron a mi lecho suplicantes,
y el infinito de tu azul sonoro
tenaz me reclamó... ¡Mas no podía,
que el corazón andaba por senderos
remotos, en un viaje aventurado,
y tuve miedo, hermano mar, de hallarme
cerca de la llanura subterránea!...

Mas hoy ya torno sin las fuerzas viejas,
único amigo, a confortar mi alma:
tú sabes que yo soy un pobre niño
de muy poca salud, y es necesario
que me prestes la ayuda de tus vientos
para llenar mi corazón vacío...

Hermano mar: tu cuidarás mi vida,
tú me devolverás la salud buena
y pondrás en mis ojos la luz fuerte
para los horizontes y los llanos...
Tú me darás del sol las fuentes rojas
en estas horas matinales, cuando
el viejo padre nos ofrece todo...
Y yo tendré la sangre primitiva...

FINAL

...Y, sin embargo, sé que esta mi vida
de mansedumbre y de dolor sereno
no será larga... que el Espectro pone
sobre mis años la medida exacta.
Y este buen corazón, que hace lo manso
de mi carácter, y consuela siempre
la vulgar amargura de las cosas,
será el motivo, para la Posada
donde haré noche eterna, sin remedio...

—Amigo corazón: yo sé qué día
tu débil armazón ha de romperse;
cuándo será el reposo de estas horas,
¡aprisionadas a una ley de raza!...
Porque sé que es así, te he gobernado
la ruta de emoción, del mejor modo;
y un blando amor, sobre la Tierra Madre,
dejas en los instantes reflexivos,
cuando en sereno discurrir, aguardas
tu participación de Fortaleza...

¡Tierra de fuego!... La lejana tierra
de la salud te guardará... ¡Los montes
eternamente secos, y el silencio
áspero y rudo de estas soledades!...

POEMA TRUNCADO DE MADRID

PROLOGO

O

INICIAL ALEGORIA TUMULTUOSA

No sé.

Acabo de soñar un sueño absurdo
como un hongo antiguo de alas enroscadas.

Es un recuerdo. Yo hice una vez un viaje
pedante, idiota.—La mar me separaba
del continente y yo crucé la mar, confiado
en la salud aparatosa de mi alma.

—Un viaje idiota es saltar en Cádiz
y hospedarse uno en el hotel de Francia.
Después ir a Sevilla y ver la Catedral,
la calle de las Serpes y la venta Eritaña.
Meterse luego en el Henar o el Ateneo
de Madrid y discutir la gracia
de un general vetusto
que tiene las razones y las barbas canas...

Este viaje era por el espíritu.
En la hediondez de una ciudad canalla
no se podía vivir.—Vivir es caminar
entre una fila de casas;
sentarnos en el Parque con un comisionista
o casarse, tal vez, en una iglesia
llena de teología sagrada,
esa teología —cardenillo
que lleva el cura asnal en la sotana.—

Y era preciso vivir.—¿Vivir? Maxim tenía entonces, una cursilería inusitada. Yo era un pedante. Una mujer inmueble no era lo más propicio. Y no hice nada.

Acudí al Ateneo. Un héroe, en la puerta, un héroe de barbas, me miró y su anacrónica levita fue como otra mirada; otra mirada larga y caída, mirada austera y anticuada; un mirar lisonjero y sopista que brota de una pupila uniformada...

Yo apenas recordaba estos momentos. Otra noche, en la plaza de Santa Ana, Luis Bilbao, dentro del fanal de sus lentes me habló con una razón alejada de sociedad y de A B C, de cosas humanas tan fuera de Madrid, que hubimos de dar vueltas toda la noche, hasta la madrugada. Y él se acuesta a la una. Este recuerdo es amable.—Lo anoto, porque estaba en Madrid y no
estaba,

y porque este poema insulario de chisme y de impudor, ha de tener una amistad que salva al corazón de sus ruindades agrias. (¡Oh, amigo poeta, ya las horas son lejanas, pero un calor cordial —puente de ensueño— brota del alma mía, hacia tu alma! ¡Madrid! —Un hombre solo dentro de ese Madrid, se escucha y calla. No hay tranvías que crucen el espíritu, ni el Caballero Audaz hace una interviú callada.

El hombre solo de Madrid, que mira
desde la hornacina de sus gafas
como un santo de palo,
eres tú: la amistad máxima.
Y este sueño feroz que hoy he tenido
—sueño que viene de Madrid— se acoge
a la sombra de tu graciosa tolerancia.)

Dormía. El Ateneo.—Pérez Díaz
para una cuestión previa pedía la palabra.

Madrid es todo unas cuestiones previas
y Pérez Díaz una Puerta del Sol encuestada.
La tos del general como el eco lejano
de una granada,
resonó en el salón, cuando una testa prolongada,
una testa distinta,
como una piragua
que estuviera alisada por la proa
y esférica, la proa se curvara
en el aire, surgió:
Académica y Licenciada.
Silencio. Expectación. Dubois sonrío
y se aprieta la barba.
Un cura muje.
Suenan la voz reglamentaria.
¿Quién es? Ya lo sabéis. ¡Aquél! Todos los reglamentos
del planeta corporizados en una figura estrafalaria.

El sueño me exaltó.
La cabeza en el sueño, era la crisálida
de un hongo magno, el polen de un sombrero terrible
el Dostoyesky de todos los sombreros de una raza...
¡Dentro de la cabeza fue a indagar mi sueño!
¡Madrid! La naguela testerada
del hombre aquél, resonó
como una rota campana.

¡Dentro, rumor de obscuridad antigua!
¡Negra humedad de cueva abandonada!
Palpitaba una vida viscosa
entre la sombra huraña...
Imberbe Calibán de un desierto remoto
aparece en mi sueño. (La cabeza se abre
como la divina puerta encantada.)
¡Mi mano es libertad...! Era un sapo amarillo
cubierto de crisis, lentejuelas y sotanas.
Un sapo dentro, un sapo viejo
lleno de polilla fatal... ¿España?

CANTO PRIMERO

Yo me dormí en el Trianon Palace
de cuplés de Raquel. Es aburrido
el arte de esta bella mujer tan bien vestida.
Antes de la Raquel había yo visto
siete mujeres más como las vacas flacas
del sueño faraónico. Pero cuando el momento divino
de salir la Raquel llegó, hube de huir sin pena,
como un patriota renegado y agresivo.
¡Dama sutil, señora sin gracia,
ingenuidad, Doctora en un cuplé supino...!
Mi primer desencanto madrileño
es un recuerdo, apenas sensitivo...
Yo no entiendo el amor del tul,
ni el sartorial cariño,
ni el broslado chapín de seda silenciosa
pone remordimientos en mi espíritu...
¡Fue un honor el sueño,
la huida un prestigio..!

Madrid estaba loco de coches
y de señoritos...
La noche era demasiado clara
para mi corazón primitivo...

Pero Ramón —Echegaray— judías
en el escaparate cercado de mendigos,
judías como perlas,
montones de collares legítimos,
es, en la noche de Madrid,
el más elemental cobijo.
En un rincón un vate cortesano
deglute un *entrecó* erudito;
pero yo que no sé cómo se tiende
en la Corte la mano callo y miro.
(¡Taberna madrileña!) ¡Economía
del juglar español desnutrido!
Sobre el mar, mi pensamiento es una nave
llena de ira, con la ruta al Pacífico!)
Dolor. Los ojos en las mesas
buscan un pan que se hace el distraído,
mientras un mozancón perfumado,
un atlético cupido,
con un monóculo obsceno sobre un ojo
y un alma hecha de encajes de bolillos
impúdicos, se nutre como un pagano
emperador antiguo.
Es una marioneta de frac
que hace libros.

¡Huir! La noche es ahora más amplia
y el corazón al fin se hace infinito.
Entre el húmedo amor de la madrugada
vuelve mi encarnación de personaje tímido...
Y en el silencio de Madrid, silencio
que sobre mí siembro yo mismo,
brotan las claridades familiares
del ánimo contrito.

CANTO SEGUNDO

Café de espejos y columnas luminosas...
Camareros ilustres porque sirven
a hombres ilustres. —Olor de Eusebio Blasco.
Un verso para la «Ilustración Americana»
se fragua, solo, en un rincón solitario.
Jacinto Benavente. Diez comedias
debajo del sombrero aperlado.
Lleva el ingenio como un perro preferido
al que se dan bizcochos y se acaricia el rabo.
Truiller con su belleza biselada
tiene postura de beneficiado
perenne. Un hombre lívido,
lívido y sordo, por un prodigio escandinavo,
aparece de negro. Nunca mira
con los ojos, que mira con los labios.
Los labios locos: toda el alma amarilla
como un sueño de *opio*, vibrando.
Un Doctor Rank que hubiera hecho
Martínez Sierra sin pretensiones de inmortalizarlo.
Un comediógrafo elegante
después. Tolerancia de Miquis. Muy simpático.
El tipo de Español todo armonía
social. Por amistades, literato.
Comedias de buena voluntad. Jacinto
dice que están muy bien. Bicarbonato
químicamente teatral. La sal de frutas
del intelecto ricachón hispano.
Parlan. Lejos el camarero los abraza
con una admiración de estreno fausto.
Suenan los relojes. No suenan. Se supone
que suenan porque marca el horario.
Un reloj no se oye nunca
en un café español. Todo es tan largo,
las horas son eternas y el tumulto verbal
tan exacerbado
que la hora del reloj, es un débil lamento

mendigo, en medio de un pueblo amotinado...
En España no hay horas. Nadie sabe la hora.
Una vez hubo una, hace mil años,
y esta es la hora actual. Un minuterero
catedralicio corta el espacio
en dos mitades: sol y sombra;
noche de sueño y noche de trabajo
oratorio. —Me decido
y salgo.
Fuera, la Puerta del Sol tiene
una elocuencia exuberante de bigardos.
Pasa un ministro con una piruleta
sobre el baúl de su sabiduría. Es raro.
Un fósil de Dubois. Pitecantropo.
Cruza, un gitano.
Una mujer espléndida. Belleza
elocuente también. Un párrafo
brillante de mujer. Saco el reloj,
un reloj suizo, perfectamente organizado,
y mis ojos marineros,
mi corazón atlántico,
reconocen la hora de mi sueño,
inglés: un inglés injertado,
un inglés de paquebot, pero al fin,
un inglés. Y un inglés ya es algo...
Camino. La estolidez del *Ideal*,
me azota el rostro como un viento áspero.
Voy a dormir —Barquillo uno—
frente a un Banco.
Una voz de pregón. Miro y entro.
No compro el *Heraldo*.

OASIS

Juan Ramón Jiménez
tiene una casa inglesa
en medio de Madrid. El es un indio
bello como Rabindranath, y su barba
de ébano cubre de un silencio sagrado
la timidez de mi alma espectadora...
Es una tarde. El oro llega
de un lejano jardín, un oro dulce y triste
que hace un poema impersonal
dentro de mi corazón aldeano...
Yo no sé por qué estoy aquí.
El poeta me extiende su mano elegante,
—mano elegante y pensativa
recién casada— y mi ánima se agita
como una rosa, la cierta rosa del poeta amado.
¡Malva sutilidad! Palabras en el aire...
Oloroso rumor de jazmines reales
en mi recuerdo. (Madrid está fuera.
Más allá de Madrid, detrás del mar, el monte
nativo: soledad orgullosa
y una agria paz inquieta.
¡Oh, Juan Ramón! Es áspera esa tierra,
y el hombre de esa tierra malceñudo y callado...
Sólo Europa que cruza las ondas
me toca en la frente el día de posada,
y el árbol me siembra
raíz de otra vida.)
El poeta escucha. Mis ojos se detienen
en un paisaje rojo,
un rojo de niño, de un pintor que tiene
una barba roja, como sus paisajes...
Silencio. Una moza española
trae unas infantiles tazas japonesas
y un té de Ceylán... ¡Qué lejos este aroma
del aroma castizo...! Es día de toros,
de muchedumbre de abalorios. Hombres

con gracia nacional, sin otras luces
que las luces de los trajes vivarachos...
Juan Ramón se ilumina suavemente
por la luz interior. La estancia tiene
la tibia claridad de un *hall* lejano...
El pintor del paisaje se acerca.
Es más niño en el diálogo. Habla de California
y de senderos de Arte. Juan Ramón
le acaricia el ensueño y yo le pongo
sin que él lo note todo el sueño mío
como una moneda en su alma pobre.
En su alma pobre y nobilísima. (El alma
también es roja como las barbas y el paisaje.)
Más quietud, y alcanzan las palabras
una enguantada entonación. Palabras
de luz. Entre el humo del té,
las palabras se hacen sonidos de humo.
Noche. Un rumor de mujer sensitiva.
Las almas acuden como mariposas.
La plata verde de la noche viene...
Juan Ramón se recoge, y en la sombra
del estudio aparece, como un reflejo silencioso
la azul silueta de la Amada...
¡Oasis en Madrid! En mi memoria
hay esta reconciliación divina...

CANTO TERCERO

El territorio nacional
es una piel de toro extendida y curtida.
(Curtida de dolor.)
Estoy en el centro de esa piel, un mediodía,
un mediodía bruñido de sol.
La calle de Sevilla tiene una gracia loca.
Todo el mundo se ríe menos yo.
Un títere andaluz con las nalgas pulidas
cruza sonando el ripio de su tacón.

Es una gloria. Da gloria verlo.
Una culebra que es un lagarto (superstición)
se espiraliza por la cintura
que es el secreto de su ovación.
Ovacionado. Lleva el aplauso
perennemente. Hay un rumor
que lo acaricia constantemente.
—Halo sonoro de la «afición».
Camina. ¿Acaso, camina? Es lindo
como un extravío civilizador...
Alguien en la esquina sonríe y lo mira.
La mirada es un traje de luces
que roza las ancas. (La seda es mejor.)
La calle de Sevilla. Un café afeitado.
Hombres afeitados. Voces sin pudor.
Un sombrero redondo
como un eléctrico ventilador,
da el aire y la gracia. El pensamiento nacional
como una coleta, se cobija a la sombra
de este sombrero picador.
Diálogo. Un señor Belmonte
negro, como el hambre, surge de la conversación
y un señor Gallito —una serpentina humana—
pasión,
arte y ciencia,
álgebra superior,
astronomía, cálculo infinitesimal,
¡Dios!
aparece en la puerta lleno de luz celeste,
y su aparición,
serena la crisis del hambre,
la crisis de la revolución.
Se estremece la calle de Sevilla
con un profundo temblor
que repercute en México.
¡Triunfo! ¡Aproximación
hispano-americana! ¡Novela
de Ricardo León..!

¡Oratoria de Maura! ¡Real orden de Cierva...!
¡Nuevo Gobernador
en Barcelona..! ¡Apoteosis!
Función de gala en el Español.
¡*La niña boba* en la Princesa!
¡Retrato en *A B C* de Camprodón!
¡Excursión cinegética a los Picos de Europa!
¡Foot-ball!
¡Los reposteros nobles adornan la Bombilla!
¡Hace una crítica don Julio Cejador!
¡Estreno de polainas en la Castellana!
¡Blasco Ibáñez se vuelve a Nueva York..!
¡Joselito es la Patria! ¡El día vibra..!
¡En Flandes no se ha puesto el sol!

CANTO CUARTO

Puerta del Sol prestigiosa
como Commelerán...
Puerta del Sol a la hora
crepuscular.
Estudiantes de todas las provincias.
Café universal.
Bola en Gobernación tan consecuente
en subir y bajar...
Yo estoy en medio como un americano
que acabara de ser nombrado corresponsal...
La Puerta del Sol es un cuadro de época,
que todo el mundo ve sin admirar,
pero después en provincias decimos:
¡La Puerta del Sol, ah!,
como: «He visto el cuadro de doña Juana la Loca;
se siente el viento cruzar...
La luz de los cirios se curva
como si hubiera viento en realidad».
La Puerta del Sol es vieja,
tiene el prestigio de una Catedral;

por Catedral, no por Arte es su fama,
 ¡oh, Puerta del Sol sin seriedad!
 —Un político. El señor de Sánchez Guerra
 pasa con una distinción funeral.
 En la boca lucen dos catafalcos
 amarillos y negros. Descansa en paz
 porque tiene una historia cuidadora
 de orden social.
 Es un político reciente,
 siempre es reciente su antigüedad,
 como *El Alcalde de Zalamea*
 o *García del Castañar*.
 Es un político refundido.
 Se pone siempre en tiempo de vendaval,
 como en noviembre *Don Juan Tenorio*.
 ¡Es tan eterno como el *Don Juan*!
 Ahora se marcha. Es la bola de su Ministerio.
 Cuando da la hora se le ve bajar,
 luego sube incólume. Es la propia bola
 para raciocinar.
 Otro político. Don Eduardo Dato.
 Va en un automóvil nacional.
 Los demás políticos. Es la hora imbécil
 de patriotismo colonial.
 Una mujer me mira. Llevo un sombrero
 completamente provincial,
 la americana desabrochada
 y un aire de paleta sin rival.
 Yo quisiera perderme, mas no puedo.
 ¡Nadie se pierde en esta corte oficial!
 Todo es Puerta del Sol... ¡Oh, el isidrismo!
 incompleto, perjudicial..
 Sombra. La noche sale
 como de un café astral.
 Las estrellas son chistes de esa noria
 que es el ingenio de Madrid. Igualdad
 de gracia, democracia del ánimo,
 ¡Socialismo mental..!

¡Señor! Mi alma ahora es una losa.
Mi corazón, intolerablemente audaz.
¿Esta ira amarga del pecho desnudo
es mía? ¿Soy un salvaje
azotado de mar,
o un hombre sólo, como un fantasma rencoroso
y amarillo, que cruza la ciudad,
roído, carcomido, hasta la entraña
de su hastío animal..?

.....

¡Silencio! Pasa con una brasileña
don Ramón del Valle Inclán.
Es manco. Yo le daría ahora mi brazo
iracundo. El lo sabría utilizar.

REFUGIO

«España», Dos abrigos rivales,
el abrigo de Luis Araquistáin
y el de García Bilbao.
¿Cuál tiene más frío de los dos? Nadie lo sabe.
Ni ellos saben tampoco si aún están abrigados.
Son abrigos casi etéreos,
abrigos que ya están acostumbrados
al frío, y el frío atraviesa el camino del pecho
con crueldad de frío ártico...
Seriedad. Núñez Arenas
habla con los lentes como si fueran vocablos.
Claudio de la Torre
es un retrato
con influencias de Van Dyk (Juan de la Encina
quizá le encuentre algún origen vasco).
Echevarría, mezcla su timidez
de pintor y de millonario

como dos colores y logra otro color
 más amplio:
 la pureza cortés, la sonrisa serena,
 la noble tranquilidad de su mano.
 Un hombre de cobre,
 de cobre búdico y mirar desorbitado,
 entra, se sienta, habla y se marcha.
 Deja un gracioso rastro
 fisonómico, una curiosidad
 de comentario.
 Es un teósofo. ¡Quién sabe dónde se ha fundido
 el bronce de este hombre tan lejano..!
 Salinas —desde el fondo de su ingenio
 hace un guiño silencioso con el ánimo;
 y su aspecto indeciso
 de prior franciscano
 que no fuera prior ni franciscano ni aun tuviera un
 parecido exacto,
 sino ese parecido diferente y temeroso
 que sugiere el parecido evocado,
 llena el balcón. La luz de la tarde
 se detiene en la enorme espalda de Salinas. El ocaso
 no es posible con Salinas en el balcón
 asomado.
 La estancia tiene un sordo rumor de conjura,
 una armónica sensación de taller voluntario.
 El espíritu de Canedo como un marfil invisible,
 hecho por la gracia de un ingenio miniado,
 con un silencio único y una sutileza de oro
 en el pensamiento damasquinado,
 llega estrenando un traje
 como en cualquier domingo provinciano.
 El gran Bagaria escribe una carta.
 ¡Qué raro!
 Escribe y con una frialdad sindicalista
 pone una K en la cuartilla en blanco
 para empezar. El pantalón asoma
 bajo la mesa. Un pantalón caricaturizado.

Pausa. Reflexión. Un aliento medido
de seriedad inglesa. Frente, el Café del Prado
canta su música. Madrileñismo. Hace cosquillas
de Pérez Zúñiga. Serenata de Fausto.
Dos mujeres tristes,
un violín y un piano.
Ambiente de crónica literaria de Nogales.
¡Exceso de ayer y terquedad de un presente reacio!
Vuelvo hacia dentro.
Renuevo el corazón y aguardo.
¡Rincón de paz y de labor,
para el viajero espíritu acobardado,
refugio reconciliador
de todo el mal camino andado..!

CANTO QUINTO

Olor de can sarnoso. Patria académica.
Impudor. Vejez. Rebotica carcomida.
Jaula nacional.
Una bola de cemento con dos rizos,
adorno de puerta de jardín de mal gusto,
derrite la traidora suavidad de su oratoria.
Orden y orden. Orden y orden.
La meretriz repite: Honor y Honor.
Orden escarlata de sesos machacados,
paz de sepulcro y goda estupidez.
El encargado de mis lares
pide una cosa.
Los estudiantes telegrafían que la consiguió.
Yo que soy el hombre más oscuro de mi tierra,
más oscuro todavía que el obispo,
siento un recóndito rencor
hacia este hombre eminente
que ha pedido una cosa con un éxito enorme...
Yo no he tenido nunca un triunfo,
ni siquiera un triunfo local...

Y este encargado que nació conmigo,
que fue a la rebotica como he ido yo,
es ilustre en la Patria. La Patria es ingrata
conmigo, es pródiga con él. ¡Patria parcial!
Ladran. Un señorito
como una muestra sin valor
se levanta y replica. Un viejo cínico,
saca de su vientre de kanguro la razón
y se la da al muchacho. El muchacho la carga
y la arroja al salón.
La razón se levanta fanfarrona,
hace un gesto de caderas sin pudor
y mira, descarada, los escaños berberiscos...
Elocuencia. Sensación.
Cursilería. El panadero mallorquín
surge de sus cenizas como un Fénix menor...
Palabras, con lividez de coronas funerarias,
deseşperado olor
de viejos pebetes en una sacristía
donde se orina el monaguillo y el párroco contrata
la viudez solitaria como un negocio de perdón.
Ley antidiluviana. Leyenda de orgullo.
Horteril señorito español.
Flojedad en las ancas masculinas,
debilidad aupada por la reiterada ovación.
Comedieta patriótica,
de Circo sin clown.
Salgo. El alma mía está ya rota.
No hay luz en la ciudad. El corazón
se pierde entre la muchedumbre madrileña.
Periódicos. Gentío coruscante.
¡El discurso de Maura en circulación!
Escaparate de mujeres escogidas.
Hay guerra europea en la nación.
Corro. ¡Un tranvía! Casa de don Benito,
rincón solitario. Un temblor
de miedo, de remordimiento. El aire
ahuyenta el recuerdo del pasado dolor.

Silencio. Don Benito no sale a la calle.
Ya está ciego. Mejor. Mejor. ¡Mejor!

CANTO SEXTO

Función de gamuza. Aristocracia.
Gente maquillada y sin gracia.
Temerosa lubricidad.
Disimulo católico.
Un silencioso mirar erótico.
Vaciedad.
La marquesa. Los duques. La señorita
de Tal. Una comedia bonita.
María y Fernando. Lo mejor.
Rumores de pies emocionados,
cortesías en los palcos iluminados
de pedrería insolente. Nobleza. Honor.
Estúpida hermosura de Emperatriz Eugenia.
Elegancia traducida del francés,
como el drama, que es inglés.
Un «Pollito» presumido
que se inquieta porque no se alza el telón.
Un discreto taconeo distinguido
de gente que está pensando en alta voz.
Una corona diamantina sobre la oquedad de una testa,
un alfiler en una corbata intelectual,
un collar de zafiros del siglo diez y siete,
un zapato imperial.
Oraciones de Paquín, jaculatorias de Whort,
gente de frac, gente... de frac.
Un «smoking» rezagado, una camisa brillante
deslumbrante,
como el discurso de un español.
Unos impertinentes de abolengo,
—óptico orgullo— y Puerta del Sol,
otra vez, Puerta del Sol, *dentro*,
con la misma hueca aglomeración...

Un telón de damasco,
corona de grandeza y un cordero suspendido.
(El cordero suspendido es la plebe nacional.)
Simbolismo. (El cordero.) Tono rosa
madurando un *Sacré Coeur*. Raza «mal».
Un amante. Cien amantes...
¡Sacristía
con mejunjes de *boudoir*!

Salgo. Llueve.
El camino de la plebe
es enorme. No se puede cruzar.
Los hermanos del cordero suspendido
van al cine dislocados. Un motín
peliculero bajo el agua.
Muchedumbre febril...
¡Corte de la Milagrería,
corazón adorable, gentil,
ciudad de la alegría espeluznante
y la frivolidad importante...
¡¡Madrid!!

ALEGRIA

Ramón Gómez de la Serna
está alegre en Pombo. Está alegre
porque toda la gente más triste le acompaña
con un grotesco sombrero de copa ideal.
Los amigos de Pombo quieren ser ilustres.
Son los que son ilustres sin serlo jamás.
Todos son de España y a veces parecen
de ciudades raras que tienen cierta universalidad.
Ramón es el gran alegre. Tiene la alegría
fastuosa de su originalidad.
El mismo, es un capricho suyo,
un formidable capricho genial...
Pombo se ha ocultado para que le dejen

recordar su dulce antigüedad.
Pombo es un chocolate viejo,
un chocolate que no se acaba de probar
y que está en una mesa solitaria
esperando al parroquiano usual.
Pombo tiene una gracia de Campoamor anciano
y una luz honesta de mediocridad.
Ramón lo ha llenado de alegría.
Pombo tolera alegre la travesura de esta amistad,
porque Ramón es el nieto precoz,
el nieto de la gracia, la esperanza familiar.
Ramón habla tan alto
que nadie puede hablar,
pero un ciego escucha la voz de Ramón
y ve la voz y se ilumina su oscuridad.
(Este ciego es una huella en mi vida.
El nunca supo que estuvo al lado de mi simplicidad.
Yo rondé silencioso las pupilas taciturnas
y le traje un silencio de ciego a mi mar...)
¡Alegría! Ramón sostiene la alegría
para los demás.
Ellos son las cosas mudas
que Ramón anima con el hierro de su voluntad...
¡Alegría distinta, de ser fuerte,
de poder, desnudamente, pensar,
de pensar siempre, y tener pensamiento
para el camino de la eternidad...!

.....

*El poema se trunca. Da la una
en un reloj oficial.
Pombo se desvanece como el día
entre las calles de la ciudad.
El poeta recibe un telegrama
como cualquier afamado industrial.
Un telegrama de comerciante
que es este su oficio habitual.*

*El poeta recibe un telegrama
del hombre que le envía el capital.
El dinero se acaba y no es prudente
dejarlo del todo acabar.
Por tan imperiosa razón crematística
queda el poema sin terminar.*

Viaje de 1918.

[En «España» (Madrid). Octubre-noviembre 1920]

DE
LOS CAMINOS DISPERSOS

CAMINOS DE PAZ DEL RECUERDO

I

*(Playa. Lunes gris.
Hora del alba.)*

Amanecer de Octubre.
La playa tiene
la vanidosa gracia
del arco iris.
Ha caído del cielo
esa lluvia infantil y tímida
que no quiere llegar al invierno
porque aún tiene rayos de sol que la acarician.
Todo el amanecer
es de una extraña pureza antigua.
El arco iris,
con una brillantez de alegoría
curvaba con su seda el vientre enorme
del agrio nubarrón que encadenaba al día.
El mar es como un sueño de mañana
—tal su borrosa paz íntima—
como ese sueño blanco y breve
del hombre de oficina
que quiere dormir siempre
un epílogo de sueño
antes de la ablución sacrílega.

Mi corazón que es ya apenas
importante en la línea
sentimental de las cosas,
sin embargo sentía
una discreta emoción marinera
y casi una tentación metafísica.
Pero quedóse al pronto
tan turbado y triste
porque volvieron los pasados días
a recordar las horas solitarias
frente a esta playa perdida...
Y entonces fue como una sombra extraña
entre la turbia claridad dormida.
¿Era el recuerdo?.. ¿Mi camino, entonces,
mayor dolor y soledad tenía...?

II

*Claro día. Hogar.
Vienen las emociones
de ayer.)*

El viejo mayordomo,
Juan, el de Guayedra,
ha venido a traernos
las doradas uvas de su viña...
Las muchachas pequeñas
lo han sentado a la mesa familiar
y el viejo ha recontado nuestra infancia
de la que apenas hay recuerdo cierto.
Lleva el viejo en la frente,
que es como un campo antiguo y sosegado,
ochenta años de piedad agraria;
y aún sabe, como ayer, nuestros caminos
que su mano leal guió mil horas.
Y dice, pacíficamente,
como una sorda campana

de mediodía caluroso y turbio,
que una tarde lejana,
camino de la ermita
de la Montaña
rugió la tierra como un dios herido
y el hombrecito —yo— todas las mozas
temblamos de pavor, menos la hermana
de los ojos de mar, la más pequeña,
ésta que tiene sobre el hombro mío
las dulces manos de la madre muerta.
Todo lo aviva el viejo
pero lo más perdido
mejor le nace en su memoria y dice:
«Esta es Paulina, la recuerdo ahora
porque está junto a ti. Yo le cuidaba
sus cuatro años de oro... El nieto mío
era moreno como el pan de trigo
que nutrió en casa una salud de árbol...
Perdióse el nieto por el valle dilatado
del Silencio... Decías cada hora:
Este mozo galán
será mañana el bello novio mío.
¿Te acuerdas? ¡Ocho años! ¡Ocho años de amores
sin saber que no es paz la muerte niña...!»

El viejo cuenta. Y como el día es corto
y la noche se acerca y él es viejo
se duerme en el sillón de antigua leña
lugar de todos los abuelos muertos.
El oro del sol
en las campiñas remotas se extiende.
Luego, busca refugio en los cabellos
de Paulina. El campesino amigo
espía en el sueño nuestra infancia entera.
Y la moza, en los surcos de su frente,
le siembre la semilla de sus besos...

VI

(Cruzan los recuerdos sobre
el camino claro. Día lejano.)

Mi gran amigo el asno
que cargaba el carbón de mi otro amigo
el carbonero de la Plaza, un día
paróse ante la puerta de la oficina inglesa
donde amasaba yo pan hipotético.
Es tan claro el recuerdo y tan gracioso
que llena mi camino de ternura.
Alzó el asno su hocico,
gallardo y sagrado, como una tiara
y lanzó un alarido
que entró por la Caja
y se estrelló en el *Private office*
sobre una pared estucada.
Los presumidos horteras
que tienen ese muy menguado oficio
de reducir las libras áureas
—esas libras
independientes y bravas—
a la moneda diminuta
de otra nación cesante y malpocada,
al oír el rebuzno rieron,
como mozas de taller alborotadas.

El asno, ¡oh, Francis Jammes!
llevaba
sobre el lomo el carbón
más ligeramente
que yo llevo
este pequeño dolor de mi alma.
Tenía el loado color de *Platero*
pero en la boca, una extraña
negrura hecha polvo
de mascar la paciencia

de su carbón, tan larga...
Y aquel asno era
mi dulce compañero Juan, el muerto.
A saludar venía su anterior morada.
Yo me acerqué a la puerta y vi en los ojos
del asno fiel, una antigua mirada
y una viveza nueva y misteriosa
que daba a su testa claridad extraña.
Y el pobre Juan en la vida no tuvo
ni siquiera una mediocridad regularizada.
Ahora, empero, casi goza
de una infinita paz de Nirvana.
Juntó el asno su hocico a mi oído
y exclamó con su voz de verdad, ya lejana:
«¿Pero sigues igual? ¡Oh afortunado!
Abnegación humana,
premio de eternidad, mejoramiento de casta.
Yo me siento feliz y con una
agilidad psíquica insospechada.
Aguarda como yo, que los caminos
sólo están en el alma.
Hombres de honestidad fingida
ante pupitres, yo los admiraba.
Y así subí tan dulcemente ahora
que el tránsito fatal fue como un sueño
de niño. La Muerte no es nada.
Espera, compañero,
la noche o el alba,
mas sin caminos solitarios
ni dolorosas ansias.
Ven, como yo, por un sendero recto
a la invisible escala.
Te diré el secreto
en una palabra
que es toda la ciencia:
aguanta hasta siempre. Aguanta y aguanta...»

XIII

*(Regreso de la aldea.
Final de la noche desolada.)*

Grito de mi cabeza
que estás rebotando loco
entre las recias paredes
del cráneo maldito,
¿qué mano es esa, misteriosa,
que oprime de pronto
la invisible boca
y en pensamientos extraños
te ahoga,
y hace de ti, grito,
mar de sonoridades silenciosas...?

DOLOROSOS CAMINOS

I

*(Calle Solitaria.
Atardecer.)*

Sombra ebria. Un amigo de ayer.
Calle de la ciudad; el oro
vesperal de un brusco golpe
se sumerge en el fondo
de la montaña azul.
El recuerdo brota en mi sereno olvido
como un punto de estrella, rojo.

El amigo arrastraba las cadenas de sus brazos
por las paredes de las casas. Era
cual si fuera a filtrarse silencioso.

No dijo *adiós* porque la boca estaba
claveteada de amargura y de enojo...
Es el amigo que no dice *adiós*
nunca, el amigo que lo olvida todo,
que busca la memoria mirando hacia dentro,
como si buscara una moneda
en un bolsillo roto.
La sangre andrajosa de su estirpe
tiraba de él por el labio desdeñoso.
Yo sentí el roce de su silencio dilatado
atravesar tímido mi corazón absorto.
La mirada tardía
era como un horizonte de plomo.
¡Pero en aguas de su corazón
mojó un instante los ojos...!

La noche cruzó cerca. Pero hubo
un espacio de noche entre los dos y un poco
de amor antiguo. Pero la amistad
no acertó a ver la mano vieja en reposo.

Cogió la calle, se llenó de calle
y de portalones oscuros como bocas de lobo.
Se arrastró por la acera trabajosamente
cual un corporizado sollozo.
Dejó olores de aromas mendigos,
un perfume de sangre de loco
que amontona las horas y se bebe las horas
con la sed infinita
del que aún tiene su tiempo remoto...

III

*(Noche invernal. Las lámparas
han muerto. Galerías estrechas.)*

¿Es la hora profunda y verdadera?
¡No puede ser esa terrible hora todavía!
¿Pero esas siluetas de sombra que pasan?
¡Ese roce de hielo es la hora..!
¿Qué sientes...?

Dentro de una campana de oscuro silencio,
siento encima de mí derramar tierra;
pero oigo al través de la tierra
resonar las agudas palabras.
¡Y mis pupilas han quedado abiertas
y el ejercicio de su luz no acaba...!

VI

*(Calle comercial. Mediodía
africano.)*

De pronto sentí un hastío infinito...
Parecía que de mi corazón iban saliendo calles,
calles rectas de una ciudad lenta y gris.
Sentí un rumor trepidante en el fondo del alma,
las calles tiraban de mi corazón.
Y esas voces de polvo, esas palpitaciones urbanas
de los hombres de hongo y de bastón,
removían acremente un pedazo de conciencia
que aún mantenía vivo el dolor.

Calle villana era mi vida inútil:
cuestas de piedras, yerba entre las piedras,
como alegrías viejas... ¡Un montón
de escombros en una encrucijada..!
¡Pereza de campanas de mediodía, sordas!

Y ese trabajo de hombres adormidos
por las cuerdas del sol que atan las manos.
Tal la visión del mediodía ardiente.

Hacia mi pobre corazón venían
las cosas de la calle,
esas vulgares cosas sin explicación
del que mete la mano en el bolsillo
o del que mira reflexivo su reloj.
Yo tenía dentro todos los relojes de la calle
y llegó a ser mi corazón
como un bolsillo que tuviera manos
llenas de aburrimiento y de sudor.
La calle, sucia, como plomo viejo,
hasta el fin de mi alma llegó.
Los hombres huían lentamente por ella
llevándose el tiempo
y dejándome un trágico espacio acreedor.
¡Nada!
¡Todo era como para lograr la Nada
otra vez! (Acotación
del pensamiento
creador.)
...Pero siempre la Muerte, el hastío en el cielo.
¿Y la muerte? Quizás un hastío mayor.
Todo se prolonga como cualquier calle
y se mueren los hombres
también, como yo...
¡Se morirán de nuevo!
¡Morir es la nueva vía de la prolongación...!

IX

*(Calle de la ciudad.
Caminar desolado.)*

Un jesuita pasa por mi lado.
Mira punzante y se va.
¿Me conoce? No importa.
Soy el gran enemigo local.
El sordo enemigo que no saluda
al obispo. La impiedad corporizada.
Un mudo corolario
de pedantería liberal.
Demagogo, como el barbero de la esquina,
ateo espectacular.
Sanguinario, como un persa;
sindicalista, como un catalán...
Luego
mi celebridad
es sencilla.
En este lugar de ultramar
uno puede ser ilustre
con facilidad:
no saludando al obispo
y dejando la testa cubierta
cuando cruza su Divina Majestad.

Luchemos. Una tarde, un letrado
dice: ese idiota me revuelve el mal
interior, cuando lo veo
pasar.
Como un taladro, su memoria
desde la coronilla al corazón me va.
Y ya veis, uno pasa
sin luchar,
pacíficamente,
como un anciano fiscal
y está luchando sin saberlo

con un abogado astral.
Corren los años. Uno no ha sido nada.
Se muere, sin variar,
después de haber fumado
su pipa
como un viejo marinero
a la orilla de la mar.
Y ha acabado su lucha.
¿Cuál?
La lucha de una sombra
con una posibilidad...
Orgullo. Llega la muerte del mes
y uno no tiene dinero. ¿Qué más da?
Pero compra un libro... uno...
Los *Ensayos* del Sr. de Montaigne.
Y la vida solloza entretando...
Vamos camino de la ciudad
hojeando el libro,
como un número humano más.
Pero el médico obstétrico
o el especialista en el sendero intestinal
cruza con el hongo de sus aprobados
sobre la sombrera craneal.
Mira y —¡vanidoso!— exclama
desde el fondo de su ciencia de hospital.
Y uno va leyendo el libro
sin sospechar nada, en paz.
Y después viene esa cosa, oscura y fría,
que llama la Intrusa
el excelso poeta
don Polidoro María Bernard
y uno se vuelve hacia arriba
con una hinchazón lívida y teatral...
Y ese es el orgullo insospechado
de nuestra magnificencia terrenal.
El ojo psíquico del clínico
no falla jamás.
Y luego... necrófagos

y esqueleto final.
Ha pasado sobre nuestra vida
la estulticia de la historia provincial.
Pero hasta el mismo fondo del osario
roe la carcoma de la gris igualdad.
Y los huesos romos
luchan con la tierra vanamente.
¡Oh! si pudieran taladrar la tierra
ellos, infinitamente más
que un rayo celeste
hasta hallar
el hoyo más profundo
de la única entraña solitaria...

XI

*(Viento africano. Rumor profundo de soledad
agitada. En lo alto del camino árido.)*

¡Oh, el cielo baja
como una losa de tumba!
El corazón cautivo se desprende
y suena, alma adentro...

¿Ese hombre del camino
me extiende su mano?
¿Es que ve, como yo, el peligro infinito?
¿Es que está alto su cielo y me lleva a su cielo?
Cierro los ojos. ¿La mano me guía
por un inverosímil corredor estrecho?
¿Mis hombros no rozan las paredes oscuras?
¿Es esto silencio..?

Elévase el cielo.
Otra vez sobre la tierra
el viejo azul se ha abierto...
¡Es que yo era el espacio
y no sabía serlo..!

XIII

*(Día invernal. Refugio en la biblioteca.
Canción disparatada y angulosa.)*

Llueve. Estoy acurrucado
en los estantes de la biblioteca.
Viene a mí el conocido caso
de cerebración inconsciente.
En la mano, Diógenes;
en la mente, el hongo
del médico vecino.
—¿Qué será de este hongo bajo la lluvia?
Mi corazón se estremece
al presentir sobre la copa
caer las gotas duras...
¿Así será —pienso—
la primera sinrazón de la locura?
¿Unas gotas de vidrio cayendo
sobre un cerebro-hongo, implacables...?
¿Por qué tengo yo este libro
en que se habla de Ninón de Lenclos?
Yo lo he comprado ahora,
hace un instante
junto con la República de Platón
y una comedia de Sir James Barrie
—Mary-Rose—.
Tengo el libro en la mano
y digo: —¿Por qué el doctor
no se evade del hongo
si el hongo es una mano negra
y curva que aprieta desde la cabeza
al corazón...?
Un hombre con un hongo
está suspendido en el aire.
La mano-hongo lo levanta
como a un conejo apresado
el cazador.

Vuelvo a hojear los libros.
El libro de Ninón
me hace sonreír. Ninón era un filósofo
del Amor.
La veo vieja, conservada,
anacrónica y llena de sopor.
El hongo del médico
tiene la misma visión
de curvatura y de encartonamiento
de mademoiselle de Lenclos...

Llueve. Las horas parece
que se han puesto como los libros,
derechas, con el lomo hacia fuera.
Estoy entre las horas y los libros.
Me acojo a los libros
como si fueran un seno de amor.
Mi pensamiento es el propio estante.
Un libro aquí —Tolstoi—
Shakespeare allí. De pronto
el alma se desprende —Hugo—
y sube —Verlaine— Hoy
es un día ramplón.
El día de la nada. (Aniversario
de la Creación.)
Todo tiene los negros y resbaladizos
contornos del hongo. Dolor.
Pero dolor vacío, cohibido, idiota,
volador...
Alzo las manos como un alumno
de declamación:
lanzo un suspiro dramático
y una maldición.
Y después, con esa vulgaridad doméstica
con que se recogen los hilos de un ovillo
de algodón,
meto la mano en el pecho
hacia el lado del corazón.

El corazón, amaestrado,
se acerca, como un gorrión.
Mis manos lo apuñan vivamente
y lo arrojan, como el ovillo,
por el balcón.
En la calle rebota
sobre el hongo del doctor
que entra.

Tableau

INTERMEDIO ELEGÍACO

Tomás Morales, poeta

SIEMPRE

*(Camposanto. Frente al
sepulcro del poeta.)*

Siempre es la palabra última:
la honda palabra de la raíz eterna.
A ti se te metió el *Siempre* en el alma
como un arpón agudo que la fijó en la tierra.

Tu pequeña sonrisa,
tu sonrisa de niño
que tiene huertos dilatados
y una amplia casa gris
en el solar antiguo de la heredad austera,
—el niño que abre los ojos a los frutales ebrios
y alza hacia ellos las manos vivamente
con la novelería de las sorpresas—
tu sonrisa tranquila es un hueco terroso
que ya el *Siempre* ha llenado de lividez perpetua.

¡Oh!, tu amor campesino por la humedad nocturna
se hizo humedad nocturna,
—¡la salud de la tierra sobre tu frente yerta!—
Y se cubrió de *Siempre*
el camino de tu pensamiento,
camino claro
como el bienestar de tu vida, recta.
¡Tu corazón se esparce ahora
lentamente, bajo la tierra...!
¿Qué fue de la graciosa dejadez de tu alma
que hizo del tiempo divino
una alba bolsa sin fondo
donde el oro
vertió tu mano joven y entera...?

En el arca hermética
donde encerramos tu cuerpo
de marinero rudo y pensativo,
penetró, cauteloso, el silencio.
El silencio es: *Siempre*,
con un velo negro.
¿Y después? Vanidad.
Imposibilidad. Tristeza.
Sobre la tierra y las flores
cayó la enorme losa
de los amigos literarios de la muerte...
Pero Dios no puede librarnos de nada.
Dios es una estrella lejana y pequeña;
yo miro la estrella y sonrío
porque acaso pudiera apuñalarla en mi mano.
Te quedó solo y verdadero el *Siempre*.
Tus ojos cerrados
apretaban el *Siempre*
como un sollozo de hombre unos labios...

CAMINOS DE AYER

II

*(Tarde en el camino
de la aldea. Quizás...)*

En el sendero está la misma piedra
de ayer. ¿Quién ha pasado
en la tarde tranquila sin mirarla,
si ella espera la luz de las pupilas
para ir haciendo un caminito humano... ?

¡Mañana ya estará en la encrucijada
con la humildad de esa mendiga eterna
de los caminos solitarios!...

(El silencio

se aquieta, como un viento, porque brote
con infinita claridad de oro
la mirada cordial de mis pupilas.)

III

*(Alba de otoño.
Camino temeroso.)*

¡Blanca sombra de la madrugada!
Un féretro blanco
y unos hombres monótonos que lo cargan.
Entre el frío del silencio
cruzo yo como una luz movediza y vaga.
Paso a paso
va mi alma:
—¿Por qué lleváis entre el recato
de la paciente noche
este muerto, ¡oh!, hombres señeros?

¿No tenéis vanidad funeraria?
¿Por qué sin los cortejos
austeros, de chisteras
y de levitas largas
separáis de la vida,
tan desnudamente, vuestra carga?
Los hombres responden:
—Fue una mujer silenciosa;
esa eterna mujer de la ventana
que lanza siempre de unos ojos turbios
una mirada clara.
Ella quiso este entierro
breve de la madrugada.
Murió de ese dolor
que nadie ha descubierto todavía
y que todos, supersticiosamente, callan.

El andar de los hombres prosigue.
Yo voy detrás también
como otra sombra blanca...

IV

*(Calle populosa. Camino perdido.
Atardecer.)*

Mi ciudad diferente,
¡diferente e igual!
Hombres con la misma palabra,
la misma alma y el mismo vagar...
¡Señor!
¿Será siempre mi alma esa losa de piedra
que aplasta en la sombra mi sensibilidad?
¿Mi corazón ahora se torna de nuevo
intolerablemente audaz...?
¿Esta ira amarga del pecho desnudo
es mía? ¿Soy acaso un salvaje

azotado de mar
o un hombre solo
como un fantasma rencoroso
y amarillo, que cruza la ciudad
roído, carcomido hasta la entraña
de su hastío animal...?

**POEMAS NO RECOGIDOS
EN LIBRO**

(Noche. Ciudad iluminada.)

Ahora, un hombre embalsamado con morfina
cruza de pronto a mi lado.

Lívido y sordo,
es como un extraño fantasma ibseniano.

No mira con los ojos
sino con el temblor de los labios.
Los labios locos. Toda el alma amarilla
como un sueño de opio vibrando.

Se pierde entre los espejos
de un café iluminado...
La terrible sombra
danza en los espejos,
y el café se torna
en un luminoso laberinto trágico.

[En *Poesía*. Tagoro. Las Palmas de Gran Canaria, 1964.]

BUEN CLIMA (Reclamo)

(Mediodía. Calle bulliciosa. Policromía de colores.)

Ciudad de mar. Buen clima.
Lo dice un libro y el diputado de la ciudad.
Buen clima: ingleses tuberculosos,
magistrados que se nutren sin cesar.
Estación de extranjeros,
de extranjeros de tarjeta postal.
Turistas de ida y vuelta. Diez y seis guineas
en barcos fruteros: gentes sin posteridad
con una familia lejana y honesta que aguarda
estúpidamente un telegrama con abrazo final.

Clima sano. Pasan las inglesas flacas.
Un sol tabarrista cae en la plaza comercial;
y los labios ingleses se tiñen de buen clima,
de clima rojo, llameante, sensual.
Los indígenas cruzan, hechos de clima bueno
como una acreditada pasta dentífrica mental.
(El hombre inteligente se avergüenza
de esta mediocre brisa del mar.)

Buen clima.

Clima oficial.

Cortesía del cielo, discreción de la Rosa
de los Vientos... ¡Cordura zodiacal!

Buen clima. Uniforme clima
como la estupidez. Clima ideal,
económico, sin gabanes sobre los montes
y sobre la eternidad
de las cosas vacías; clima vacío,
de una perenne y templada vaciedad.
Se piensa en calderilla. El pensamiento
—noventa y cinco céntimos lo más—
es otro clima cálido y benigno

que eterniza la siesta intelectual.
Buen clima. ¡Oh la atracción del turismo,
bigardonería de presidentes de sociedad..
Fe del patriota terruñero que hace
de su Baedeker, alfalfa espiritual...

Yo estoy en medio de este clima localista
con una irremediable temperatura universal...

Isla del buen clima, 1920

[En «España», Madrid, 18 de diciembre 1920.]

POEMA DEL HIJO

Los ojos claros
llenos de veinte años azules
preguntan en silencio: ¿Y el hijo?
¡Ah, el hijo es un muñeco rosado
con la idiotez del bisabuelo!
El hijo es un gorila pálido
enfermizo y genial. Es un socialista
futuro. Un leguleyo atravesado.
Yo he sentido
el aplauso
del hijo en el teatro de la Princesa
y el error de que en un vientre niño
se engendre un Ministro del Trabajo...
El hijo... Mira, ven al balcón.
En paz está el mar. El horizonte es alto.
Pon el hijo en la estrella.
Porque, ¿ves?, ¿ves a ese gentil caminante
policromado?
Es un hijo.

¿Y aquella sombra embriagada y rota
de la esquina?
Es un hijo.
Y ese barbudo clérigo que canta
es otro hijo.
Y ese boticario
de la ropa
de dril
refregado...
Otro hijo...
¿Para qué el hijo?
¿Por qué condenarlo
a esa nacionalidad
del hombre menguado?
Tierra amorosa nodriza:
que tu mano acaricie y persone el fracaso.
El hijo...

Hagamos un hijo
ideal que no lllore...

[En «Fablas», Las Palmas de Gran Canaria, enero 1975.]

VENIA POR LA CIUDAD

Venía por la ciudad
con la tibia compañía de la noche;
llegué a la puerta de mi casa y dije
¡adiós! Cerré la puerta y resonó el silencio.
La noche quedó fuera como un perro asustado.

El silencio de las cosas domésticas
estaba como embrujado
entre los pliegues de los cortinajes
sobre el borde sutil de los cuadros.

Yo crucé por las largas galerías.
Tenía la amada aún el sueño intacto.
Oía en las sombras entonces
palabras que no sonaron;
sentí la eternidad desconocida
como una serpiente, ondular en el espacio.

Y abrí las puertas del balcón. El alma
se elevó como una llama iluminando
la noche
que aguardaba en la puerta.

[En *Obras Completas*. Las Palmas de Gran Canaria, 1987.]

DE
**CRONICAS DE LA CIUDAD
Y DE LA NOCHE**

CRONICAS DE LA CIUDAD

(Glosas humorísticas del modo social
de los insulares canarios)

LA ALAMEDA ESTA VACIA

Una noche, un domingo a la noche, vamos a la Alameda. Es el primer día en que las tocatas comienzan. No hay nadie en la Alameda. ¿Cómo es posible —nos preguntamos— que esta Alameda de grandes destinos esté solitaria, y estos músicos toquen solamente para los árboles? ¿No estará herido el sentimiento artístico de estos músicos que han preparado un programa selecto, para que se les aplauda? ¿Qué razón misteriosa hay para esta ausencia femenina? ¿No hemos oído que Pilar y Dolores y Ana y María se despidieron esta mañana en misa, para verse después en el paseo?... alguna cosa terrible ha surgido. Dolores, Ana, María y Pilar se han quedado en sus casas esta noche. El paseo está, pues, sin color; es un paseo desabrido, absurdo... Los mozos del Casino se encuentran apesadumbrados. Nadie acierta la razón de esta ausencia.

Pero el conflicto existe. En casa de Pilar, de Ana, de Dolores y de María, ha nacido una duda. Ellas han dicho: —«¿Habrà mucha gente en el paseo? —No sé, niña. Como

es la primera noche quizás haya poca. —¿Vamos, entonces? —Sí, pero vamos más tarde, cuando ya haya gente. A mí me fastidia entrar la primera...»

Y Pilar, Ana, Dolores y María, con sus lindos sombreritos puestos, aguardan en la ventana de sus casas... Viven cerca unas de otras. Desde sus ventanas, ellas ven salir a la amiga. Y Ana dice: «Vamos a ver si Pilar va. Por aquí tiene que pasar». Y Pilar exclama: —«Deja ver si Ana sale... No ha salido aún...»

Y así transcurre una hora, dos horas. Los sentimentales músicos han tocado *Aída*, han tocado *Tosca*, han tocado *Bohemia*... Pero Pilar, Ana, María y Dolores, aún con sus bellos sombreritos puestos, continúan en la ventana esperando: Pilar a que salga María, y aguardando Ana a que Dolores salga.

Y transcurren tres horas. Y entonces ellas miran el reloj y dicen, desencantadas: —«Son las once. Ya eso se acabó. Después de todo no debió haber nadie...»

Y no había nadie, es verdad. Estas buenas muchachitas querían que hubiese habido mucha gente... Todas ellas estaban deseando concurrir al paseo. Ellas hubieran dado una chuchería de su tocador por estar esta noche en la Alameda. ¿Pero qué iban a hacer las pobres, si no había gente?... Y esperaron todas a que hubiera gente... Y como la gente eran ellas mismas, el romántico paseo se ha quedado solitario esta espléndida noche de verano y los músicos no han tenido odores gentiles para los prodigios de sus instrumentos...

YO NO LEO PERIODICOS

Así como hay señores que tienen a honor leer periódicos y libros, hay otros que se honran con no leerlos.

«Yo no leo los periódicos», dice un poco despreciativamente el señor que no los lee. Y alza la cabeza, como si en vez de no leer los periódicos fuera él el mejor que los escribe en el mundo.

En la ínsula es una cosa honorable no leer periódicos. Los periódicos no dicen más que boberías. Las boberías de estos periódicos generalmente consisten en hablar de estos señores que dicen que no los leen por esas boberías mismas. Así don Fulano no lee nunca los periódicos, mientras el periódico está diciendo que él está mejor de su enfermedad o que ha pronunciado un excelente discurso. Claro que en el fondo el señor está contento con el elogio o la cortesía de este periódico, pero tiene también razón en decir que son boberías lo que traen estos periódicos.

En lo que no tiene razón es en no leerlos. El periódico para que lo lea este señor tiene que decir boberías. Si el periódico en lugar de estas cosas triviales hablara de budismo o de la situación psicológica de Rusia, el señor no podría leerlo de verdad. Pero ahora, con sus boberías cotidianas, es cuando debe leerlo porque es cuando lo entiende. Dice boberías el periódico, claro está, y el señor lo sabe, luego lo digiere. Si no dijera boberías ¿podría saber el señor lo que dice?

El secreto de la bobería no está en el escaso caletre del periodista, sino en la discreción y el tacto que la costumbre de su oficio le ha dado. El señor, en vez de decir que no lee periódicos, debía leerlos y darse pisto de que los entendía, ¿pues cómo va a saber de estas boberías sin enterarse? Otro bobo más discreto que él podía superarle en conocimientos y decir con más razón que los periódicos no traen sino boberías.

Cada señor isleño tiene dentro de su cuerpo un periódico mejor que el que le llevan a su casa y que por

compromiso paga. Tiene su periódico y lo escribe todos los días. No lee los de papel y tinta, y es seguro que no los leerá nunca. Posiblemente estos periódicos que no dicen más que boberías, serán esos que ellos llevan dentro de sí mismos.

EL SEÑOR CHINCHOSO

Ha cruzado a nuestro lado un distinguido señor, bien vestido, bien afeitado, con aire de persona educada. Este señor se ha quitado el sombrero cortésmente y nos ha saludado, con una amable sonrisa. Un amigo que estaba junto a nosotros ha dicho entonces: «¡Qué hombre más chinchoso!»

¡Un hombre chinchoso! Chinchoso es en la isla sinónimo de cargante, de antipático. El señor que nos ha saludado es un hombre fino, ¿por qué es, pues, chinchoso? Por eso mismo. Nuestro amigo se molesta cuando un hombre le saluda con educación. Es indudable que a nuestro amigo le gusta la gente ordinaria. Para él el hombre que eructa, que se mete los dedos en las narices y que dice ¡ajo! cada dos palabras y escupe por el colmillo, es el perfecto hombre de sociedad. Nuestro amigo encuentra chinchosos a todos los hombres que han recibido un poco de educación. Y este criterio de nuestro amigo se encuentra muy generalizado en la ínsula. Por eso hay tan poca gente chinchosa.

Un isleño no puede sufrir que le digan chinchoso. Y si han de decírselo, porque se quita el sombrero, no se lo quita y santas pascuas.

—Es de lo más chinchoso que hay, ese hombre. Buenas tardes, cómo está usted. ¡Jesús! Qué chinchoso —repiten remedando los que no lo son. Y el desdichado señor que

ha sido chinchoso unos minutos, deja de serlo desde aquel día, para siempre.

Así, pues, cuando veáis tanta gente ordinaria y plebeya a vuestro lado, no sintáis dolor, ni asco. En el fondo toda ella es finísima, culta, espiritual, pero molesta. Y se hace así por educación misma, por cortesía misma, porque serían unos hombres chinchosos en medio de una sociedad de hombres no chinchosos, notas discordantes en una orquesta tan afinada y completa.

NO ME HAN INVITADO

En la ínsula hay siempre un señor que no es invitado, y que él cree que deben invitarle porque dice: «A mí no me han invitado.»

Cuando un señor dice: «A mí no me han invitado», ya sabemos que ha habido una fiesta donde no se ha invitado a todo el mundo, sino a unas cuantas personas, entre las que no se encuentra, claro está, este señor que se queja. —¿Ha ido usted a la fiesta, señor? —le preguntamos—. Y él dice: ¿Pues ha habido fiesta? No sabía nada. No he recibido invitación. Y se aleja pensativo, el señor no invitado, hecho un mar de confusiones por no saber qué causas han obligado a no invitarle. «No sé..., no sé... —dice— por qué no me han invitado...»

Y es el caso que el señor no tiene importancia para esta invitación y él mismo sabe que no la tiene, y no debe extrañarle, pero le preocupa, sin embargo: ¡Caramba! ¿Por qué no me habrán invitado?

Luego, hay otros señores que saben de esta fiesta por el señor no invitado. En la ínsula para dar popularidad a una fiesta lo mejor es no invitar: «¿Ha habido fiesta? ¡No han invitado, pues! ¡Caray!»

Los señores no invitados que saben de esta fiesta, dicen: «A don Fulano no lo han invitado tampoco.» ¿No han invitado a don Fulano? —Eso he visto en el periódico. —¡Pues es raro!

Y se encuentran a don Fulano y le preguntan: «¿Don Fulano, a usted no le invitaron?» —A mí, no. —Hombre, ¿cómo ha sido eso? —Pues no sé, no me lo explico. —Pues don Zutano fue invitado. —¿Ah sí? ¿Lo invitaron?

Y se arma un pequeño conflicto social con esta invitación, y la señora de la casa se incomoda y exclama:

—Pues si no te han invitado ahora no debes aceptar la invitación cuando te inviten otro día.

Y el señor no invitado recordará toda su vida este desaire, y lo repetirá en la rebotica, cuantas veces haya fiestas y aparezca un nuevo señor no invitado.

—Pues a mí, allá el año 14, no me invitaron a la fiesta tal. Nunca lo comprendí. Aunque luego me dieron excusas, diciendo que fue un olvido involuntario, pero yo, no volví jamás a ninguna fiesta que dieron esos señores... Fue una cosa que me molestó mucho y todavía al recordarlo me arde un poco.

ESE ES UN SINVERGÜENZA

Generalmente, en la ínsula, el sinvergüenza no es el individuo que no tiene vergüenza, como sería lógico y gramatical suponer: sino el que hace una cosa que al verdadero sinvergüenza perjudica.

Un sinvergüenza abre una timba y hay otra persona que no está conforme con esta timba y la va a denunciar, y el sinvergüenza, que además es listo, lo supone así y

advierde a un cofrade suyo asimismo sinvergüenza: «Mucho ojo con Fulano, que ése es un sinvergüenza y nos denuncia.»

Otro señor va a cometer una sinvergüencería y ante el temor de ser descubierto se previene pensando: «Esto tengo que hacerlo bien escondido porque si se entera Zutano, que es un sinvergüenza... me fastidia.» Para dejar, pues, de ser sinvergüenza en la ínsula, es preciso ser sinvergüenza. Mientras más sinvergüenza se es menos sinvergüenza resulta uno. Una sinvergüencería mata a la otra.

Otro señor no está conforme con el saludo que le propina un amigo y lo deja de saludar. Desde este momento pasa a ser sinvergüenza. Un saludo de más o de menos adquiere en la sociedad pretenciosa de la ínsula caracteres de canallada. Y así vemos que no saludando a los sinvergüenzas somos sinvergüenzas sin saberlo. Pero esto no obsta para ser amigo del verdadero sinvergüenza. Aunque uno no lo sea y lo es, con relación a otro que siéndolo no quiere serlo. El sinvergüenza dice: «Perencejo de Tal es amigo mío, pero no dejo de reconocer que es un sinvergüenza.»

No empece, pues, no ser sinvergüenza para que el sinvergüenza sea amigo nuestro, suponiéndonos sinvergüenza. Si nosotros decimos que el sinvergüenza es él, se enfadará, sin embargo, pero tampoco dejará de ser nuestro amigo.

Sinvergüenza para el sinvergüenza es aquel que, aun haciendo cosas de sinvergüenza, no son como las de él. Y cualquier cosa es una sinvergüencería.

Si el sinvergüenza robó una cosa, dejará de ser sinvergüenza en el mismo momento en que el no sinvergüenza

se olvide de saludarle en la calle. Pues su categoría de sinvergüenza la traspasa *ipso facto* al no sinvergüenza.

—¿Quién...? ¿Ese...? ¡Ese es un sinvergüenza! Pasa por al lado de uno y ni saluda siquiera.

UNA GRAN PERSONA

Cuando se es en la ínsula una gran persona ya sabemos todos que nuestra vida es inmortal. Para ser gran persona es preciso ser antes un gran hotentote, y fumar un buen cigarro puro y caminar abriendo las piernas constantemente. El transeúnte al pasar dirá de nosotros: —«Qué tío más animal», pero siempre habrá otro señor que responda: —«Pero es una gran persona».

Puede uno ser sinvergüenza y hasta ladrón en la ínsula sin dejar de ser gran persona.

La gran persona está siempre en el fondo, como los tesoros.

Un señor ladra. En el fondo es una gran persona. Otro señor comete una infamia. No importa. Mientras comete esta infamia, como beneficia a un tercero, será la gran persona que todos deseamos.

—¿Usted lo ve tan grosero, tan sinvergüenza, capaz de quedarse con la isla entera...?, pues es un infeliz, incapaz de nada, una gran persona.» Así decimos nosotros de estas grandes personas nuestras.

Un día este señor se muere y su entierro es una gran manifestación de duelo. Al enterramiento de este señor acuden todos los aspirantes a grandes personas. Y de las cenizas de esta gran persona, sale el Fénix de otra gran persona nueva y popular.

La gran persona se sienta en un Círculo todas las tardes a decir burradas, rodeado de un coro de amigos. La gran persona alquila un palco en el teatro y se va en automóvil al campo. Es también el «que sabe gastarse el dinero». Por esto mismo de saber gastarlo es acaso «la gran persona».

Nosotros quisiéramos ser unas personas pequeñas nada más. Pero no es posible. En la ínsula si no se es *gran persona*, no se puede ser nada, como no sea un *fulanillo a la vela*.

NO HE SACADO CIGARROS

Esta mañana nos hemos encontrado con don Onofre y nos ha dicho de golpe: —«¿Hombre, usted tiene cigarros? Caray, no he sacado; estaba escribiendo y con la prisa de salir los he dejado encima de la mesa. Y por aquí no hay tabaquerías abiertas, y estoy con unas ganas furiosas de fumar.»

Le hemos dado, sonriendo, un cigarro a don Onofre y él nos lo ha agradecido, como si hubiéramos empleado en el Ayuntamiento a su primogénito.

Nosotros sentimos una profunda admiración por estos hombres que siempre se dejan los cigarros en la mesa de su casa. En realidad, no los dejan, suelen no comprarlos, pero nosotros les daríamos una, dos, tres cajas nada más que por oírles la disculpa encantadora.

Don Onofre se fuma nuestro cigarro y cuando tropieze con otro amigo le pedirá un nuevo cigarro con el preámbulo con que a nosotros nos lo pidió. Y todo el día estará pidiendo cigarros. Cada uno de los amigos le dará uno. Don Onofre tiene una cajilla de amigos; dieciséis amigos. El contará sus amistades por cigarros.

Cuando don Onofre, por casualidad compra una cajilla, se olvida de que la lleva en el bolsillo y sigue pidiendo cigarros. La otra noche nos decía: —«Hombre, usted querrá creer: soy un fumador tremendo. Pero cuando no tengo cigarros es una cosa delirante... usted querrá creer; el otro día, me quedé en casa y tenía una cajilla; pues apenas fumé un cigarro; y es que no tenía ganas... Pero por la noche salí y me olvidé de la cajilla y desde que llegué a la esquina me entraron unas ganas horribles, como si tuviera sed. Por no volver para atrás me di un salto a la tienda de don Juan para pedirle un cigarro...»

Y ved de lo que es capaz don Onofre. Su casa está casi en la esquina donde él se acordó de sus cigarrillos y la tienda de don Juan está al final de la otra calle paralela. Cuarenta veces más lejos de su casa. Don Onofre, dominado por su fatal vicio, caminó y caminó como un peregrino por buscar un cigarro, teniendo cerca de su mano una cajilla entera. Y no es que sea un usurero don Onofre. El compra muchas cosas y es un obsequioso amigo, pero esta manía de los cigarros le llevará a la tumba.

—«Me he dejado los cigarros sobre la mesa. Hombre, no compro cigarros porque en casa tengo una cajilla entera. Déme un fósforo. ¿Usted querrá creer que no puedo comprar fósforos?»

Don Onofre tampoco puede comprar fósforos. Esto es una enfermedad de don Onofre. El dice: —«Se me resiste comprar fósforos.» Y es capaz de andar sesenta metros en busca de un fósforo antes que comprar una cajilla. Y ve en el camino a un mendigo y le dará el valor de dos cajillas. Don Onofre se pasa el día diciendo dos frases:

—Déme candela.

—Déme un cigarro.

A veces cuando ha repetido mucho el «Déme un cigarro...» añade para suavizar el sablazo; —«Déme un cigarrillo... *de esos suyos.*»

EL SEÑOR QUE NO EXISTE

Hace algunos años, cuando éramos unos niños, solíamos ver en el parque a un señor pequeñito, regordete y colorado, que se sentaba en un banco todas las tardes. Este señor ni tenía amigos ni parecía hablar con otro que no fuera su propio yo. Ahora volvemos a encontrarlo en el mismo sitio, con la misma edad y el mismo silencio. El señor no ha cambiado nada. Y es que no existe.

El se ha pasado muchos años probándose su existencia y no ha podido conseguir gran cosa. No existe, aunque él se lo crea y quiera existir a la fuerza. No es más que un deseo de hombre, un esfuerzo constante por existir. Pero no es una realidad aunque nuestros ojos lo vean sentado en su banco...

El señor, a fuerza de voluntad, ha logrado una pequeña y ficticia existencia. Y piensa que existe. Y como se palpa y hasta habla en alta voz para oírse, cree realmente que es un ser vivo. Y he aquí todo lo que él cree que es. Primero: tenedor de libros. El señor se cree lleva los libros de un comercio porque se sienta todos los días en una mesa y escribe a diario. Después, cree que es casado, porque ha engendrado diez hijos, más tarde cree que va al parque porque está en el parque. Y nada de esto es cierto sino en la cabeza del señor. Si el señor no tuviera esta pequeña imaginación que le hace soñar estas cosas, no pensaría que existe. Y ya sabemos que puesto que «pienso, luego existo», no existe quien no tiene un pensamiento acondicionado.

El señor camina y se sienta en su parque. Si el lector le pregunta dónde nació, le dirá que en Canarias. El lo cree así. Su familia también lo cree. Si él lee esta crónica en la que se trata de su no-existencia, creará que nosotros estamos locos negando una realidad tan clara como es su vida.

Y esta última creencia será otra prueba más de que no existe. No existiendo y asegurar, sin embargo, que sí existe, es la prueba más segura de que el señor es una pura abstracción.

Cuando se levante mañana sonreirá repitiendo: Existo. Pero cuando se muera, no se dará cuenta de su muerte y se le disipará del meollo la absurda creencia de que existía.

Cuando el lector pase por este parque y vea al señor sentado en su banco, podrá comprender, claramente, cuán cierta es la verdad que sostenemos. El señor sonreirá y el lector pensará que la sonrisa es por seguro que está de su vida, pero hay otra sonrisa más recóndita, que no se ve, y que frente a esta sonrisa del señor, le hace un gesto desdeñoso de burla y de melancolía...

LAS CRIADAS DE VEGUETA

Estas redondas y fofas criadas de Vegueta que sirven en las casas de abolengo, desde que dan las tres de la tarde y las amas —unas señoras vestidas de raso negro muy misteriosas— se marchan a la Salve o la Letanía, asoman a las ventanas sus torneados bustos y, como estatuas de madera policromadas, permanecen allí hasta que en la catedral dan el toque de ánimas. ¿Qué soñarán estas mujeres todos los domingos? ¿Qué atisbarán en una calle por donde no pasa nadie nunca, sino el coche melancólico de algún galeno?

En cada ventana hay siempre dos criadas gordas, saludables, limpias, con esa limpieza que parece de jabón de Castilla; cubren sus bustos con unas blusas de satén azules o encarnadas muy ligeras, adornadas con lazos de terciopelo negro... Cruzan los brazos que son dos jamones enfundados sobre el alféizar, y se inmovilizan hasta el anochecer...

Pasan las horas. Sólo ha cruzado la calle un coche y una mujer vestida de negro que viene de San Agustín. Las miradas de las dos domésticas siguen fijamente la silueta de la mujer que se pierde por una calle transversal; después hablan unas palabras entrecortadas y tornan a esparcir las miradas por toda la calle en busca de otra silueta.

Son unas mujeres antipáticas, sin relieve alguno. De esta secta salió la muy famosa «Pepita la Redonda», que en «Compañerito» nos muestran los Millares; todas estas criadas son hijas de los medianeros del prócer. Y vienen a la casa solariega a esperar el esposo del lunar de pelo, cochero o lacayo del mismo prócer. En la casa engordan más, y allí, entre los pliegues de las cortinas de damasco, o bajo las alfombras mullidas de las salas, dejan el aire sano y la aldeana gentileza que traen de los prados. En unas cómodas de pino, guardan entre manzanas y blusas los duros del salario, que serán la dote mañana. No son ni feas; todas iguales, como de una casta peculiar; de una honradez casi histórica; estúpidas, a fuerza de honradas. No inspiran amor, no incitan al beso. Parecen atacuñadas de algodón hidrófilo. Van a todas las novenas, y tienen establecido un turno riguroso para salir de paseo los días festivos. Las criadas de la aristocracia isleña vienen a ser las abuelas de todos esos titulados anónimos, necios y presumidos, que enseñan su precoz vientre en la puerta de los casinos.

Mañana estas mujeres se codearán con la distinguida clase media, y aunque están acostumbradas a decir: «Señor don Fulano, señor don Mengano», nos llamarán a nosotros «Galindo, Robaina, Camejo»: «Oiga, usted, Camejo, oiga usted, Chirino...» Esta abnegación de los domingos en la ventana solariega tendrá que ser recompensada algún día.

Nosotros tuvimos muchas criadas en nuestra vieja casa; desde nuestra niñez todas las criadas que han desfilado por la cocina nuestra han dejado un recuerdo sentimental. Eran criadas de tres duros; muchachas ligeras, primorosas, formales. Tenían algún espíritu. Nosotros recordamos que algunas nos besaban cuando ya éramos crecinitos. Al través de los años se nos aparecen más bellas, más ardorosas de lo que en realidad fueron. Nuestras primeras visiones sentimentales estuvieron en aquellas caritas económicas, que tan bien supieron besar los soldados...

Al contemplar a estas otras criadas asexuales y circunspectas, el recuerdo de «las nuestras» se aviva, con más ardor. Y volvemos a verlas con los zapatos viejos de nuestro padre, fregando el piso sagrado de la sala.

Hace unos días, una de estas muchachitas, que hoy es una mujer espléndida, nos detuvo en la calle: —Mi niño —nos dijo—. ¡Qué grande estás! ¡Cuánto tiempo sin verte! —¿Y tú? —le preguntamos—. Yo, mi niño, me casé, tengo seis hijos. —¿Y tu marido en qué trabaja? —Mi marido está en La Habana...

¡Oh, que simpática! No la hemos creído. Pero estas mujercitas, que han sido nuestras criadas, y que al correr los años tornamos a ver con seis hijos y un marido hipotético en La Habana, son más humanas, más «mujeres», más puras, que estas otras criadas repugnantes de la aristocracia, que están pidiendo, a toda prisa, que las rocíen con agua bendita.

LA INQUIETUD DE LOS AMANUENSES

Cuando más tranquila está la calle donde trabajamos ahora, cuando el sol calienta la calle y los rumores lejanos de Triana son eco vago en este barrio de Vegueta silencioso, aparece, de pronto, como si hubiera surgido del fondo de la tierra, un hombre descubierto que se detiene en la esquina y mira con ansiedad a todos sitios...

Este hombre aguarda en la esquina un largo rato. ¿Qué busca? ¿Qué se le habrá perdido? Demuestra honda inquietud, hasta que por un extremo de la calle aparece una silueta humana. Al hombre se le ilumina el rostro entonces y se frota las manos como indicando placer o gusto. Pero esta satisfacción sólo dura unos segundos, hasta que la silueta se acerca y puede verse que es un muchacho de quince años. El hombre de la esquina hace un gesto de contrariedad, y continúa aguardando.

Pasan unos minutos; suenan unos pasos detrás del hombre; el corazón de este hombre le da un vuelco y el hombre se vuelve a mirar, pero tampoco es lo que él quería. Los pasos son de una mujer joven y enérgica que taconeá gentil y orgullosa como Fortunata. El hombre termina por resignarse y se apoya, sereno, en la casa de la esquina.

Transcurren otros minutos y súbitamente, sin que el hombre lo espere, da la vuelta a la esquina donde está apoyado y casi chocando con él, un atlético ciudadano que representa tener cuarenta años de vida espléndida. El hombre de la esquina detiene al atleta y con expresión suplicante le dice unas palabras misteriosas. El atleta se convence y se marcha con el hombre de la esquina. Ambos entran por un zaguán amable desde donde se ve un patio limpio y brillante lleno de flores.

¿De quién es esta casa? ¿Quién es el hombre descubier-
to? ¿Qué va a hacer con el atleta? La casa es una notaría,
el hombre descubierto es un amanuense y el atleta es un
testigo.

Hacía falta un testigo para firmar una escritura, y el
amanuense se echó a la calle en busca de un testigo, y lo
halló al fin, después de media hora de inquietud. Todos
los días ocurre lo mismo a este amanuense. El es un
pescador de testigos. Es como si estuviera en la punta
del muelle con una caña larga esperando a que picara un
pez.

El amanuense no es todos los días el mismo. Como en
la notaría hay cinco, seis amanuenses, estos amables y
pacientes ciudadanos alternan en la esquina. Pero en el
alma de todos existe esa tremenda inquietud del testigo.
Ellos no sienten correr las horas; con una pluma modesta
van haciendo sobre el papel las historias de los poderes y
los testamentos. No hay desequilibrio en sus vidas: son
como las escrituras mismas: iguales, monótonas, frías...
Pero cuando falta el testigo, entonces, el alma del ama-
nuense se revoluciona, y aquella serenidad del lago se
torna en encrespado mar de inquietudes... La única amara-
gura del amanuense es no hallar un testigo propicio.

Una tarde sale el amanuense, contento, porque hay
juicio en la Audiencia y encontrará en seguida el testigo.
La calle está llena de gente. El amanuense se dirige a un
hombre, pero este hombre no sabe firmar. Y de todos
los hombres que van al juicio ninguno sabe firmar. Y el
amanuense en la esquina los ve alejarse, su alma se rompe
en un desengaño cruel, maldito.

Hoy le hemos visto desolado en la esquina; nuestro
espíritu ha sentido una pequeña angustia, porque la cara
del amanuense tenía todos los síntomas de la ictericia.
En un impulso de generosidad nos hemos acercado; él ha

visto cómo se abría el cielo en su presencia. Nos ha llevado a la notaría y hemos atestiguado una venta. Al despedirnos, el amanuense, tímidamente, nos ha ofrecido un cigarrillo y nos ha dado las gracias.

La vida para estos amanuenses es un testigo largo, infinito, eterno... que no sabe firmar.

LA CARETA DESDEÑADA

En todas las tiendas humildes, en las tiendas donde nos venden los garbanzos, han aparecido estos días las caretas, pendientes de un hilo que cruza de lado a lado el almacén. Son las caretas de tres perras para los chicos que se han de vestir de Pierrot el próximo domingo de Carnaval.

Estos muchachos comprarán su careta el sábado y el domingo entrarán en su casa con ella puesta. La sostendrán con la mano y se la quitarán a cada momento.

Estos muchachos tienen todos un hermano pequeño que es a quien va dirigido el disfraz y la máscara.

Las caretas son iguales. Unas tienen bigotes de mosquetero y otras de dandy. Los chicos que apenas levantan media vara del suelo se colocarán estas caretas embigotadas, y con una trompeta de aluminio pasearán la acera donde están sus casas. Estas caretas no tienen más interés.

El comerciante no las vende todas; siempre quedan algunas para el próximo año. Nosotros conocemos una, que no se ha vendido nunca; que todos los años se asoma sobre el hilo, con su faz imperturbable. Esta careta llegó de Alemania cuando nosotros estudiábamos bachiller. A nadie le ha gustado todavía. El dueño de la tienda, cada

año, la exhibe y la torna a guardar pasada la Piñata, en una enorme caja de galletas vacías.

Esta careta es como el tiempo. Al pasar el domingo de Carnaval por la tienda del ultramarino, nos advierte con sus ojos fríos y su sonrisa petrificada que ha pasado un año más y que todo ha sido lo mismo, y que los días que van a venir después que ella se esconda serán como ella misma... Acartonados e indiferentes.

Este año ha mostrado su faz más pronto; en el montón de las otras caretas, ella, que es la más expresiva, la menos «carena» de todas, sobresale como suplicando al comprador que se la lleve. Pero ninguno la ama. Otras caretas más modernas y más graciosas van saliendo. Ella se quedará solitaria, abandonada, otra vez... Y el próximo año reanudará sus súplicas, inútilmente.

Esta careta es una careta misteriosa, inquietante. Quizá tenga un destino fatal: acaso cubra la cara de un muchacho que sea nuestro hijo o nuestro nieto. Y entonces, ¿qué será de nuestro espíritu y su recuerdo, cuando veamos entrar por la puerta de nuestra alcoba al muchacho, con la careta famosa cubriendo su cara? ¿Qué significará, entonces, aquella aparición de la careta, que nos ha perseguido con sus ojos vacíos desde el oscuro rincón de la tienda?

EL DOMINGO EN VEGUETA

Todas las ventanas de las casas próceres están cerradas. En las amplias galerías, los próceres y sus familias esperan que la tarde desaparezca por la azotea. Ellos creen que la tarde no tiene otra extensión que la del ancho hueco que está sobre el patio señorial. El día se asoma por allí y cuando ya no hay luz es porque la tarde se ha quitado de la azotea.

Fuerza, esta languidez aristocrática del interior se refleja en la calle. Cuando un carro plebeyo la atraviesa, las casas se erizan, parece como que hacen la bola, recogíendose más adentro. ¿Por qué este carro brutal, ordinario, viene a perturbar el gesto digno de estas casas ilustres? Una tartana con los hombres que van a San Cristóbal todos los domingos, también mortifica a las casas. Las casas de Vegueta son como esas señoras viudas, delicadas, finas, relamidas, que siempre se están tapando los oídos, al menor estrépito. —No puedo oír esos toques de corneta. Me hieren el tímpano —nos decía una vez una señora de éstas.

El domingo lento, parece que se desmaya sobre este barrio silencioso. Estas calles debían tener alfombras mullidas. Unos leves pasos producen un clamor inusitado. No es posible andar con zapatos nuevos y chillones; las casas se estremecen, los cristales de las ventanas tiemblan, y ocurre todo esto como si desde el fondo de la tierra agitaran el barrio entero. Vegueta es un invernadero colosal; todas las casas solariegas parece que están conservadas dentro de una estufa.

El domingo en Vegueta es como un recuerdo milenario. Nosotros, quizás, hayamos vivido otra vez, dentro de un silencio tan significado. Sobre este barrio tan callado, tan dormido, ha pasado como una furiosa tormenta de espíritus, que lo ha dejado estupefacto. Todo el barrio está recogido en un terror inmenso; no se atreve a vivir la vida, y se refugia en las iglesias lleno de superstición y de miedo. Cuando un burgués plebeyo del moderno Triana osa atravesar estas calles, las gárgolas de piedra cierran sus fauces, y las ventanas se cierran tan seguramente como los ojos de los muertos. El burgués pasa, y entonces las cosas vuelven a su tranquila postura, y se dicen; —¿Ya pasó? ¿Qué hizo? ¿Quién era? ¿Tendrá que volver por aquí, cuando regrese?

No, no podremos pasar nunca por estas calles sin que el barrio se inquiete. Hosco, sombrío, nos mirará pasar con desconfianza. Sólo te perdonará de noche porque no te ve. Y una única vez acogerá tu paso sin temor, y casi con ternura: cuando vayas haciendo el muerto dentro de la caja negra, y te cante el cura las peteneras macabras que cuestan tres duros. El cura será entonces como el salvoconducto para cruzar el barrio...

EL SOL EN VEGUETA

¿No habéis gozado el sol de Vegueta, los días claros, después que la gente sale de misa de doce y las calles se quedan silenciosas? Parece que la gente duerme en sus casas; la calle sólo es del sol, del sol espléndido que inunda todos los rincones sonoramente. La gente se esconde del sol; cierran las cortinas de las ventanas, huyen de los corredores y de los patios. En las sombrías salas de estas casas solariegas se ponen las dueñas a rezar en los libros de misa, hasta que el sol se marche. Todo el mundo en la ínsula tiene miedo al sol, pero estos amigos del barrio viejo tienen más miedo. Vedlos cuando a las doce y media salen de misa; recorren todas las calles donde hay un poco de sombra; caminan arrimados a las paredes de las casas, parece que huyen de un enemigo terrible que los va a castigar.

Y, sin embargo, el sol es todo el barrio pintoresco y amado. El sol se tiende sobre las casas y las casas se yerguen más hidalgas y más gentiles. El sol es el escudo de la nobleza del barrio. Este barrio sin sol se desmoronaría, se hundiría de tedio y de fatiga sobre las aceras. Sin el sol parecería un sótano húmedo y abandonado.

En la ciudad hay siempre sol. Los días de invierno también tienen sol. Los balcones verdes, las rejas de hierro reciben al sol como si tuvieran un alma. El sol acaricia

los balcones y los balcones, que fueron pinos o fueron robles, sienten la caricia como una remota evocación.

La torre de la Audiencia saluda al sol; el campanario de la iglesia está contento... Las calles risueñas, alegres porque no pasa nadie, duermen una siesta bajo el sol. Todos aman al sol; las ventanas, los balcones viejos, las rejas, las campanas de las torres, todos, menos los vecinos que oyen su misa a las doce y después se meten en un rincón oscuro de la casa entornando las puertas que dan a las galerías.

LA CARICATURA

En un escaparate de droguería se exhibe una caricatura. La caricatura es original de un amigo nuestro, que se ha pasado la vida pintando caricaturas. Cuando ocurre algún suceso en la ciudad, el amigo lo comenta con el lápiz. El dibujo siempre tiene una gracia puramente local, una gracia local que sólo nosotros penetramos.

Ahora han matado a un hombre. Este suceso extraordinario ha conmovido a la población y nuestro amigo diligente ha pintado su caricatura.

Es graciosa; la gente se regocija y desfila por el escaparate. La caricatura permanece muchos días allí, hasta que no se detenga nadie a contemplarla. Cuando ocurre esto, nuestro amigo envía el dibujo al interesado. Si son muchos los que nuestro amigo pinta, no sabemos qué hará con el cartón, el humorista.

No pasa nada, no sucede nada, sin que el amigo nuestro deje de pintarlo. El vive en un barrio lejano, pero se entera de todo. Solemos ver al amigo alguna noche, a medianoche, algún día de fiesta. No vive nuestra vida: quizás él no conoce a los clásicos, pero debe sospechar a

Fray Luis. El amigo está siempre lejos del mundanal ruido.

¿Cómo pinta las caricaturas este amigo?... Un día publicáis un libro, pronunciáis un discurso... El público os recibe con aplauso. Entonces recibís una carta del amigo que os pide un retrato. Le enviáis vuestra efigie y a los pocos días, cuando marcháis con dirección a vuestra oficina, oís a un golfo que os grita mirándoos atentamente: —¡Eh! Ese es el que está en la caricatura. Volvéis los ojos. En el escaparate la gente se aglomera. Todos tienen caras sonrientes; al veros llegar, todos disimulan la sonrisa. Vuestro amigo el caricaturista os ha pintado con una pluma de ganso en la oreja, con unas piernas largas y os ha puesto al pie del cartón una leyenda: *El hombre del día. El gran escritor canario*. A los pocos días recibís la caricatura que os manda de regalo el amigo.

Tanto ha dibujado nuestro amigo que ya no debe encontrar persona para caricaturizarla. Hay algunos hombres insignificantes que no merecen las caricaturas de nuestro amigo, pero ellos se disgustan y las piden, y entonces nuestro amigo que es un suave y discreto filósofo les dibuja. Y si vende cigarros ese hombre insignificante, lo pinta sobre una caja de puros y dice: *El hombre del día*. Si vende máquinas, lo pone sobre una máquina y pone también: *El hombre del día*. Si es cocinero lo pinta dentro de un plato y comenta: *El plato del día*. Todos, todos los hombres de la localidad, han sido dibujados por nuestro amigo el caricaturista. Y ésta es la honda, la profunda, la sutil ironía de nuestro artista. El los pinta a todos, todos son hombres del día para él. Y cuando nos muestra a estos hombres en caricaturas los coloca siempre en los escaparates de las droguerías y de las farmacias.

Nuestro amigo no es un extraordinario dibujante, acaso la entraña de sus dibujos esté libre de hondo humorismo, quizá el dibujo, a veces, sea ligero, inocente, pero no

negaréis que el artista es un discreto filósofo, cuando dibuja a todos estos hombres insignificantes, y les pone debajo: *El hombre del día*.

LA INSEGURIDAD DEL ISLEÑO

El isleño es el hombre más seguro del mundo. Cuando un isleño sabe una cosa, la sabe de verdad, con convicción, con certeza. Así, dice el isleño: «Yo, que se lo digo a usted...»

Estamos en una botica Robaina, Chirino, Fabelo, Galindo, Camejo y el infrascrito. De pronto dice Fabelo: «Ha ocurrido esto y lo otro y lo de más allá. Y ha ocurrido porque fulano es un hombre de ésta o de aquella manera.» Y Chirino añade: «¡Bah! Eso no puede ser así.» Pero Fabelo, arrugando el entrecejo y soltando una voz cavernosa contesta: «Yo que se lo digo a usted...»

El isleño que nos lo dice todo es un hombre terrible.

Ocurre un suceso misterioso. Nadie sabe nada. Pero de repente surge el isleño y nos lo dice. Este isleño es por lo general soltero, se pasa la vida en la puerta del Casino, o sentado en la Plazuela. Nosotros vamos una noche, distraídos, por esta Plazuela y oímos súbitamente una voz que surge de las sombras diciendo: «Yo, que se lo digo a usted.» Otra noche le oímos en la terraza del Casino un sordo rumor de palabras. Es un grupo de señores que hablan quedamente. No se oye sino este suave murmullo. Sólo a mitad de este coloquio, como un clarinazo o un cuchillo, la frase terrible surge: «Yo, que se lo digo a usted.» E inmediatamente se hace un silencio prolongado.

Otro día se casa don Alberto. «¿Por qué se ha casado don Alberto —decimos— si es viejo ya y enemigo del

matrimonio?» El hombre terrible nos dice: «Don Alberto se ha casado porque ya estaba casado.» «¿Cómo puede ser este disparate?», exclamamos. «¿Cómo un hombre que está casado se va a casar?» El hombre terrible responde misteriosamente: «Yo, que se lo digo a usted...»

El periódico trae una noticia vulgar. Esta noticia: «Ha regresado de Tenerife don Homobonio.» Pero cuando nos encontramos al hombre terrible nos dice: «Don Homobonio no ha venido de Tenerife porque él no había ido a Tenerife, además no se llama don Homobonio, sino don Cristóbal, y encima hace diez años que se ha muerto.»

«¿Cómo son posibles estas cosas tan extrañas, querido amigo?», nos aventuramos a decir al hombre terrible. «¿Cómo un hombre que se llama Homobonio no se llama Homobonio sino Cristóbal y si vino de Tenerife no vino porque hace ya diez años que se ha muerto? Nosotros no podemos creer estas cosas. No es posible creerlas.»

Pero el hombre terrible está seguro. Su mirada lo dice, su gesto lo dice, su seriedad lo dice, sus palabras también lo dicen:

—Yo, que se lo digo a usted...

EL ISLEÑO SE ABURRE EMANCIPADO

Todo el mundo, los ciudadanos del mundo, respiran a plenos pulmones en cuanto se emancipan. El isleño, en cambio, se aburre soberanamente. En cuanto un isleño se ve libre de la opresión de un jefe mandingo, parece que añora, doloroso, los días de la esclavitud.

Un día, un insular que es hortera, logra poner una tienda con sus ahorros. Hace sus andamios, su mostrador,

coloca las piezas de tela como los libros de una biblioteca, empuña su vara de medir propia, como una espada heroica que ganó en cien combates, y se pone en la puerta de su tienda erguido y magnífico como un florentino. Pasan dos horas, pasan tres horas, y el isleño va corvando la figura, quedando al fin pegado a la puerta, con un aire de desolación y fracaso que da pena. Todo isleño joven que tenga una tienda es un hombre triste.

Esta tienda generalmente está en la esquina de una calle transversal, donde antes estuvo otra tienda. Es quizá la misma tienda, *remontada*, como unos zapatos. La gente de la vecindad se acerca a esta tienda con timidez, con miedo. Y así, todos los vecinos dicen: «No sé, pero me da a mí que esta tienda vivirá poco.» Y esta frase es como un mal de ojo que le hacen los vecinos a la tienda. La tienda, desde el día que esta frase se pronunció, empezará a ponerse melancólica, triste. Aunque los vecinos compren y los clientes aumenten, la tienda irá enflaqueciendo y morirá un día por consunción. Los ojos del dueño emancipado son los ojos de la tienda. Vosotros pasáis y recibís una mirada lánguida, prolongada de melancolía... Es la tienda que os mira. Es el dueño que no puede hallarse con su emancipación. La tienda y el dueño, que son una cosa misma, no pueden resistir el aire saludable de la ciudad. Son como los enfermos del pecho, a quienes la misma salud que viene de fuera, en el sol y en el aire, mata.

El hombre de la tienda se quitará un día la americana, despachará su queso en mangas de camisa, de una camisa sucia, pesará las judías con parsimonia, llenará la tienda de suspiros. La emancipación le hace daño. Y el isleño de la tienda dirá: «¿Por qué estoy así, tan triste, con esta tienda que yo quería tener? ¿Por qué ahora que estoy libre de la brutalidad y de la estupidez de mi patrón, no puedo ser feliz? ¿Qué cosa misteriosa he traído yo a esta

tienda que le ha hecho criar maleza y la hará morir muy pronto?»

Y el isleño se volverá a su puerta. Y los domingos abrirá su tienda para ponerse en la puerta y siempre a toda hora estará en la puerta mirándonos suplicante, como ofreciendo su libertad. Diciéndonos:

«Sufro mucho, señor transeúnte, sin mis cadenas. Es una esclavitud espantosa no tener cadenas. De tanta libertad como gozo, no puedo moverme de mi tienda.»

Un isleño no puede ser un emancipado. El puede ser médico, sobrestante, leguleyo, militar, ministro, hasta aviador. Pero emancipado no podrá ser nunca. Al valle de Andorra de su espíritu no llegan, no pueden llegar estas corrientes fortificadoras.

CRONICAS DE LA NOCHE

(Comentarios sentimentales de cosas entrevistas en las noches isleñas)

CIVILIZACION

La ciudad se ha ido civilizando. Cada día, cada hora que pasa, nos trae una novedad. Y vuestros ojos que no han dejado aún la visión de los primeros años, se abren y se abren asombrados, ligeramente tristes, sin comprender las innovaciones.

El arco voltaico ha roto nuestras últimas ilusiones. Nosotros creíamos en la animación de las calles, las per-

sonas pacíficas cruzando las aceras. Y vino el arco voltaico a sacarnos de nuestro error. La luz potente y blanca descubrió las calles vacías, intensamente solitarias, recibiendo la luz como una lluvia...

Nosotros no queremos saber de cosas nuevas. No queremos civilizarnos. No hemos mirado nunca el barómetro de la plaza, solo y helado y oliendo a flores.

Esta noche, como todas, salimos muy tarde de nuestra casa. Casi la media noche.

A esta hora la ciudad se recoge, se esconde de miedo dentro de sus calles, dentro de sí misma, en un postrero gesto silencioso. Los arcos voltaicos se han apagado y ya podemos formarnos todas las ilusiones metidos dentro de la oscuridad...

¿Qué luz brilla al fondo de la calle que no vimos anoche? Un presentimiento de civilización nos hace estremecer. Un cuadro de luz se pinta en la calle desbordándose por la acera. Los adoquines, estos municipales adoquines tan groseros, se engalanan de oro bajo la brillante caricia...

Un poco impacientes subimos la calle. La claridad en la noche inspira curiosidad. ¡Acaso un motivo para encontrar mayor la oscuridad!

Ya hemos llegado. La claridad nos envuelve. A través de unos cristales miramos un interior. Un interior de cosas fúnebres, cajas para muertos de todos los tamaños. Decididamente, hay muertos de diferente estatura. Con una inconsciencia que nos extraña mucho, empezamos con los dedos a medirnos el cuerpo. Concluimos y volvemos a empezar... Uno, dos, tres... Somos un poco más grandes de lo que creíamos. Aquella caja tan negra, que está en la segunda fila, serviría seguramente para nuestro

paseo... Aquella otra gris nos parece un poco estrecha. No podríamos llevar las manos en los bolsillos.

Está aquello tan arregladito, tan limpio y tan silencioso, que da unas ganas de morirse enormes, tantas como de preguntar el precio de las cajas.

EN EL TINGLADO AMANECE

El tinglado, al amanecer, visto desde el puente, da la impresión de un hogar caliente y amoroso. Unos hombres envueltos en mantas parece que están cerca de una chimenea invisible que les templó el cuerpo. No creemos que aquellas mantas abriguen, más bien suponemos que están sobre las espaldas por capricho o moda peculiar... El tinglado debe estar lleno de una temperatura amable y acariciante... El sueño allí debe tener una conformidad discreta. Una noche en el tinglado pudiera ser una noche de las mejores de nuestra vida.

Pero no; en el tinglado hay frío, tanto frío o más que fuera. Aquellos hombres tienen unas mantas justificantes. Lo que nosotros presentimos fuera es de mucha ligereza y atrevimiento. Las miradas que corren hacia el tinglado no sienten el frío; ven las sombras de los sacos, las siluetas de los mostradores, la tenue luz de los farolillos, y presumen que todo aquello está hábilmente pintado, que es confortable y de un gran refugio en la noche.

Mas el tinglado, aunque nuestras miradas nos engañaron y haga frío en él, es un lugar de cosas sentimentales. Los hombres duermen; parece al menos que duermen; algunas mujeres descalzas, con los zapatos claveteados en las manos, buscan silenciosas acomodo en un rincón; un municipal adosado a una columna de hierro fuma con los ojos fijos en el reloj del mercado; unos burros, unos resignados burros, cabecean atados a otra columna... Y

poco a poco, a medida que el día avanza, van llegando otros hombres, otras mujeres y otros burros. Y el silencio no se rompe; el silencio entre tanta gente que se ha de acurrucar en sus mantas, al fin no es interrumpido por nadie. Aquel lugar de bulla y escándalo mañanero, a esta hora parece un santuario, una mezquita... Los pasos silenciosos, las palabras silenciosas, los gestos silenciosos... Parecen sombras animadas; hasta los discretos asnos diríase que se quitan las herraduras, para que todos los pasos sean como ligeros soplos de aire...

Y éste quizás es el secreto que nuestras miradas, que no sienten el frío, han pretendido descubrir en la alta noche. El silencio, el amado silencio de las voces y de los pasos, es todo el secreto de esta visión. El silencio de los hombres que caminan quedos, es la temperatura amable del tinglado en la madrugada. Junto a este silencio, donde se mueven tantos hombres y tantas mujeres, el municipal debe sentirse perfectamente, espiritualmente abrigado.

EL FAROL DE LOS ESCOMBROS

Sobre los escombros de una casa que construyen hay un farolito de luz tenue, anémica. Este farolito es una alerta al transeúnte. Quiere decir: «Señor: Usted que viene distraído, no observa que a vuestros pies se eleva una montaña de pedruscos, un montón de guijarros. Si no estuviera yo aquí, erguido como un alabardero, advirtiéndolo el peligro, usted señor transeúnte se rompería las narices.»

Y nosotros agradecemos la advertencia al farolito, que tiene más espíritu y más bondad que su amo, el propietario, que allí lo mandó a poner antes de que anoheciera.

El amo, al poner el farolito, quiso defender las obras de su casa; una cañería abierta, un desagüe... ¿Qué sería

de estas cañerías y de estos desagües si tropieza un hombre, cae y con él muchas piedras, y entre todos cubren el hueco...? El amo del farolito no ha pensado en cuidar la vida del transeúnte; al amo le es lo mismo que el transeúnte viva o muera, goce o sea condenado... El sólo ha puesto el farolito para que el ciudadano, al no tropezar, libre a su fábrica de un pequeño retraso de dos horas.

Pero, en cambio, el farolito, que es generalmente un farolito viejo que estaba sin encender hacía muchos años, tirado en un rincón de la cocina, es más puro, más condescendiente que el amo. El farolito alumbra sólo por la vida del ciudadano, él no tiene intereses como el amo.

Al sacarlo ahora del rincón después de tantos años de abandono, el farolito, contento, alegre, feliz, sólo ha pensado en alumbrar a su amigo el trasnochador. Y así le vemos, desde que damos vuelta a una esquina, llamándonos con su temblorosa luz y diciéndonos: «Este egoísta del propietario me ha puesto aquí para que no le estropeéis un hueco que ha recubierto hoy de cemento. Si os caéis, además de perder la vida, le amargáis el hueco al señor. Pero yo, amigo noctámbulo, yo, alumbro por mi propia voluntad; yo sólo alumbro para que no perdáis la vida si caéis en este rincón. Aunque el hacendado crea que yo soy ciego instrumento de su codicia, no es cierto; yo soy un sentimental, yo soy un pobre farolito que cuida tu pierna o tu mano, amigo, en las noches sin luna.

«Soy, en las ciudades solitarias, el único amigo de los trasnochadores. ¿Qué sería de vuestras almas sin el farolito de los escombros?...»

NIEVE EN LA CUMBRE

Las cumbres áridas, las cumbres desoladas de la isla, han aparecido esta noche cubiertas de nieve. Cuando las

nubes se han marchado al horizonte, y la buena luna ha surgido sobre el mar, la nieve ha brillado tan graciosamente en las cimas como si estuviera contenta de haber venido a un lugar que no conocía...

Desde el puente hemos visto la nieve. Es el caso inaudito, extraordinario, de todas las provincias ingenuas. El momento suave de las reboticas en que los ciudadanos más antiguos dicen: «Desde el año cincuenta no ha caído nieve. Yo no me acuerdo de haber visto nieve sino cuando era chiquillo. Me acuerdo de que mi padre me llevó al puente. ¡Qué frío hacía aquella noche!»

Y como en la ínsula nunca hay frío, todos nos acordamos siempre del día en que lo hubo.

Todos los ciudadanos de la rebotica marchan al puente a contemplar la nieve de la cumbre.

La noche es azul, líricamente azul... Estas cumbres secas, ardorosas, tostadas de sol de enero a enero, han recibido esta noche un espléndido manto de nieve. Parece que respiran estos montes, más serenos, más pausados... Como si hubieran apagado una insaciable sed.

Los ciudadanos sencillos ven cómo la nieve brilla, y dicen unas palabras vulgares, pero amables. Esta limpidez, esta suavidad lejana, esta armonía blanca y purísima ha penetrado también en las almas de los ciudadanos.

Tan sencillos, sin abrigo, con sus cotidianas ropas, tiemblan de frío en el puente contemplando el panorama de la nieve en las cumbres.

Esta nieve tan pura y tan alba, es como una anhelada alegría insular: Una visión serena, lejana e inaccesible de las cosas.

LOS NOVIOS DE NOCHE

Hemos visto salir de esta iglesia cercana unos recién casados. Son las diez de la noche. El acompañamiento es pequeño y silencioso. Estos jóvenes se han casado modestamente. Es posible que ellos se quieran con mucho amor.

Una boda de noche, como a escondidas, sin la aparatosa de esos velos blancos y de esos azahares, tiene un encanto peculiar y adorable. La muchacha es preciosa. Va con una seguridad de su vida, tan digna, tan recia y tan amorosa, que nos hemos sentido atraídos por ella. Robar a esta muchacha y que ella continuara así, sin saber que la hemos robado, ¡toda la vida!, pensamos. El mozo que la acompaña es un hombre vulgar y aburrido que va a su lado sin emoción alguna. Quizá no haya hecho esta boda de noche por adopción de su espíritu, sino por ahorrarse las pesetas de una ceremonia más oficial y bullanguera.

¡Pero la muchacha es graciosa, es bonita!... Va envuelta en su mantilla blanca, y a todos los que marchan con ella responde discretamente. Son los hermanos, los primos. Ella, seguramente se llamará María. Y todos le irán diciendo: «¡Qué seas muy feliz, María! ¡Ahora vas a tener una casa tuya, María! ¡Cuándo tengas un chiquillo o una chiquilla como tú!» Y ella no siente rubor, su mirada es segura, serena, luminosa.

Parece que les ha dicho: «Mis hijos serán como yo. Yo no me he casado sino para tener ese hijo. He salido de esta iglesia para buscarlo, voy andando ya el camino, donde le encontraré.»

Y el cortejo avanza. Las voces suenan graves; cariñosas. María debe ser la gloria de esta raza. Todas la escoltan.

Es como si ella hubiese tenido una suerte enorme con esta boda.

Pasan por nuestro lado. Ella nos ha mirado claramente, sin orgullo y sin dolor. ¿Será feliz? Nosotros pensamos, y algo nos dice el corazón de esta cosa, tan remota aún: Los hijos, los hijos sí que serán muy felices...

UN NIÑO HA MUERTO

Ahora, pasa un entierro blanco. El entierro de un niño. Una cruz vestida de blanco, un cura vestido de blanco. Este cura canta unos cantos como para muerto grande, de esos que llevan la caja negra y negra la cruz.

La procesión es trágica. Este pobre niño es llevado con una prosopopeya, con una autoridad de viejo pecador muerto. Los cantos tenebrosos sobre la caja blanca parecen una profanación. Los ojos de este niño tan suavemente cerrados, deben abrirse con terror al oír estos sonidos profundos, casi subterráneos que salen de la boca del sochantre. ¿Por qué han sido este cura y este sacristán tan crueles con el niño muerto?

Un entierro de noche, el entierro de un niño, donde se cantan estos cantos terribles es lo más amargo de la muerte. La muerte misma, este desaparecer de un lado para entrar en otro desconocido, no es, no puede ser tan dramático, tan horrible, como el entierro del muerto.

Un niño se ha muerto, y los hombres lo meten en una caja blanca y en lugar de llevarlo por unas calles llenas de sol, un día claro, lo sacan de noche, como ladrones, y ostentosamente, académicamente, lo conducen entre cantos funerarios que acongojan y detrás de una cruz vestida de blanco, una cruz solamente hecha para los muertos más graves de la religión y de la vida católica.

Esta cruz de los entierros al ponerse la vesta blanca aparecerá siempre como una anciana grave, reposada y temblorosa que se pusiera de pronto un ridículo traje de colorines.

Un niño que se muere, es algo infinitamente dulce para estos aspavientos que se suelen tributar al cadáver anodino de don Fulano, abogado, o don Zutano, catedrático.

El niño que se murió anoche debe estar a estas horas llorando de miedo en el otro mundo.

Señor sochantre: no debe meterle miedo a los niños...

UN NIÑO LLORA

En la casa vecina, una casa roja y pequeña, que tiene siempre las ventanas medio abiertas, ha llorado un niño. Es un llanto mansísimo, que se diluye en la madrugada, como el ritmo lejano de las estrellas.

Nosotros conocemos a este niño que llora. Está todas las tardes jugando en el balcón de la casa pequeña, con una pelota de cinco colores, que es más grande que él. Este niño es un niño luminoso, como uno de esos niños ingleses, hechos para anunciar las harinas lacteadas. A este niño antes de verlo en el balcón lo hemos visto en un anuncio de chocolate inglés. Es un niño bello, dorado, blanco, saludable... Los ojillos azules, transparentes, nos miran y sonríen. Es alegre, el sol lo hace más de oro; parece que se embriaga bajo el sol. Cuando hay mucho sol sus manitas dejan la enorme pelota y se cruzan sobre el pecho. ¿Qué misterio habrá entre el sol y este niño?...

El papá es un hombre absurdo, negro, lleno de pelos largos. ¿Cómo ha nacido este chiquillo dorado con un

padre de ébano?... Este papá cree que el hijo es de él, pero el hijo no es de él. El hijo es hijo de unos abuelos lejanos. Este papá no sabe cómo le salió este hijo rubio. Y él mismo se lo dice a los amigos: «No sé a quién sale este chiquillo.»

Este chiquillo es hijo de aquel admirable señor que está retratado en la sala de la casa. Un señor abuelo del papá de este niño. Un señor que estuvo en París, que conoció y habló con la Emperatriz Eugenia... Un gran señor.

El papá habla mucho de este señor, pero no se le ha ocurrido pensar que este señor es el padre de su hijo.

Y cuando él, hombre seco y negro, oye llorar a su niño en la madrugada, protesta y dice: «No sé a quién sale este niño. Yo le oí decir a mi padre que de chico nunca lloré.» Y he aquí, cómo este hombre que no lloró de chico, está inquieto porque su hijo, aquel dorado niño, llora, con un llanto melancólico, triste, de enamorado adolescente.

¿De dónde vendrán las lágrimas de este chiquillo, que el padre no comprende?

El llanto del niño en la noche, es una evocación misteriosa y delicada...

NOS MUDAMOS

Esta noche, una familia que vive en los Arenales se muda a una casa en San José. Un carro enorme y estridente traslada los bártulos de la casa vieja a la nueva casa. Sabemos que la mudanza es de Arenales a San José porque el carretero, hombre imprudente e iracundo, lo ha dicho, a gritos, a una vecina:

—¡Eche usted de aquí, a allá, a los demonios de la Portadilla!

Todo el mobiliario de esta casa humilde cabe en el carro, y aún podría llevar otro hogar semejante dentro de él. Las casas de los barrios, pequeñas, modestas, caben en un carro grande. Algunas en una carreta.

Estas casas ambulantes llevan una melancolía vulgar, cuando avanzan en la noche, y dejan un rastro de soledad, de vacío en el camino. Parece que se van llevando de paso todos los muebles humildes de las casas pequeñas. Al ver los carros con la casa entera dentro, pensamos en si será *aquella* casa, que vimos el domingo, que tenía la ventana abierta y por donde se divisaba una salita primorosamente limpia, con una mesa y dos butacas, y una señora gruesa en un rincón que meneaba la cabeza como el péndulo de un reloj antiguo... ¿Será *aquella* casa? En el carro va una mesa igual. Pero no es *aquella* casa. Todas estas casas son idénticas. Cuando se muda una, quedan diez, veinte, treinta... Parecen unas casas uniformadas. Siempre que pasamos por los Arenales encontramos una casa semejante con su mesa redonda y su velón policromado.

El carro avanza lentamente. En San José estarán esperándolo dos personas de la familia que se muda. En los Arenales se han quedado los otros.

Y éstos dirán: «¿Ya habrá llegado el carro?» «No es posible, quizá vaya por la Alameda.» Y se sentarán a seguir mentalmente la ruta del carro.

Los de San José estarán inquietos: «¿Habrá salido el carro?» Y también harán su cálculo.

Y así se pasarán la noche hasta que el carro llegue.

Después, no se hallarán en el nuevo barrio y suspirarán un mes, dos meses, tres meses, por su antiguo rincón.

Pero el paso de este carro con la mudanza merece un pequeño apunte, una diminuta anotación.

LOS EMIGRANTES EN LA NOCHE

Un vapor se aleja. Ha sonado la sirena en la madrugada, como un desesperado lamento de agonía, según el admirable decir de Tomás Morales. Un lamento largo, desesperado, triste... Es un barco transatlántico que marcha a Cuba. Por la tarde todos esos humildes soñadores viajeros que lleva el barco en la noche, vagaban por las vías de la ciudad. El lamento de la sirena es el lamento del alma de los viajeros... Ellos se alejan llenos de dolor. Un sueño los guía, pero aunque es espléndido, está lejano aún...

¿Volverán?...

Sí; volverán con unos sombreros de palma y unas enormes cadenas de oro y unos trajes azules, de marinero y unos zapatos amarillentos, chillones, como el pico del mirlo. Volverán, y tornarán a marcharse otra noche en que la sirena vuelva a gemir... Y entonces se llevarán a los hijos, a los hermanos pequeños... Y los veremos por las calles vagando desorientados, absortos del tranvía, de los carros, ellos que vienen de la montaña, de los barrancos hondos, de los valles ocultos... Sobre la cubierta del barco contemplarán los horizontes amigos... ¿Cómo verán sus almas la tierra prometida? ¿Cómo guardarán sus memorias las veredas de la tierra natal...? Ellos son humildes, sencillos, no quieren sino labrar la tierra... El mar hace más amplios los sueños. Pero el sueño de estos viajeros es una llanura inmensa, solitaria, como el mar, que ha de brotar al término del viaje, ante sus ojos, para que sus brazos la acaricien. El gemido se diluirá en las sombras... Habrá

estrellas todas las noches. Pero cuando retornen a la patria serán solamente unos hombres pintorescos...

UN ENTIERRO EN LA MADRUGADA

Ahora pasa un carro fúnebre solitario, silencioso, con una tartana detrás que lleva dos hombres... Es la hora del alba. Dentro del carro fúnebre va una mujer. Hemos preguntado y nos han dicho: «Una muchacha es la muerta».

«¿Y cómo la lleváis —preguntamos nosotros— así, de noche, en el más profundo silencio de la noche? ¿Cómo no habéis hecho un lucido entierro con presbíteros y amigos y cantos? ¿No sois también vanidosos? ¿No hay unos papelitos de orla negra que sirven para invitar a los entierros? ¿No tienen los periódicos unos huequecitos para unas pequeñas esquelas anunciando el entierro cuando no se invita particularmente? ¿No queréis recibir a los amigos enlevitados y despedir el duelo? ¿Por qué tan silenciosos partís con esta muchacha muerta, recatándoos en la sombra...? ¿La habéis martirizado en vida, y no queréis que nadie sepa que se ha muerto? ¿No la amáis tanto, que no merezca una discreta procesión fúnebre como la de los amigos, como la de vuestros familiares?»

Los viajeros han detenido su tartana. Nos han dicho: «Llevamos a esta mujer ahora porque ella lo ha querido así. Ha muerto de tristeza...»

Esta muchacha ha pedido que la entierren silenciosamente; ha querido que su muerte sea tan silenciosa como la luz clara de esta luna que envuelve su ataúd. Ella ha querido entrar calladamente a la madrugada, cuando hasta los muertos duermen. Es una muchacha buena. Nosotros hemos subido a la tartana con aquellos dos hombres y la hemos acompañado hasta el fin...

LA CASA DEL RISCO

Allá, en la falda del Risco, hay esta noche una casa blanca, iluminada. Es una casa que se destaca de todas las demás casas porque es más grande y más nueva; y de una arquitectura exótica en el Risco. Una casa alta, muy blanqueada y con un verde espléndido en sus ventanas y balcones. Las demás casitas, pequeñas, viejas, insignificantes, parecen que tienen miedo de ver aquella casa tan erguida y tan orgullosa... La casa orgullosa parece una persona de esas que llaman infladas...

Esta noche la casa tiene abierta de par en par las puertas del piso bajo; la habitación está iluminada y llena de gente. Es media noche y el viento nos trae el rumor de las voces. En la habitación cantan, bailan... Desde nuestra ventana podemos contemplar la casa, podemos oír las voces de los cantores... Hay juerga. Allí debe estar instalada una sociedad o una cantina. Las parejas se mueven en el fondo blanco de la pared como sombras... Hay un hombre sentado junto a la puerta que toca una guitarra... Y la casa se siente más orgullosa cada vez. Esta casa anacrónica en medio de tanta casa ruinosas, es una provocación. ¿De quién será esta casa? Es de un hombre de bienestar, es seguramente de un vecino que se ha hecho rico. Debajo de aquella casa, hundida en la tierra, hay otra casita vieja, la casita terrera que estaba antes donde hoy está esta casa presumida. Y aquellos hombres y aquellas mujeres bailan y cantan, y un hombre toca la guitarra sobre los escombros de la casa perdida. Nadie se acuerda de la casa vieja. Algunos vecinos más ancianos recordarán: «Aquí mismo estaba antes el grano». *Aquí mismo* es el salón donde se celebra el baile. «Juntito a esa puerta estaba la casa de Fulanito; ahí mismo». Los demás no se acordarán de la casa vieja; los ojos se han acostumbrado ya a ver esta casa nueva, que es el palacio del Risco, el Alcázar del Risco, el edificio notable del Risco...

Pero el hombre de la guitarra se ha quedado solo de pronto. Ahora se destaca su figurilla risueña rasgueando la guitarra... ¿Dónde se han ido los bailarines? Ellos bailan dentro porque el tocador no cesa de tocar... Todos se embriagaron, menos este hombre porque ¡ay!, él representa un sagrado misterio.

¿Y la casa? ¿Cómo siente la casa el baile? La casa fría, indiferente...

La casita vieja era más propicia a este baile popular... Era más pequeña, más fea, más húmeda, pero tenía un patio oscuro y misterioso...

BEETHOVEN EN LA NOCHE

Son las cuatro de la mañana. El silencio es amable. No cruza la calle ni un alma. Lejos, allá en una esquina, se distingue una figura de mujer vestida de blanco que acecha y que desaparece al fin.

Nos detenemos. ¿Qué hacer en una ciudad provinciana a las cuatro de la noche, cuando no hay un café abierto y la luna se marchó a las doce? Vagar. Esperar una hora más para volver a esperar de nuevo.

Un hombre que viene del Casino nos saluda. Va exhausto. Una mujer desconocida y miserable nos pide dinero. En la ciudad sólo vagan en este momento el hombre del Casino, la mujer triste, la tartana del Parque y nosotros.

La panadería de nuestro amigo, donde todas las noches compramos pan, tiene las puertas cerradas. Nos acercamos y el silencio es también hondo allí.

¿Habrá traspasado nuestro amigo su panadería? ¿O se habrá arruinado y ya no hará más pan? Esta noche nos privamos del placer del pan caliente. El pan caliente que tanto inquieta a uno de nuestros compañeros que no lo come nunca por temor a la apendicitis. «¿De dónde habrá sacado él estas supersticiones pintorescas?» No hay pan. Las otras panaderías están lejos y nosotros necesitamos merodear cerca del telégrafo. Caminamos lentamente. Y de pronto, un rumor sordo, apagado, suave... El sonido de un piano. Pero es un piano espléndido que tocan unas suaves manos. La emoción sutil de las manos artistas nos invade el espíritu. En el piano tocan la Sonata de Beethoven número cinco. «¿Quién es esta mujer romántica y divina que toca a Beethoven en el silencio augusto de esta madrugada?...

Las ventanas están cerradas, herméticamente cerradas. Es preciso acercarnos. La casa es de un solo piso; está apartada de las demás casas... El sonido del piano es suave. Tenemos que aguzar el oído. La mujer continúa tocando... ¿Tocará todas las noches? ¿Será efectivamente una mujer?...

DE
MEMORANDA

EL AVION SE FUE

Anteayer se marchó el avión y la ciudad se quedó sin este pequeño detalle. Ahora parece como que le falta una cosa. Tiene la ciudad el mismo aire desairado que una bota a la que le falta el botón de arriba.

Hay un señor que necesita tener el avión en puerto. Este señor había cambiado su cotidiana parla por una nueva en que barajeaba el avión de Mr. Lefranc y los aviones de «Nuevo Mundo». Y ahora, sin el avión, tendrá que decir por una sola vez: «El avión se ha ido». Antes decía, diariamente: «¡Hombre, dicen que hoy sale el avión!» «No ha salido hoy». «No salió ayer». El señor que necesitaba tener el avión se ha quedado silencioso en su butaca sin saber qué decir. Ya dijo: «El avión salió» y después ¿qué nueva cosa dirá?

Pero si el avión se ha ido hay en puertas un aeroplano. En cuanto el señor que necesitaba el avión se entere, podrá volver a reanudar su conversación.

«¿Dicen que va a venir un aeroplano?»

Y he aquí cómo desde Francia se puede dirigir el camino intelectual de este señor y hacerle decir unas cuantas palabras. Acaso el nuevo aviador no pueda sospecharlo.

Nada tan interesante como el señor local que le precisa una cosa para poner en ejercicio sus palabras. El señor que necesita tener una mesa delante de los ojos para decir: «Tengo una mesa ante mi vista.»

¿No sería más importante tener una mesa delante de los ojos y decir: «Tengo una silla, alta, muy bien torneada?»

La imaginación del señor que dijera esta cosa, al parecer arbitraria, sería una imaginación ilustre.

[13-1-1920] *

UNO SOLO

Ayer no hemos visto cruzar la ciudad sino un sólo muerto. Ya no hay epidemia. Posiblemente, este muerto se ha marchado por causa de otra enfermedad. El ataúd tiene un aire más conforme, más resignado que los que llevan víctimas de la gripe. Hemos pensado que cuando ya no hay temor a morirse de gripe este enfermo, que esperaba que el chubasco pasase, se ha muerto tranquilamente. Mucha gente estaba para morirse de otra enfermedad, pero aguardaba a que la gripe se fuera, para no morirse de gripe. Es menos trágico morirse del hígado, de un cáncer. Si tenemos un cáncer, cuando hay epidemia gripal, es mejor esperar que la epidemia pase. ¿Cómo podemos justificar nuestra muerte, independientemente de la gripe? Es quizás poco elegante ya. Con la gripe puede ocurrir lo que ocurrió con los jerseys. Hoy es mejor no tener un jersey.

Pero el muerto que hemos visto cruzar por la calle estará triste. Si no ha muerto de gripe dirá: «¡Haber

* Las fechas entre corchetes corresponden a las de la publicación del texto en «Jornadas», de Las Palmas.

gripe y morirse uno de otra cosa! ¡Si no llego a tener esta cosa no hubiera muerto de gripe! Es tener mala estrella o mala pata, esta mala pata que ya no es mala ni buena, porque la he estirado para siempre.»

Y el muerto tendrá razón. Es seguro que habiendo gripe grave que a todos se lleva, el muerto de hoy sin otra enfermedad pasa por entre la gripe, como ha pasado entre las frías miradas de los ciudadanos, encerrado en su ataúd.

¿Era un hombre bueno el muerto? Sí. Al morirse de otra cosa ha querido dejar un margen de esperanza al ciudadano medroso. Ha querido decirle: —«No tenga usted miedo. Si no tiene usted otra cosa, hay probabilidades de que no se muera usted. Yo hubiera querido morirme más de la gripe, porque al fin era más inevitable o más fatal. ¿Pero habiendo esta terrible amenaza, morirse uno de otra enfermedad corriente...?»

Sí, señor muerto. Es defraudar nuestro miedo.

[26-1-1920]

NUEVO SILENCIO

Hay ahora, en las calles de la ciudad, por la noche, un nuevo silencio. Oyense más claro los ladridos de los perros del Risco y el adelantado canto de algún gallo insular.

El silencio histórico de estas calles desde que cierra la noche se forja más intenso y más negro. Es un nuevo silencio que hace presión sobre el silencio antiguo. Lo sentimos más cerca de nosotros, con todo el ardiente calor de su modernidad. Es el silencio del miedo.

La gente tiene miedo. Apenas acaba el trabajo, la gente se abriga y se esconde en su casa. Bien es verdad que hay

un aire afilado como el acero, que corta las ropas, atraviesa el pellejo y roza el importante pulmón. Frío, frío extraño en un país de eterna primavera. Cada año hace más frío y el miedo de estos pobres amigos desacostumbrados, tiembla y se congela al fin. Para que no se congele el miedo, el amigo insular se esconde entre mantas efusivas.

Nadie cruza las calles. Algún audaz. Las ventanas de las casas cerradas dan la impresión de que también tienen miedo. Pero parece que hay detrás de los cristales unos ojos profundos que acechan y van detrás del miedo, siguiéndolo por la ciudad. ¿Dónde estará ahora el miedo? El miedo pasó por nuestra casa. ¿Se ha metido por una rendija de nuestra puerta o siguió al zaguán del vecino? ¡Señor, que siga al zaguán del vecino!

Y no se desea que no siga a ningún zaguán, porque así, ya dentro de uno, no hay temores de que se venga al nuestro o nos esté amenazando toda la noche con acercarse.

¿Por qué tienen miedo estos amigos a la noche fría? Es algo importante perder un empleo de cincuenta duros y este pantalón eternamente zurcido por las manos de la triste mujer que nos acompaña el hambre?

[28-1-1920]

TODOS MENOS UNO

El cronista puede decir hoy que es la única persona insular que no ha sido proclamada edil. Todos los ciudadanos entusiastas quieren ser votados en las urnas. El cargo de concejal de la mayoría está ya tan a mano como el de Ministro de España. Más fácil que ser buena persona es ser Ministro. Concejal y Ministro es una cosa igual. Será preciso poner pues en nuestra tarjeta: «No he sido

Ministro», o un botoncito en el ojal de la americana: «No crea usted, señor transeúnte que yo tengo otra cartera que la de piel de Rusia que, adornada con iniciales de oro enlazadas, guardo en mi bolsillo. No soy concejal, ni soy Ministro.»

El concejal de la mayoría es el eterno concejal. El hombre que siempre se proclama y del cual no sabemos nunca qué pequeño secreto crematístico lo incita a este cargo. Pero el hombre insular que aspira a la concejalía piensa casi siempre en la muerte. Envuelve esta aspiración una intención macabra. El hombre quiere morir de concejal. Y el sencillo ciudadano que no lo ha sido nunca, se le ocurrirá serlo, leyendo la esquila de algún concejal muerto donde ponen que es concejal y que el Excelentísimo Ayuntamiento invita a la procesión fúnebre. Camino del suicidio puede ser el que a este cargo lleve. Suicidio inconsciente, fatal.

El concejal de la mayoría no pide jamás el voto. Hay otra mayoría que se lo da tranquilamente, como él mismo, sin quebradero de cabeza o de espíritu, lo entrega ante el primer negocio de la primera sesión. Todos estos electores son el propio concejal disgregados. Sale este concejal por un solo voto. El voto de gracia. Y los dos se sienten a la vez concejales de la mayoría, que es mejor, porque así están más acompañados los células; y cuando el elegido sale, salen todos y todos dicen que sí, cuando el otro lo dice. De este modo, el concejal es siempre el mismo. Por eso al proclamarse ahora tanta gente no viene a ser sino una pequeña redundancia política.

El cargo de concejal de la mayoría es como un dije. Todos tienen su cadena de reloj, gorda y cubana, donde luce un dije de esa pintoresca piedra gris.

La única materia gris que llevan encima, acaso...

[4-2-1920]

LLUVIA POLITICA

La lluvia de ayer, el tiempo rebelde de ayer, fueron una significada alegoría política. Todo —ni el tiempo— nos iba a ser ya manso en época electoral. Si los ciudadanos habían de agitarse, ¿por qué no los elementos celestes? Un tradicionalista diría: «El cielo estaba con nosotros» Un señor del poder —que es también tradicionalista a su modo, al mejor modo —exclamaría: —«El cielo nos anunció que no tolera renovaciones.» Y yo, hombre inexperto, incrédulo hasta el límite, sólo podría decir en un tono mefistofélico de drama clásico: —«¿Con quién estaría el cielo?»

Pero el cielo estuvo con alguien. La lluvia fue como un barrido y el viento se llevó amenazas y promesas. Los hombres temerosos del tiempo se acobardaron y los votos cayeron como la lluvia, un poco irritados y otro poco decididos. Cuando escribimos estas líneas no sabemos aún si la lluvia de los votos ha sido más eficaz que la del cielo.

En los colegios, los apoderados y los candidatos sonreían.

Aguarecidos de la lluvia poco pudieron moverse. Y en este inevitable encierro se dedicaron a pasarlo buena-mente.

Los ojos caían sobre la papeleta del votante que entraba y que ya tenía su papeleta en la mano. Lluvia de miradas, rayos de luz que porfiaban por atravesar el papel doblado.

Nosotros, que hemos venido observando este pequeño detalle de los interventores insulares, confeccionamos nuestra papeleta de antemano para dejarlos en la duda cruel de nuestro voto.

Y he aquí como este amigo no puede creer que votamos su candidatura, habiéndola votado, y aquel otro enemigo, piensa que fue para él nuestro voto, no siéndolo. Y esta incertidumbre, con el gris de domingo, dio a la votación el tono sentimental que nos convenía.

Votar es una cosa melancólica. Votar, es elevar a otra persona, que no somos nosotros. La verdadera votación sería la propia. Nuestro incólume individualismo, no se aviene a estas liberalidades.

Por eso quisiéramos saber con quién estuvo el cielo. ¿Estaría con nosotros, displicentes y grises, malhumorados y aburridos? ¿Con nosotros, que pasamos delante de los colegios, sin emoción y sin interés?

No. El cielo no pudo estar tampoco con nosotros, porque nosotros, al fin y al cabo —almas disconformes, espíritus inadaptados— hemos tenido que votar en contra.

[9-2-1920]

UN MARINERO

Jamás habíamos visto votar a un marinero. Parecía imposible que a un marinero no le interesaran los concejales de la tierra. Hombre de cielo y mar, sin más ley que la dulcísima y sencilla del timón, nada terreno, ni militar ni civil, le pudiera importar. Pero el marinero es hombre que vota. Por lo menos un marinero que nosotros vimos. Y que después resultó que no era marinero.

Un marinero que no lo es y quiere serlo para votar, es aún más extraordinario. Parecía lógico que siendo marinero disimulara su oficio con otro terrestre justificativo de su interés ciudadano, pero no ser marinero y hacerse,

como una gran razón electoral, toca los límites de lo absurdo.

Pues nuestro popular amigo Juan, hombre que no ha solido ver el agua ni en la palangana y cuya profesión es andar continuamente por las aceras —todo tierra— ha querido votar el domingo por marinero.

—¿Y cómo podía este hombre aceptar un cargo tan arriesgado y peligroso siquiera sea eventual? ¿Cómo nuestro amigo, que pudo haber sido guardamontes o lego de Paules, prefirió ser marinero, afición tan apartada de su alma, llena de tierra, repleta de polvo?

Nuestro amigo Juan porfiaba en su oficio. El era marinero. En vano, otros amigos —los apoderados de la mesa, los candidatos contrarios— luchaban por demostrarle a Juan que no tocara por ningún lado la marina. Juan persistía. El era el propio pirata de la canción que iba viento en popa y a toda vela con diez cañones por banda...

—¡Ese señor no es marino! —gritaba un energúmeno—. Y Juan, no salía de su asombro. ¿No era marino pues? ¿Y aquellos cinco duros plateados como la mar que sonaban en sus bolsillos, qué significaban entonces?...

[10-2-1920]

EL CIELITO INFERNAL

Más parecía la ciudad en estos Carnavales el patio de un manicomio, una casa de salud, llena de degenerados que padecieran una igual manía. Un cantar idiota que desde Pascuas nos venía amenazando con la relajación de su ritmo fue todo el Carnaval. Desde el señoritingo de pantalones de odalisca hasta el último jayán, se pasaron

los tres días cantando ese cielito repugnante, con una crueldad de infierno. Ni un rasgo de gracia, ni un gesto espiritual. Las voces desentonadas, las voces roncadas de aguardiente emitiendo el cielito con una plebeyez espeluznante y desesperada. En el tranvía, en las esquinas, en las calles, en los rincones más ocultos y absurdos no se oyó otro cantar y otra gracia que el cielito, cuya casa solía estar a un paso del hombre cantador. Hubiera sido justo buscar otra casa que se hallara veinte millones de pasos de la ciudad, para meterse uno en el sótano de ella. Cogerlos a todos y meterlos de cabeza en el barranco lleno hubiera sido poco: una broma de salón. No hay palabras con que expresar la incomodidad del ciudadano discreto ante la estólida diversión. Tres días desde el amanecer, sin cesar, el canto se oía y siempre, para mayor gloria, desentonado. Todavía ayer, Miércoles de Ceniza, quedaban cielitos de la gente resonando por ahí.

¿Qué descubre esto? No descubre nada, claro. No es más que una triste confirmación de la absoluta desgracia insular. En otros lugares el pueblo es ordinario y brutal muchas veces, pero es pueblo y suele tener gracia y, sobre todo, personalidad.

Pero esta gente agorilada no hace sino imitar las cosas tontas de los otros con mayor plenitud de tontería. Después de los momentos de indignación viene la tristeza, el desconsuelo de no encontrar ningún resquicio espiritual con que poder uno solazarse.

Fue en verdad edificante el espectáculo carnavalesco. Queremos apuntarlo en este pequeño volante de recuerdos, con unas sencillas palabras.

Decididamente, este pueblo es estúpido.

[19-2-1920]

PIÑATA

El domingo de Piñata es como un honesto, tímido y esclavizado oficinista. Un pobre diablo de oficinista que aguanta el musculoso gesto del patrón extranjero, ese patrón colonizador y hecho de descortesía, tejido de descortesía, y todo él con la descortesía enlazada, como un serón de paja o una complicada cesta de mimbre. El domingo de Piñata sale en medio de la Cuaresma, como un día oficinista, que harto de simplezas numéricas fingiera un mal y se libertara a escondidas del trabajo de un día. El domingo de Piñata es tan triste como aquel M. Lerás de Maupassant, tenedor de libros de Labure y Cia. que se ahorcó con sus propios tirantes en el Bosque de Boulogne. El domingo de Piñata tiene alma suicida, un alma tenaz de suicida, y si fuera algo material, algo corporizado, ya hubiera finalizado su existencia. No habría domingo de Piñata hace muchos años.

Este domingo no tiene nunca sino tres máscaras, las máscaras que más se aburrieron en los tres días de Carnaval, y que apuran un día más para libertarse aprisa del aburrimiento. El domingo de Piñata tiene el alma distraída y fría; parece como un día que se encoge de hombros y pasara entre los días sin verlos, y despreciándolos por reflejo del desprecio de sí mismo. Es como esas personas insignificantes, de las cuales se echa mano siempre, a última hora, para que desempeñen un cargo o para que hablen en una velada, porque no hay nadie que preste este pequeño servicio que todo el mundo ha prestado ya. Gris, pero no con el gris que ven los ojos, el gris de la pintura, sino con ese otro gris que se siente y que se oye en los lentos paseos del alma harta de vagar por las calles de una ciudad idiota y extranjerizada.

Llegó el domingo de Piñata con sus tres únicas máscaras, que recogieron las sobras de la alegría carnavalesca, y que las continuaron esparciendo como serpentinadas des-

hechas sobre los hombres serios que transitaban. Era el eco débil, enfermo, de una falsa alegría que este domingo se descubre todo; se descubre porque sólo quedan los menos expertos en fingir alegría, y éstos nos enseñan, con su torpísimo arte, que nada fue cierto, que sólo hubo una careta enorme que cobijaba bajo su risa de cartón los espíritus enarenados de una turba inconsciente y esclava.

[23-2-1920]

NADA

Pasado el temporal berberisco, pasado el temporal del Noroeste, pasado el temporal de la alegría se ha quedado la ciudad como una acera ancha y limpia. Parece que está brillante, como si la hubieran fregado de toda cosa bulluciosa. La gente cruza con suavidad de magistrados que van al parque y hay un ambiente de casa nueva y barrida, cuyas puertas se abren al mar para que entre el rumor de las olas y el oro del distinguido astro solar.

¿Qué ha pasado? El pequeño insular no lo sabe. Tiene como un vago recuerdo en su mente. Los dos temporales y el Carnaval se juntan, se amontonan en su memoria. ¿Cuál fue el primero? ¿Vino el polvo del Sáhara antes que las máscaras o fue después?

En las islas las cosas no tienen actualidad nunca. Son del mismo modo y pasan como continuación de un ovillo que empezó a devanarse el día que los católicos señores se adjudicaron los siete peñoncitos. La vida insular puede ser aquella *nada* bíblica de que se valió el Señor para construir este mundo. Más recta que sus aceras, la vida de la ciudad empieza en un llano y en otro llano igual termina. No es un sueño. Un sueño casi siempre es una escala de Jacob. No es una muerte. La muerte tiene una

revelación detrás de su puerta y si uno no es Dios al morir será raíz de otros frutos. ¿Qué es, pues? Es esa *nada* de que hablamos.

La *nada*, pudiendo ser una cosa natural, habría de tener este aspecto. Un comerciante, un médico, un abogado, un sobrestante, silenciosos, bajo una inmensa y azulada campana neumática.

Pero no podríamos hacer de esta *nada* ni una estrella siquiera.

[24-2-1920]

FRIO

Hace frío, sin duda. Gratísimo hielo que nos hace un poco londinenses. Empezamos con los letreros en inglés y hemos acabado con el frío y la bruma británicos. Para un hombre profundamente patriota, con patriotismo atorcuatado, ésta sería una señal alarmante. Penetración pacífica de los ingleses. Primero con su carbón y sus gabarras y después con su frío. Es indudable que este frío ha venido en el último Yeoward. Mercancía, sin reembolso, con conocimiento libre. El flete lo pagarán después los pulmones.

Pero la gente, así como no está acostumbrada a las duchas espirituales, tampoco puede arregostarse al frío. La civilización bien sea filosófica o meteorológica no entra cómodamente en el isleño. El isleño va por la calle asombrado, tiritando de miedo. Como iría más asombrado aún y temblando de espanto, si le obligaran a leer la *Crítica de la razón pura*. Este frío es algo así como una teoría Kantiana que no podemos tolerar o comprender nosotros, los hombres elocuentes y ardorosos.

Da pena ver al insular enfriado. El insular que siempre ha sido caluroso y gritador y fanfarrón y sabihondo. En las esquinas, acurrucado dentro de su propia americana tartamudea «no nos jeringuen con este frío».

Pero el frío es cultural después de todo. Salir tan concienzudamente del frío, como de teoremas matemáticos es de una igual importancia. Y un hombre que sienta el frío se puede dar tanto pisto como el que siente la barcarola de *Gioconda*.

Recibamos el frío, como un mensajero de otros países más cultos. Preparémonos las casas con sus tejados, construyamos para el futuro invierno la dulce y literaria chimenea. Cerca del Mar, viendo arder la llama, nos sentiremos más hogareños y más cuentistas. Un cuento al calor de la llama, un cuento de navidad es una cosa exclusivamente británica. Y ya que nosotros enviamos nuestras bananas a Inglaterra, que Inglaterra nos envíe su frío, como intercambio espiritual.

[9-3-1920]

SOL

Ya hay sol. ¿Hacía frío? No se lo podemos preguntar a las americanas negras ni a los hongos que estaban encantados con el discreto tono gris de estos días. Sólo nos lo podrán decir la arena de la playa y el árbol solitario del camino torcido por el viento. Nosotros tampoco lo podemos decir porque tenemos unos pantalones antiguos. El sol, sobre el mar, no sobre los hombres provincianos. Las ropas se avergüenzan de que se les descubra el recóndito verdor de sus negros y los sombreros de paja, estirados hasta el invierno, sacuden el polvo atrasado y triste. No, el sol no hace mal tan pronto. Es preciso aguardar hasta otros días más leves, cuando se puedan soltar las

ropas de lana y florezcan en las sombrererías los nuevos sombreros blancos.

Pero saludémosle como el distinguido y querido amigo que alegra las oficinas y las redacciones y hace la calle de Triana menos áspera y estúpida; y cuando el espíritu se encuentre solo de amistad, y acosado de políticos o de jefaturas y de mandatos, con sólo meter las manos en los rayos de oro, liberta de rencor y de odio el pensamiento pequeño.

A pesar de las ropas y de los hongos, el sol es un alivio. Está en un banco del Parque aguardándonos y nos deja el lugar cuando nos sentamos. Es un amigo pero no hay que saludarlo heroicamente. Es indiscreto decirle que se pare a oírnos como pretendió Espronceda, sino que pase, que pase siempre para verlo volver.

[22-3-1920]

ACABASE LA LUZ Y LA LUZ...

Están sonando las diez de la noche en la Catedral. Pero nosotros no podemos saber que son las diez. La luz del reloj se ha apagado. Y aunque dé mil campanadas el reloj, no es posible creer que marca hora alguna. Nuestros amigos los canónigos pusieron la luz porque el reloj era inútil. La gente oía las campanas y no sabía dónde. Era preciso, pues, poner luces para que se supiera que se trataba de un reloj y que ese reloj marcaba una hora fija. Pues aunque leyéramos en la prensa que en la Catedral había un reloj, este reloj necesitaba expresar su vida más claramente: ¿Cómo un reloj da siete campanadas y nosotros podemos saber que han sonado las siete sin verlas? La escolástica canongil llega hasta este exagerado límite: ver para creer, dijo el santo filósofo. Si era el filósofo y

no son dos distintos los santos, porque no estamos muy seguros.

Pero esta noche, sin luz a las diez, nadie podrá saber que esta hora existe. Hay una probabilidad, sin embargo: que han sonado diez golpes. Pero esto no es suficiente. Pueden ser las diez de la mañana y no de la noche. Para saber, a punto fijo, que son estas diez últimas necesitamos la luz. Si la hora se alumbra es porque son las nocturnas. Si permanece sin encender la luz, no es vano creer que la hora sonada es la matinal. Esta triste luz, descompuesta, siembra de tinieblas el horizonte de nuestras horas. Los canónigos, que no salen de noche, no se han enterado de que la luz que ellos han colocado en la torre se ha burlado cruelmente o se ha sentido demasiado humilde no queriendo que haya más luz en el sagrado edificio que las naturales que producen los sermones.

Han dado diez campanadas sin luz, esta noche. ¿Serán las nueve o las dos y media de la madrugada?

[23-3-1920]

LA TRISTEZA DEL HONGO

Aunque no habíamos mirado al muelle cuando cruzábamos la carretera en dirección al Puerto, dijimos: Posiblemente un barco inglés acaba de llegar. Nos lo estaba indicando un hongo, sobre un pescuezo rojo y violento.

Delante de nosotros, un inglés de segunda clase, uno de esos ingleses que llevan ropa azul marina, arrugada, y un pescuezo sin cuello, sostenía, con una dignidad de dieciséis guineas, un hongo triste, melancólico y solterón. Nosotros pusimos el interés de nuestro viaje en este hongo, y dejamos el libro por la caperuza del inglés.

El paisaje es más interesante que el libro. Aunque el paisaje sea siempre igual y lo hayamos visto muchas veces. Ahora es un árbol, el árbol de siempre, el que está en tal sitio del camino. Al llegar lo contemplamos como todas las horas, y al volver es la misma mirada, nueva acaso, cada momento, la que se posa en él. Después es el mojón de piedra que señala los kilómetros, más tarde, el hombre de la tienda, en mangas de camisa, con un periódico arrugado en la mano. El libro se cierra, porque pueden escapárse nos estos amigos del camino. Y parece como que no puede ser corto el viaje, ni dulce, ni afortunado, pasando sin verlos.

Hoy, el paisaje es el hongo del inglés. El hongo triste. Sin duda que se ha hallado solo, en medio de las *cachorras* o de los livianitos, y se empina sobre la redonda cabeza británica. El hongo tiene el susto melancólico de esos pobres viajeros que no han visto otro lugar que su villa natal. No hay otro hongo por los alrededores. ¿Con quién puede hablar el hongo éste? Es como un negro que llegara a Europa: tiene el asombro de un negro, y todo el mundo lo mira sobre la testa anglicana, con esa curiosidad del paleta civilizado. Y el hongo se azora y se le van enrollando poco a poco las alas, hasta que se queda en la coronilla del inglés. Entonces la gente se ríe, y el hongo empieza a tartamudear y rueda sobre los bancos, presa de un síncope.

El inglés se compadece y lo recoge y lo acaricia, y el hongo emocionado se vuelve a anchar y cubrir la cabeza de su dueño.

El tranvía llega a su destino. El inglés se apea y entonces el hongo tiene sobre la cabeza roja toda la gracia y la alegría de un loro sacado de la jaula.

[13-3-1920]

UN JAPONES BEBIDO

Jamás había visto un nipón ebrio. Ahora tenemos, de no sé qué barco, unas docenas de nipones que van y vienen en el tranvía. Ayer, uno de estos áureos medio-semejantes cogió su borrachera para tornarse rojo, pero no lo pudo conseguir. El vino bebido debió ser del blanco.

El japonés discutía con un árbol del Parque. El árbol estaba lleno de raíces; era un árbol dentado, una palmera local. Y el nipón se indignaba porque no era un arbolito enano como los suyos, liso y casi esmerilado. ¿A qué vino él a esta tierra remota, de casas enyesadas, donde no hay terremotos ni chozas de bambú, ni biombos de laca? Ha bebido su vino, porque era bueno como el poeta italiano, pero lo que el vino —gran evocador y gran consejero— le hizo ver luego fue malo. Transportado en el sueño a un camino de árboles geométricos, cuando sus manos quisieron tocar, halláronse unas ramas cercenadas y un tronco duro y ancho como la cinta de una patrona hispana. El nipón no podía ajustar sus manos con aquellos obstáculos y quería discutirles su existencia inaudita. Alma de héroe, se daba de cabezazos en el tronco y la sangre corrió como en una batalla de orgía. Chorro del vino rojo que no bebió salía por las sienes. La cara del japonés —¡oh, tiempos simbólicos de Maura y Montaner!— era una bandera española. El árbol, brusco e ineducado, sin sutileza alguna, se chupaba lentamente la sangre, que regó las raíces.

Hemos meditado después sobre el porvenir de esta palmera; mañana será un bambú legítimo con la adornada gracia de un nenúfar en la copa.

[10-4-1920]

EL SEÑORITO ANUNCIA EL VERANO

Un señorito de la localidad se ha comprado un sombrero de paja, se ha montado en el tranvía y se ha ido a pasear a la playa de las Canteras. Otro señorito ha hecho lo mismo, y los dos se encontraron frente al mar. Una sola familia se había trasladado a su casa de la playa. Los dos señoritos han comentado esta coincidencia mientras el verano empieza tímidamente.

Una señora dice: —«Ya está yendo la gente para las Canteras»— Un joven distinguido ha preguntado en el Club a otros jóvenes: —«¿Cuándo se marchan ustedes a las Canteras?» Y los jóvenes han respondido: —«Este año vamos a Tafira.»

Hay un perfumado deseo de veranear. El sol mismo, dice a mediados de Abril: «Aquí estoy, a las órdenes de las pamelas y de los zapatos blancos.» Y a la gente le entra calor, un calor elegante de paseos sin sombrero pero con unas sombrillas de colores vivos. Y el dueño de todas estas familias se dedica a preparar su veraneo en el ómnibus automóvil. Veraneo de aire agradable, veraneo fresco aunque un poco apretado.

Tener a la familia en el campo, es hacer una frase consoladora: —«Tengo a mi familia en el Monte.» Y aunque el señor apenas veranee, la frase le alivia el calor, es como un pay pay gramatical, que ensancha el alma oficinista.

Los dos señoritos que han ido hoy a las Canteras, y se han encontrado a la primera familia de la temporada, han gozado la sensación de un espléndido futuro veraniego. ¿Abril, y ya la gente de temporada? La vida es admirable. Nosotros quisiéramos tener un pequeño verano, aunque fuera el veranillo que tienen las nueces. Hay un sentimiento dulcísimo que no hemos podido experimentar

nunca: el llevar un queso de bola, en el tranvía de las ocho, a la familia que está en las Canteras.

Esta familia que aguarda diciendo: «Pancho, has tardado hoy.» Y luego Pancho llega llenando el espacio de su tardanza con el esférico queso, alegría *postril* de nuestra clase media.

[19-4-1920]

LOS BIOMBOS AMBULANTES

Hay en la bahía fondeado un buque fantasma. No el de los mástiles negros y las velas de sangre. Nadie ha visto este barco nuestro. No es un barco inglés, no es un barco español, parece que no está fondeado y que si lo presentimos, es de tan lejana nación o de tan extraña catadura, que no es posible uno imaginárselo bien. No es un barco de los que vemos fondeados, con nuestros ojos. Está detrás de todos los barcos, casi al ras del agua. ¿Pues de dónde salen tantos japoneses chiquitos? Hay una epidemia de japoneses. Montamos en el tranvía y de pronto, surgen frente a nosotros, diez, veinte, japoneses cubiertos con todos los sombreros de antes de la guerra, esos sombreros que se quedan en las sombrererías rezagados, en unas cajas que no son las de ellos. Los restos de las estaciones, los hongos de excesiva medida, esos que no compraba sino el tal señor que se mudó de provincia o se murió antes de que llegara su sombrero.

Los japoneses se extienden por toda la ciudad, en grupos, parados en una esquina, parecen las figuras de los biombos de laca que se han salido de allí, ahítos de kimonos y ansiosos de hongos ingleses.

Todos, con unos ojos rayados, de igual estatura todos, cuando se colocan juntos, con los ojos pequeños y re-

cónditos parecen una sola línea trazada a pluma, con una regleta comercial.

¿Por qué han dejado las sedas y las sandalias de rosa, por estos hongos y estas americanas, anchas también como los kimonos? Los hongos tropiezan con el aire del tranvía, y los japoneses al reírse parece que se están riendo a escondidas de sus propios sombreros, viéndose reflejados en el fondo de un lago sagrado, cubierto de nenúfares.

Uno ha cogido con las manos ayer, en el tranvía, su hongo. El hongo era una barca donde el japonés se hubiera metido para remar en otro biombo caricaturizado. El ha dicho algo a sus amigos del hongo, porque todos se han puesto serios y han contemplado el sombrero con cierta religiosidad confusa. El hongo ha dado vueltas en las manos del japonés. ¿Qué pensaban? ¿Qué era, en realidad, aquella cosa que ellos se ponían en la cabeza sin percatarse bien del oficio?

El hongo podía ser un ídolo interesante. Un talismán misterioso. Desde nuestro asiento, un poco ciegos de polvo y de velocidad, nos pareció que el hongo era un diminuto Buda hidrópico.

[21-4-1920]

PORQUE DESAPARECE EL LAUREL

Porque sobresale. El laurel no puede continuar en alto. Y enfrente del Casino, menos. Es la perenne historia insular. El rodillo nivelador de que nos habló en memorable fecha don Luis Millares.

Hemos pasado junto al laurel herido. Durante muchos años se irguió gallardo, superior, espléndido. Pero los hombres pequeñitos diéronse cuenta de que el laurel les

vencia en estatura y han acordado suprimirlo. Es un caso de envidia provinciana.

Era lo más ilustre de la ciudad. Tenía un prestigio antiguo y simbólico. No pudo ofrecer sus ramas para conocer a los hombres locales y él mismo se servía de ellas sobre su testa gloriosa, porque era el mejor de los nacidos. Hoy, medio derrumbado, no abate sin embargo su gesto de desdén orgulloso. Cercenarán sus ramas, machacarán sus hojas. Quedará el laurel incólume, altivo. Las raíces se extienden largamente; cuando el tronco esté astillado, las raíces perdurarán escondidas, asqueadas bajo la tierra.

Estos hombres pasan junto al laurel indiferentes. Nadie se ha conmovido. Era la sombra ilustre de los profesionales, de los hombres que pretenden ser inteligentes. Nada ha perdurado tan firmemente como el laurel amigo. Y no era posible tolerarlo más. Ahora hay mucha gente que quiere ser más alta que él y que era mucha la sombra que proyectaba.

Se nos va. No han sabido amarlo ni comprenderlo. Pasó sobre los años respetado por los espíritus de ayer. Tenía la altura desmesurada y las ramas famosas para la alegoría genial. Pero, ¿para qué había de quedar ahora, en un lugar donde los hombres se coronan sólo de usura, él que es puro, amplio, infinito?

Despidamos al viejo amigo. Lloremos en silencio y a escondidas la muerte [...] daces de la ínsula. [...] todos iguales.

Ya no habrá nadie más alto.

[7-5-1920]

* Faltan algunas palabras.

LAS HOJAS DE ROSA

Después de diez años hemos vuelto a la Catedral. Era día de la Ascensión. Nos habíamos levantado temprano, vacíos de recuerdos. Ni el recuerdo de la noche anterior. Todo el espíritu solo. Caminábamos en silencio, en medio de los hombres mañaneros, cuando llegamos a la Catedral. Y de pronto, la imaginación fatigada del ocio da un salto de veinte años. Un salto a la niñez.

¿No era aquí, en la Catedral, donde caían por unos agujeros de la bóveda las hojas de las rosas? ¿De dónde venían esas hojas queridas? ¿Había un ángel escondido que sembraba hojas de rosas sobre los canónigos y sobre los beneficiados?

Y llegó el día del colegio y el día del traje nuevo estrenado en Semana Santa, resucitado hoy, día de la Ascensión. Y un olor de rosas frescas en el alma —olor de niñez y de alegría— y los ojos se iluminaron y volvieron a ver las rosas deshojadas descender al altar. Y el obispo Cueto, tan pequeño y tan dulce y tan limpio, pisando los montones de rosas. Y luego, las campanas, que tenían el sonido y el aroma de las hojas que caían, en una lluvia constante, infantil. Las capas pluviales eran luminosas, el órgano sonaba más claro. Toda la iglesia era Mayo, un Mayo único, que se agolpaba todo en este día tan bueno.

Hoy estaba la ciudad llena de holandeses y de británicos. Unas mujeres rosas, claras, también de Mayo. La Catedral se llenó de estas mujeres. Y nosotros, fuera, pensamos que estas mujeres nuevas traían a la lluvia de rosas una nueva cordialidad. Y el recuerdo de ayer se precisaba más amplio. Era necesario recordar otra vez.

Y entramos. ¿Dónde estaba el ángel? —No era un ángel. Era un sacristán, el sembrador de rosas. Pero tampoco estaba el sacristán. No había hojas. Las hojas se

perdieron en las bóvedas. La lluvia había caído. Al menos, cuando entramos, no llovió más. Desde la puerta, nuestros ojos lloraron la antelación de la lluvia o el retraso de nuestra curiosidad.

Pero en nuestro espíritu, las hojas estaban ya secas y eran dos o tres nada más que se llevaba el viento. Un viento frío que venía de un cielo gris sin emoción.

[14-5-1920]

EL RECUERDO OLOROSO

Habíamos permanecido alejados en este día solemne de Corpus. Día en que comenzaban las vacaciones del colegio y por eso doblemente recordable.

Habíamos huido al Puerto. La gente encapotada y bilingüe, es para los treinta años de una vida poco feliz, intolerable. El Corpus tiene el prestigio retumbante de los zapatos de charol y los trajes de seda que se estrenan. El Corpus, para este grupo de seres que forman lo que se llama sociedad, es una fecha de figuraciones. Los cuerpos bien sociables no se hallan confortados este día si no estrenan el traje, como los cuerpos limpios no se avienen a dejar el baño matinal. Corpus nuevos. En las plazas, en las calles se diluyen en trapos los sueldos oficinescos.

Pero nosotros ya no adivinamos estos debuts anuales. No podemos ver espectadores, y algún malicioso acaso diga que por no poder ser actores a la vez. No somos espectadores y habíamos ya olvidado el solemne y amado espectáculo de nuestra niñez.

Por la mañana, al pasar, pensamos: «Aquí había un arco.» «Y aquí unos obispos.» «Unos retratos de obispos.

¿Por qué ponían estos retratos? Y la memoria confusa no recordaba bien.

Unas plumas, unas ramas. Este año parecía la preparación más esplendorosa.

Nos pasamos la tarde frente al mar, que estaba gris, aburrido y solitario. Llegó la noche y retornamos a la ciudad, cuando la gente pasaba con sus trajes nuevos que parecían tan mustios como las pisadas alfombras de flores. No quedaba nada. Sólo el recuerdo del olor de la tarde.

La ciudad olía a nuestros días pasados. El aroma, lleno de pureza y de alegría entró en el espíritu, despertándole una primera juventud olvidada.

Y al entrar en nuestra casa, detrás de nosotros, venía la sombra del ayer, acariciándonos en las espaldas, con tan sutil y punzante caricia, que llegó a arañarnos el corazón angustiado e incrédulo.

[4-6-1920]

DE
INSULARIO

REGIONALISMO AL FIN

Mientras los ingleses, nuestros buenos amigos, nos abandonan, el señor Cambó y su regionalismo nos acarician. El icono liberal muerto, aquel don Fernando de León y Castillo, generoso dueño de tres islas, de sus cenizas renace el señor Cambó como un nuevo Fénix, menos mitológico y literario, desde luego. Y nos regala un puerto más grande que el que teníamos y que en otro tiempo feliz nos regaló el dueño liberal difunto. El muerto de antaño y el vivo de hogaño, entraron en el corazón insular por el puerto. El primer puerto fue un dogal de treinta años. Cuando este nuevo puerto se inaugure ¿será otro dogal de tanto tiempo?

Una comisión regionalista ha llegado de Madrid, con la bienhechora «Gaceta» en las manos. Esta comisión, compuesta de amigos sencillos e inteligentes que todavía crecen, fue recibida con palmas, con banderas y bandas de música populares. Será curioso y pintoresco el ver al pueblo, de ordinario asaz pacífico, enardecerse por los vítores. El puerto ese día glorioso se estremeció de contento. Un año antes, se erizaba de dolor viendo cómo huían de su lado los barcos ingleses tan constantes y tan

generosos. Y el puerto decía entonces: «¿Cómo es posible que estos ciudadanos me abandonen de este modo? ¿Cómo ellos que no tienen otro yantar que el que yo les ofrezco, permanezcan sin angustia o sin protesta ante este desastre terrible? ¿Es que estos hombres no tienen hijos o los hijos de estos hombres se han muerto? Los submarinos ahuyentaron los barcos, los espías cuidaban desde tierra de todas las rutas y los destinos sobre el mar, pero estos hombres continúan con las bocas abiertas, como los admirados del establo en Belén, sin saber qué aguardan o cómo será la luz del nuevo día.»

Hoy el puerto recuerda su dolor de hace un año y exclama: «Los ciudadanos se han juntado en muchedumbre. Jamás vi a todos los ciudadanos tan unidos. ¿Cómo gritan! ¿De dónde han sacado estas voces estentóreas? ¿Por qué han venido al puerto y han llenado el muelle de este modo tan ruidoso? ¿Vendrán naufragos y los ciudadanos indignados al fin se agrupan para protestar enérgicamente, o acaso para castigar con sus propias armas el último crimen germano? No, no. Los ciudadanos han venido a recibir una Comisión política y patriótica. ¿Es que, en realidad, son patriotas los ciudadanos insulares? ¿Y cómo son patriotas ahora y entonces no lo fueron?»

Y el muelle calla, porque no sabe más cosas. Pero nosotros podemos decir: el patriotismo es el vientre. Esto no es original, pero se puede repetir con un sencillo, ligero y humilde corolario. El vientre también era hace un año el más interesado, quizás más que ahora, pero entonces era irremediable el grito. ¿Para qué, si hubiese sido un grito ideal o romántico que se perdería sobre el mar sin eco y sin respuesta? El vientre en la actualidad queda en casa y en casa se puede andar bien y compuestos como nos venga en gana. Detrás de este puerto nuevo que viene escrito claramente en una gaceta para los que no saben leer manuscrito se vislumbra el desocupado ciudadano insular un proyecto estupendo de historia po-

lítica; una resurrección gloriosa de los pasados días del icono muerto. Y ved aquí cómo para más significativa esta razón convencidora son los mercaderes los que se han sentido primeramente los más hondos, los más íntimos regionalistas. ¡Párate y caliéntanos, oh sol!

¿Qué es el regionalismo insular? Un día, los ciudadanos vieron cómo desaparecían los barcos ingleses que trajeron el pan, la voluntad y la prosperidad mercantil; tenían en la propia casa los espías que traicionaban y sólo supieron desprezear el lomo como gatos. Ahora, activos, presurosos, llenos de ardor y de fe, aclaman un nuevo icono que brota en el cielo atlántico, como las tribus adoradoras del Sol. Claro está que este icono es más inteligente y más moderno que el otro. Pero ¿los ciudadanos han variado? No, no ha cambiado el ciudadano insular. Este ciudadano es crédulo y aficionado al embrollo político. En medio de este embrollo nació y se crió como los tudescos en el sangriento seno del canciller Bismarck. Nada que no sea esta metafísica del fraude y el serpenteo del negocio oculto logrará enderezarlos. Sobre la ciudad descargarán sus cañones las escuadras enemigas y el ciudadano dirá: «¡Caramba, hay escuadras que tiran balas! Lo que es yo no quiero líos. Déjame esconderme bien.» —Pero ¿y el patriotismo? —nos aventuraremos a preguntar nosotros. ¡Qué patriotismo ni qué niño muerto! El patriotismo es un pellejo.

Pero un hombre poderoso le grita al ciudadano desde su sitial: «¡Trogloditas, si me dais un diputado os abriré las espuelas de un negocio!» «¡Viva, viva, y viva!, responderá el ciudadano. Hay que ser patriotas. Hay que sacar un diputado para que defienda los intereses de la patria y de la región!»

[17-VIII-1918]*

* Las fechas entre corchetes corresponden a la publicación del texto en «La Publicidad», de Barcelona.

UN GERMANO Y SU KAN

La playa del Puerto ha sido invadida por los alemanes. No hay en la playa sino alemanes, desfilando militarmente ante el mar, tan poderoso y bravo como el Kaiser.

Los alemanes —no será preciso advertir que van juntos siempre— gozan de las suaves delicias del verano vestidos con unos sacos largos y unos sombreros antiguos y absurdos como prendas de almoneda, todas diferentes, de distintos años. Sobresale entre todas un hongo, un hongo personalísimo y flamante que porta sobre su cabeza exheroica el alemán más anciano, un alemán que es el vivo retrato, con monóculo y todo, de esa escafandra automática que paga y dirige en España la Prensa troglodítica.

Los alemanes salen de los barcos internados relucientes, como los pisos lavados con potasa, y enfilan la playa de las Canteras. De un extremo a otro la cruzan matemáticamente, con los brazos en alto, de modo que parecen llevar unas bayonetas invisibles. Tienen sus amigos isleños que son admiradores de sus caras lampiñas, y le hacen el amor a las señoritas; un amor silencioso de espionaje. Algunos alemanes se han casado por este sistema sigiloso. Un día vemos aparecer a un alemán con sombrero nuevo y su esposa al brazo. Se casan, aguardando el fin de la guerra, como si se apoyaran en una esquina aguardando a que pase la gente. Cambian de religión como de patria, sin dejar de ser protestantes. Los curillas españoles están encantados con este maridaje original.

Pero entre los alemanes de la playa hay uno que siempre está solo con su kan. Con su kan que tiene un rabo

enroscado y que hace ejercicios acrobáticos en un rollo de platanera y le trae del mar todas las piedras que su dueño arroja sonriendo.

El alemán viste traje de baño. Pero un traje hecho con tela de calzoncillos y lleva un sombrero de paja aludo y fuma su pipa mientras educa al kan. A las doce del día, a la hora de más sol, el tudesco sale de una tienda de campaña con su perro. Se acerca a la orilla y empieza el ejercicio. Arroja un madero al agua; el kan mira al dueño. El dueño, con el propio idioma del perro, pronuncia unas palabras cabalísticas y el kan se arroja al agua para volver en seguida con el madero entre los dientes. El alemán sonríe, lanza sus miradas a todos los lados, llenos de espectadores, hace una cortesía universitaria y arroja una zapatilla al kan. Se repite la escena muda y la escena ladrada y el kan recoge la zapatilla. Y después de la zapatilla el sombrero y, últimamente, el propio alemán se arroja al agua, ante el colosal asombro de su kan que no sabe si ha de traerlo también en su boca, o si el tudesco saldrá por su propia cuenta.

Nosotros, desde un ventorrillo de la playa, disfrutamos de este espectáculo pintoresco. Y nos decimos: «Este kan llegará a ser un kan ilustrado. El kan hará un día todo lo que sabe hacer un alemán. Es posible que si este kan, en vez de estar recogiendo maderos en el agua doce horas cada día, aprendiera a manejar una retorta con tanto entusiasmo, llegaría a ser un excelente alquimista. Este kan es como su mismo dueño. El padre de este alemán le enseñó, acaso griego, con un sistema idéntico. El tudesco enseñará a su perro y a su hijo de igual manera. El hijo y el perro recogerán del mar cuanto madero arroje una mano aburrida. Si este alemán estuviese ahora en Francia, se arrojaría sobre las trincheras enemigas con el mismo salto, la misma virtud y el mismo entusiasmo con que su perrito se arroja al mar en pos del madero.»

El alemán nada, y desde una ola imperial llama a su perro. Pero el perro no sabe esto, que es nuevo, y el alemán sale entonces del mar y le castiga una, dos, tres veces, hasta que el kan comprende. Pero el perro tarda en comprender cinco días. El último día, el alemán le da una morcilla a su perro, porque apenas lo llama, el perro salta y nada hacia el dueño y se le pone sobre la testa, a modo de cascote prusiano. Los chiquillos aplauden; el alemán da las gracias como diciendo: «¿Veis? Así se hacen las cosas. Un perro español no hará este prodigio nunca. Un perro español lo llama su dueño y ladra; pero lo llama un amigo y se va con él.»

[25-X-1918]

En el solar atlántico

COMO SE DIBUJABA LA PAZ AQUI

Nosotros hemos visto llegar poco a poco la paz en las caras de los marinos alemanes. Como la ciudad es pequeña y los alemanes no abandonan las calles de la ciudad —son como monumentos automáticos en las aceras que cruzan constantemente— en las caras tersas y rojas se dibujaba cada día, levemente, un diminuto proyecto de paz. La paz era como una línea imperceptible que iba trazando bajo los ojos y sobre los labios el gesto inconfundible. Ayer, era un milímetro de paz en las ojeras, hoy ya es todo el rostro, extrañamente iluminado, como un venturoso horizonte áureo. Y no sabemos por qué misteriosa emoción las caras nos han parecido más humanas y la mirada con una luz diferente. Estos hombres, tan lejos de la sangre, de la guerra, amansados por el sol africano, civilizados por el libre y amplio mar Atlántico, habían perdido el recuerdo, y las almas, acaso sin odio y sin rencor ya, se volvían honestas y caseras, lentamente, con esa dulce lentitud de la humilde costumbre, con el pacífico

amor que da el silencio en un islote perdido sobre el mar. La paz estaba en el espíritu de estos hombres. Las montañas solitarias se la dieron y el sol, removiéndoles los corazones, los había dejado como las casas nuevas que abren sus ventanas al viento con nuevos dueños, alegres y nuevas risas infantiles. Hoy, la paz del fondo viene a flor de piel, y la cara alemana curtida de latinidad se ilumina. Es una plaza en fiesta, la cara. Alegre como los caminos con áureos rameados. Una alegría aldeana que oye repicar en la iglesia y huele la retama en los arcos. Y nosotros hemos sentido por primera vez ante las figuras nudosas de estos hombres un leve temblor de perdón y de piedad. Es tan inocente el gesto, tan pueril el comportamiento ahora, tan limpio de prusianismo que envuelve en el olvido la retumbante actitud de ayer. Y nos hace sonreír graciosamente como ante los niños.

Los relojeros alemanes han amanecido hoy arreglando sus relojes y sus escaparates. Los escaparates llenos de figuras de mayólica, las figuras de antes de la guerra, unas gordas Doroteas representando la primavera y el verano, la música y la pintura que vuelven a enseñar sus sonrisas económicas ofreciéndose para las nuevas bodas de los ciudadanos insulares; los jarrones de plata alemana, con sus vasos de cristal y sus flores de trapo, los verdes paisajes donde se ven unos chalets encarnados; la Bella Desconocida, muchas Bellas Desconocidas en pasta, barnizadas de oro y verde; las tanagras, la Venus, la ineludible Venus de Milo, en todas sus edades y tamaños; el sereno con su farol y su bombilla eléctrica, los herreros wagnerianos con su bombilla roja, el fuego de la fragua; las pequeñas Hildegardas en la fuente, el vaso romano, todo lo que estaba escondido bajo los mostradores luce hoy en los escaparates tudescos engalanados de paz universal. Y ellos, los relojeros y sus amigos en las puertas, aguardando jubilosos la llegada de la paz como si la paz fuera a venir en un carro desde el puerto, con todo el aire y la prosopopeya de una retreta militar.

¿Dónde está la paz? Los alemanes adornan sus tiendas para recibir la paz. La paz viene, es seguro que viene. Y sacuden de su memoria el recuerdo de la guerra, como los estudiantes la semana que acaba. «El lunes vida nueva. Esto pasó, ahora hay que estudiar en serio, desde el lunes.»

Y es que los telegramas de la patria ya no llegan, y si llegan vienen cansados, rendidos, como si pasaran por muchos sitios lejanos antes de llegar a las relojerías. Y los alemanes vuelven los ojos a sus figuras y a sus relojes, y las almas se les estremecen, como si fueran los hijos salvados en la hecatombe. Sus figuras y sus relojes son todo un porvenir. Los mismos relojes palpitan como corazones, los minutereros se agitan como manos pacificadoras y todo en la relojería es de una apoteosis grotesca y sentimental.

Ya no importa el dominio, ahora sólo la paz. Pero la paz para ellos es gorda, redonda, como una aldeana de Munich, como una salchicha de Frankfurt. La esperan como quien espera la comida, en derredor de una mesa. Los niños aguardan y se impacientan, las buenas alemanas sonríen y el alemán muy serio y aguzando el oído para sentirla llegar, dice: «¡Esperad un momento! Ahora mismo viene la paz. Se está terminando de guisar.» Y los chicos palmotean: ¡paz! ¡paz!

¿Para qué tantas ansias y tantos dolores, amigos alemanes de la colonia? ¡Vosotros habéis de seguir vendiendo vuestra Venus de Milo que no es alemana y vuestra Bella Desconocida que tampoco lo es! ¿Si tenéis un reloj enorme en vuestra puerta, que tasa el tiempo, para qué queréis más dominio?

La paz sobre la tierra será un águila magnífica, con las dos alas abiertas. La paz será la antorcha que la libertad levanta en New York; será también un grito sereno e

infinito sobre los mares. Y bajo el arco del triunfo, el retorno de las fuerzas civiles. Pero la paz que a nosotros, los pobres aislados, nos será dado ver, en esta modesta ínsula de cromo tudesco, es una paz de relojeros que le quitan el polvo a sus figuras, una paz de cabezas calvas, libertadas de las listas negras que se inclinan sobre los relojes descompuestos, o unos ojos cansados que escarbarán en el vientre de los relojes como buscando el tiempo perdido.

Octubre, 18 de 1918 [9-XI-1918]

En el solar atlántico

EL RELOJ ALEMAN DE LA INSULA

El tiempo en la ciudad atlántica tiene un cariz alemán. Y no porque corran aires germanófilos, que corren y muy abundantes, sino porque las horas las distribuimos con un enorme reloj tudesco, pariente de Bismarck y deudo de un amable relojero bávaro que sentó sus imperiales en Las Palmas mucho antes de la guerra.

La relojería está instalada en la gran vía del comercio. Sobre la puerta, el reloj, como una cabeza sin casco, de perfil, asoma inexorable, marcando la hora militarmente, con dos aspas de molino por minutereros. Es un reloj de estación prusiana, un reloj de horizonte colosal y férreo, que manda o domina sin gesto personal. Detrás de él todos los relojes amables de la ciudad, los relojes de bolsillo, los relojes de pulsera y esos tan franceses de las señoritas, marchan temerosos, callados, lentos... El reloj germano no se atrasa nunca; no se adelanta jamás. Es como si estuviera en una trinchera resistiendo el volar de las horas y de los días. Pero las horas se estrellan en las aspas; es en vano que una hora volandera se le ocurra

abandonar alguno de sus minutos; el reloj alemán erguirá el minuterero como un dedo de sabio sentencioso, aprisionará a la hora y la hora caerá entre las redes de las aspas rendida y desconsolada. Es inútil que una mujer extienda su brazo y acaricien sus ojos el pequeño reloj de oro. Inútil que esta mujer tenga cita a las diez. Cuando su reloj marque las diez, la mujer acudirá presurosa porque piensa que no llegará a tiempo. Mas cuando llegue, serán las diez menos cuarto. El reloj alemán lo dice y nada valdrá que la mujer con su brazo extendido, exclame: «¡Pero si son las diez, las diez! Mi reloj marca las diez.» Ningún reloj sabe la hora tan certeramente como este reloj alemán.

Es un reloj lleno de sapiencia. Estudió horas en las Universidades alemanas. Cuando todos los relojes se paren o cuando se atrasen, el reloj alemán seguirá su camino. El reloj alemán, tan providencial como el Kaiser, marca la ruta del tiempo insular. El tiempo es ligero, voluble, distraído; a veces tiene frío y otras calor; acaso al tiempo se le ocurra sacudirse las horas, pero el reloj alemán no se lo permitirá nunca. Y le dirá: «Tiempo, herr Tiempo, yo estoy aquí para medirte. ¿Te has obscurecido de súbito? ¿Pretenderás, quizás, que sean las ocho? Pues, no; no son las ocho. Son las siete. Aquí consta. ¿Ves?

«El minuterero mayor, en las doce; el más pequeño minuterero en las siete. Son las siete en punto, quiera o no Wilson. Será en vano que vosotros, relojes diminutos de las niñas, relojes discretos de los tenedores de libros que corréis hacia las oficinas, tú, reloj viejo de la catedral, reloj español, medieval y aburrido, que de repente haces girar las manecillas con un gesto de hidalgo, vosotros, relojes de las sacristías, relojes retrógrados, será en vano, repito, que marquéis horas diferentes, horas tempranas, horas adelantadas... El tiempo seré yo. La hora es mía. No hay otra hora en el espacio. Y no importa que me arrojéis piedras, chiquillos desarrapados de la calle, golfos

latinos; no me romperé nunca. Los minutereros míos son el índice y el pulgar del Supremo Hacedor.»

El ciudadano insular se detiene un momento en la calle: «¿Qué hora será?» Y saca un reloj. El reloj dice: —Las dos y media—. «¿Será esta hora?» —pregunta el ciudadano y otro ciudadano responderá: «Yo tengo las dos y veinte.» «¿Qué hora será, pues?» Y un tercer ciudadano añadirá que su reloj indica las dos y cuarto.

—«Pues no sabemos qué hora es» —exclaman defraudados a un tiempo los tres ciudadanos. Y elevan los ojos al cielo. El cielo está toldado. «Parecen las tres.» «Por la claridad parecen las tres.» «Pero no, no serán las tres.» «¿Serán entonces las dos y media?»

Y los ciudadanos acuerdan mirar la hora en el reloj germano. El reloj germano marca impertérrito las tres menos veintiocho minutos y medio. Y los ciudadanos, mudos ante el reloj, dominados secretamente por esta implacable hora alemana, arreglan sus relojes con gesto tímido de prisioneros de guerra.

El reloj, lentamente, como si los palitos negros de las horas fuesen unos espías sigilosos, ha ido entrándose en el corazón de los insulares. Nosotros mismos, cuando no tenemos reloj y queriendo ver un reloj de lejos, hacemos uso de nuestra imaginación, nos encontramos fatalmente ante el reloj alemán. Y el reloj alemán surge en nuestra memoria con todas sus colosales proporciones marcando la hora que es cierta. Pues éste es el mayor prodigio de este reloj. Es un reloj también de sensaciones. Incrustado en nuestros espíritus con esa huella emocional de las cosas fuertes, dentro de nuestros propios espíritus va marcando la hora. Y si a media noche abrimos los ojos, el reloj aparece diciéndonos qué hora es y cómo ninguna hora es verdadera, sino aquella que él marca de lejos.

El reloj alemán de la ínsula es todo un misterioso sistema de penetración pacífica. Nada podrá vencerle. Todo reloj será impotente ante la proporción y fortaleza de este reloj mitológico. Es un derivado sutil de aquella «grosse Berthe», que bombardeara París. A nosotros no nos destroza el reloj las cosas, que después de todo no estaría mal, ni hiere a los ciudadanos, que tampoco estaría mal, pero nos marca el tiempo, nos señala la pavorosa ruta de las horas lentas, con esa resistencia, con esa trágica constancia de los hombres que tienen voluntad y encima son brutos.

Un reloj inglés, que es generalmente un reloj atildado, seguro, bien educado, nada puede con este reloj alemán. El reloj inglés dice sencillamente: «Son las once.» Y basta. Nosotros sabemos que un inglés es un hombre justo hasta cierto punto. Y hasta podemos burlarle la hora. Pero el reloj alemán, además de gritar estentóreamente: «¡¡Son las oncel!!», yergue los minutereros amenazantes sobre nuestras cabezas y es preciso acatar, convencidos, la hora, que es única en la ciudad. Hasta hace poco, única en el orbe.

Los ingleses tienen en el puerto otro reloj. Es sin duda un reloj menos seguro: un reloj que marca elegantemente las horas; un reloj para el «lunch», un reloj para el té. Este reloj no ha podido rendir al reloj alemán. Hoy sólo usan este reloj inglés, los ingleses. El reloj alemán es el reloj máximo.

Para vencer a este reloj, para que el tiempo fuera tan ligero como las almas y los ojos, sería necesario que en cada esquina de la ciudad se colocasen unos cuantos relojes ingleses, americanos, belgas, franceses e italianos. Menos españoles, claro está. Estos relojes españoles no marcarían sino una sola hora, la eterna hora de España: la hora nona.

LLEGA LA INGLESA BONITA

En un coche de turistas, en medio de seis cotorras de distintas edades, ha pasado por la ciudad una inglesa bonita. La inglesa bonita de antes de la guerra. Esa inglesa que es siempre la misma, la eterna miss, graciosa y linda, de los periódicos de modas, esa mujercita encantadora que en las revistas ilustradas aparece siempre como hija de un ministro, de un general o de un Lord inglés.

La inglesita ha pasado sonriente junto a aquellas caras arrugadas de sus compañeras que miraban al través de unos lentes de sufragistas entre curiosas y molestas, el sol del Atlántico sobre el mar. La inglesa llevaba un cesto de naranjas, en la falda. Ha leído, contenta, palmo-teando casi, los anuncios de los bancos y de las casas consignatarias británicas. Aquellos letreros que son como compatriotas suyos, simpáticos, a los cuales saludaba con una mirada alegre y feliz.

Empiezan a llegar ingleses. Los barcos que vienen y van a la costa occidental del Africa traen unos cuantos tipos que son nuestros huéspedes unos días. Hasta hace poco tiempo sólo eran señores respetables y enrojecidos, damas feas y raras y alguna que otra miss Harriet extra-
viada, que pasea a la orilla del mar su grotesca melancolía. Pero hoy, la inglesa bonita ha cambiado de golpe el espectáculo de los viajeros. Los ojos azules, los cabellos de lino, la risa y el cesto de las naranjas que llevaba abrazado como si fuera un baby han sido como la nueva alegoría del nuevo abril.

La inglesita ha pasado... En las tiendas de los indios entró con su risa y sus naranjas y volvió a salir con un

chal de plata sobre los hombros, más luminosa y más alegre.

Se ha bañado de sol, como si no lo hubiera visto nunca, como si se lo quisiera llevar escondido para los días de Londres, y sacarlo allá de improviso, sobre la gran ciudad, y arrojarlo entre la multitud desconcertada. Y reírse ella, después, desde una ventana, como se ríe ahora locamente, en medio de las grises cotorras que la acompañan, graves.

La inglesita ha pasado. No ha hecho más que pasar. Ha estado con el sol de la mañana y se volvió a marchar a su barco cuando la tarde avanzó. La ciudad quedóse silenciosa y aburrida. La inglesa bonita no pudo quedarse. Los hoteles ingleses no se han abierto todavía y es seguro que cuando se abran de nuevo, ya esta inglesita no tendrá ganas de salir de su niebla. Está bien el sol —pensará allá tranquila—, está bien el sol, después de todo, pero para verlo un rato nada más, como se ve el oriente antiguo, curiosos y sorprendidos. El sol —diría la inglesita a sus amigas en la hora del té—, el sol es muy bonito, como una laca china. Yo he visto el sol atlántico. Es así: el mar y sobre el mar, como una lluvia luminosa, el sol.

Y las amigas de la miss sentirán deseos de ver este sol que ella ha visto y cuando a su vez les toque venir, verán efectivamente que la amiga viajera supo describir el sol como una artista.

Ya no tenemos inglesa bonita. Esta fue otra de las cosas que nos quitó la guerra. Antes, en cada hotel había una inglesa bonita, que al marcharse la sustituía otra más bonita aún. Era cada vez más bonita la inglesa bonita. Todos la hemos querido fraternalmente, sin haber hablado con ella jamás. Ella no faltó nunca a los bailes, a las verbenas, a los conciertos. Hubiera sido justo entonces poner al pie de los programas, como cuando los personajes reales van a los espectáculos, una pequeña nota diciendo:

«Asistirá la inglesa bonita. Si por causas ajenas ella no pudiera asistir, el público no tendrá derecho a reclamación alguna.»

¿Volverá pronto? ¿Este paso fugaz habrá sido como el anuncio de los nuevos días? ¿La inglesa bonita de las naranjas ha sido como el prólogo de todas las nuevas inglesas bonitas que han de llegar en el otoño? Con sus naranjas y su risa pareció decirnos: «Yo soy vuestra inglesa bonita, la de siempre. Ahora no puedo detener mi viaje, pero volveré.» Tendréis esta temporada inglesa bonita, dentro de vuestro sol y a la orilla de vuestro mar. Des-cuidad, amigos; no se estropeará la estación resucitada. Tendréis una inglesa más bonita que la de ayer. Más bonita, porque ella también ha ganado como los tenedores de libros y los dactilógrafos.

Y la ciudad entera, avisada ya por esta linda mensajera, se dispone a recibir la inglesa bonita que nos llevó la guerra.

Abril 1919 [29-V-1919]

Después de la guerra

NO SABEN LO QUE GANAN

Pasó la guerra, el puerto se normalizó y los plátanos han vuelto a exportarse con gran asombro de los exportadores mismos, que creyeron perdido el negocio y la fortuna. Fincas enormes plantadas de bananas durante la guerra perdieron todo su valor y los plátanos se tiraban o se regalaban, pedazos del corazón de estos labriegos enriquecidos. Pero la guerra es ya un sueño y los barcos ingleses parten del puerto abarrotados de bananas un día

y otro día. Ya el buen isleño sin fincas no puede comer plátanos excelentes, y hoy un huacal tiene tanta importancia como el dije de una cadena cubana. El oro fabuloso vuelve, aunque la gente de siempre se muera de hambre. Y los exportadores, rojos de la indigestión de su negocio, no saben lo que ganan. Así lo dicen abriendo los buzones de sus bocas y elevando la emoción práctica hasta el límite de los límites.

El exportador insular es un tipo único en el orbe. Nada podrá parecerse a él si no es un alemán imperfecto. Endiosado como un indiano, más rural y menos listo, nada sabe más que abonar, de un modo primitivo, sus platanales. Toda su estética se reduce al modelado de su huacal y toda su emoción es abrir el sobre de Houghton, de Yeoward o de Swanston que les trae la cuenta de venta británica. La ciudad entera está gobernada por ellos, que la han sembrado de su repugnante filosofía.

Un exportador isleño no nace; se hace del propio abono de sus plátanos y va surgiendo de la tierra a trozos lentos. El vive y se reproduce para su banana. Sin embargo, por misteriosas razones psicológicas el exportador isleño perdió la brújula de su sentimiento práctico en la guerra. La economía del futuro les aconsejaba una aliadofilia ardorosa, pero se tornaron todos germanófilos, aun a trueque de perder sus mercados británicos. ¿Por qué fue...? Es que el alemán está también hecho de abonos y hay una profunda historia de encantamiento entre el alemán y el exportador isleño. Un alemán recibe una idea como una de esas máquinas que arrojan chocolates y reciben diez céntimos. Esta idea le baila en el aparato cerebral hasta que se desarrolla el acto para el cual ha sido lanzada. La idea, gastada después, inservible, sale de la cabeza del alemán y la recoge el exportador isleño. Pero no le encaja, por su desgaste y su condición de extranjera. Llega a esta cabeza y el exportador recibe las sensaciones de esta idea a saltos disparatados. Por ejemplo: «el rico pensamiento

alemán es lo mejor del mundo.» La idea ésta da vueltas a la cabeza germana, muchas vueltas, un mes de vueltas, y se gasta. Sale al fin y cuando llega a la del exportador isleño no le queda ya sino: «el rico es el mundo»... Y el exportador con esta idea desgastada en el caletre hace como el propio alemán con la idea sin desgastar. Y si el alemán cree que su pensamiento es lo más rico del mundo, el exportador piensa que lo más rico del mundo es él. Es así porque el exportador isleño es una idea alemana llena de herrumbre.

Algunas veces estos exportadores suelen marchar a Inglaterra y vuelven ilustrados de Hyde Park y de Covent Garden. Asustados de tanta gente, al verse al fin en la isla, libres de coches y de automóviles y de gentlemen que corren y mises que vuelan, evocan el paseo con arrogancia de valientes, de esos valientes que nos cuentan sus hipotéticas hazañas, lejos ya del peligro. Los ingleses sienten un especial interés zoológico por estos exportadores. Los tratan bien y los recomiendan a sus casas de Inglaterra donde se comen los «pudings» enteros a las honestas familias de Albión.

La isla está plagada de exportadores. Acabada la guerra han vuelto a surgir como los insectos del verano. Una enorme bandada de cigarras con zapatos de becerro se extiende sobre la ciudad y se posan en los mástiles de los vapores y sobre las chimeneas que los saludan con su humo negro como una alegoría.

El dinero les viene a chorros abundantes. No saben lo que ganan. De tan ignorantes, ni esto siquiera pueden saber.

Gran Canaria, junio 1919 [6-VII-1919]

SHYLOCK, SENTIMENTAL

Ha llegado Mr. Henri Lazarus, periodista inglés muy interesante y violinista trágico. Judío de origen, su envoltura corporal es una exacta reproducción del Shylock shakesperiano. Pero su espíritu, su vida —bohemia y romántica— es otra cosa. Una cosa llena de amor y simpatía. Mr. Lazarus apareció un día en la calle canaria y los cafres de los barrios la emprendieron a pedradas con él. Mr. Lazarus se sonrió y se guardó en el bolsillo unas cuantas piedras. Después se fue a un hotel inglés que está frente a la playa, y allí, entre su violín y sus letras, continúa sonriendo.

Es un hombre cordial, efusivo. Ha tocado el violín en dos conciertos públicos. Lo toca muy mal, pero la gente se ríe de él. Sale a escena, y como es feo y raro y no tiene aspecto de oficial, de jurisconsulto español o de empleado de Hacienda español o de oficial de Correos español, las señoritas de la localidad, hechas de antemano para estos hombres, se ríen casi a gritos. El señor Lazarus, tocando más mal su violín, se ha reído a su vez de todos. Le maltratan los chicos, los grandes le miran con descaro burlón, pero Mr. Lazarus no se va. Comprende que les está dando un mal rato a todos, y como buen revolucionario que es, continúa su camino en firme.

Este hombre tan feo, tan extraño, tiene, sin embargo, una hija estupenda, una Jéssica maravillosa. A bordo del trasatlántico que les trajo a Canarias, la «miss» se enamoró de un oficial del barco. Al llegar a Canarias se casaron, y en el viaje de vuelta del buque retornaron a Inglaterra. Lazarus se quedó solo en el mundo, con su violín y su barba, aquella barba misma que Arturo Bouchier lucía en «The Merchant of Venice». Mr. Lazarus parece decir-

nos con su barba siempre «Cursed be my tribe if I forgive him!»... Y, sin embargo...

Unos cuantos amigos civilizados hemos acudido a él. Ha sido preciso poner, para guardarlo de la cafrería, un municipal en la puerta de la casa. Los golfos no le perdonan la barba. Los periódicos han protestado levemente. El mismo Lazarus, que no sabe español, se ha quejado, y he aquí cómo se ha entablado una pequeña lucha de civilización entre este intelectual y los indígenas de Felipe II.

El mar, frente al hotel, es un mar teatral y espléndido estos días de otoño. Crepúsculo de otro, crepúsculo de grana y de azul infinito. Los cristales del cuarto de Lazarus se tornan violetas, luminosos. La semítica testa del bohemio aparece envuelta por los reflejos del brocado vespéral, pequeñita y silenciosa. Lazarus sonríe, y cuando el crepúsculo se apaga, podemos ver entre las sombras de la alcoba la silueta del artista tocando el violín, con todas las contorsiones y las afectaciones de un violinista navarro. Después Lazarus se pone a escribir un artículo revolucionario. El crepúsculo, el espectáculo divino del mar y del cielo le remueve su conciencia política y artística a la vez. Se deslastra de ésta con el violín, y pone en ejercicio la otra con todo el fuego y el tonante color del horizonte.

En estos días de huelgas inglesas, Mr. Lazarus estaba aguardando el golpe definitivo. Su barbilla de mercader de joyas temblaba de codicia, y cada día, cada minuto, miraba su baúl y su maleta. Una palabra, para cerrarlos y acudir a Inglaterra. Y mientras el cuerpo chiquitito, la figura fatal, caminaba sigilosa, a saltos, por las calles, como esquivando el compromiso del préstamo o meditando sobre los tres mil ducados («three thousand ducats») de Bosiano, el mercader.

Los golfos, por instinto, le apedrean; él se guarda las piedras como recuerdo de otra pequeña revolución. Se lleva las piedras, pedacitos recónditos del alma de un pueblo español, hidalgo, caballeresco y ciervista.

Henri Lazarus arroja su dinero, con gran dolor de su barba y de su nariz.

Le hacen una caricatura y la paga; le acompañan al piano para que toque su violín y lo paga también. Le piden dinero para caridad, y extiende un cheque terrible. Parece como que se venga de su facha, que acuchilla a su facha y la quiere aplastar con un montón de tres mil ducados, borrando para siempre la negra leyenda que acusa su faz. Corre por la playa como un niño, se ríe como un niño y su alma entera parece un juguete magnífico que a todos quiere ofrecer, aunque se lo pierdan y lo rompan.

Cuando toca el violín tan mal le dan a uno ganas de que lo toque bien, y hacemos como un esfuerzo sentimental para que lo toque bien, y por nuestra propia voluntad llega al fin a tocarlo de este modo. Y su figurilla grotesca, de estampa maldita, crece y se pierde entre los oros del ocaso. El judío errante es más humano que el obispo católico y que el hombre del asilo, el que sostiene un asilo con los pobres que hizo antes.

Pero todo esto espiritual del inglés es algo oculto, íntimo. La gente idiota de la ciudad continúa riéndose de mister Lazarus, sin saber que es artista, que es revolucionario, generoso y ex judío. La sencilla vida que este hombre ha querido hacer en este lugar apartado y hotentótico del mundo se la han tornado de luchas los indígenas. Mas él no pierde su aparente humor británico y como odiando su faz y su nombre, coge un diccionario «Pal-las», y nos escribe una carta en ese español que no sabe. Una carta inglesa, donde no aparecen sus ojos ni su

barba, una carta donde está él afeitado, alto, con un claro traje gris y unos zapatos que suenan, cuando caminan, con ese unánime sonido inglés, tan universal:

«Señor Alonso Quesada.

Muy señor mío: He leído su artículo de hoy sobre la condición, escándalo y descuidado de las calles de esta ciudad. He aún escrito a la jefe de Policía, pero esa gente ni ha contestado a mi carta ni ha enviado policía aguardar estas calles, que restan verdaderamente infiernos de ruido, donde los pilluelos solos son reyes. Otro día he visto un señor que se bagnaba e vendría de la mar, cuando un gran perro le atacó. Fueron muchos —no diciero hombres, pero— creaturas masculinas sobre la playa y no algún de ellos ofreció asistirle. Viejo que soy, corrió a ayudarle, e con mi bastón atacado el perro hasta el señor pudo salvar. No era un policía visible, ni a esta hora ni para todo el tiempo que he restado en la playa. El ruido aquí es bastante para hacer loco —digamos un jefe de policía y todo su guarnición.

«He viajado en muchos paisajes del mundo, pero un tal descuidado que se halle aquí no he nada hallado en ninguno.

«Si ero residente, yo rehusero pagar uno céntimo de contribución de policía hasta las Cortes puede determinar que son los obligaciones de ellos y de su q. b. m. s., Henri Lazarus.»

Gran Canaria, octubre, 1919 [30-X-1919]

LA DAMA DEL MAR

La playa, esta tarde de noviembre, por primera vez después de la guerra, está sola. En los pasados días de la guerra, cuando ya el invierno se acercaba y la gente vestida de blanco se partía a la ciudad, la playa quedaba sembrada de alemanes tristes. Hoy, sin alemanes y sin gente vestida de blanco, la playa espera más tranquila el mar de la noche que la cubre de luna y de llamas de plata. Nadie queda. Miramos a un lado, al otro lado: la llanura infinita del mar. Y el espíritu se inquieta y vuelve a mirar de nuevo. ¿Qué hay de extraño esta tarde en el mar y en la playa? ¿Es posible que esto sea el sentimiento de una pequeña nostalgia de nuestros traidores amigos los alemanes? ¿Por qué esta soledad de la playa atlántica tiene una nueva, una desconocida melancolía hoy?

Y a esta hora, cuando el silencio es sólo espíritu y el recuerdo de todos los momentos del día se esparce como un débil rumor de corazón, aparece en la playa la sombra gris y oro de una mujer hermosa.

Sale del hotel; camina lentamente hacia la orilla. Ante unas peñas de la orilla se detiene, cruzando los brazos y lanzando sobre el espacio del mar una larga mirada azul. Los cabellos dorados se destacan resplandeciendo más por la luz del ocaso que se quiebra en ellos y que envuelve a la figura, alta, delgada y sutil. Una aparición. Parece que surge de la orilla. Es una sombra que suspira en la playa. Es la «dama del mar» de los lejanos fiordos escandinavos.

Ahora han establecido una casa noruega en el puerto. Los noruegos traen sus maderas y sus barcos desmantelados y fríos. Estos barcos que parecen congelados, como

torcidos de frío y de niebla, húmedos y herrumbrosos. Barcos que pasan desapercibidos como pordioseros entre estos otros barcos ingleses e italianos, brillantes, limpios, confortables. Los barcos noruegos de los acordeones a media noche, donde se ven brillar unos ojos azules en la sombra de los mástiles, unos ojos que brillan como los de los gatos, y se oye una voz remota, más remota cada vez que se acerca.

La casa noruega ha traído sus maderas y sus balones de papel y un jefe noruego, un extraño noruego de Ibsen que siempre aparece ante nosotros cuando vamos a su oficina como en un primer acto de Ibsen para que pensemos a pesar de su vulgaridad: «Este debe ser el protagonista, el símbolo de este nombre que tiene una K y una D sin sentido...».

Este noruego del papel y las maderas que nadie puede descifrar todavía nos hace pensar. ¿Es un raro constructor...? ¿Ha llamado la juventud a las puertas de este hombre...? ¿Puede ser algo más que un simple jefe...? ¿Habrà un drama en este jefe, en este constructor...? Y esta ligera pregunta latina nos hace temblar... ¿Qué nos trae este noruego ibseniano del papel y las maderas...?

Este noruego nos trae una mujer. Una muñeca exótica y admirable, con los cabellos de lino, los ojos grises y las manos largas. La dama del mar que está esta tarde en la playa. Una mujer que espera y que suspira ante un mar nuevo y desconocido sin fiordos y sin auroras boreales... ¿Y esta mujer es otro drama...?

Camina lentamente, se acerca a la orilla y en la concha de sus manos trae agua del mar y moja sus labios. Torna a caminar. El horizonte se oscurece. Un reflejo débil de luna que viene del otro lado del mar la hace volver la cabeza para buscar un nuevo camino de luz. Las montañas negras, recortadas en el cielo, atraen los ojos y los ojos

de la mujer se van a la montaña. Y entonces sólo cruza por el silencio de la tarde la mirada azul que va y viene del horizonte a la montaña, de la montaña al mar y del mar al cielo...

Lentamente también, el noruego sale del hotel y viene a la playa.

La mujer no le siente llegar. Cerca, los brazos del hombre la sujetan. Ella se vuelve y en un enérgico gesto de desdén se aparta. El noruego, con los brazos extendidos, sorprendido y angustiado contempla la leve figura femenina que se aleja y se tiende, lejos, sobre la arena húmeda...

La noche surge del mar. La luna empieza a subir su camino creciente. La larga silueta de la mujer, ondulada y sugestiva, se cubre de luna y el noruego la mira silencioso, sin atreverse a volver, como ante el mayor de los prodigios...

Un minuto de pausa. El noruego la quiere llamar. ¿Es el drama que termina...? La voz del hombre dice un nombre que no oímos, que no podremos oír nunca aquí... ¿Cristina? ¿Hedda? ¿Ela? ¿Nora?...

La mujer no responde. Suspira hacia el mar...

Es una sirena.

[2-XI-1919

Desde Canarias

EN EL CIELO DE BUDHA

Dialdas, el indio inglés de las sedas y los puñales damasquinados y los cofres de sándalo y la pólvora de

marfil, nuestro amigo Dialdas, nos ha puesto en un compromiso terrible. Se ha muerto, y sus compañeros han querido quemar su cadáver y apagar las llamas después, arrojándolo al mar. ¿Cómo ha podido morir este hombre en una tierra de clérigos españoles que han podido condenarlo al infierno sin tener en cuenta para nada su «atman» respetable? ¿Alcanzaría Dialdas las dulcísimas riberas del Nirvana, a pesar del posible anatema de estos curiánganos? ¿Iría ahora el indio amigo transportado por la gran nave del Mahayana, al puerto seguro de sus supersticiones, aunque los jesuitas hubiesen pronunciado un discurso de oposición en sus pulpitos?

Dialdas se ha librado de la tiranía de su yo. Todo era miseria en el mundo de Samsara, en este mundo de elefantes de ébano, de chales de seda y de plegaderas de marfil. Dialdas ya no puede esperar el «Hollandia», que le traía las holandesas rubias y rojas que compraban sus chales y sus tapices. Dialdas ha encontrado al fin la deseada paz. Pero no ha sido posible quemarlo ni arrojarlo al mar. Dialdas está enterrado en un nicho europeo, que no huele a sándalo, sino a tierra húmeda y cristiana. Hay, sin embargo, junto a ese nicho, relegado en un rincón del cementerio, un hombre terrible y justiciero que lo guarda; los compañeros de Dialdas lo llaman yamaraja y nosotros capellán. Dialdas no ha podido tener rezos de este capellán; quizás, a pesar de haber muerto casi católico, sólo maldiciones. Traía como pecado máximo, inlavable, un oriental aroma de voluptuosidades y aunque fue envuelto en sedas blancas, puras y transparentes, Dialdas no se podrá sentar a la diestra del Dios padre romano. Lejos, al otro lado del mar, estaba el verdadero templo de Maha Bodhi, Diadas lo vio en su sueño de muerte cobijar a Maha-Kasyapa y sonreía esperando en su libertadora cremación. Volaría. El alma renacería de las cenizas terrestres y sería como un dilatado aroma de sándalo sobre el mar, que se dispara entre las estrellas de plata.

Pero a Dialdas no le ha valido el prestigio de sus biom-bos de laca ni de sus cofres marfilinos. Todos los amuletos de su vitrina no fueron bastantes para librarle del cerco cristiano y Dialdas ha tenido que morir-se como un vulgar tendero de la ínsula y ser metido en un ataúd civilizado de madera de pino forrado en crespón.

Hoy, su tienda está cerrada. Las señoritas que salen de misa no han podido hacerle la visita cotidiana. Y el «Hollandia», que entraba en el puerto cuando el alma de Dialdas hacía equilibrios en las riberas del otro mundo, no podrá llevarse hoy las bolsas de damasco y los collares de cristal azul. Un diminuto frasco de legítimo perfume de rosas, aroma destapado, la tienda de Dialdas es el recuerdo del indio amable que bajo un sol distinto y ante una sensualidad ordinaria supo sostener íntegro su voluptuoso espíritu de harem. Oro, seda y marfil. Los budhas de bronce, los elefantes de ébano y los dragones de plata oxidada le dicen adiós, pero Dialdas no se entera por culpa de estos clérigos intransigentes que le han tapado los ojos con un absurdo cajón de madera, estrecho, que no huele a nada, que sólo huele a novenas y a faldas de viejas devotas.

¡Pobre Dialdas! ¿Cómo pudo conservar entero su cielo en esta tierra lejana, en esta tierra española de frailes y de empleados de Hacienda que no saben oler las rosas ni engarzar las perlas...?

Dialdas se murió de la siguiente manera: Un día, des-atando unos tules sintió un dolor agudo en el vientre. No se le notó la palidez en el rostro porque el rostro sólo tenía un color inmutable, pero los ojos se le cerraron súbitamente y arrojando los tules al suelo lanzó en bengalí una palabra terriblemente fea. Tenía ante el mostrador una inglesa rubia y fina como las figuras de su escaparate; pero no se pudo contener. La inglesa, por otro lado, entendió la palabra porque era hija de un general que

servió en Calcuta. ¿Qué tenía, pues, Dialdas? Y la inglesa gritó. Dialdas se revolvía en el suelo, sobre sus chales, apretándose el vientre. Del suelo lo levantaron y lo metieron en la cama de un hospital lleno de monjas memas. Unos días después se moría de una peritonitis española. Al llegar al hospital empezó el conflicto. Dialdas se preparó para su paraíso y el cura del hospital le quería cambiar la ruta hacia el paraíso de enfrente. Entre los dos paraísos, aquel del Budha que los compañeros le mostraban en una estampa chillona, donde se veía al dios indio rodeado de espléndidas matronas semidesnudas y aquel otro Dios de las barbas luengas y los angelitos de las trompetas, se pasó Dialdas su espantosa agonía. Sus ojos acariciaban las carnes fragantes, huyendo de las longevas barbas hebreas. «Este es tu sitio», le decían los indios. «Aquí es donde vas a vivir después.» «Piensa si es delicia. Aquí las inglesas no tienen lentes ni impermeables. Bajo los árboles frondosos se goza el más intenso aroma de eternidad sabrosa.» Y Dialdas, claro, se quería ir con aquellas mujeres voluptuosas que se le ofrecían tan generosamente. Pero, para que no pudiera ser sorprendido después, si había sido malo y no se cuidó el alma, los compañeros le enseñaban otra estampa: el mismo Dios clavando los dedos crueles en las entrañas de una criatura muerta. «Si no te salvas, Dialdas, te abrirán el vientre como a este socio se lo están abriendo.» Dialdas, que ya sentía los garfios sobre el vientre, los dolores de su peritonitis, respondía. «No, no. Yo quiero aquellas mocitas rosadas. Traédmelas.» Y se las volvían a traer, mientras el capellán del hospital le restregaba las narices con un escapulario y le cantaba unos cantos funerarios, bautizándolo a la fuerza.

Y Dialdas, se moría, con Budha ante sus ojos espantados y Jehová montado en sus narices.

Dialdas cerró los ojos y sintióse de pronto en el Nirvana, pero la cabeza se le llenó de un rocío sutil y un

golpe brusco lo lanzó por los aires, transportándolo cerca de un viejo de barbas blancas, que tenía en las manos unas llaves enormes. Cuando iba a seguir al viejo que lo llamaba, abrió otra vez los ojos en la tierra y hallóse entre sus indios, que le mostraban el paraíso de las mujeres desnudas. «Este —gritó—. Este es el que quiero.»

Y cuando ya no le quedó sino un grano de vida, oyó, al partir para los otros mundos, una voz cavernosa que le despedía, diciéndole con solemnidad: «Has muerto como un santo varón».

Y en tanto los desolados indios envolvían con sedas el cuerpo de Daldas y el capellán lo alumbraba con unos cirios severos, Daldas bogaba por el mar de la otra vida, sin saber a dónde lo llevaba la barca sagrada.

¿Estará, efectivamente, en el Nirvana, adquiriendo la dulce verdad de la existencia o estará en el cielo católico dándose un paseito gentil con el padre Coloma...?

Junio de 1920 [27-VI-1920]

Desde Canarias

LOS HONGOS DEL JAPON

En la bahía del puerto atlántico hay fondeado un buque fantasma. No tiene mástiles negros, ni velas de sangre, pero es un buque fantasma. No se le puede ver, no se sabe cuál es el determinado sitio donde hundió el ancla. Acaso esté escondido detrás de otros barcos atiborrados de clérigos españoles y argentinos que utiliza el señor Comillas para intercambiar la estupidez hispano-

americana y batir el récord de las misas flotantes. El buque fantasma, indudablemente, es un buque terrible. Desde la misma punta del espigón han escudriñado nuestros ojos todos los rincones de la bahía, y han visto: un barco noruego, con un acordeón abandonado sobre un montón de lonas; hombres claros, azules, de carne de cerámica; un barco inglés, trajes de una sola pieza, de mecánicos sucios, y unos cuellos abiertos, rojos y lisos, surgiendo de unos pechos de mujeres hombrunas... Un barco italiano, con una cubierta de después del rancho. Estos barcos que tienen el rastro perenne de unas comidas desagradables de pastas para sopa que se han servido sobre la cubierta, que se acaban de servir siempre que las vemos, con huellas de migas de pan y unos zapatos engrasados abandonados a la puerta de un camarote profundo... Un barco holandés, brillante y polícromo, con esa endurecida brillantez de los quesos flamencos, y unos marineros intensamente rubios, de un rubio luminoso que hace esfuerzos por sostener la luz, y que al atardecer parece que el sol no se refleja sobre ellos, sino que sale de ellos... Unos ligeros bergantines de Mallorca, otros veleros insulares que van a la costa africana en busca de un pescado salado y ruin, que llaman salpreso. Y un barco español que viene de Fernando Poo con clérigos flacos y empleados flacos, ardidos de fiebre, y unas negritas millonarias bautizadas con agua bendita y unos sombreros pintorescos como aquellos que en el verano madrileño se suelen ver por las tardes en el antiguo café y botillería de Pombo... Y en el horizonte, una gaviota que se va, y junto al malecón las falúas alineadas y las gabarras de las casas inglesas...

Pero el buque fantasma no se ve. Y hay, sin duda, un buque que no se ve en la bahía. ¿Pues de dónde salen, entonces, estos cientos de japonesitos que suben las escalerillas del muelle, medio asombrados de no encontrar un hongo como el que ellos llevan puesto, con primitiva elegancia europea...?

Estos japoneses salen de ese barco misterioso que hace muchos días que está fondeado, sin que se le pueda dar ni carbón ni víveres, porque nadie lo ha visto y nadie cree en él. Los japoneses, indudablemente, se alimentan de sus hongos; de aquellos hongos, las virtudes de prestidigitadores que estos japoneses deben poseer, sacan su yantar cotidiano. El hongo tiene este antiguo prestigio. Nosotros hemos visto sacar de un hongo serpentinatas, palomas, platos vacíos, sortijas, pañuelos de seda. Un ilusionista italiano, el caballero Wetryk, sacaba un niño de pecho. ¿Cómo no han de poder sacar, pues, de sus hongos, su propia comida los japoneses?

Desfilan por el muelle. Alineados militarmente, parecen un solo japonés visto al través de un prisma que le triplica, o con los ojos torcidos, como hacen los niños para ver dos cosas de una sola. El hongo es el mismo, un hongo de donde sale otro hongo, y de este hongo un tercero. Un juguete de cajitas de cartón, donde se meten unas dentro de otras, hasta llegar a la más pequeña en la que no puede caber ya sino una ilusión infantil...

Los japoneses buscan un carruaje. No hay carruajes para que todos quepan. ¿Qué hacer? ¿Serán los hongos el importuno lastre? Y tornan los ojos a la mar. Por un momento parece que van a arrojar los hongos, que no se perderán, que quedarán flotando sobre el agua como los nenúfares de Oriente. Flores negras, misteriosas y sagradas, que poseen un símbolo o el secreto prodigioso de una fatalidad o de una esperanza.

Pero los nipones no pueden desprenderse de sus hongos. Es como si los tuvieran engrudados en el cráneo y al intentar descubrirse hubieran de arrancar con ellos el pelo y el cuero de la cabeza. Los vemos erizarse, encogerse, tirando desesperadamente por aquellos hongos que tienen sobre sus achatadas testas una poderosa y violenta fuerza de civilización europea.

Avanzan, sin embargo. Hay que entrar en la ciudad nueva con los hongos puestos. Una tartana se acerca. Los japoneses no saben ninguna palabra fácil. Todas aquellas que pronuncian son difíciles. No se oyen; es como si sonaran turbias debajo de los hongos... El tartanero abre la portezuela y los va empujando. La tartana, corriendo después, es una canasta de setas venenosas que va a un mercado fantástico y maldito.

La luz de las calles coloniales, esta luz azul de jabón inglés en barras, claras, fregadas, se oscurece al pasar la canasta de los hongos. Es una nube negra. El sol se apaga. ¿Cómo es posible que estos hombres del sol más antiguo y más ilustre traigan esta turbieza agorera y crucen por el sol sin recuerdos ni sensaciones?

Un chiquillo indígena grita y los señala con un dedo: ¡Eeeh!... Los japoneses oscilan sus hongos, y miran asombrados unas casas duras, de cemento, con unos balcones de pesadez catalana. Es un remedo plebeyo de las casas pseudo-yankees, ventanas estrechas, columnas injustas. ¡Oh, las casitas pequeñas de madera olorosa, las ventanas rectas y graciosas como los ojos!... Los japoneses tiemblan. Luego ven un paseo con palmeras, donde se pasean unas señoritas y unos tenientes, y un cura ventrudo parla con un inglés, y un alemán lleva unos paquetes enormes y un sombrero de paja extraplano. Y más allá, un señor de barba sedosa, correcto, limpio —nota de color— que los japoneses miran sin comprender su importancia local. Es un delegado de Hacienda. Los hongos desfilan ante este delegado, sin que nada se estremezca. Y el delegado comprende lo difícil que es traspasar las fronteras, el esfuerzo enorme que necesita hacer el hombre para tener una celebridad que avance hasta el Japón.

Los japoneses se apean al fin. Y en medio de la calle se preguntan confusos: —¿De qué nos sirven estos hongos europeos en una población civilizada? ¿Es que ya no exis-

ten los hongos? ¿Son hoy más anacrónicos que un kimono y una coleta celeste?...

¡Aquellos dulces hijos de la sagrada Miako habían creído que el hongo de fieltro podía servirles de baedeker espiritual!...

[10-7-1920]

Desde Canarias

UN GOBIERNO ESPAÑOL VISTO A TRAVES DEL ATLANTICO

Claro está, querido lector catalán, que los que vemos ese Gobierno desde el desafortunado lugar que nos tocó en suerte somos unas cuantas personas inteligentes. Los demás, si no lo hallan conforme, no les importa gran cosa. Nosotros, ahitos de él, nos aprovechamos de los barcos extranjeros que pasan y se detienen, y nos vamos haciendo una dignidad forastera y un alma lejana. Por otro lado, de la isla, esos Gobiernos gelatinosos jamás se ocuparon si no fue para el particular bien de algún diputado inclusero o para equilibrar la deshabitada personalidad de algún rábula pedante que soñara con un ministerio de Madrid: ese café oficial que tiene una calle de Alcalá y una Puerta del Sol delante de cada tintero, y un perenne colmo en la punta de la pluma: el colmo de todas las cosas atrabiliarias y troglodíticas.

Nosotros no podemos ver ese Gobierno sino dentro de un acuario. Para el insular capacitado, que a fuerza de contemplar ingleses sin gracia andaluza y noruegos de dramas ibsenianos, ha logrado nutrirse de algo más científico que las novelas del señor León y las comedias del señor Muñoz Seca, un Gobierno español es como una familia de peces de colores raros, de los cuales, saltando

por encima del refrán clásico, no hay que reírse. Pues la risa es también una cosa demasiado egregia y tiene cierto aire de distinción extranjera, como el traje inglés, el zapato americano y los paraísos franceses. Pasa la película, pues, sin interesarnos ni conmovernos... De vez en cuando, un viajante de granos de Sevilla, como un rayo de sol desacreditado, nos siembra un chiste en la fonda, en esa trágica fonda española llena de gritos, de comisionistas y de curas castrenses y de un profesor de Instituto, del eterno profesor de Instituto que se ha pasado la vida sorprendiendo adolescentes con aquellos versos de «Viva Bustos, contra mi Rey por mi gusto, viva Bustos, Bustos muera».

Generalmente, el espíritu local está caído, sin gracia, como una camisa que se sale por debajo de la chaqueta. El insulario se rasca la testa con pesadumbre neurótica, y el huacal de plátanos anda por las calles distraído como un voto, cuando no hay elecciones. Saltan las mujeres que llegan de América, unas mujeres de una amplitud sensual maravillosa, de una serenidad sin gobierno español, con unos senos donde nada pueden los gobiernos españoles; pero el insulario no atiende mucho ese aire extranjero, aunque lo siente acariciar su rostro con una dulzura exótica y liberal.

¡Pero, nosotros...! Un holandés trae en la mano un queso lógico, un queso que no se podrá envolver nunca con el «A B C», y un suizo atraviesa la ciudad perfectamente condensado, con una seriedad tan sana, que no es posible recordar una Real orden del señor Dato.

El muelle, al llegar el «Limburia» u otro trasatlántico sin clérigos de Comillas, se llena de Europa, es como si Europa misma se cortara en muchos pedazos y nos la vinieran a sembrar sobre estos arenales africanos. No hay un hombre que se parezca de casualidad al señor Luca de Tena, ni una mujer que tenga semejanza con Pastora Imperio. Ningún hombre de aquellos presiente a la marquesa de La Laguna, y posiblemente creará más en

Dios que en Maura. El empleado de Hacienda, sin embargo, colocado silenciosamente en el muelle, se esfuerza por hacerles sentir de un modo benaventiano, pero el extranjero coge una naranja dorada y la acaricia bajo el sol, con una tan civilizada intensidad, que la naranja parece como que se descascara sola por virtud de un encantador prodigio.

Es una gente que se ha quitado de encima las crónicas de los viejos maestros del periodismo, de esos viejos maestros del periodismo viejo, viejos ayer y siempre, con una vejez de planeta apagado, que son más tarde ministros para que la gente recuerde la vejez de su Prensa. Como si dijera: «¿No conocéis este ministro? Es el viejo maestro.» Y ponen la vieja maestría en el cargo, y así y todo tendrá la polilla de las casas veraniegas que se abren en julio, después de un largo encierro desolado. Pasa esta gente abriéndonos las ventanas de la isla, abriéndolas de par en par, y la isla es la casa de retiro rodeada de árboles y de mar, donde se reposa uno de la estupidez cotidiana, y donde se hace el recuerdo ciudadano de una lejanía tan rápida como la muerte. El señor Dato, el señor Bergamín —pongamos también al vizconde de Eza— no pueden existir dentro de estos barcos que tienen un estanque enorme para nadar y viaja en ellos un millonario joven que es todo un Estado, un Estado particular y admirable; y las mujeres bajan por las escalas con una precisión científica, conociendo la importancia de una escala de barcos, y el capitán es un jefe extraordinario que no fracasa nunca, porque ha bebido la leche nutritiva de unas vacas que pastan en prados sin Real orden, y conoce las fronteras del mundo libre. Hombres con dos piernas firmes, sin nostalgias románticas o fatalistas en el coxis, bien limado, pulido como el marfil; donde no hay ni la más remota huella del trunco. Sobre el mar eterno y luminoso, cruzan estos caminantes que tomarían asombrados al títere taurómaco por una solitaria desnutrida, y el mar nos los trae para bien de nuestra aspiración

nobilísima y nos los lleva para devolvérmolos después con otras caras, con otros ojos y con una nueva profusidad de almas abiertas.

Estamos de espaldas a los gobiernos españoles. Desde el Atlántico, una persona inteligente, no logra ver al Gobierno español sino al través de la piscina del mar.

No podemos tomar en serio el genio datista: las escalerillas del muelle las ocupa un yanqui que tiene la miniatura de un rascacielo en la pupila: sobre el muelle, un noruego de gafas, uno de esos noruegos que hemos visto abrir las puertas de sus oficinas con tanta energía en los dramas de Ibsen —Rosmer quizá, acaso Solness—, pasea serenamente con el mundo dentro de su alma, con la huella sutil del borde planetario en los dedos, que han acariciado todas las curvas terrestres, mientras el Pensamiento, cobijado en un rincón de Melbourne o en un divino sillón del Waldfor-Astoria, piensa infantil en este muelle, sobre el que está ahora, sin asombro, malgastando una civilización tan necesaria.

En tanto un Gobierno español dicta órdenes para que los periódicos cuesten más dinero y la cultura mengüe, y así garantizar a perpetuidad mayores votos, y grava con diez céntimos lo mismo una caja de cerillas que un automóvil, nosotros vamos desentrañando el mundo de los torsos sajones y de los ojos de las mujeres rubias que saben amar tan dulcemente y escribir después, ligeras, en la Remington austera; antiguas y modernas, con una antigüedad tan actual en los labios que las hace eternas.

Las sirenas llaman, las anclas se hunden, las cabezas doradas surgen en las falúas... El mar está alegre, con una alegría civil, estrepitosa y útil. ¡Poesía del tráfico europeo! ¡La América entera que se vuelca en el viejo continente! Un grito de coloso sobre todos los mares y unos ojos profundos de acero que otean desde el Pacífico al Atlántico. Palabras justas, pensamientos firmes, ruido fabril lejano, que es un constante eco en la bahía. ¡Civilización!

La isla es el reposo de la agitadora jornada, el mesón solitario del camino. ¿Qué podemos ver nosotros, los hombres atlánticos inteligentes, mirando siempre el horizonte azul por donde llegan esos barcos gigantes, ciudades enteras que se apartan de las remotas playas y arriban, con audacia y contento de descubridores? No se puede saber otra cosa.

¿España...? ¡España, sí! El amor sentimental. ¡Pero esos españoles...!

«Pontius, te souvient-il de cet home?

«Pontius Pilatus fronça les sourcils et porta la main a son front, comme quelqu'un qui cherche dans sa memoire. Puis, après quelques instants de silence: —¿Jesús —murmura-t-il, Jesús de Nazaret? Je ne me rapelle pas.»

Canarias, agosto 1920 [29-8-1920]

Desde Canarias

LA IMAGINACION DEL VIAJANTE

Dos señoritas inglesas, dos señoritas de cuarenta años, pasajeras de un vapor de turistas, se internaron una tarde por un lugar de la isla llamado «Las Salinas», al pie de la montaña del puerto. Al anochecer, regresó una solamente. La otra se había quedado bañándose en el mar, era nadadora, una campeona magnífica.

La compañera aguardó en un merendero de la playa, contando proezas de la bañista, y al ver que las horas corrían sin que la bañista apareciera se torna a bordo porque el vapor zarpaba la misma noche.

Más tarde, con el amanecer, volvieron otros pasajeros en busca de la perdida. Cruzaron la obscura vereda con

una linterna, rebuscaron entre las peñas al borde del mar, entre las matas de la montaña. La nadadora no aparecía. Y como fue demasiado el tiempo de la busca y el barco no podía aguardar más, dejaron el humano deseo de hallarla y volviéronse todos tan tranquilos a su vapor. No podía ocurrir nada. Desesperarse es cosa propia de razas decadentes. La señorita nadadora, por otro lado, excesivamente excéntrica, pudo muy bien ocurrírsele regresar a nado a Inglaterra. ¡Y llegaría! Era un primer premio de natación en Londres.

Pero como este silencioso espectáculo de la busca lo presenciaron algunos españoles, la inquietud folletinesca tomó asiento en el alma popular. Y un viajante catalán, un viajero inefable, inventó un crimen.

Nosotros, por nuestro natural áspero, laborioso, valiente y un poco tenaz, tenemos una profunda admiración por toda Cataluña. Desde el idioma hasta otras cosas que no podemos decir claramente. Pero hay tres cosas catalanas que siempre nos dejan estupefactos: el perfume, que tiene a toda hora un olor barato; los densos balcones de las casas modernas, y el viajante. Ese viajante que tiene una imaginación de punto y una espiritualidad de pana. El amable lector catalán, para quien guardo yo por muchas cosas todos mis respetos, sabrá disimular la brusca sinceridad con que he decidido portarme este día. Sigamos. Un comisionista catalán ha inventado un crimen desde el merendero. El comisionista se llama Norbillat.

Norbillat ha dicho: «La inglesa que regresó es una asesina. Hay una razón de celos. Estas dos mujeres, si como dicen eran tan amigas, debieron amar a un mismo hombre. Y una, la más osada, la más valerosa, trajo engañada a la otra. Ya sabemos que estas inglesas son unas extravagantes y no es extraño que se les ocurriera irse a bañar a un lugar donde no se baña nadie. Pues bien. Fueron, y la más fuerte aprovechó la soledad del mar y

de las rocas para degollar a su amiga. Luego la empujó hacia el mar y ya verán ustedes como mañana el mar la arrojará a la playa. Ya verán ustedes.»

Y el señor Norbillat calló y contempló a su auditorio. Pero el auditorio no podía creer en este crimen. Y objetó a Norbillat. Y entonces Norbillat, siempre sin perder el ambiente trágico de su relación, hizo otra más probable:

«O bien se bañaron juntas y una se hizo la inexperta en el agua y mientras la otra quería salvarla la fue hundiendo en el mar para que nadie pudiera pensar en degüello alguno. Ya sabemos que la inglesa dijo aquí hace un momento que al advertir a su amiga que era tarde para bañarse, la amiga insistió tenaz y ella entonces volvióse a la playa a esperarla. No hay duda de que se trata de un crimen. Yo creo que es un crimen concebido en pleno Londres y venido a ejecutar —para mayor seguridad de justicia— en España. Hay un crimen. Pero no se hallará la pista. En Barcelona —añadió Norbillat— se hubiera descubierto el asesino en seguida.»

Pero nada pudo saberse aquella noche a pesar de las sospechas de Norbillat. A la siguiente mañana la pobre inglesa fue hallada muerta en la playa de «Las Salinas». Vestida de baño y apretándose las sienes con una media revuelta. ¿Fue un crimen? Norbillat volvió al merendero apenas tuvo noticias del hallazgo. «¿Tenía yo razón?» Y al saber lo de la media, su irreflexivo espíritu de viajante se conmovió. Corrió a «Las Salinas», y ante el cadáver ya cubierto con mantas estuvo acariciando entre el pulgar y el índice de su mano derecha el tejido de la media macabra.

¡Era un crimen! Norbillat propagó su teoría con la reiteración genuina de su oficio. Y el pueblo entero, que tiene una imaginación rudimentaria, amplió la teoría del catalán dichoso. Era un crimen terrible. Degollada tres

veces. La inglesa era rica, además. Los anillos —diez anillos de diamantes, uno en cada dedo—, habían desaparecido; el collar —un collar de perlas de Oriente— no apareció tampoco. Las medias eran, según Norbillat, de hilo de Escocia, y según el pueblo después, de seda de la China.

La otra inglesa fue una criminal empedernida. Era preciso telegrafiar a la Madera para que la detuvieran allí. Expectación de una semana. Norbillat proponía el relato de su invento con la terca porfía con que vende sus kakis de lana. ¡Y las inglesas eran unas pobres pasajeras de segunda clase con unas tristes figuras de misses Harriets lamentables!

Han pasado los días. Y la inglesa viva está encerrada en un calabozo. La muerta se baña ahora en el sereno Aqueronte, sin esperanza de campeonato. Y en la playa de «Las Salinas» ha quedado el recuerdo de una vieja mujer desnuda que intenta contener la hemorragia de un golpe en la frente con una media de algodón. ¡Aquella hemorragia que la hizo vaciar y hundirse en un hoyo, desmayada, para que el mar de la noche la fuera cubriendo de agua y la dejara abierta al subterráneo de la otra vida, sin turismo y sin amistades de litera! Cuando el mar volvió a bajar por la mañana, la pobre inglesa fue el espectáculo frío y curioso de unos salineros aburridos y unos pescadores, después de haber sido llama creadora en la cabeza apetitosa de Norbillat.

Nada ha podido ni podrá saberse del crimen. En realidad, como aquí los crímenes no conmueven mucho, nadie ha dado importancia a los cuarenta años truncados de la inglesa. Sólo Norbillat insiste en su proposición y la defiende con una tenacidad sindicalista.

Este Norbillat es nuestro mejor amigo. La isla es como suya y las primaveras atlánticas son suyas. El las hace,

como la flora impresa del pañuelo de seda, y cuando no trae jabones de afrecho trae calcetines mudéjares. Es todo un hombre. Gordo y barbudo, con una cadena sobre la comba de su vientre, parece que guarda allí su modesta imaginación de viajante. Ha pensado ahora su crimen y se ve en la relación el mismo cañamazo de sus oraciones mercantiles, la pauta de sus alegatos comerciales. Norbillat parece como que ha colocado en toda la plaza la historia de su británico folletín.

Y aunque ya nadie se acuerda de la triste viajera y casi estamos todos conformes en que se murió sola, Norbillat sonríe, como en la posesión de un secreto terrible, y nos dice, solemne:

—A mí nadie me quita de la cabeza que se trata de un crimen.

Y como el crimen nació en su cabeza, y su cabeza es un formidable baúl de muestras, uno de esos baúles de irrompibles cerraduras, nadie le puede quitar a Norbillat de su cabeza el crimen...

[3-IX-1920]

Desde Canarias

LOS NUEVOS RICOS

Hay una numerosa colonia de sirios en este rincón atlántico. Charaf, Naosum, Salim, Zoghbi. Tienen unos alambicados trajes europeos para vestirse y muchos bastones de fantasía, como si fueran varas de nardo milagrosas. Se han casado todos con mozas atlánticas, se han muerto muchos y en el cementerio católico duermen con la paz de sus leyendas y las inscripciones turcas en las

lápidas de mármol. Algunos son bellos, con esa acursilada belleza que les da el bigote pretenciosamente europeo y los zapatos amarillos, de un amarillo escandaloso de mirlo.

Pasan, como sacudiéndose una pesadumbre remota, cobrando cheques y embarcando tabacos de Sierra Leona. Les nacen los hijos con las cabezas en punta, como vitolas, y el color del cedro, y hablan todos más inglés que los ingleses mismos.

Riqueza. Baratijas caras. Los dedos cubiertos de anillos, y limpios, barnizados de limpieza, como queriendo hacer ver que son limpios, que tienen la camisa limpia y los dientes de oro. Algunos, los más poderosos, se han hecho incrustar un diamante en el áureo diente postizo. Se nota que son más ricos de lo que son en realidad. La profusión de bastones es un estrepitoso engaño. Con las piernas enarcadas como dos paréntesis, traen el recuerdo de sus asnos bíblicos que les ayudaron a subir por las veredas del monte sagrado. La humildad silenciosa de ayer se vislumbra todavía entre la rigidez almidonada de la pechera, y aun el bigote refistoleado y derecho tiene la lenta melancolía de haberse contemplado en los espejos del Eufrates. El mar muerto de sus ojos adquiere aquí una forzada viveza y hasta la alegría de caminar, ricos, deja un recóndito rumor religioso. Del bajalato de Damasco llegan y se tornan después de hacendados, al vilayato de Beyrouth, desde donde envían después sus memorias escritas, perfumadas de recuerdos sentimentales, a pesar del tenaz empeño que ponen en ser comerciales, desnudamente financieros.

La colonia de los sirios está envuelta en sedas ideales por cuyos pliegues asoman las cursilerías de los bigotes de ébano y de las babuchas de oro. Los ojos claros tienen también sérica suavidad y los inenarrables bastones, los zapatos mallorquines, la jerga gris inglesa, inútilmente se

empeñan en ocultarles el viejo origen. Las dos piernas largas y sarmentosas se mueven entre los pantalones rectos evocando la deliciosa anchura de los hábitos primitivos. Se untan de tabaco africano pero huelen siempre a cedro, y en la aparatosa actividad mercantil de sus negocios, los brazos se detienen de pronto en evocadora laxitud oriental.

Han empuñado los bastones como puñales, y estos automóviles Ford que ahora acaban de comprar, seguramente no correrán tanto como el dromedario amigo de los días sin fausto.

¡Pobres sirios ricos! La infantilidad de sus riquezas coloniales no podrá tener nunca la magnitud reposada de las riquezas viejas. Un automóvil los llevará más pronto. ¿Pero no es que ellos necesitan una sagrada lentitud ante el camino de sus ojos? ¿No es preciso muchos días para tener la esperanza de ver aparecer las cúpulas sagradas...? El Ford quiere ser un camello mecánico y vivo, un camello civilizado, pero los conducirá por desesperados rincones de aridez y de soledad sin prestigio. Yo no sé de qué se habrán emancipado estos hombres, pero tienen una descarada postura de emancipados, de haberse quitado un yugo y de cubrirse de cosas libres, con una exagerada advertencia personal. Están alegres por ser ricos. Más bien parece que están alegres porque sepamos que son ricos, riqueza acumulada de prisa como la vanidad de sus almas, una vanidad de baratija, inofensiva y cómica.

Un sirio en un Ford se nota más que otro hombre vano. El sirio se pone en el asiento y hace una invisible joroba de dromedario en el asiento que sobresalga mucho para montarse después sobre la joroba. Y así, camino de un oriente con edificios de cemento y empleados de correos, van los sirios de la colonia sembrando el humo de su negocio y esperando ansiosos la sacra aparición de una Sublime Arrendataria.

Salim tiene a más de su automóvil un chimpancé de Lagos. Un chimpancé que hace cosas extraordinarias con el bastón de su dueño y los puros de Sierra Leona. También va en el automóvil como un nuevo rico, con los mismos pelos de nuevo rico y el ángulo facial idéntico. Es otro emancipado de los bosques por el dinero magnánimo.

En estos sirios podemos estudiar la asombrada alegría de los recientes potentados europeos. Es una alegría que sale de los ojos y corre desaforada por todo el óvalo de la cara dando vueltas vertiginosas de embriaguez metálica. El chimpancé parece que sabe también algo de ese dinero porque todo lo hace con regocijo humano, como si en el redondo, rosado y grotesco ano que surge del bosque velludo de las nalgas, llevara enrollado un cheque de libras.

Los sirios han venido a darnos una pequeña representación de burgueses adinerados por la guerra. El rincón de la ciudad que los cobija es el escenario de sus comedias de burgueses gentiles hombres, apuntalados de sociabilidad y cortesía de última hora. Nosotros los veíamos a través del recuerdo de sus cedros y ellos pretenden olvidarse queriendo ser más altos y de más eterna duración. La desmembrada vanidad de sus dineros suena al cruzar ellos la ciudad. La pila en los bolsillos les da rumor de coches de colleras o de caravanas alegres. Han querido perder su melancolía y la dulce laxitud de sus almas se intenta despabilar con una lucha colonial inglesa.

¡Mercaderes orientales sin oriente espiritual, no habéis podido quitaros el recuerdo! Sólo el anillo no tiene ya misterio, ni es suerte o fatalidad en la mano morena. El anillo es de platino con montura brillante y se lo puede poner con toda la impunidad de su maquillaje, cualquier cupletista afrancesada.

LA DESPEDIDA DE ROSARIO PINO

Un día, después de un luto largo, uno de esos lutos silenciosos, llenos de olvido y de desencanto, abrimos el viejo armario de nuestra casa, el armario donde las mujeres de la familia guardaban los trajes de antes del luto, donde se guardaban también los de la muerta. Y entre sonrisas tristes y recuerdos afectados van saliendo y aireándose los trajes antiguos y cayendo encajes al suelo, como las hojas secas que marcaron los libros leídos. Trajes de seda magníficos, pero con una antigüedad pueril, sombreros con plumas exquisitas, con aroma de femineidad pasada... Y las mujeres al repasar los trajes y los sombreros dicen: «Hoy han vuelto a usarse estas plumas. Son muy elegantes. ¡Qué lástima que este traje no se pueda restaurar! La seda es moderna.» Y cruzan suavemente las sonrisas y el pequeño desaliento que deja el recuerdo de unas en otras mujeres. ¡Viejas frivolidades que se endurecen como los años femeninos..! ¡Trajes que se tornan solterones dentro del armario..! La memoria de todas estas cosas se desenvuelve con cierta desabridez y no se acierta a recordar claramente si en verdad pudieron aquellos trajes que parecen ridículos tener alguna elegancia extraordinaria.

Así las cosas del arte de Rosario Pino. A la ciudad atlántica, después de una ausencia larga, torna esta graciosa mujer de los ojos verdes, en una y definitiva «tourné» de despedida. Hemos abierto el armario, después del luto, y del armario ha surgido Rosario entre nuestra desconcertada sonrisa amarga y nuestra memoria recelosa. Han caído a nuestros pies los encajes de sus risas y hemos hallado unas mangas bombachas que no tienen arreglo. Nuestro recuerdo ha dicho: «Hoy ha vuelto a usarse Rosario Pino. Es muy femenina y muy elegante. ¡Qué lástima que no se pueda restaurar!»

¡Pobres ojos claros de donde surgieron todas las claras comedias del Lara...! Ojos como de agua y azúcar, que se rebelan contra la vejez de su dueña y entre la voz y la mirada, más solteras cada día, la defienden de los años que ya no quieren ser femeninos, todo lo femeninos que le suplican anhelosas, desde los palcos, esas frustradas Rosarios Pinos que contraen matrimonios ventajosos para sostenerle un eterno abono y guarecerla de todas las posibles despedidas...

Rosario Pino se despide. Siempre, su despedida ha sido una pirueta graciosa, de novia detrás de un balcón, de novia que se hace la enfadada y que sonrío al despedirse. Hace diez años nos tocó una de sus despedidas, pero nosotros vimos que sus ojos tenían una demasiada claridad para que se hiciera noche en su arte. Y hoy vuelve Rosario con los mismos ojos, las mismas comedias y la idéntica risa argentina. Tiene una mocedad luminosa de luna. Y aunque ya nada se puede decir de la luna, es cursi mirarla, tiene Rosario la agradable templanza de la luz lunar, y así como extrañaríamos la desaparición del ex lírico astro, no podríamos hallarnos sin sentir un rumor de Rosario Pino, en las vagas y tristes expectativas de la provincia. Todas las cosas provincianas son un poco Rosario Pino. En los bailes hay una línea general de Rosario Pino, a la salida de misa mayor se observa como una invisible silueta de Rosario Pino de mantilla. Todas las pequeñas lágrimas femeninas tienen el brillo de las de Rosario Pino en «Rosas de Otoño» y la risa de los parques y de las playas llevan la huella imperceptiblemente sonora de Rosario Pino.

Rosario Pino es la provincia española, la digestiva novelada de la provincia española, como escrita por una Fernán Caballero, abrumadora y simpática, a la luz de una lámpara. Se presiente en todas las carnes blancas de las muchachas casaderas, carne hecha por Linares Rivas al través de Rosario Pino; y esa diminuta inquietud de los sombreros y de las cadenas de oro del cuello con una medalla

de la Concepción en esmalte, huelen a polvos de Rosario Pino, a perfumes de Rosario Pino, esos perfumes que se supone que ella usa porque así lo afirmó en un retrato que publicó el perfumista, perfumes que aunque no se han podido oler desde las butacas, se les «ve» el olor porque es del mismo «corte» que la risa y los ojos y las manos y esos versos de «Amores y amoríos» en que hay una rosa que corta un jardinero cruel y deja solo y triste al rosal. Ese rosal es también Rosario Pino.

Cuando Rosario Pino aparece en la provincia, todos los muebles de nuestras casas parece que se tornan muebles del escenario del Lara y las muchachas locales nos descubren un cuello que no podíamos sospechar y que es como un cuello de gala para recibir a Rosario Pino. Las voces se afinan, las piernas se sutilizan, los trajes se desprenden de los cuerpos. Hay en toda la honesta provincia un ligero aleteo de golondrina, un imperceptible tono cursi de abono numeroso. Las ventanas se vuelven palcos y las mujeres asomadas parecen que están viendo a Rosario Pino en todos los momentos. Rosario Pino saca de un guardapelo clásicamente español la juventud de «Lo Cur-si» y se la pone encima, como una salida de teatro. De una tabaquera esmaltada cogen sus dedos los polvos femeninos y eternos de una madre Celestina de guardarropía y se vuelve a reír con su risa de primer acto que pasó hace veinte años, y se ríe en el tercero, después de los otros veinte del segundo y aún le queda risa para un epílogo que sucede veinte años más tarde.

Rosario Pino es como la caja de música antigua que no se ha roto, la caja de música que toca una habanera que de pronto nos parece agradable sin saberlo. Rosario Pino es la poesía de las golondrinas de Bécquer con acompañamiento. Es el pañuelito bordado que se regala; es la paloma impresa de esas apasionadas cartas de amor que debe escribir algún brigada. Es la inevitable mujer que imita a Rosario Pino. Rosario Pino no puede olvidar

nunca a Rosario Pino y ella misma quiere ser cada vez más Rosario Pino.

Todos los decorados de jardín con un camino de enredaderas y esos reducidos gabinetitos que tienen unas cortinas transparentes, en el fondo conservan la huella de Rosario Pino. Un pedacito de voz, un dorado cachito de risa, están sobre todos estos artefactos teatrales. No es posible borrar la risa y apagar la mirada de Rosario Pino en los escenarios de las provincias. Su recuerdo es como un aroma de sedas.

Pasan fuertes cantantes de ópera, cantantes de largos calderones —como del fondo a las candilejas— y cantan las romanzas más agudas delante de estos decorados de jardín y queda la voz prendida como tela de araña en los pintados cielos. Pero cuando el silencio se hace, surge como un chiquillo escondido la risa y las miradas de Rosario Pino.

Una provincia española que tenga familias de magistrados no podrá prescindir de las despedidas de Rosario Pino. Es preciso decir en visita: «La Pino viene ahora de despedida.» Y el siguiente año se repetirán las mismas palabras. Cádiz, Granada, Las Palmas, Córdoba, Jaén, Málaga... tienen siempre la posibilidad de estas despedidas de Rosario Pino. Ella se despide como esas señoras que se detienen en la puerta del piso antes de marcharse y allí se vuelven a despedir, con una despedida que se va repitiendo de escalón en escalón; y las ciudades españolas necesitan sostener estas despedidas para que la vida social no se evapore. Por eso, cuando las despedidas se van borrando poco a poco por el caminito del tiempo, Rosario Pino le vuelve a dar cuerda a su despedida. Y así, como el reloj, anda la despedida de Rosario Pino. Ya se atrasa; a veces lleva una hora hacia atrás, pero se toma en cuenta y sabemos sin esfuerzo que es otra hora más próxima cuando marca la antigua.

¡Ah, que mientras haya una mantilla de madroños y un Viernes Santo en el mundo se estará despidiendo Rosario Pino!

La inmortalidad de don Manuel Linares Rivas depende toda de este elixir maravilloso...

[16-3-1921]

Panorama espiritual de un insulario

SE HA PERDIDO UN MONOCULO

Un inglés llegó de Inglaterra para la costa occidental del Africa. Al pasar por la ciudad afortunada pierde un monóculo. El inglés ha tenido que seguir su viaje con desolación. ¿Pues cómo va a encontrar allá lejos un monóculo? ¿Y cómo va a sentir el paisaje salvaje sin el elegante freno de su monóculo? ¡El monóculo que dulcifica la abrupta visión y le hará llevadera la vida en los amplios y negros desiertos africanos, tornándose los «halles» agradables por la misteriosa virtud de su monóculo! El inglés había vivido siempre ornamentado con su monóculo. Ha sido la figura solitaria de monóculo, esa escueta figura decorativa de los «halles» europeos.

Digamos en honor a las cosas brevemente agradables que no hace mal nunca un señor de monóculo. El monóculo es como un perfume suave, como una etiqueta de limpieza social. En el rincón de un gran comedor inglés es preciso que haya siempre un señor de monóculo. Además se supone uno que las caras de monóculo han de estar por ley ineludible del monóculo, rasuradas y limpias, reflejándose en el espejo de una pechera inútil. (Todas esas pecheras, exclusivamente pecheras, son inútiles.) Yo no sé por qué también los zapatos de charol de un señor

que tiene monóculo crujen con un sonido de faldas de seda; el mismo monóculo sostiene al señor derecho, erguido; y visto de espaldas se le nota el cordón del monóculo, como si fuera el hilo con que está sostenido a esta sociedad tan divertida. El cordón del monóculo —aunque ya no se usaran cordones ni cintas—, el cordón y la cinta del monóculo es lo que lo ata a la sociedad de los «halles» y de los salones y aunque no se llevara un monóculo efectivo hay siempre una predisposición espiritual al monóculo en todos los hombres sinceramente sociables. Es lo que musicaliza el coloquio vano de la sociedad, lo que le da ese lavado aspecto de las cortesías y las vueltas de seda del «smoking».

Todo esto lo ha perdido con su monóculo el inglés viajero.

La casa consignataria del barco ha puesto un anuncio reclamando el monóculo porque este monóculo, además de su mérito simple de monóculo que no se puede encontrar en Sierra Leone, parece que tenía la virtud de estar cercado de concha especial y antigua. Monóculo que venía de otros tiempos y de una familia que no vio nunca del ojo aquel que el monóculo ayudaba a ver tan sutilmente.

Ha sido graciosa la pérdida y hemos sospechado que el monóculo es una cosa viva y pícara que más bien que perdido es escapado, para hacerle al dueño guiños lejanos. Hemos de suponer que este monóculo estaba ahído de esclavitud y que ha querido tumbarse en la playa para tener eternamente sobre su esfericidad pálida un vivo palpitante de colores. El monóculo es un clown improvisado. El monóculo se ha deslizado por el chaleco del desolado viajero, se ha metido por entre las piernas, y escondido detrás del tacón del zapato ha huido después con una velocidad de ardilla. El señor, en el puente del barco, con toda su línea social perdida, contempla los reflejos de los

arenales lejanos y en cada rayito vibrante de arena cree ver la posada de su monóculo ideal.

El señor llegará a Sierra Leone sin amuleto y perderá el recuerdo de su vida anterior. No podrá caminar con la armonía que el cristal de su monóculo le daba en los salones ingleses y hasta no se parecerá al de los retratos porque ese ojo, que en el retrato no se veía sino como una enorme catarata, lo desfigurará del todo y lo hará otro hombre, un verdadero hombre de Sierra Leone, tostado y duro, sin la cristalina suavidad que en medio de las pálidas nieblas de Londres le daba el postín de su monóculo.

Comprendemos que el señor esté desolado. La barba empezará a crecerle y sentirá el picor de los pelos erizándole el alma. El monóculo, la luz del monóculo, no dejaba salir los pelos; el monóculo era como un ídolo de los pelos del rostro, que acataban escondidos la luminosidad del monóculo... ¡Suave monóculo discreto de todas las discreciones! No es posible alzar la voz con un monóculo puesto; no se puede un hombre irritar con un monóculo. La sonrisa de los señores del monóculo es como una sonrisa difuminada entre la luz del cristal redondo, y todos los paisajes de la ciudad se ven acogidos cordialmente en el divino cristal del monóculo. El hombre del monóculo habla con esa tenue voz civilizada, esa voz misteriosa del alma, perfectamente europea que Xenius en una glosa o en un diálogo privado hubo de alabar un día con todas sus exquisitas alabanzas...

¡Pobre señor del monóculo! Ha perdido su alma, ha perdido su sombra luminosa. El no podrá hacer nunca más cortesías, no podrá pulirse las uñas de sus manos, no podrá enseñar el blancor de sus dientes detrás de su sonrisa, no sabrá qué hacer con su ejercitada y elegante mano diestra, no podrá comprar otro monóculo. Porque no le encajarán los demás monóculos, no tendrá ninguno

la sociable costumbre del monóculo perdido. Todos los cristales se romperán, las cintas o los cordones han de tener un hilo viejo y los dos dedos de la mano con que el señor cogía su monóculo habrán perdido, al llegar otro monóculo a Sierra Leone, todo ese polvillo invisible de distinción con que se acariciaba el cristal y no lo empañaba, manteniéndolo siempre mimado y querido.

Yo leí el anuncio de esta pérdida y aunque es posible también que el monóculo se haya roto, pensé que el monóculo pudiera estar, si libró su vida, tomando el té en el «hall» de un hotel británico.

Y lo he buscado allí y no estaba, pero me aventuro a afirmar que estuvo. Había en el «hall» como un rastro luminoso de monóculo, de monóculo que saltó de una puerta, dio vueltas en el aire y salió despedido por una ventana hacia el mar. Estaba la huella, la luz era una luz suplementaria en el «hall», luz que había pasado vertiginosa y simpática con una prodigiosa alegría de libertad.

El barco del señor del monóculo cruza el Atlántico. En la ciudad insular se quedó su monóculo. El barco avanza y el señor del monóculo en la cubierta contempla la inmensa soledad marina con un solo ojo, donde se ve brillar como una hijuela del gran monóculo, una lágrima sutil.

El señor contempla el horizonte y sospecha la desoladora Sierra Leone más allá del horizonte, pero cuando llega la noche y se queda adormecido en la cubierta ve cómo del horizonte surge un monóculo pequeñito que va creciendo, creciendo y se hace sobre su propia cabezaburlada un monóculo desmesurado y brillante, la caricatura descomunal de su propio monóculo perdido: «madame la Lune...».

PIEL DE RUSIA

Hemos estrechado la mano de una cocota rusa. Cosa trascendental para un pobre insulario que sólo ha disfrutado de la vecindad de unas portuguesas morfinómanas o de alguna andaluza con las caderas repletas de madroños. Esta rusa es una señora yodada, como el jarabe de rábano. Una exótica mujer que si no fuera ciertamente rusa merecía serlo, con arreglo a la visión que de antemano tenemos nosotros de las rusas. No hemos visto rusas jamás, pero nos las hemos figurado casi siempre un poco Anas Kareninas.

Una rusa lujosa, con unos ojos de piedras preciosas y una tersa piel morena, exacerbadamente morena en plena ciudad primitiva, daba la sensación de un aeroplano que llega por primera vez al cielo de una ciudad asombrada. La rusa, constelada y envuelta en pieles fabulosas, se plantó en mitad de la ciudad y la ciudad se estremeció con frío de eclipse total de sol. Aquella mujer traía el embriagador olor de una cartera, el clásico olor de todas las carteras de piel de Rusia. Sentimos deseos de sentir acurrucados en ella, todo el tembloroso miedo de una revolución bolchevique.

La rusa se ponía detrás un decorado ideal de fotógrafos de cocotas. Parecía como que estaba al pie de una escalinata de telón de fotografía. Tal de postura en mitad de la calle. Estaba un poco bertinesca, con esa peliculera línea de la Bertini, tan abrumadora y tan vieja de belleza como la propia Bertini. Era una mujer cinematográfica, una mujer para hacer la «Tosca» en película, audaz y cruel. Era una estatua policromada, fría, como un témpano, con esa frialdad de no sentir amor, harta de no sentirlo.

Toda la esplendidez de su figura estaba orgullosamente acumulada bajo sus pieles. Sonaba en silenciosa arrogancia toda su belleza y nos la suponíamos costeadada por un príncipe que no fuera ruso, claro, por un minero americano o por un francés nieto de un realista. La rusa cayó en la ciudad como un ser del otro mundo. Desde luego, acordaron todos los hombres inflamables que no habían visto mujeres hasta entonces.

La noticia circuló un poco estrepitosamente: la rusa era la amiga de un español... ¿Cómo, un español?

En tanto se descubría el secreto del amante, la rusa paseaba en un automóvil... Algunas noches jugaba a la ruleta. Y en el hotel inglés donde se hospedaba, comía sola y tocaba después música de Borodine. Era una mundana regia, sin duda. La reina de todas las mundanas del mundo. Moderna y cosmopolita. Y rusa. Lo más actual.

Un momento llegamos a sospechar si no era amiga de nadie, si sólo vino a la ciudad en busca de los restos mortales de alguna persona amada. Estas mujeres extranjeras que vienen a los países lejanos en busca de restos mortales tienen siempre una belleza misteriosa y una dudosa espiritualidad. No podíamos creer en la voluptuosidad de un paseo genial por un país sucio y polvoriento, como es éste que habito. Era lógico suponer que había un muerto por el cual ella venía, con cierta macabra consideración galante. ¡Y luego, aquella música sombría y trágica, que ejecutaba con unas manos luminosas de diamantes de zarina, hacían sospechar un sentimental secreto en su espíritu...!

Las inglesas medio desnudas del «hall» del hotel estaban aplastadas por el total descote de la rusa, un descote que era como una estepa nevada y magnífica. Y los ojos ingleses de los presumidos managers coloniales se aventuraron a husmear el fino sendero de los senos, senos que

debían tener una blancura caucásica bajo el pérfido yodo artificial. Todo lo llenaba la rusa, como la turbulenta historia de su imperio. Era de una amplitud enorme y su belleza caía como una espada de luz sobre las pobres pretensiones amorosas de los hombres locales.

Seguía sola por la ciudad. El español generoso no aparecía. Debía ser un caballero legendario, uno de esos aristócratas españoles que escriben novelas malas y que la cándida gente cree cultos porque hablan francés y han pasado el verano en un castillo de Escocia. Era un español de esos que tienen las amigas como un cuadro del Greco o un arcón del siglo XVII. La gente insularia conocía a estos aristócratas por haberlos visto salir alguna vez en las comedias del señor Linares Rivas, gran escogedor de psicologías interesantes. ¿Existiría de verdad el español...? La rusa no despegó los labios para decir palabra de su arrendatario misterioso.

Llevaba oro en los dientes y en la bolsa y a ratos mojaba la lengua en unos polvillos blancos que sacaba de un perfumador de diamantes: cocaína. Se embriagaba con cocaína y entonces volaba hacia las estepas del Asia Central, arrullada por los rumores de la música del prodigioso moscovita.

Era un misterio la vulgaridad de aquella mujer. Queríamos buscarle la vulgaridad de su amante. Nada era posible. Toda su apariencia, continuamente de espectáculo, cautivaba, porque los ojos herían con una verde luz ambiciosa y el moreno del yodo escaldaba en el alma. Pero su historia vulgar permanecía en la sombra.

Una noche perdió el tranvía que la llevaba al hotel. Hubimos, unos amigos solitarios de la noche, de ofrecerla un automóvil americano, como podía hacer su amante. Aceptó en un francés grato, sin agudizar, y en el trayecto nos habló de Rusia y del soñador Lenin: «¡Oh, Lenin, es

un hombre chiquito pero todo el mapa de Rusia es su corazón ardiente...!»

Pensamos entonces: ¿La estatua tenía un alma en vez de un querido...? ¿Bajo el yodo, bajo la tersa blancura que el yodo ocultaba, latía un espíritu extraordinario...? ¿Quién podía ser el dueño de aquella mujer infinita?

La volvimos a ver, mas hizo como que no nos conocía. Tornó a su postura de retratada, de artista que reconoce la excelencia de un jabón desde una fotografía retocada.

Y la sombra del español siempre detrás, como un halo imperceptible. ¿Dónde pudo este hombre adquirir con pesetas la carísima mujer? Aprovechando el desastre de los rublos debió recogerla en Berlín o en Viena. Y luego la trajo a España como un tipo de cambio alto. ¿Pero por qué estaba en Canarias...? ¿Cómo no fue a visitar la Alhambra, el Alcázar de Sevilla y la Semana Santa y todas esas cosas que se ven todos los años con un alma de tarjeta postal?

Era un desesperado misterio. Era cosa de alzar los puños y llamar al cielo preguntando...

La rusa caminaba como una luz exótica. Miraba el mar siempre, como esperando al español en un barco holandés...

[30-VI-1921]

Panorama espiritual de un insulario

UNA HISTORIA BREVE

Aquí tenemos una catedral sin historia y sin belleza. Vulgar, a trechos de piedra labrada y a trechos de yeso

vil. Una de esas catedrales anodinas y coloniales donde vegetan diez canónigos viejos cantando vísperas por cincuenta duros al mes. Pero, a veces, en los días azules y luminosos, las torres no hacen mal recortadas sobre el cielo.

Es una catedral grande, delante de una plaza fría y desnuda, una plaza sin árboles y sin parterres; para la muchedumbre de una manifestación republicana o de una procesión eucarística. Después de las nueve de la noche, la plaza se queda sola y parece desmayada, como una inmensa boca abierta de hambre. Poca gente cruza de día. Algún soldado, algún municipal. En medio de la plaza, vistos de lejos, parecen figuras de ajedrez los transeúntes.

Las casas que rodean esta plaza sin alma son unas casas aristocráticas de señores enlutados siempre, señores a quienes cada mes se les muere un sobrino o un pariente; y así, las puertas entornadas le dan a la plaza un aspecto más desabrido y áspero.

La catedral no tiene gentileza ni gracia. Es seca y sombría como los aristócratas de las casas cercanas. Está frente a la plaza con la misma displicencia de una mujer estéril. Los insulares creen, sin embargo, que su catedral es muy interesante.

Han pasado ochenta años sobre las agujas de las torres y la catedral no se ha conmovido por ningún episodio histórico. Los canónigos se han renovado y los cincuenta duros han ido de unos en otros como las capas pluviales. Dentro, la catedral sólo posee dos cosas de alguna ternura: un autógrafo de Santa Teresa y un portapaz de Bevenuto Cellini. Hay también, en un frasco, el corazón de un obispo. Un romántico señor de la ínsula que murió en América y dejó su corazón a la catedral. El corazón, dilatado por el alcohol y los años, parece hoy una robusta

patata. ¿Qué más tiene la catedral...? ¡Ah, tiene también la consabida cripta misteriosa de todas las catedrales desocupadas...! Un señor habla en un ángulo y al otro ángulo llega la voz, como un secreto al oído... ¡Sorpresa de estudiante y amena cultura de sacristanes...! Por lo demás, la catedral es una piedra dura, sin sentido.

Pero ahora... ahora la catedral se ha estremecido con una historia terrible, extranjera y sentimental... De lo más alto de la torre de las campanas una mujer estupenda se arrojó a la plaza abierta. Una viajera italiana, de una tan espléndida belleza que aún después de triturada y sangrienta sobre las baldosas hacía estremecer los ojos.

La viajera llegó a la torre, subió las anchas escaleras, atóse las faldas, colgó de un badajo el gentil sombrero y se lanzó al espacio. Sesenta metros de altura. Al llegar a tierra ya no tenía el corazón vivo. El dolor de la piedra resonó en el otro mundo.

En la fonda donde se hospedó unas horas dejó una niña preciosa y una carta de confesión. Había concebido el suicidio camino de América. Un desesperado secreto de amor era el motivo. La niña —seis años dorados, rosas y azules— lloraba con un desconsuelo extraño, de mujer pensativa. Su casa estaba en Roma y su padre en Colombia. En la amarga epístola se apuntaban, temblorosas, las dos direcciones que había de seguir la vida pequeña y huérfana.

La viajera mostraba el cráneo abierto y había, dentro, como una sombra de pensamientos desesperados, una locura instantánea de amor, un hilo sangriento, que se perdía entre los sesos como un largo río de dolor. Los labios rojos, de una belleza maravillosa, entreabiertos por una sonrisa truncada, como si de pronto un hacha invisible les hubiera partido la gracia sutil de una leve alegría; y los senos muertos, tersos aún, como sorprendi-

dos, asustados de aquella muerte; como si sintieran el enorme desencanto que los había de arrinconar para siempre bajo la ardorosa cal funeraria. Y las manos, con una esmeralda rota, una esmeralda llena de sangre de los dedos largos, finos, de mujer espectacular... Y toda ella, tendida en la plaza, con un trágico gesto que parecía estudiado, de película, el terrible gesto de la Bertini, que se ha ido metiendo como una serpiente nerviosa en todas las mujeres de cuellos hermosos y manos lánguidas... Ese gesto de la Bertini que la misma muerte ha sustituido por la guadaña clásica y que no es posible evitar ya más en la mujeres que se tienden en los sofás de sus salones y en los suelos donde caen muertas. La viajera italiana, muerta en el aire, esperó el instante de caer como la Bertini; se preparó, muerta, su caída, y así el brazo se extendió sobre las losas de la plaza, medio ocultas en un peldaño de la escalera las puntas de los bellos dedos, como si la película no estuviera bien enfocada y cortara la sombra el pie de la cinta.

La gente rodeaba a la muerta con la misma actual curiosidad peliculera. Y las mujeres del pueblo y las señoritas, estupefactas en el atrio de la catedral, contemplaron el cuadro sangriento con los mismos inconscientes gestos bertinescos, con igual ansiedad artística.

Y allí estaba todo un dolor lejano, un dolor de destino, de tragedia desconocida y honda. El sol era más ardiente —sol de julio africano—, el cielo tenía una limpidez maravillosa. Toda la belleza de la tarde caía sobre el crepúsculo rojo y dorado de la muerta. Los cabellos rubios y la sangre lucían con una viveza extraña, de protesta, por el dolor de aquel espíritu que no supo comprender sereno...

El reloj de la catedral, indiferente, sonó las horas y los cuartos de las horas, pero, al tirar por la cuerda del juvenil esquilón el campanero, el esquilón sonó sordo,

apagado, como si tuviera lágrimas en la garganta o un haz de suspiros en el pecho.

Era el sombrero de la muerta, que amortiguaba, dulcemente, el rumor de la campana.

[26-VII-1921]

Panorama espiritual de un insulario

LA PELOTA MAGICA

La pelota inglesa es una cosa trascendental. En España la pelota tiene también una rara transcendencia. Por culpa de esa pelota española, pluralizada casi siempre, rodamos de peldaño en peldaño hacia el arroyo de la inervilización.

La pelota inglesa no es tan contundente. Frívola, vana y casi siempre bruta, va de inglés en inglés compitiendo con su cráneo deportivo. En la lucha de cabeza y pelota, la pelota gana siempre. Bajo el cuero y bajo el hueso, hay, frecuentemente, una idéntica hinchazón.

Un inglés es un hombre fuerte y frío por virtud de su pelota. Arrojar la pelota al aire es un ensayo profiláctico mental. La pelota se acostumbra primero y la cabeza está después en disposición de recibir todos los vendavales de la lógica. La pelota es casi toda la imaginación del britano corriente, claro; ese britano de las colonias y de los paquebotes: el del salacot y el smoking arrugado.

Un inglés se pone en su campo de foot-ball, y desde su extremo lanza su pelota. Otro inglés la recoge y se la devuelve y así se mantiene un sustancioso coloquio de cabeza a cabeza. Porque la pelota rebota de la coronilla del uno hasta la coronilla o el frontal del otro. Choque espiritual. Diálogo silencioso.

La pelota es una idea general y redonda, una idea común, una frase hecha que salta de un sitio a otro, invariable, conservadora. La pelota es la idea de todo inglés vulgar, es como una placenta endurecida, donde se le confecciona la pequeña, la diminuta semilla intelectual.

Un inglés, por puro amor de su pelota, pierde toda consideración de las demás cosas: la curiosidad, por ejemplo, y ese su menguado sentimiento humano. La pelota ha sido tan importante como la divisa de los leopardos o el ardoroso escarlata del regio pabellón. Ahora mismo, no hace unos días, la pelota inglesa acaba de sorprendernos con una idea más profunda que las que naturalmente lanza, con una idea de tan fastuosa calidad que un corazón se ha detenido súbito, al escuchar el secreto de la pelota: un secreto de ultratumba. ¿Cómo? Veamos.

Los ingleses saltan generalmente de sus barcos con una pelota: son las «nurses» de sus propias pelotas y no se apartan de ellas con el más amoroso de los cuidados, y si tienen ojos no ven los caminos de sus creencias ni el lejano horizonte sentimental de los ocasos. Los barcos atracan, y aunque el sol raje los enormes monóculos de los camarotes, estos ingleses sólo atienden a la sombra de sus pelotas. Y saltan en el muelle, llevando en la mano su pelota, como unos Niños Jesús, un poco patudos, ridículos y protestantes.

Concentran todas sus miradas en las pelotas, que tiemblan en las manos como queriendo rodar, que ruedan de un modo invisible, llevando al inglés con un temblor igual por las carreteras hasta el campo mágico donde la pelota se escapa de las manos y se refocila como una perrita de bolsillo en una alfombra plumosa sobre el apisonado polvo del solar de los deportes.

Pues bien: un inglés de estos inseparables de su pelota ha saltado ayer y era el primer viaje que hacía de agregado

en un barco y la primera vez que también veía tierra sin niebla y sin silencio. Pero su pelota, la barragana de su pelota, se lo llevó aturdido, anesthesiado al campo, y en el campo lo hizo correr violentamente con una extraña ansiedad de misterio.

¿Qué tenía aquella pelota detrás de su oxígeno? El inglés estaba como sujeto por el encanto de la pelota. La pelota sonaba en su cráneo y el inglés se reía como en un sueño de recuerdos, como si la pelota le metiera, al rebotar, recuerdos silenciosos en la cabeza. Por otro lado, la pelota tenía un ambiguo aspecto de hechicería, era quizá una hechicera metamorfoseada, una pelota con un veneno dentro, con un secreto vengativo dentro.

El inglés parecía dominado por la misteriosa pelota, como si la pelota lo tiranizara. El, sin duda, estaba unido a aquella pelota de un modo distinto a los demás ingleses, acaso por un pacto diabólico. Dentro de la pelota estaba una maga, que lo había aprisionado para toda la vida; la sangre del inglés se perdía gota a gota dentro de la pelota, clepsidra de sus horas.

Y él se entregaba embriagado a su pelota. Pero, sin embargo... Hubo un instante en que el inglés olvidó a su pelota, porque las miss de la colonia tenían una gracia menos tirante y el oxígeno les daba fuerza sobre las faldas vaporosas, y al entrar en el pecho, veía el inglés moverse otras pelotillas más infantiles, menos rígidas, sin duendes terribles dentro, solamente con unas presentidas boquitas de princesas enanas, que se asomaban transparentándose en la fina batista de las blusas.

Entonces, al verse de ese modo distraída, la pelota grande empezó a variar, celosa, en el aéreo camino, y saltó de una cabeza rubia a otra pelada con tal furiosa agresividad que un momento llegó con la acerada certeza de un punzón a clavar su estampido sobre el enamorado

corazón de su inglés. Y el inglés dio un salto terrible, y mientras la boca se agrietaba por una terrosa mueca, el inglés desplomóse en el campo sin vida.

¡Ah! Las miss se quedaron de pronto sin senos, y los gentlemans sin valor en los pies, y el doctor que siempre está en los campos de deportes, no como doctor, sino como punto, acudió para certificar una muerte vulgarísima. El inglés había recibido un golpe en el corazón, y como no andaba cuerdo el corazón, se había parado.

Después del certificado, el inglés fue sepultado en la tierra, sin pelota, porque la pelota había desaparecido de un modo misterioso.

Mas yo presumo de haberla visto desoxigenarse en silencio, extender su cuero y cubrir después poco a poco la cabeza del difunto. Todo esto hecho así como en escenografía de película. Cuando la metieron en el ataúd y luego en la tierra, ya el cuero de la pelota se perdía bajo los cabellos.

El cuero del artefacto deportivo era de la misma piel desdichada del muerto.

[15-IX-1921]

Panorama espiritual de un insulario

EL BAILE DEL PASTOR

Ante nuestros ojos se abre la puerta del salón. Un cuarteto sencillo ejecuta sus piezas, unas señoritas ríen, unas inglesas medio desnudas, bailan. Unos marinos británicos hacen cortesías. Es una noche agradable. Una de esas noches que tienen el comentario del abogado fiscal sustituto o del delegado de Hacienda. (Estos personajes

van juntos por la acera, sienten de pronto una brisa suave y alzando los ojos a la noche exclaman: Está agradable la noche.) Pues la noche a que nos referimos es como ésta que han encontrado agradable el delegado de Hacienda y el abogado fiscal sustituto.

El mar es de plata. Una plata ahumada y vieja. Los barcos en la bahía hacen las rayas oscuras del humo sobre el mar. Algún momento se oye la sirena de un barco noruego. En estas noches de plata que tienen el color del lomo de los peces noruegos sólo se oye sonar la sirena escandinava. El lamento se arrastra por las ondas y corre por el camino de la estela invisible que dejó el barco al llegar. El sonido de esta sirena nostálgica se acerca en la noche remota hasta acariciar las playas árticas...

Es un miércoles inglés. Ahora ya no es inglés el sábado solamente; el miércoles también está libre del trabajo inglés. Estos dos amables días vuelan como dos libres golondrinas sobre todos los cielos ingleses. Aquí, en la ínsula, revolotean nada más porque la Hacienda, el Gobierno Civil y el Banco de España no cierran sus puertas los miércoles. Pero los ingleses sueltan al aire su pedazo de día, y después de saltárselo en el campo con pelotas se bailan tranquilamente la noche.

Hay un buque de guerra inglés en la bahía, un buque-escuela. Barco elegante, sobrio, práctico, armado hasta los dientes. El cañonero español a su lado es la pistola con que don Juan Tenorio mata al comendador.

Por honor de este barco inglés se celebra un baile. Ese baile donde las señoritas ríen, las inglesas medio desnudas bailan y los marinos hacen cortesías, ese baile que al abrir la puerta del salón han visto nuestros ojos seglares.

Nos hemos recogido en un rincón. A pesar de la etiqueta, huele a humo de Capstan el salón. Estos ingleses de los barcos de guerra están hechos a base de virginia. Huelen a latas de tabaco sin encetar...

Bailan pausadamente, con cierta incólume pedantería de pòsguerra. Todos los marinos del mundo no saben otra cosa que bailar. ¿Por qué han de ofrecérseles bailes a todos los marinos que desembarcan en puertos forasteros...? Nunca se les brinda con un concierto, ni con una velada literaria, sino con un baile. Las mujeres de los puertos de mar han bailado ya con todos los marinos del mundo. Cuando uno se casa con una de estas mujeres nota una huella en la cintura donde se ajusta bien la mano. Es la huella de las manos inglesas, francesas, españolas, italianas, rusas... Los marinos han hecho dar muchas vueltas a estas pobres mujeres. La imaginación de estas mujeres ha ido también al compás de sus cinturas...

En este baile que hoy están viendo nuestros ojos, las mujeres son las mismas y las manos que las sujetan tienen la misma sensibilidad embreada. Nada ofrece en este baile descubrimiento. El marino es del tipo anterior; el silencio de su idioma tiene la prístina asnalidad...

El baile es grave, austero; baile gris que pide a gritos un rigodón de honor. El tono es de pintor patriótico inglés, de esos pintores que pintaron escenas dramáticas de la guerra de Crimea y le pusieron al pie versos de Tennyson. Pero hay en medio de todo esto una silenciosa nota regocijante. El comodoro baila en serio, los oficiales y los guardias marinos también... Y un señor, al principio desconocido, de pantalón corto con hebillas, más interiormente rasurado que los demás, baila también con mayor alegría. (Hay que hacer una pausa sonriente para decirlo.) Es el pastor del barco; en España diríamos el capellán de a bordo...

¿Cómo se llama este pastor? Es rollizo, rosado y de infantiles ojos azules... Nos dice el cònsul que se llama Mr. Butter, mister Manteca traduciríamos. Es blancucho, mantecoso y parece tener una sencilla religión a flor de piel, sin complicaciones y sin salterios. Mister Butter baila; ha aceptado el baile y se lo está ofreciendo a Dios

como le ofrecía su habilidad acrobática a la Virgen «le jongleur de Notre Dame»...

¡Deliciosa religión —pensamos— en la cual el pastor de las almas baila sin menoscabo de la hostia...! ¡Religión maravillosa, sin estola y sin cíngulo que impida el ejercicio muscular...! Este pastor dirá su misa y continuará platicando con Dios en el tenis.

En medio del salón del baile, con una mistress cogida del brazo, está implantando la Reforma. ¡Delicioso! El pastor puede amar, coger señoras por la cintura públicamente y luego interpretar la Biblia y bautizar con whisky...

Ha bailado una vez, dos veces, cuanto le vino en gana bailó. En el bar, después, habló de sus viajes con gravedad de evangelista... Todo el mundo lo contemplaba sorprendido. El miraba sonriente...

Y uno se atrevió... El vocal de la Junta. Siempre hay en las Juntas un vocal mandingo... Se atrevió a preguntarle:

—Señor, ¿los curas de su país bailan...?

Mr. Butter calló un instante. Después, alzando el vaso, contestó amablemente:

—«Salmead a Jehová con harpa y voz de cántico... Aclamad con trompetas y sonidos de bocina delante del rey Jehová...» Salmo 98, versículos 5 y 6... Crea usted querido señor: yo bailo, pero, en el fondo, sólo estoy salmeando a Jehová...

Las Palmas, diciembre [11-XII-1921]

HUMORADA PROFILACTICA

Hoy, día gris, día poco español, de influencia británica, ha muerto el portugués del profiláctico. La nueva, así, escuetamente contada, carece de interés nacional. La transmutación de un portugués de la Madeira, ocurrida en un rincón atlántico, es una cosa simple, desapercibida. Mucho más ahora, cuando en el propio Portugal mueren de golpe unos cuantos ministros portugueses sin que el lomo del mundo se estremezca.

Pero este portugués finiquitado hoy tiene cierto recuerdo curioso en mi panorama espiritual. Y como pasó por él graciosamente, quiero dedicarle esta breve memoria escrita. Acaso alguno sienta también este recuerdo... ¿No nos detenemos curiosos en los cementerios ante las lápidas vulgares, desconocidas...? ¿No leemos atentamente todos los epitafios, todos los nombres de los muertos...?

La isla cobija buen número de portugueses emigrantes, la mayoría del género galante. Una mujer portuguesa es ultrajada en Lisboa o en Cintra por cualquier Freitas pagano y va a ocultar su deshonor a la Madeira. De la Madeira tórnase a este lugar isleño, en tanto que la violada indígena se refugia en el verde peñón lusitano. Un gentil intercambio que rejuvenece los cutis de las prostitutas. Un portugués de muelle, con manos negras y mucho jeito, se viene a Canarias dentro de un lanchón tiznado y vive de acometer pasaje extranjero con el anzuelo del cambullón. No es, por lo tanto, muy escogida la representación portuguesa.

Pero el señor Enríquez era un hidalgo, el más hidalgo portugués de la colonia. El señor Enríquez tenía una pera puntiaguda por barba y cierto ademán melodramá-

tico. Era casi un portugués de esos que no existen y que la tontería española inventa en son de burla, para justificar sus propias ocurrencias de portugués. El señor Enríquez era el portugués que, según los castellanos, llamó al pecho femenino «restorán do ninhos». Era un portugués tan español que cuanta cosa hizo, fabricó, habló o cedió tenía un legítimo empaque de portuguesada. Hablaba el castellano con una prosopopeya de mayoral leonés y aunque en la ciudad atlántica los indígenas truncan la zeta por una ese suavemente criolla, el señor Enríquez aprendió a pronunciarla con tan firme sonoridad que daba deleite oírlo y placer el provocarlo a una amplia correría por el léxico. Yo no sé por dónde supo el señor Enríquez que don Eduardo Benot decía que el castellano atlántico se hablaba bien, mas se pronunciaba bastante mal. Pero el señor Enríquez repetía esta historia a su mujer, que era insularia, y a los jenízaros de sus hijos. La obsesión de su vida fue la zeta, la labor cotidiana de su vida, una retumbante actitud de teatro...

Era droguero, un droguero gentil. Un anuncio del señor Enríquez constituía una página de oro, un depurado y transparente romance. Así, llamó una vez a un dentífrico «verdadero paño de ante para el blanco charol de los dientes», y al corcho en hojas, «deleite de codos cansinos y cabezal imaginativo».

El señor Enríquez abría las puertas de su droguería con la voluptuosidad que Sarah Bernath las puertas del foro en un drama de Hugo. Extendía los brazos hacia el fondo y aguardaba un instante de plasticidad muda. Las esponjas de la puerta se agitaban al viento como campanillas de una enredadera fantástica. Todo esto a las siete de la mañana, cuando la ciudad dormía aún. Después el señor Enríquez exponía sus anuncios entre un ejército de cepillos de dientes... Comenzaba la gente a entrar y el señor Enríquez ponía en ejercicio su equilibrio prosódico.

Pasaban los años en plena fronda lírica. El señor Enríquez se aclimató; salieron los hijos mixturados y toda la droguería llenóse de perfume idiomático. El señor Enríquez exponía su sonrisa de alta comedia ante la clientela y la clientela llegó a necesitar como una droga más el regaliz de aquella prosa ilustre.

El señor Enríquez iluminó sus anuncios, puso un reloj alumbrado a la puerta de su tienda. No le quedó cosa sonora y brillante que no ocupó en beneficio de sus productos. El reloj tenía el propio empaque del señor Enríquez; era un reloj romántico que al marcar la hora erguía el minuterio como una cerviz hidalga... El señor Enríquez regalaba anuncios en verso y despedía a los clientes con una cortesía protocolaria... Olía a jabón de glicerina y a peras de goma; andaba en pantuflas y era como si una zeta escondida se fuera escribiendo en el suelo con un ruido de charolina virgen. Todo el señor Enríquez tenía una línea general de zeta y en el fondo de aquella vida atiborrada de cosas de bazar venía a ser la zeta como la incógnita misteriosa de un ánima complicada. Para el señor Enríquez la zeta era signo de algo oculto detrás de la vida...

Y así fue que al descubrir su maravilloso profiláctico lo llamó el Profiláctico Zeta y en el escaparate puso una Zeta enorme y luminosa como una constelación recién aparecida...

Yo no sé si la preocupación patriótica por sus galantes conciudadanas llegó a hurgar en su conciencia, mas nunca comprendí cómo un hombre tan elevado sobre las drogas pudo guiar su curiosidad hacia un invento tan de droguero. Al señor Enríquez metiósele en el casco evitar la avariosis de sus portuguesas, salvando a los isleños de aquellas terribles y verdaderas portuguesadas... Y el profiláctico surgió. Y el día que el escaparate se vistió de frascos salvadores, el señor Enríquez se sintió con una

consistencia que el régimen de su país no ha tenido, una convicción ortopédica de braguero americano...

Aquel día memorable el señor Enríquez colocó su anuncio rey. Las letras luminosas sembraban la calle de claridades positivas: «¡No más avariosis! ¡El profiláctico Zeta ha venido para librar al mundo de tan desmesurado mal! ¡Después del Profiláctico Zeta, el Oswald de Ibsen no tendrá razón de ser...!»

Y a las pocas semanas el señor Enríquez se murió de la ironía de su profiláctico. Una tarde en que sacudía el señor Enríquez las esponjas de su puerta se le atragantó la zeta en la boca, torciéndosele, y el brazo se le paralizó y la pierna hizo un torniquete espeluznante. Los veinte años lejanos del señor Enríquez se le metieron de pronto vengadores en la cabeza y le punzaron la coronilla como agudos alfileres... Se le clavaron en la masa del señor Enríquez y al señor Enríquez se le cerró el ojo...

¡Se moría...! El profiláctico incólume se burlaba de su ingenio... Como una vengativa carcoma le fue horadando la médula... Pero aunque la lengua le temblaba como las esponjas de la puerta, el señor Enríquez tuvo fuerzas para morir como un hidalgo sonoro... Los hijos lloraban la trágica burla; en derredor, la esposa lamentaba la vuelta de aquel pasado tan chico y tan escondido y ofrecía su corazón atribulado por el dolor de aquella vida sentimental: «¡Oh, querido Enríquez, tenemos el «corasón» traspasado!»

El señor Enríquez forzó el ojo prieto y sacudió la lengua para responder desde la puerta de la eternidad, desde aquella puerta donde ya entraba él teatralmente colocado:

—¡Oh... corazón... con zeta... querida cónyuge..!

Y se quedó entonces mudo, inservible, como su profiláctico...

Yo anoto hoy su recuerdo en mi panorama espiritual con cierta melancolía humorística...

[21-1-1922]

DE
SMOKING-ROOM

**Cuentos de los ingleses
de la colonia en Canarias**

LAS DOS MUJERES DE MR. TALBOT

La primera mujer de Mr. Talbot había muerto tísica. Era una inglesita de porcelana, dulcísima y tranquila, que marchitó su vida junto a la aridez de Mr. Talbot, que era un viento seco de egoísmo y de mercantilidad, un trovador de la Teneduría. Para él, recibir una larga carta de Nueva York, una de esas enormes cartas americanas de sobre azul y apaisado —cartas de papel irrompible, las que hay que abrir siempre a puñetazos— era como recibir una idea luminosa o la intensa sensación de un perfume. Cuando Edith, su primera mujer, murió, Talbot esperaba ansioso de California uno de estos pliegos urgentes. Por eso, al levantarse aquel día y observar que su mujer estaba más demacrada que nunca, se enfadó. Miraba a la pobre inglesa con cierto rencor comprimido y vio que ya no tenía sino unos ojos profundos que se perdían en las cuencas sombrías como si rodaran, para desaparecer al fin en un abismo negro sin fondo. Vio que ya no podía hablar, que la voz no se oía, que era una voz tan sutil y silenciosa como la voz del pensamiento. Y sospechó, se convenció en seguida, de que la muerte rondaba, como una abeja, alrededor de la muchachita rubia. Y hasta sintió el rumor de las alas y el rebotar del insecto en las paredes desnudas. Si se muere ahora mismo —pensó—, va a ser un conflicto.

Y mistress Talbot, claro, se murió sin más consideraciones. Los ojos acabaron de perderse y la boca se entreabrió para que saliera el tenue adiós de la partida. Se murió, como se mueren todas las delgadas inglesitas de las colonias: indiferentemente, encogiéndose de hombros y dejando entrar por el pecho la muerte para que desde dentro pudiera arrojar los últimos chorros rojos de la vida dañina.

Mr. Talbot la vio morir y después de muerta la contempló largamente, sin piedad y sin dolor. Era una triste silueta. Parecía un armazón de mimbre bajo las sábanas. No tenía ojos, no tenía boca. La cara era una mancha lívida que se confundía con los claros cabellos de lino. Las manos pequeñas no se veían tampoco, mezcladas en los amplios encajes de la colcha.

Mr. Talbot quedóse indeciso. ¿Qué hacer? Estaba solo. No tenía criados. El portero de la oficina les traía del hotel las comidas. Una mujer les arreglaba la casa y esta mujer no llegaría sino dos o tres horas después. Y él necesitaba estar en la oficina temprano. Lió un cigarrillo. Lo encendió, y siguió razonando.

Era natural que su mujer se muriera. No tenía hijos, no tenía salud. Una mujer sin salud y sin hijos no era negocio. Además, todo el mundo se muere. Si él hubiera sido el muerto la cosa tuviera otro color distinto. ¿Quién hubiese abierto las cartas de Nueva York? Y acordándose en seguida de la que esperaba, y sin mayores reflexiones, con agilidad deportiva, arrojó el cigarro y se dispuso a vestir a la muerta.

Sacó trajes del armario. Un traje blanco, un traje rosa, un traje verde. Todos vaporosos, alegres; trajes de inglesas lindas, trajes económicos para las colonias, hechos para las heridas del sol y las aguas malas de los lavaderos españoles que los rompen pronto. Talbot no sabía qué

traje poner a su muerta. El verde era demasiado cruel, el blanco igualaba demasiado con el rostro.

La vistió al fin con el traje rosa. Y aguardó un rato, contemplándola. Si no hubiera estado enferma...

Quiso —por un breve instante conmovido— darle un beso de despedida, pero se detuvo. La muchacha tenía una sombra sangrienta en los labios. No era posible, pues. Además, sólo era un ridículo simulacro de la querida gentileza. Mejor era marcharse. Y cogió el sombrero, cerró la puerta bruscamente, guardándose la llave y corrió afanoso a su oficina.

—¿Y mistress Talbot? —le preguntó solícito el portero, al entrar.

—Mistress Talbot se ha muerto ahora mismo. Y se metió en el «*Private Office*» devorando con una avidez morbosa todos los sobres ocre, azules, que venían de la América lejana, perfumados de humo y llenos de eco fabril.

A las dos horas salió y fue a disponer el entierro.

Al siguiente día no había ya en su alma huella alguna de la muerte. Con la misma tenacidad de siempre volvió a devorar cartas y a lanzar cartas al mundo.

Pasaron algunos años. Talbot se levantaba a las siete y salía de su oficina a las ocho de la noche. Pero tomaba el *lunch*, el té y bailaba en todos los bailes de turistas. En esos bailes severos que parecen de oficina, que tienen la pesadez y monótona insulsez de una oficina.

Jamás hablaba sino las palabras precisas de sus cartas. Parecía no ver a nadie, absorto en la llegada de una carta única, de una carta mejor que las otras, la carta ideal que sería el verdadero triunfo de su vida mercantil.

Llegaba el verano y Talbot hacía un viaje a Inglaterra. Volvía más rojo, más seco y con un traje nuevo, pero igual al del año anterior. Un traje gris, agrisado por la ceniza de Londres y por la universal indiferencia inglesa. Un traje de espíritu impávido, gris como el alma de aquel hombre hermético.

Un año volvió con el traje y con una mujer nueva.

Pero esta mujer no era rubia, ni triste, ni cristalina. Era una mujer espléndidamente morena, una inglesa injertada, de ojos vivos, que el sol atlántico incendiaba más. Tenía unos senos brincadores, unos senos que hablaban en voz alta, como para matar el recuerdo de aquellos otros senos chiquititos, silenciosos, que se replegaron tímidos en el pecho hundido. Talbot había adquirido ahora una mujer más duradera. Había sido un negocio más firme. La segunda mistress Talbot era una mujer que bien valía cualquiera de los nutridos sobres que Talbot recibía de California con tanta dicha.

Y si antes no había fijado un hogar, ahora alquiló un chalet confortable, porque la nueva mistress Talbot era aficionada a las alegrías caseras. Daba té, hacía música, jugaba al tenis con sus amigos y cantaba. Traía un ardor español en la sangre, y la carne morena se había curtido bajo el sol de Calcuta. Pero Talbot continuaba sin conmoverse. La mujer salía sola y regresaba muy tarde; la mujer fumaba cigarrillos turcos; la mujer se divertía con todos los pequeños «gentlemen» de la colonia. Y Talbot mudo siempre. Jamás la mortificó con impertinencias latinas. La dama hacía su gusto, que era muchas veces bastante exótico.

¿La amaba Talbot? ¿La amaba más que a Edith? Parecía que no la besaba nunca. No se le notaba que la besaba. Tenía los labios fijos, sin huella de vibración, como si no se hubieran despertado jamás por un beso. Mr. Talbot

abriría, sin duda, el corpiño de su mujer como abría los sobres yankees. Se acostaba con ella oficinescamente y si allá en el recóndito rincón de su alma le guardaba amor, la estridente inglesita no podía ser sino una de las tres horas fijas de Talbot: la hora del té, la hora del *lunch*, la hora del amor...

Corría el tiempo. Talbot abriendo sobres y su mujer abriendo almas. Y una tarde, cuando el árido inglés regresaba de su oficina, hallóse en el hall de su casa, a su mujer, charlando vivamente con un hombrecillo moreno, de mirada española. Hizo un imperceptible gesto de «manger» contrariado y aguantó impávido la presentación.

—El señor Prada, mi marido...

El señor Prada había estado en Londres, de mercader elegante.

Era hombre rico, muy distinguido. Había oído cantar a la Melba y vio dormirse, cantando también, en un concierto benéfico, a Adelina Patti. Mistress Talbot, soltera aún, estuvo esa misma noche en el teatro. Y mientras la diva famosa se dormía antes de acabar su canto, los ingleses la ovacionaban. ¡Qué recuerdos..! El señor Prada conocía la «Royal Gallery», había estado en el «Serpentine» de Hyde Park. Era un perfecto londinense. Y Talbot, mientras su mujer le contaba entusiasmada estas cosas del señor Prada, tenía puesta su imaginación en una importante avería. Al puerto acababan de llegar unos camiones americanos, todos averiados. Y Talbot necesitaba inspeccionar. Por otro lado, aquel señor Prada le había contrariado un poco. Acaso la primera sensación de su vida.

Y en cuanto tomó el té con el señor Prada, pidió permiso para retirarse.—Voy al Puerto, si usted me lo permite.

Y rápidamente, como iluminado por una idea definitiva, añadió:

—Venga usted conmigo, querido señor. Verá qué camiones tan interesantes.

—Mr. Prada estará mejor aquí —contestó la señora, vehemente— ¡Qué ocurrencia, Fred! Llevar a Mr. Prada a ver a un camión, como si se tratara de la Gioconda.

—Digo yo —insistió Talbot, mirando fijamente por primera vez a su esposa—, que un camión es muy interesante. He oído decir que el autor de la Gioconda era muy amante de la mecánica y, seguramente, le habrían interesado más los camiones que sus propios cuadros.

Pero mistress Talbot, volviéndose al señor Prada, insinuó dulcemente:

—Mr. Prada no querrá.

—¡Sí querrá Mr. Prada...!

Y como el tono de la voz era violento, desusado en Talbot, la señora dejó marchar al señor Prada, que con mayor gusto se hubiera quedado con la dama.

Y Prada y Talbot se marcharon al puerto aquel día. Cuando regresó Talbot, solo, le dijo a su mujer:

—No me gusta nada ese Sr. Prada.

Y fue tan seca la frase, tenía tal dureza la mirada del marido, que mistress Talbot, desconcertada, acobardada, no osó chistar.

No comprendía mistress Talbot aquella inesperada actitud de su marido. ¿A qué aquella impertinencia impropia

de un inglés civilizado...? Eran unos ojos nuevos, duros, decisivos, era una nueva voz de sonido extraño. ¿Por ventura la amaría aquel hombre...?

La señora Talbot sentíase distinta, como ante una espantosa revelación. ¿Era la luz atlántica, el sol, el mar, todas esas cosas vibrantes las que, actuando cotidianamente sobre el alma de aquel hombre de acero, lo habían cambiado? ¿Era un marido inglés? No podía serlo. Y al mismo tiempo que mistress Talbot descubría este mundo insospechado en su marido, sentíase ella también de un modo nuevo, con un ardor distinto. La espalda se le erizaba cálidamente, los senos querían romper las suaves prisiones del corpiño. Cruzaba las manos nostálgicas, entreabría los labios con una sonrisa dolorosa y alegre. Ella, en realidad, fue siempre así, pero ahora, todas sus ansias se extendían lánguidamente, tardaban más tiempo en acabarse y cuando se acababan, dejaban el alma y la boca con un amargo gusto más deseoso.

Otro día, después de aquél señalado, estaba sola, paseándose nerviosa en el hall. No podía ser. Su marido, aquel hombre terriblemente frío había vuelto al mutismo: el apasionado gesto no se repitió. ¿Tuvo celos, entonces? Y mistress Talbot, rabiosa, desesperada, sintió cómo en su espíritu florecía un silencioso rencor por su marido. Era un hombre indigno. No había vuelto a ver a aquel agradable señor Prada por culpa de una incomprensible actitud de marido español o italiano. ¿Qué pretendía hacer con ella aquel hombre? Y recordó, espantada, lo que le contaron antes de su boda. ¿No había encerrado a su primera mujer muerta, y se había marchado a la oficina fríamente, sin dolor, sin pena? Y ahora, ¿cómo esa violencia, esa ridícula pretensión de prohibirle sus amigos particulares...?

Mistress Talbot cruzaba por el hall agitada. Tenía irresistibles deseos de venganza. Sí. Se vengaría. Era ne-

cesario recobrar la libertad. ¿Qué podía hacerle Talbot? Matarla, no, porque en el fondo, todos estos egoístas son cobardes. ¿Divorciarse de ella? Mejor. Ah, qué alegría. El divorcio. Eso.

Sonó un timbre, el timbre de la calle. No lo oyó. Y siguió paseándose, concibiendo la venganza. Volvió a sonar el timbre y a poco vio aparecer a la doncella seguida de Mr. Palmer, un inglés bello como un griego antiguo que leía el Kempis y recitaba versos de Tennyson. Mistress Talbot dio un grito de alegría. La venganza se presentaba mejor de lo que esperaba. Palmer era el hombre. Tendió su mano al inglés y luego de un momento de vacilación, en el que acechó el más mínimo gesto de su amigo, se le arrojó a los brazos llorándole apasionadamente.

El lector del Kempis recibió a la fragante compañera con una sorpresa tan calurosa que más parecía corazón pagano que humilde imitador de Cristo.

Mistress Talbot lo sentó a su lado. Empezaba a vengarse.

—¡Ah, Mr. Palmer! Estoy loca. Lo sé. Esto es una locura. Usted no lo comprenderá. Pero yo me vuelvo loca aquí dentro. Este país es muy triste. Mi marido, además, no me ama. ¡Oh, y usted no sabe lo que en un país de estos significa no amar! ¡Oh, Mr. Palmer!, ¿qué pensará usted de mí...?

Y se juntaba al inglés más apasionada, besándole la boca griega. Y Palmer la recibía más sorprendido, pero besándola también.

—Gracias, Mr. Palmer. Yo le amo a usted. Es decir, no sé si le amo, pero no amo a mi marido. A mí, tampoco me ama nadie. ¿Usted me amará, Mr. Palmer? Mi marido jamás se ocupó de mí, pero un día sin razón justificadora

se siente celoso y me prohíbe una amistad. ¿Ha visto usted qué inglés más extraordinario? ¿Cree usted que un inglés tiene derecho a prohibir a su esposa los amigos? ¿Comprende usted que pueda ser celoso sin amar? ¡Bésame usted, Mr. Palmer, bésame usted! ¡Ah, cuánto diera porque Talbot me viese ahora mismo! Así recobraría mi libertad. Una vez fui débil, pero no lo volveré a ser nunca.

Y la ardorosa inglesa se abrazaba al imitador del Kempis con un oriental frenesí de favorita. Lo besaba en los ojos, en los labios místicos, en la nuca santa.

Había un sol llameante en el jardín, el sol hería los cristales del patio, el mar vibraba cerca. Un rumor infinito agitaba el lomo azul del Atlántico que se tendía en la playa con languidez fatigosa. Mistress Talbot, perseguida por la luz africana, por el rumor marino, crujía de amor sobre las rodillas del señor Palmer que ya no imitaba a nadie sino a su propio instinto, sorprendido y cercado por unos cálidos brazos y una boca furiosa y hambrienta. ¡La venganza estaba consumada!

Pero mistress Talbot miró de pronto hacia el jardín y dio un grito separándose de su amigo. Detrás de los cristales, contemplándola sonriendo, estaba Mr. Talbot.

—¡Huya usted, Mr. Palmer! Es mi marido. Por esa puerta... Salga usted por el camino de las lomas... ¡Oh, qué sorpresa...!

Palmer, sin saber qué hacer, salió por la primera ventana que vio abierta, en el mismo momento que Talbot abría la puerta del hall.

Mistress Talbot, temblorosa, espantada, con un espanto que no esperaba tener cuando concibió su venganza, replegóse en un rincón esperando el instante de la tragedia.

¿La mataría? Volvió a verle los ojos con que miró al señor Prada y sintió otra vez aquella voz terrible y distinta sonar en el hall. Se había extremado. ¡La catástrofe iba a ser enorme!

Pero Talbot se sentó tranquilamente en un sillón y se puso a hojear un periódico.

¡Dios mío! —pensó la ardiente muchachita— ahora me mata. Esta frialdad cruel, es una señal de muerte segura. Talbot volvió los ojos hacia ella. Ella, estremeciéndose, se retorció como una serpiente herida. Talbot la llamó —¡Ah, sólo le quedaban de vida unos minutos..!

—¡Oh, mistress Talbot!... ¡Estábais ahí? ¿Qué tenéis? Acercaos.

Pero ella no se acercó. Estaba arrepentida. ¡Oh, si pudiera deshacer lo hecho! Talbot la volvió a llamar: esta vez con la voz más dura. Se acercó lentamente. Y cuando se halló frente a él una sombra de sangre le cubrió los ojos y un frío espantoso le erizó la espalda. Talbot sonriéndose, exclamó:

—No importa. ¿Qué tenéis? ¡Si os he visto! Y lo comprendo. Un temperamento como el vuestro. A mí no me importa nada. Acérquese... No le haré nada... No vaya a dar lugar a un escándalo... Se pueden enterar los criados... Venga. Si no importa. Es un inglés reservado... ¡Españoles no! Los españoles todo lo dicen en seguida...

¡No la mataba Mr. Talbot! Pero se sintió muerta; con los ojos en el fondo de su alma, se sintió muerta, vestida de rosa y que aquel hombre la dejaba en un cuarto desolado, cerrando la puerta con un estrépito brutal...

[«*La Publicidad*», 17 julio, 1920]

COMO SE MUERE UN INGLES COLONIAL

Un inglés llega desahuciado a la isla. Llega y alquila una casa frente al mar para morirse con cierto saludable confort. Pero pasan los días y el inglés se pone mejor, con gran contrariedad suya, que ya tenía calculado su fin para tal tiempo. El quería despachar su muerte como un correo que sale para Londres y viene de la costa africana. Cuando las cartas estaban ya selladas y certificadas, resulta que el barco no hace escala en Canarias y el inglés piensa que podía haber dicho en alguna carta otras cosas más detalladamente. Los correos y la muerte están a la misma altura para nuestro inglés.

El inglés mejora. Y pasa un año y pasan dos. Y las mejillas del inglés se ponen rosadas y los ojos azules se le limpian y son más claros, sin esa cosa turbia, mezcla de niebla y humo fabril, que empaña en Londres. El inglés vive. Arregla su casa para siempre y vuelve a insinuarse en su pipa. Las cavernas del pecho, oscuras y profundas, se tornan con el sol atlántico luminosas y alegres. Se van las telas de araña y se barren; y la humedad desaparece calentada por el magnífico y rubio amigo de los orientales. El inglés no se muere. Tarda en morirse treinta años.

Esto le ha ocurrido a Medrington, el inglés más antiguo de la colonia. Mr. Medrington era un fotógrafo que llegó a la isla cuando aún no se sabía que la tuberculosis londinense se atajaba en una playa insular. Hace treinta años lo desembarcaron en el puerto sin ninguna de sus máquinas, pero en una camilla. No era sino una americana gris, larga y escurrida, que se sostenía en un palo invisible, como esas banderas tristes los días sin viento. Mr. Medrington tenía un pie, que tampoco se le veía, puesto en la tumba que no podía él presentir, una tumba de bóveda azul y de estrellas clarísimas, donde se oye por la noche el roce de la luna entre la brisa y se siente con más dolor

la nostalgia de la vida. Los pulmones de Medrington eran dos miniaturas, dos retratos pequeñitos de esos que imitan los sellos de correos y que cuestan un chelín la docena. Medrington abría la boca y se sentía aún el vaho de la niebla inglesa resonando en su oquedad pulmonar. No había duda; el puerto de Gran Canaria estaba entre dos mares: el Atlántico y el Aqueronte. El uno azul, divino; el otro amarillo, turbio y espantoso como la niebla. Y pensó, a fuer de buen fotógrafo, en las enormes diferencias o distancias de las dos luces marinas, como si fuera su propio objetivo fotográfico.

Pero, como suele ocurrir en los retratos de larga exposición, la figura de Medrington, a pesar de su turbiedad, se fue fijando poco a poco. Y ha tardado treinta años en borrarse por completo. En estos últimos días parecía un daguerrotipo, que hubiera de inclinarse a la luz para verlo. Medrington lanzó su último suspiro y cerró los ojos con la rapidez y el imperceptible sonido de su propia cámara. ¡Trac! Y la perilla de goma dio un golpe ligero y el ojo de aumento se cerró, brusco, dejando en la cámara la visión fugaz. A esta fecha, Medrington está revelado en el otro mundo.

En su casa de la tierra quedóse su señora y el pequeño y silencioso mundo de sus ingleses retratados. Ingleses viejos que pasaron una hora en Canarias, el tiempo necesario para que se quedaran con Medrington toda la vida.

Los retratos miraban desde sus vitrinas a la viuda que no se los podrá llevar a Inglaterra y que no podrá tampoco abandonarlos en la soledad atlántica. ¿Cómo dejar a aquel pobre señor del hongo triste, a merced de las burlas de los insulares? Aquel señor a quien su marido pasó dos horas retocándole el hongo, que le hacía una sombra en los ojos... ¿Cómo dejar a estos viejos amigos que trajeron su dinero y luego ellos se quedaron allí como echándoles en cara su generosidad? ¿Cómo abandonar a todos aquellos hombres a quienes Medrington les fue quitando un

poquito de sus vidas para sostener la suya, averiada y rota ...?

La viuda de Medrington siente un extraño desasosiego ante aquellas naturalezas de todos los tiempos, y los trajes anticuados, los estrafalarios sombreros, van haciendo revivir en su memoria las horas pasadas... Cuando el señor del hongo se retrató, Medrington tuvo un vómito de sangre. Entonces pensaron que el hongo se quedaría sin retoque, porque era más urgente que el hongo retocar los pulmones. Y allí estuvo el señor del hongo, con su sombra en los ojos, contemplando las hemotisis de Medrington durante muchos días. Cuando aquella aventurera descotada, la hija del general de la India, puso ante las obstruidas narices de Medrington sus senos enormes, como unos pulmones extraordinarios que se hubieran salido del pecho para respirar mejor, los ojos de Medrington volvieron a turbarse de niebla británica y se abrieron desmesurados como el ojo de la máquina, para ampliar aquellas mamas exuberantes que parecían no caber en la cámara oscura. Aquellos senos que retocó después meticulosamente, con una voluptuosidad sádica, mientras el hipo sanguinolento le cosquilleaba el garguero... Y aquella otra inglesita pequeña, frágil, con una tos tenaz y pequeñita también, que Medrington retrató mejor, con cierta recóndita alegría de camaradas, cómo para dejarle una vida más eterna, sin tosas, sin fríos. Esa fotografía la iluminó. Le pintó a la inglesa unos colores en la cara que no tenía y la contemplaba retocándola siempre. Esta inglesita mira ahora a la viuda irónicamente y la viuda se pregunta, desconcertada y triste, qué habrá sido de ella... Y así todos los retratos. Un rico exportador isleño, con un sombrero absurdo, que parece un calcetín, es lo anacrónico en medio de tanta cosa anglicana.

Y la viuda da vueltas en el estudio del muerto, asaeteada por tantos ojos diferentes, eternamente abiertos por el ojo suplementario y feroz, de aquel hombre que no pudo evitar que se cerraran los suyos.

Medrington llegó para morir a la ciudad atlántica en seguida, y tardó treinta años en resolver su agonía. Como era el más viejo de la colonia y era el artista de las pequeñas vanidades, de esa vanidad de querer ser eternos aunque sea en el silencio de un papel fotográfico, los ingleses han conmemorado su muerte con solemnidad y cariño. Un cariño contabilizado, claro es. Y se han salido de los retratos, poniéndose unos trajes modernos y moviendo las manos que en el cartón tenían quietas, para acompañar a Medrington.

Hemos visto desfilar el cortejo de los británicos. Incólumes, rectos, cortesés, detrás de la cámara funeral, donde iba el pobre fotógrafo aprisionado, inmóvil, como las imágenes dentro de la cámara de su estudio.

Y como hacía luz, una luz alegre, de colores vivos, luz para retratos, que descubría el verde recóndito de los chaqués y las levitas, nos parecieron todos aquellos hombres una colección de fotografías animadas. Un viejo cinematógrafo infantil.

[«La Publicidad», 2 abril 1920]

EL BREVE CUENTO DE UNA NOVELA

Mistress Harries usa unos pequeños lentes gordos y un sombrero panamá, decorado con una ancha cinta de seda verde. Vive junto a la playa. Tuvo un hijo en la guerra. Es una de esas tantas novelistas inglesas que nadie conoce y que todo el mundo lee, traducidas a otros idiomas. Mistress Harries ha seguido con un mapa y las cartas de su hijo, el proceso sentimental de la guerra y ha escrito una novela, contando cómo le ha ido en las trincheras.

El lugar desde donde ve el mundo objetivo mistress Harries, es un lugar pacífico, sereno: mar azul, terso y

sonoro... Montañas africanas y cielo español, con estrellas latinas por las noches. Y una luna redonda y burguesa cada mes. Sin embargo, mistress Harries ha estado en las trincheras. Y como es algo teósofa, aunque no haya estado en las trincheras de un modo real, lo ha estado en alma y ha inventado una historia romántica de un inglés que es poeta y comerciante, que lo matan mientras escribe un soneto: «Es un asunto muy bonito —nos dice—, le gustará a usted. A usted debe gustarle mucho».

«Mire usted, escuche usted. Mister Hodgson tiene una novia, una muchacha muy bonita, una «girl» muy inglesa que le dice: —Mister Hodgson, hay guerra. ¿Usted no se ha enterado de que hay guerra? Le veo a usted distraído. Es preciso que vaya usted a defenderme la libertad del hijo que puede usted hacerme, si le place. A mí no me gustan los ingleses que no sean valientes. ¿No es usted valiente mister Hodgson?» Y la «girl» lo mira fijamente, pero el poeta-comerciante se sonríe. «¿No dice usted nada Mr. Hodgson? Veo que no está usted dispuesto a ofrecer su vida. Hace un año que debía usted estar en las trincheras. Han pasado doce meses y usted no se da por enterado. Usted no tendrá ni fuerzas para abrazarme. Mr. Hodgson. Esos abrazos que usted me ha dado en el «*Serpentine*» de Hyde Park, han sido simulacros, las fuerzas no han sido de usted. Estoy muy disgustada con tener un novio cobarde». Y la «girl» da pataditas en el suelo y mira furiosa a su novio. Pero el inglés continúa sonriéndose.

«—Mister Hodgson, la sonrisa suya es muy inglesa. Yo comprendo que usted se ría con flema británica, y en tiempo de paz esa sonrisa puede ser definitiva, para un extranjero colérico, sobre todo. Pero ahora, ahora mister Hodgson, ahora me está usted irritando... ¿Se ríe usted todavía? ¿Por qué se ríe, muriendo tanta gente en las trincheras, mister Hodgson, mientras usted se está quieto? ¡Dígame usted por qué! Necesito que me lo diga...»

Y entonces el poeta-comerciante cogió las manos de su novia, y de un modo tierno, sentimental, le dice: —«Oh, miss Amy, qué contento estoy con que usted sea así. Yo tenía mucho miedo de que usted no lo fuera. No quería llevarme un desengaño. Hace tres días que tengo la orden de incorporarme en el bolsillo. Yo me marcharé mañana. No había querido decirla a usted nada hasta que usted me lo dijera a mí. Estaba esperando ver si era usted digna de ser inglesa...»

Y miss Amy se echa a llorar y le da un beso en los labios a su novio, un beso muy grande, muy grande...

Mistress Harries vuelve a llorar, y así acaba la introducción y empieza la novela de la guerra.

La novela de mistress Harries es el poema de las novelistas inglesas. Todas las novelistas inglesas se pondrán, al leerlo, unos lentes de lágrimas. Mistress Harries nos mira al través de los suyos y como nuestra alma está pacífica y dulce ante todas las amenazas dice:

—Pero el capítulo que le he leído a usted no es nada comparado con el prólogo; el prólogo es lo original. ¿Quiere usted oír el prólogo?

La tarde es de ámbar. Le falta un lago azul, a este limpio horizonte de la ventana de mistress Harries. Canta un pájaro. El lamento del mar es sutil. Una estrella, que no se suele ver en Inglaterra, asoma en la bóveda celeste y brilla como el caro diamante de una joyería. Mistress Harries comienza, lentamente, con voz tenue, voz de hall confortable y tibio...

Y mistress Harries se pone un poco triste cuando piensa en su novela. Y nos relata amorosamente un capítulo triste. Y nosotros nos ponemos tristes, porque su capítulo, aunque es cursi, nos parece bello. ¿Por qué nos

parecen bellas, a veces, las cosas más cursis de la vida? ¿Por qué hallamos excelente, este lunes gris, la *Donna e móvile* de «Rigoletto» y el *Spirto gentile*, de «Favorita»?

Mistress Harries cree como nosotros que su capítulo es muy sentimental.

—¿Ha leído usted a Dickens, mister Quesada? ¿No es lo mismo que Dickens cuando habla de amor? Dickens es un sentimental. Los españoles creen que Dickens era sólo gracioso. A mí siempre me hacían llorar las obras de Dickens.

La novela de mistress Harries tendrá un éxito muy grande. Ninguna novela suya lo ha tenido, pero están traducidas a todos los idiomas. Ella no se ha enterado.

¿Cómo es posible que se traduzcan estos libros —pudiera pensar mistress Harries— si la edición no sale de mi casa?

Y es que las novelas de las escritoras inglesas están ya traducidas de antemano. Cuando una novelista se dispone a escribir su novela, ya esta novela está traducida. Y hay una, dos, tres casas españolas que hacen un gran negocio en América con estas traducciones. Son novelas que se venden mucho, pero que no producen inmortalidad.

Todas las novelistas inglesas no son más que una prolongada y eterna novelista que escribe la misma novela y que sólo leen, de plato a plato, tristes y emocionadas, estas lindas inglesitas que en los hoteles coloniales viven con un papá rojo, que es gerente de un Banco o militar de la India, retirado...

[«La Publicidad», 7 septiembre 1919]

LOS SUICIDIOS DE PERKINS

Federico Perkins se sentía triste. Tenía un prurito de aburrirse a la fuerza, que cuando no se aburría naturalmente, lográbalo con terca voluntad y se metía en un rincón del café a exhibir el triunfo de su hastío. Veinte años en la ciudad atlántica y nada nombrado hizo si no fue dar lecciones de inglés y llevar correspondencia extranjera en los comercios pequeños. Sentíase siempre triste y además quería serlo. Pero se daba cuenta de que la tristeza y su esplín sólo producían un efecto cómico en la ciudad. ¡Y no hacía nada con voluntaria gracia nunca! Comprendía que pasaba entre los indígenas insulares por un inglés gracioso y en todo instante esforzabase por alejar la gracia hablando poco y reflexionando más. Quizá sus reflexiones tan profundamente serias hacían sólo efecto pintoresco entre una gente de muchedumbre infantil instintiva. Federico Perkins era un hombre serio pero le hacía gracia a todo el mundo.

Y llegó a removersele el alma con tanta preocupación, que dióse a pensar más seriamente todavía en desaparecer del planeta. Su vida sencilla, de hombre metido dentro de un domingo provinciano, redujose a unos largos paseos por el más solitario de los muelles de la ciudad. Alguna vez bebía. Y cada mes, al cobrar el monto de sus sueldos, higienizaba su natural sensualidad en los prostíbulos insulares. Bien preservado, acudía los días de poco gentío —siempre los lunes— y aguardaba en la sala insolente de luz y de cromos luminosos, el cerco femenino. Las mujeres, embadurnadas de colorete, se le acercaban y esperaban la suerte del mes. ¿A quién le tocaría? Les había tocado a todas y se había renovado varias veces. Perkins daba vuelta a la noria amorosa con una consecuencia terrible. Ellas eran las mismas siempre, viejas de ánimo y de miradas, inconscientes de amor y con las voces turbias, como el agua sucia de las acequias. Cuando llegaba alguna nueva mujer se desconcertaba y no se acostaba con nin-

guna hasta no acostumbrar a sus ojos a la nueva pupila. Parecía como que se le truncaba el deseo y que aquella mujer extraña cerca de su labor, interrumpíale la matemática sensación de su fisiología.

Al llegar las saludaba siempre en inglés. Ellas acariciaban el rostro inconfundible, ese rostro británico que según Wilde, una vez visto no se recuerda más. Y si se recordaba verlo para poder justificar la frase agresiva del poeta, lo veíamos cruzar por las calles y después de muchos días, al nombrarlo, se le recordaba mejor para regocijarnos con la frase famosa: «En realidad, Perkins tiene esa inevitable cara inglesa que no se recuerda nunca. ¿Se ha fijado usted?»

Las mozas del partido se lo creían joven siempre. Era una juventud que salvaba la de ellas, haciéndolas perennes. Eran cuarenta años pulcramente afeitados, pero guardaban veinte, la mitad, como un fondo de reserva en un banco ideal, donde suelen poner todos los ingleses los ahorros de sus años. No lo gastaba nunca; cada lustro solía ponerse encima uno más y así tiraba una doble edad en el mismo tiempo.

Acariciaba a las mozas con una igual caricia evocadora, en el sitio del mes último, siempre con una nueva curiosidad mensual y las palpaba a todas como si fueran de tela y catara el tejido. Luego las llevaba a la alcoba y mientras la mujer se desnudaba, él, desnudado antes rápidamente, aguardaba fumando en una butaca y haciendo las preguntas de siempre.

—¿Hace muchos años que lleva usted esta vida? ¿Y cómo se le ocurrió caer? ¿Por qué no aprendió a manejar una máquina de escribir y así se ganaría la vida de un modo más decente?

La mujer lo llamaba soso y Mr. Caña —era flaco— pero él seguía en su interrogatorio.

—¿Y quería usted mucho al hombre que la hizo caer? ¿Y cómo si lo quería mucho está ahora con todos los hombres? ¿No tuvo ningún hijo? ¿Y si ahora cualquiera le hace un hijo?

Y ella contestaba:

—¿Por qué no me haces uno tú, «miste»?

Pero Perkins se estremecía recónditamente de pensar que pudiera hacer un súbdito de la Gran Bretaña dentro de aquel vientre de miserables desgarros cosmopolitas. Y al acostarse se preservaba doblemente. No era cosa de que por pura necesidad natural, irremediable, fuera a salir un nene sin saber inglés de aquella covacha humana. La hacía lavar y él esperaba, espiando, de cuclillas para evitar el contrabando. Luego marchaba a la fonda y se daba una ducha confortadora.

Y toda su vida era igualmente recta, lógica, egoísta, seria. Y esto era lo que hacía tanta gracia en la ciudad.

Una vez se compró una capa española. Observó que abrigaba más y era más cómoda para ponerse que el abrigo. En realidad no había otra capa en la isla. Y la gente al verlo pasar sonreía y contaba como de una comedia el gesto del inglés solitario. No podía vivir por tales cosas. Presentía el silencioso rumor de las risitas y hasta las miradas burlonas se le clavaban en el cuerpo como si fuera un acerico sentimental. Corría la vida de su espíritu en medio de una mansa filosofía, sin alterar jamás su silencio, que era el silencio de una catedral solitaria, a la hora del ocaso. Alguna vez, expansivo, solía dejarse acompañar por un amigo español.

—No comprendo —decía después de un largo y mudo paseo— no comprendo cómo dos sabios pueden pensar de distinto modo. Es que uno de ellos no es sabio. ¿Verdad? O quizá ninguno.

Y el amigo asentía, pero después la ciudad entera se reía con esta gracia y al oído de Perkins llegaba el rumor de su ingenioso éxito, asombrándolo hasta lo infinito.

—¿Cómo es posible que esto que yo he dicho sea cómico?

Llegó a odiar la vida de la ciudad. La ciudad le parecía un sillón poco confortable. Un sillón español de vaqueta, una cosa rígida, tiesa, de gente fanática y elocuente. La vida inglesa era un canapé relleno de miraguano, donde se podía dormir sin pensar en discursos ni en recibir a nadie de un modo teatral y alambicado. La vida española tiene un confort pobre, de gente oficial que va destinada de una provincia a otra y arregla las casas precipitadamente, con muebles de almoneda, y cuadros de mal gusto, carcomidos y manchados. Pero no se iba de la isla. Y no se iba porque no tenía a nadie en el mundo y allí se ganaba el pan, pesado, es verdad, de levadura burguesa, amazotado y plúmbeo, que caía en su vientre inglés como un grito estridente. Pero un pan.

Federico Perkins llegó a ser en la ciudad como un poste que caminara, un busto conocido o el banco clásico de un paseo público. La gente lo veía cruzar con acostumbrada indiferencia y se sonreía siempre porque el silencio de aquel hombre se le veía arder en la frente y parecía un guiño cómico, de clown ilustre.

A ratos comentaba su vida. La comentaba de un modo amargo y hacía gracia también.

—He andado mucho mundo. Inglaterra es lo mejor para el inglés. En Italia, por ejemplo, no se puede estar porque se notan los ingleses y en Inglaterra no se notan. Un inglés en Italia es un relieve estúpido de la nación. No hace más que admirar de un modo aritmético. Yo admiro también, pero no me interesa nunca lo que admiro. Yo he visto el Moisés de Miguel Angel. Es admirable, pero no me gusta, tiene poco confort, pesa demasiado

aquel hombre. Si todo el mundo fuera el Moisés de Miguel Angel el hombre sensato debería pegarse un tiro.

Otro día se fue a pie isla adentro y repartió todos sus peniques entre los golfos que le vitoreaban. Una noche entró en el teatro pero se enteró, ya sentado y el telón descorrido, de que la obra era de Oscar Wilde; se levantó nervioso y huyó a la calle. El alma se le oprimía. Y se fue al muelle. En el silencio de la noche contempló las luces de los barcos anclados, y el alma se le refrescó así y huyó conmovida hacia el negro horizonte a reposarse en las gozosas tranquilidades del silencio nocturno.

Pero la ciudad seguía riéndose de unas gracias que él no hacía y de aquel su alegre aburrimiento. En el fondo era un romántico fracasado por su nacionalidad, con un hastío irremediable. Un inglés con esplín latino, que el calor tropical derretía en mudos sollozos internos apagándole la lámpara del alma.

Tenía una severidad aparente, esa severidad taheña de inglés de Fernando Poo, acostumbrado a dormir temprano y a no tener horizontes europeos ante los ojos, ni ruido de gran ciudad. Estaba resultando un humorista sin saberlo, sin quererlo ser, sintiéndose rencor por serlo gratis y cuando en algún momento conocía el pensamiento o comentario que fatalmente tenía mayor gracia para la gente indígena. Ante una funeraria contempló una noche los negros ataúdes y la ciudad se enteró al día siguiente, regocijada. El pobre Perkins no podía ya vivir en paz. Era un personaje de Dickens. Aquellos salvajes habían leído sin duda a Dickens y lo estaban comparando. ¿Cuál de ellos sería él?

Y entonces pensó, seriamente, en desaparecer. La idea mortal le hurgaba el pensamiento y acechaba el pretexto, un pretexto macabro, que no produjera alegría en la ciudad. La muerte se le acercaba, pues; como una nube negra la vio salir del horizonte y avanzar sobre sus ojos poco a poco.

Llegó la guerra, el pretexto era fatal. ¿Se iría? No, no iría. La gente se reirá también. «¿Cómo, Perkins ha resultado patriota?» Corrió al Consulado y lo afirmó así.

—Vengo a decir que no estoy conforme con la guerra y que por lo tanto no voy a Europa.

¿Qué se propuso? ¿Una cosa graciosa? Era un modo raro de matarse huyendo de una muerte probable. Otro inglés más valeroso le llamó cobarde en la calle y Perkins, entonces, ante el asombro de su paisano sacó una pistola y se dio un tiro en la sien diciendo: «Pero usted no es capaz de hacer esto».

No murió, la bala desvió el camino mortal y sólo pasó Perkins unos días acostado. La gente se rió también. ¡Era sin duda un inglés estupendo!

El pobre Perkins llegó a temblar por la alegría de su alma, por esa alegría independiente de su voluntad, alegría infinita. El destino le quería hacer alegre a la fuerza. La mueca dolorosa de su boca era una pirueta de clown. Sintióse pequeño, reducido, en medio de la naturaleza. Y se le ahincó más en el alma la idea de desaparecer de la tierra. Pero había que tener cuidado con el huésped gracioso que habitaba dentro, había que evitar una alegre traición cómica del alegre enemigo.

Pasaron los días. Nadie comentaba ya de su muerte. Subióse al mirador de un camino, envuelto en su capa. «Si yo me arrojava desde aquí —pensó— no volvería a hacerle gracia a estos estúpidos». Era muy alto el sitio. Tembló un momento, pero se decidió envolviéndose fuertemente en la capa, para no ver el camino.

—Voy a verlo —dijo.

Y se arrojó a la calle. Nadie lo había visto, pero se sintió de pronto sujeto en el camino mortal. La capa se había trabado en un árbol y Federico Perkins se quedó

flotando en el aire, prendido del árbol como un fruto maduro. Era una maldición. El duende de su forzada alegría volvía a burlar de él, con una saña más grotesca. Y entonces tuvo un miedo terrible y gritó. Lo recogieron y la risa de los ciudadanos volvió a azotarle el alma fracasada.

Y ya no fue serena reflexión. Diose a pensar furioso en la muerte. El pensamiento, vibrando, hacía un chasquido duro, rebotante en su cráneo. Retumbábale en el pecho el corazón como una siniestra maza y llegó a sentir un verdadero asco de la vida. La vida era una calle idiota, llena de hastío; una oficina llena de sombra, de pisapapeles. Había perdido ya todas las sensaciones y le entró en el espíritu como un lirismo maniático por matarse. Quería ser fuerte y profundo, quería pensar y la maldita gente se reía con la lógica de su pensamiento. El planeta le pareció una jaula de orates sin ingenio. Le pareció como que salía de una novela del viejo creador sentimental, y avergonzado, huido, corría por la ciudad a la hora del alba como cualquier desesperado español. Era un hombre sencillo y, a fuerza de sencillez, se tornaba inglés raro. No quería ser inglés raro, personaje de feria española. Tenía un estigma legendario de comicidad en su frente serena de hombre económico. Huiría. La sensación de su seriedad se le subía a la garganta y pensaba que no era posible ya sostenerla dignamente.

—Soy indiscutiblemente un personaje de humor. Y si no me dejan ser un personaje serio en este mundo lo seré en el otro.

¿Y lo sería allí? La idea le brotó como un cohete inesperado, asustándolo más. Pero se metió por los caminos de su imaginación, buscando todas las muertes de suicidios célebres y seguros.

La pistola no podía ser ya. Estaba seguro de que volvería a perderse el tiro y entonces su muerte sería frustrada para siempre.

Arrojarse desde la catedral tampoco. El campanero no le abriría la torre. ¿Un veneno? ¿Y cómo procurarse un veneno sin que al boticario le hiciera gracia? ¿Qué haría?

Tuvo un instante angustioso lleno de desaliento, y en la soledad de la noche oyó el enérgico latido del Atlántico... ¡El mar! Sí. El mar era el golpe definitivo. Iría a bañarse. Nadie lo extrañaría. Y en el fondo del mar hundiría la tragedia de su alma enharinada como la carátula del clown.

Aguardó el verano, que ya estaba cerca. Imaginativamente colocóse en el fondo del océano, y por primera vez se sintió alegre de verdad, alegre todo él, conscientemente, con profundas ganas de estarlo más. Y sonrió viendo las caras que antes sonreían, abriéndose espantadas ante su hinchada humanidad seria.

Llegó el día señalado, y era un día sonoro con sol vigoroso y atrayente, día poco propicio a la muerte. El mar, sereno, se tendía en la playa brillante y húmedo. Y Federico, ebrio de inmensidad, desnudóse como un loco y se echó al agua. Y nadó, nadó, hacia el horizonte.

Al sentir las olas inmensas acariciarle la espalda se anegó en la profunda voluptuosidad de la muerte. Y nadó, siguió nadando, en busca del fin de su vida. Pero el mar, era, mientras más hondo, más azul y el sol estaba en el fondo resplandeciendo. Federico Perkins cerró los ojos y se hundió más.

Seguía viendo un camino infinito. Sintió que la muerte se acercaba a sus manos y que se le escapaba por quererla también hacer una burla nueva. Oyó la sirena de un vapor cercano, que arrastraba su lamento sobre el cielo. El sol traspasaba el mar, calentándolo amoroso. Pero Federico seguía hundiéndose, hundiéndose, y dio, bajo el agua profunda, una vuelta terrible. ¡Al fin era para siempre!

La muerte era un pez enorme, un pez dorado, ardientemente dorado; era el sol en el fondo del Atlántico. El Sol, que lo tenía cerca de sus manos y que se le escapaba. Y nadó más, nadó hasta embriagarse de mar y de muerte. La voluptuosidad del peligro inmediato le alentaba el ánimo y de un golpe tocó en el fondo. ¡Sus pies rozaban ya los umbrales de la eternidad! ¡El sol estaba en sus manos! Desvanecido, presintió de repente que no tenía agua sobre su cabeza. Abrió los ojos y hallóse sentado en el borde de la playa.

Lejos, unos niños se arrojaban arena, y a su lado surgió del mar otro inglés, que, viéndole salir a él, le preguntó correctamente:

—¿Está fría el agua hoy, mister Perkins...?

[«*La Publicidad*», 23 octubre 1920]

LA SALUD DE FEDERICO GILLMANN

Eran las diez de la mañana y Federico Gillmann no se había despertado aún. Estaba terminando de soñar un sueño feliz. En los pasillos del hotel, los camareros cruzaban haciendo un estrépito desconsiderado para el sueño del huésped británico. Abrían las puertas, las cerraban violentamente. Llamaban, corrían apresurados, de un lado para otro. Un timbre sonaba, lejos; otro cerca. Los timbres eternos. Y Federico, sonriendo sobre una de esas anchas camas matrimoniales de los hoteles coloniales, bajo un mosquitero antiguo y denso, acababa tranquilo su sueño.

Sueño simple; un camino largo, verdecido, con sol y un arroyo clarísimo, sonoro. Y él de pie, en mitad del camino, con el pecho erguido aspirando el acre aroma del mar atlántico que venía corriendo de lejos, por entre

los árboles alegres. Se había puesto totalmente bueno en el sueño. El pecho, al fin, estaba fuerte. ¡Era el sol africano, el divino sol de las Hespérides! La ciudad, fea, sucia, le aburría, pero el sol confortaba sus pulmones y lo iba haciendo más sentimental, más niño cada vez.

Llegó un día, deshecho, de Londres, con toda la humedad británica adherida al pulmón que le roncaba. Saltó en el muelle con la boca cubierta por una bufanda de lana y los hombros encogidos. Tembloroso, mas lleno de indiferencia, tomó un carruaje y se metió en el hotel. Abrió las ventanas de su cuarto y el sol que debía esperarlo y que era espléndido aquel día, le acarició voluptuosamente el lomo encorvado y lo hizo enderezar alegre. Federico extendió los brazos entonces, cogió rayos de sol en sus manos, y se los fue sembrando en el pecho, en los ojos, aprisa, para aliviar su angustia y como si el sol se fuera a acabar para siempre.

Mejóro. Pasó un año. Tenía colores en la cara, la voz le salía limpia y podía contar hasta cien, sin fatigarse. Desnudo, tendíase todas las mañanas sobre el suelo de su cámara a recibir el sol que entraba, sin olvidarse un día, por la ventana abierta. Federico pensó entonces que la ciudad era más hermosa y que en el mundo hay un secreto de emoción más interesante y más puro que el de los dulces parques de Londres. Estaba como enamorado del sol. El sol tenía más pasión que la «girl». El camino tostado, rojo, y el campo verde le daban una sensualidad extraña que jamás sintió. Los labios enrojecidos le temblaban al viento y todo él experimentaba un recóndito deseo de abrazar a aquella fuerza infinita que le acariciaba por dentro, sin poderla ver. ¡Viviría! Cuando el médico inglés le dijo que estaba en los umbrales del otro mundo, no se conmovió. Pensó solamente que era preciso vivir por vivir y que para vivir necesitaba reposo y aires sanos. Y se vino a Canarias. Si mejoraba, bien; si no mejoraba,

pues se marcharía a donde quisiera Dios. Después de todo, lo mismo viene a ser una tumba que una oficina.

Pero con la salud le llegó el amor de vivir y cada día que pasaba Federico Gillmann tornábase menos inglés, y al hacerse nuevo, asombrábase de que se pudiera ser tan indiferente, tan frío como lo era antes. Quería correr como un español loco, quería cantar a todas horas como un español embriagado. Llegó a convencerse de que el mal que le horadaba el pecho era solamente su gris nacionalidad maldita. ¿Cómo había podido ser tan inglés, si lo verdaderamente humano era esto, brincar, correr, decir palabras brillantes, hacer cortesías estólicas, saludar mucho, mucho, con ímpetu latino y anhelos de hidalgo romántico, todas esas cosas que ayer le parecían perfectamente «shocking»?

Federico llegó a olvidarse de su novia. La tisis es una novia inglesa. Es necesario casarse con una española —pensó— con una española morena roja, con aire de mar y con apetito para ella y para el amante. La salud estrepitosa, esa inmensa salud que sale de los ojos a raudales, es española. Federico, para completar su curación, quería casarse con una española. Por eso, este día que dormía soñando, la iría a buscar en cuanto despertara.

Pero como era tan feliz en el sueño meridional que soñaba, Federico continuó dormido. Y los timbres sonaban y los camareros empujaban las puertas. Federico seguía durmiendo con los convalecientes labios entreabiertos por una sonrisa que aderezaba una finísima dentadura de oro inglés. Oro de libras. Veinte libras esterlinas de dentadura.

Los dientes cariados le estaban dando un aspecto más tísico y al mirarse en el espejo le asustaban de muerte. El día anterior al sueño acababa de estrenar dentadura; se encontró con las mejillas llenas y un apetito nuevo y feroz. ¡Qué alegría! Había comprado con el oro un poco de juventud. El oro mismo, asomando en la boca, era la

alegoría, el símbolo de la salud que tornaba, recompuesta de verdad. La misma salud.

Federico movió un brazo en su sueño; se acarició ligeramente el pecho y de pronto dio un salto, espantado, en el lecho. Sintió un hormigueo que le subía a la garganta, se quedó pálido y quiso dar un grito. ¿Qué era aquello? ¿Se había tragado los dientes de oro? Intentó incorporarse y no pudo; sintió una mano de fuego que le empujaba la espalda y vio salir por la áurea boca un chorro abundante de sangre. Quiso gritar otra vez, se desplomó en el lecho y cerró los ojos. Poco después salió el grito, débil, del último rincón de la caverna pectora, y el sueño tranquilo, interrumpido un instante, se prolongó hasta un horizonte más lejano y más feliz.

Federico Gillmann había puesto en un lugar seguro, para no perderla, la salud recobrada.

Siguió soñando, sin embargo. Ya no se oían timbres, ni trotar de camareros que empujaban puertas. Sintióse Federico cogido blandamente por unas manos y quiso hacer un movimiento en la cama. No pudo. Estaba entre unas paredes muy estrechas. Luego sintió silencio, un silencio enorme, como de muchos días interminables. Federico, en este silencio, no se acordaba sino de su preciosa dentadura. La sentía extrañada en la boca como si no enajara bien. ¿Y su salud? La salud se había marchado, pero él se sentía sano, sin dolores, sin angustias... ¿Era eso la salud? La salud, después de tenerla ¿se podía guardar en un sitio como el dinero y estar saludable como se está rico? Indudablemente. El estaba sano, pero quería levantarse, levantarse pronto para ver si su salud seguía tranquila, si no se la habían robado otros perseguidores de salud.

Los queridos dientes de oro eran complemento de aquella salud tan ansiada. Las mejillas flácidas no podían rellenarse bien sino con unos dientes y unas muelas nuevas. El apetito de sus últimos días no podía saciarlo

tampoco con aquellos dientes negros, heridos, que se iban partiendo poco a poco y mezclándosele en la comida como piedrecillas de arena.

Federico seguía soñando... Y sintió otra vez el aire puro tan conocido de su pecho que le llegaba a los labios, pero esta vez más sutilmente, como si entrara por una rendija. Y notó que caminaba sin mover las piernas y que debajo de su cuerpo había un ruido constante, monótono, de algo que rueda parsimoniosamente. Y llegaron a sus oídos unas palabras temblorosas, bíblicas, cuando se volvió a sentir quieto en un lugar luminoso que olía a flores silvestres. Un estrépito de puertas, de puertas pesadas, cayó sobre su espíritu después. En el sueño vio que llegaba la noche y que desfilaban ante su figura estática una procesión de sombras iguales, largas, unas sombras derechas, rectas, que dejaban tras sí, sobre el suelo, otra estela sombría.

Federico no pudo saber, preocupado con el destino de su salud, que estaba en la capilla del cementerio protestante, al pie de unas solitarias lomas atlánticas. Un cementerio claro, descubierto, con unas tapias al ras de las veredas, que parecían surgir de la montaña misma.

De pronto, el ruido de una puerta que se abría sigilosa. Federico Gillmann dijo: «Es hora de despertar ya. Estoy bueno. Me encuentro como nunca. Tengo apetito.» Y sintió que le abrían la boca y que le entraban unas cosas blandas, húmedas, apetitosas. Y añadió: «Gracias a que hoy tengo la dentadura nueva. Voy a comer bien.» Pero el manjar se tornó duro y Federico sintió que le tiraban de la boca y aunque no podía precisar la clase de comida que le daban, pensó que no había sido todo lo buena que hubiera deseado. Otra vez oyó el silencio largo, pero se notó la boca limpia y ligera y se quedó adormecido para digerir el misterioso yantar.

En este medio sueño vio cómo abrían la puerta que no conocía un hombre y una mujer que no conocía tampoco.

Y después, más tarde, cuando ya no podía ver nada, llegó a sus oídos un leve rumor de pasos precipitados que se perdían lomo arriba...

El sueño de Federico no se acababa. Se hizo más profundo. Estaba dominado por un sueño más hondo. Sentíase cada vez mejor, sin embargo; siempre bueno, alegre, con hambre nueva... Y siguió por el camino que empezó a ver en el sueño del hotel, un camino saludable y luminoso. Caminó, caminó mucho tiempo. No se cansaba el corazón. Abría los labios, hinchaba el pecho. Nada. Todo se había terminado. No tenía mal ninguno.

Llegó a la orilla del mar. El aire magnífico y divino. Federico estaba alegre, dichoso. Tumbóse en la playa llena de sol y aguardó con su salud escondida, algo extraño que no podía saber.

Pasaron unos minutos. El mar se tornó lentamente amarillo, lívido. ¿Era el sol que se mezclaba y se desleía en el agua? Federico tembló por su sol. Pero una voz lejana que le salió del fondo de su propia alma, dijo: «Espera». A él le pareció la voz de su salud que volvía a hacerse visible para que la pudiera ver siempre, para que no dudara de sus fuerzas eternas.

Esperó. En el horizonte amarillento y turbio del mar surgió una barca negra que se acercaba veloz a la playa. Federico, dijo: «Muy bien. Daré un paseo en esta barca y veré qué le ocurre al sol. Pero tengo hambre. Esta salud se va haciendo demasiada.»

Y sin saber de dónde pudo venir aquel milagroso remedio hallóse que tenía en su mano estupefacta, un pan grande y dorado. Lo palpó frenético. El hambre crecía a medida que la barca se acercaba. Cuando la barca atracó, Federico llevóse el pan a sus labios. Abrió la boca, pasó la lengua sobre el pan y la volvió a esconder, sabrosa de miel y de ensueño. El pan era un pan maravilloso y desconocido.

Lo juntó nuevamente a sus labios, deseoso de él, y hundió la boca en la corteza, con un frenesí de tigre hambriento, con una avidez saludable y fatal.

Pero entonces lanzó un grito, el grito que no pudo lanzar en el lecho y quedó aterrado. ¡No tenía dentadura!

¿Qué había sido del oro labrado, de aquel sueño regio que coronaba su salud? ¿Dónde la había olvidado, si él no se la quitó en el sueño?

Y bruscamente dejó de soñar. Fue como si le destaparan el cráneo y una mano fría, metiéndose hasta el fondo, le estrujara feroz el sueño, de golpe. No pudo despertarse, y por eso no vio que la barca que guiaba un viejo terrible, había virado rápidamente hacia el horizonte de donde surgió... Federico se evaporó en el sueño.

Lejos, al otro lado de la tierra, la salud machacada de Federico Gillmann se estaba vendiendo por cinco duros en la joyería de un judío insular...

[«*La Publicidad*», 3 junio 1920]

LA PIERNA DE PALO

Mistress Harvey me ha mandado a buscar esta mañana para decirme:

—¡Oh, señor Quesada, yo quiero traducir al inglés un cuento de usted! Es muy interesante esa colección de cuentos de ingleses de la colonia que usted escribe. Pero yo no quisiera traducir ninguno de los escritos sino uno que escribiera usted especialmente para mí. ¿Podría hacerlo?

—Mistress Harvey —he contestado yo— en este momento no se me ocurre ninguno y si usted lo desea tan pronto, no va a ser posible.

—Yo, quizá podría a usted indicarle uno, con éxito. Yo conozco al público de Inglaterra muy bien. El público inglés se conforma con un cuento inocente. Mis lectores, por otro lado, son las misas bonitas que necesitan que su literatura sea tan ligera como una pamelita o como un jersey.

—¿Quiere usted entonces, un cuento para señoritas?

—Para señoritas exclusivamente, no. Yo quiero darle a conocer a usted. Publicado su cuento y alcanzado el honesto triunfo que se suele alcanzar en Inglaterra, podría hacerse una edición completa de todos, a seis peniques el tomo. Se la enviaríamos a Mr. Fitzmaurice-Kelly, que es un apasionado admirador de todo lo español y él recomendaría el libro en España. Yo tengo muchos deseos de darle a usted un nombre en Inglaterra. Usted parece un verdadero inglés, un correcto hombre de humor. ¿Hará usted el cuento, Mr. Quesada?...

—Sí, mistress Harvey, haré el cuento que usted quiera.

Mistress Harvey es una señora sin años, enfermera del «*Seamens Instituto*» y, como se ve, escritora, cuando no hay enfermos. Ella ha llegado a la ciudad Atlántica con otra amiga, que es también enfermera. Mientras la señora Harvey habla conmigo, la amiga está en un rincón de la sala, enseñándonos una pierna envuelta en una media de seda blanca. Esa conocida pierna inglesa que apaga todas las sensualidades de las piernas universales: que es como si tuviera la misión de acostumbrarnos a ver todas las piernas del globo sin estremecimientos. Es la pierna civilizada, discreta; la pierna desdeñosa de todas las miradas, pierna que dice: «No comprendo cómo usted, señor hombre meridional, se eriza al contemplar una pierna. Yo voy al aire, sin el caliente y sensual cobijo de las enaguas, para que usted se dé cuenta del desaforado papel que hace cuando una pierna latina se muestra coquetamente.

Esto no tiene importancia. Yo me enseño para que usted dome su instinto fiero y cuando vea usted otra pierna —francesa, española o italiana— no se estremezca usted. Es una cosa grosera el estremecimiento suyo, ante una pierna. Temblar de codicia a la vista de una pierna, es un anacronismo árabe, señor. Míreme usted bien.» Y la pierna se monta sobre la otra que no se ve y que deseamos ver con unos deseos misteriosos, y se vuelve a bajar y al través de la media de seda, se vislumbra el dulce rosa de la carne fría.

—«Sí señor. Soy delgada pero bonita. Mas no me desee usted. Si se siente usted atraído por mí es porque usted es un bárbaro. En medio del tumulto civilizado de la City, al subir a un tranvía o al mostrarme sobre mi hermana en un restaurante a la hora del té nadie me mira. Sólo me siento el cosquilleo de las miradas cuando cruzo una calle latina. Yo no soy más que un motivo decorativo, señor. Un sutil dibujo de Mister Aubrey Beardsley...» —Y la pierna torna a mostrarse más desnuda, hasta el umbral del muslo. Nosotros sonreíamos mirando a Mistress Harvey, que nos va sirviendo un té excelente.

—¿Usted amará el té, Mr. Quesada? Ese es Lipton, legítimo. ¿Conoce usted la historia de este té?

—Sí, señora. Yo conozco todas las historias inglesas.

Mistress Harvey sonríe y su sonrisa se ve a través del humo de la tetera, el humo que envuelve su cara graciosa, sin arrugas y sin años. La amiga de Mistress Harvey —Miss Cohen— abre sus ojos, unos ojos pardos de enfermera colonial y dice:

—El señor Quesada conoce todas las historias inglesas. Pero él no escribe sino cuentos de ingleses hombres. ¿Por qué ese cuento que va usted a escribir a Mistress Harvey no es de mujeres solamente?

—Sí, señorita Cohen, será como usted quiera. Yo recuerdo ahora una pequeña historia inglesa muy bonita. Se titula «La pierna de palo». Es una alegoría que me contó la hija de un general de la guerra boer.

—¿La pierna de palo? ¿Acaso la de un héroe?
—preguntó Mistress Harvey.

—No señora, no. La pierna de palo es una alegoría, nada más.

—Cuéntela usted. Esta tarde estamos solos. El último marinero enfermo ha sido dado de alta ayer... Tome usted más té.

—¿Quiere usted «cake»...? Espere usted... Fumaremos cigarrillos egipcios... Cuente usted esa historia de «La pierna de palo»...

El gabinete del hospital donde estamos es un lugar cómodo y confortante. La viveza de las cretonas y el rumor del Atlántico, encienden el espíritu con una llama poco inglesa, que pudiera parecer de mal tono, incorrecta. La señorita Cohen es una mujer encantadora, pero ha soltado por toda la sala su pierna larga y seca, y está toda subida en la pierna, que acarician significativamente los ojos de Mistress Harvey. La pierna es, desde luego, el motivo más armonioso de toda la estancia. Indudablemente, es una pierna sin sensualidad ninguna pero con un interés vago, inquietante, que nos hace pensar: «Esta pierna a pesar de su desnuda frialdad puede llegar a estremecernos». Mistress Harvey mira la pierna de su amiga con una sospecha desconcertante. Nosotros vamos relatando nuestro cuento en tanto que Mistress Harvey nos admira y Miss Cohen nos desdén, erguida sobre su pierna. El humo del cigarrillo de Miss Cohen dibuja en el aire su propia pierna, el sutil espectro de su pierna.

—«Una vez... una vez había en Inglaterra una pierna delgada, dura y fría. Era la pierna de una Miss. Llevaba a la Miss a todos los sitios: al restaurante, al teatro, sola o con sus amigas. Una vez la pierna se tuvo que mostrar más que de costumbre y un amigo la apretó con sus dedos, haciendo con sus dedos como una ajorca. Entonces la pierna se estremeció toda y respiró ávidamente, como si tuviera dentro un ardiente corazón. Fuese torneando y hubo un momento en que el amigo se vio precisado a besar la pierna...»

En este instante del relato, Miss Cohen recoge su pierna y la oculta calladamente entre los pliegues del tapiz del sofá. Mistress Harvey, curiosamente sorprendida, me pregunta:

—Mister Quesada, ¿no pasará usted de la pierna, verdad?

—Señora, la historia es de la pierna sola.

Miss Cohen me dirige una mirada despectiva y yo más cruelmente expresivo, continúo:

«La pierna, después de aquel beso inesperado, se llevó a la Miss precipitadamente. Era una «nurse» cuidadosa. Tenía la sospecha de que el beso podía subir, subir y llegar hasta los labios de su amiguita. Y corrió por todos los labios de Londres, desesperada, sintiéndose el beso como un fuerte golpe de hierro. Presumía que debajo de la media había de estar una herida con sangre congelada.

Llegó a la casa, se quitó la media y sólo pudo ver que el levísimo vello áureo donde cayó el beso estaba erizado, tieso, como los bigotes de un gato fosco.

«La pierna soñó aquella noche. Ella creía que era de palo, que al cruzar casi desnuda por las vías tumultuosas

se había hecho enérgica y actual. Una pierna para llevar exclusivamente a la dueña y al pensamiento económico de la dueña. Una pierna de dactilógrafa, de taquígrafa que se gana su vida, una vida de enfermera. Pero no. También como las demás piernas del mundo tenía su corazoncito. Y a los pocos días notó que la pierna tenía una vida aparte, y que dolía aparte de su dueña, que cojeaba. Esta cojera súbita y extraña, fue lo que más le preocupó porque fueron muchos días dolorosos, hasta que pudo averiguar por coloquios de su dueña con un médico muy serio, de que había que separarla de la amiguita que tanto cuidó. La dueña lloraba más que la pierna, sin embargo; hasta el momento de la separación, en el cual la pierna lloró de verdad, pues la dueña dormida no sintió cómo se la llevaban para siempre y cómo la enterraban en un cementerio alegre, donde había otras piernas completas pero con sus dueños al lado, dueños que no las quisieron abandonar.

«La Miss buscó después una pierna de palo, una pierna perfectamente igual a su otra pierna, que hacía el mismo oficio de llevarla y traerla por la ciudad y entonces sobre esta pierna de palo se montaba la otra de carne y hueso y se hicieron tan amigas, que todo lo compartían después, menos el blondito vello sutil y la piel rosada y blanca. Corrió el tiempo, y otro día fue necesario también que la pierna de palo la besara otro amigo inglés. Y ella tembló con los nudillos de su madera que hacían de corazón y de alma. Y dijo: «Ahora me va a notar este amigo que yo no tengo pelitos rubios, ni soy rosada, como mi antecesora.»

«Pero el amigo la besó con apasionamiento discreto y la acarició tan persuadido, sin notar que era de palo. La pierna, como una Galatea absurda, fue cobrando vida y hallóse en un sueño especial, rosada de nieve. Estremeciéndose alegre y se bajó la media para que el amigo que la acariciaba viese que no era de palo. Pero el amigo ya sabía de antemano que no era de palo. ¡Todas las piernas que

había él acariciado en su vida tenían el mismo color y la misma tersura que ésta...!»

Hice una pausa. Mistress Harvey interrogó: —¿Quién es...? Me parece que quiero entender su alegoría. Pero no es muy graciosa Mr. Quesada.

Y Miss Cohen añadió:

—En el fondo es un cuento simple y poco correcto. Un cuento de burla. ¿Cree usted que todas las piernas inglesas son de palo y que nada se descubre cuando son de un palo más verdadero?

—Señorita, la pierna inglesa es un encanto.

—Puede usted decirlo —objetó Mistress Harvey—. Es preferible una pierna de palo inglesa a una pierna de goma andaluza. En la pierna de goma se hunden los dedos; en la pierna de palo la mano, nerviosa, acaricia y aprieta con mayor ansiedad. Es como el frío de las grandes ciudades. Vigoriza y da un apetito inusitado. Yo sospecho Mr. Quesada, que usted ha inventado una historia vaga y ambigua, con una intención que yo no puedo penetrar... ¿Acaso quiere usted que nosotras demos lo falso de su teoría...? Es usted demasiado sutil. Yo creo que puede usted rectificar su idea de la pierna de palo y escribir el cuento que yo traduzca haciendo un elogio de...

—¿De las piernas inglesas?

—Eso mismo. La pierna de la muchacha inglesa es una pierna que todo el mundo ve y nadie ha descubierto todavía.

—¿Cree usted?...

—Yo misma puedo hacer un elogio, que ya pasé de muchacha...

—Pues empiece usted, Mistress Harvey. Empiece usted diciendo: «la pierna de Miss Cohen es un lirio blanco que Oscar Wilde hubiera llevado gentil en su mano, al pasear por la tarde en Picadilly...»

Mistress Harvey se ruborizó levemente y clavando sus ojos profundos en mí respondió con una voz que tenía dobles palabras y que se metía en el alma, arañándola, como los lindos pelillos de una pierna delgada.

—He visto que ya tiene usted el cuento escrito... Lo he visto. Sé cuál es el asunto Mr. Quesada. Pero sospecho que no tendrá usted compostura inglesa para contarlo y que yo no podré traducirlo nunca para mis lectoras. Y lo siento de verdad...

—¿Siente usted no traducirlo, señora, o lo siente simplemente, lo siente como si fuera suyo?

Mistress Harvey calla. Miss Cohen encoge sus ojos y los mete dentro de sus piernas y se nota que los ojos van dentro de las piernas, de arriba abajo, con un hormigueo nervioso y extraño...

Mistress Harvey enciende otro cigarrillo, se levanta y me acomete con una pregunta desconcertante.

—¿Verdad que Miss Cohen es muy bonita...?

—Señora, Miss Cohen es un cuento. El cuento que no se acaba nunca. Es mi cuento. Yo he descubierto esta tarde el verdadero misterio de la pierna de palo. Y haré con las piernas de Miss Cohen un cuento honesto que usted podrá traducir y que empezará de esta manera:

«El señor Harvey, Chief Manager de una oficina inglesa, llegó nervioso a su despacho y se encontró echada en un diván a la linda traviesa Miss Cohen, su dactilógrafa. No se sorprendió él, pero sí el ujier que acechaba por el ojo de la llave. Miss Cohen era una muchacha que tenía una pierna de chico, una pierna que no inquietaba a nadie pero que a Mr. Harvey, solterón incomprensible, le producía una malsana curiosidad. Era una pierna de palo, rígida como una pierna de palo, que desconcertaba por el temor de que no fuera de palo realmente...

El señor Harvey...»

[*La Publicidad*, 6 diciembre 1920]

LA AGONIA DE MR. CARLSON

Estaba acostado de espaldas sobre el lecho, contemplando, inmóvil, la cerradura de la puerta. Los ojos, muy abiertos, hundían la mirada y hurgaban con ella el agujero de la cerradura, como si quisieran levantar el pestillo, y abrir de par en par la puerta, ante un cielo luminoso. Sin duda, Carlson se ahogaba ya. Caía la tarde dulcemente, sobre la ciudad atlántica. El hilo de luz que penetraba por el agujero de la cerradura era dorado, fino y polvoriento. Sobre la faz del inglés, una extraña herida lívida.

Mr. Carlson llamó entonces al portero de su oficina, que estaba a sus órdenes exclusivas aquellos días de terrible enfermedad. El portero aguardaba en el pasillo. Era un indígena gordo, pacífico, incólume. Andaba como un oso amarrado. Al hablar, eran las palabras como gotas densas y tardías. Al caer los sonidos, sobre las cosas, daban la sensación de un gotear sordo de mejunjes farmacéuticos. Cuando oyó llamar levantóse de la silla, y abrió lentamente la puerta del cuarto. Mr. Carlson exclamó, suspirante, desde el lecho.

—Seguramente, Juanito, me moriré esta noche. Cuando usted vea que estoy agonizando, para lo cual le autorizo a abrir de cuando en cuando la puerta y llamarme, cerrará usted; me dejará usted encerrado hasta que muera. No sé cómo será la agonía, ni si habrá agonía; pues pudiera morir de golpe. Pero desde que esté muerto, me envolverá usted en esa bandera. —Y señaló a un rincón de la cama donde lucía flamante el pabellón royal de los británicos—. Me envolverá usted en esa bandera y avisará usted a los empleados. Si doy algún grito, en la agonía, no haga caso. Es que habré perdido el sentido y estaré viendo de seguro a Mr. Lloyd George. ¿Ha entendido usted Juanito?

Juanito respondió que sí, haciendo una lenta cortesía de ceremonia.

—Comprendido. Mr. Carlson... ¿Y si... por casualidad... no se muere usted esta noche?

—No me contradiga usted Juanito. Es seguro que me moriré. Y si no me muero porque, claro, este clima es tan variable y engaña... hará usted lo que le dije cuando muera.

Juanito volvióse corriendo al pasillo. Este inglés —pensaba— es un masón. Sólo los masones podrán tomar a broma una cosa tan espantosa como es la muerte.

Mr. Carlson quedó solo otra vez con su agonía. Intentó volverse en la cama; no pudo. Alargó fatigoso el brazo hacia una mesa frontera al lecho y sacó de la gaveta un espejo de mano. Contemplóse en él largo rato. Indudablemente, el corazón debía llegarle ya a la ingle. Apenas podía moverse y sentía, un poco asombrado, la dilatación terrible y un peso de plomo por todo el costado izquierdo.

¡Qué enfermedad más estúpida! Reflexionaba, diciéndose en la memoria: morir. ¿Del hígado? Explicable. ¿Del apéndice? Explicable y honroso. ¿De los pulmones? Explicable y razonable. ¡Pero de ese crecimiento desmesurado!

Desfilaron por su cama todos los galenos indígenas; observaron el corazón habiéndoselo medido mil veces. Todos se marchaban mohínos. ¿Qué hacer con un corazón tan grande? Carlson, egoísta, un poco bárbaro y un poco jovial, sonreía. ¡Gran corazón! Palabras, Latinidad, Poesía. ¡Gran corazón! No existía una verdadera posibilidad británica que justificara este crecimiento. Poca cosa amó en la vida para tamaña ternura. Decididamente el corazón nada tenía que ver con el sentimiento...

¿Y la herencia? Quizá la herencia. Pero recordó. Sus padres desaparecieron viejos; chochos de la vida cayeron en la fosa, como higos secos, sin tragedia, sin retórica. Un hermano murió en el Transvaal cuando había guerra. Una hermana en Calcuta, de fiebres arbitrarias. Calcuta siempre le pareció a Carlson una ciudad verdosa como la aceituna. Era justo. Alargó más la memoria. Un abuelo se fue al agua en Trafalgar, otro lo aplastó un tranvía. Y él estaba allí, en su cama, agonizando porque no le cabía el corazón dentro del pecho. Un poco más y lo lleva en la mano. Y toda su flema, su imperturbabilidad desaparecían para siempre con esta ternura lírica. ¡Gran corazón! ¡No le cabe el corazón en el pecho! ¡Y el corazón en la mano! Las tres expresivas manifestaciones de la ternura, esa dama mediterránea y ramplona. ¡Diablos!

Volvióse a mirar en el espejo. Cincuenta años y una vejez recargada sobre la piel de la cara. Unos ojos de infinita melancolía, unos labios suplicantes. Díjose:

—Yo no siento, realmente, estas expresiones de mis ojos y mis labios. Me contraría que tengan tristeza los

ojos y yo no la tengo. Me incomoda que los labios parezcan suplicar, si yo no suplico nada. ¿Seré un actor casual?

Intentó incorporarse de nuevo. Ahora pudo, con gran trabajo, apoyarse en un brazo. Un momento sintió... que se iba. La vida diole una vuelta rápida dentro de la cabeza. Era como si tuviera un feto bajo el cráneo. Pero se repuso y tornó a contemplarse.

Antes tenía una cara tersa, de inglés, rasurada, la cara que según Wilde se olvida, una vez vista, para siempre. El rostro era inexpresivo, y los ojos, duros como unos ojos de cristal, postizos. La boca, sin gesto, estaba cortada rápidamente a cuchillo. Todo esto lo paseaba él en la oficina, ante la temerosa contemplación de sus empleados. La cara grave, helada. Dos palabras, enérgicas cuando censuraba a alguno, pero graciosas. Corregía agresivamente, con cierta lógica humorística. Allí le temían.

Y ahora los ojos dilatados y los labios con una línea de amargura, el rostro blanco de una blancura mate, levemente azulada. ¿Quién había logrado aquel defecto? ¿El corazón? El corazón, sí, pero aparte todo él de Carlson. Porque él sentía intacto, sin vibraciones, con cierto buen humor y tranquilo ante la muerte ineludible. Mr. Hernández aseguró que se moriría pronto. Mr. González la misma cosa dijo, y después Mr. Henríquez, Mr. Rodríguez y Mr. Romero en solemne cónclave afirmaron: Nada, no tiene remedio.

Carlson no presumía su rostro de agonizante. Y este era el conflicto de su razón metida a querer sentir, sin verse, la palidez de su cara y la honda tristeza de sus ojos. ¿No era lógico que un moribundo, con conocimiento, adivinara, sospechara acaso, las huellas mentales de la cara? Parecía natural que Carlson, como cada hombre agravado de sus males, sintiera pegársele la piel al hueso.

Sí, estoy muy mal, diría cualquiera; siento que me estoy pegando hacia dentro.

Pero él no. Su creencia nacía de su raciocinio, de su espejo. La macabra caracterización iba por un camino aparte de su consciencia. Ciertamente que no podía moverse, pero en tanto no se movía era un hombre feliz y acaso bravío.

Quiso volverse otra vez. El corazón le pesó más. Era como un ancla que se hundía en el mar. Cuando llegara al fondo... ¡Ah, quedaría para siempre anclado en la muerte!

Y como la tarde avanzaba y el seso no podía ya hallar un acomodo discreto en sus cavilaciones, Carlson se encogió de hombros, hipotéticamente y tocó el timbre que colgaba sobre el lecho. Juanito apareció:

—Oiga usted, Juanito. Fíjese bien en mí. ¿Realmente se me conoce la gravedad en la cara?

Juanito no se atrevió a responder. Palpóse la cadena del reloj; entrelazó un dedo en la cadena, bajó la cabeza, y la escondió bajo los párpados.

—Dígalo usted sin miedo.

—Pues... Mr. Carlson... sí se le conoce.

—¿Usted ha visto cosa más extraña? Pues yo no me siento la demacración. Y esto me parece una barbaridad. Sólo percibo un peso raro en el costado izquierdo que me va empujando, empujando. Yo sé que antes de la noche estoy en el fondo. Mientras más intento alzar la cabeza más me tira el pecho. Es una muerte estúpida, Juanito. Casi de paquidermo.

—Pues... Mr. Carlson, yo estoy asombrado de verle tan sereno. Yo, el día que me muera me parece que voy a asustarme.

—Usted no es de Inglaterra, Juanito, sino de un país blanducho. Usted es muy trabajador, muy fiel, pero poético. Para mí la muerte es un mediodía de sábado, ahora

que sin Domingo detrás, y lo que es peor, sin vislumbres del lunes.

Carlson cerró los ojos. Juanito lo contemplaba absorto. De repente Carlson exclamó:

—Estoy ya agonizando. Váyase. No olvide mis instrucciones —Juanito tornóse con paso lento y silencioso al pasillo. Mr. Carlson quedó solo, en brazos de la cuidadosa muerte.

Juanito, junto a la puerta, escuchaba estirando los ojos, para no dejar escapar el silencio. Sintió como arder en la cámara, una soledad profunda. A Juanito parecióle que era como un ardor en llama misteriosa y negra lo que sonaba dentro. ¿Sonaba? ¿No sería el estertor de aquel hombre absurdo?

Sí. De pronto le llegó un débil quejido. Fuera, el rumor de la ciudad apagaba el rumor de la casa. Los galones de la bocamanga de Juanito brillaron como una linterna sorda. Escuchó más ahíncadamente. Un instante creyó oír el último suspiro. ¿Era el último? Dudó. Pero sí, era el último; fue como un disimulado sonido rubricado en la sombra. Juntóse más a la puerta. Nada. No oyó nada. El inglés había muerto.

Entró silencioso. La cámara, en penumbra, le dio miedo. Una mancha blanca, fantasmal en un extremo; otra mancha sordamente luminosa sobre el lecho. Eran las luces de las claraboyas, que se partían y se condensaban nebulosamente sobre la sombra de la tarde. Juanito llegó a sospechar si aquello eran ánimas de ingleses penando sus creencias y el poco sueldo que le daban a los porteros.

Aunque había luz, caminó a tientas. Veía otros caminos distintos con zanjas en los bordes. Ya tocaba las fronteras del lecho, cuando se detuvo estupefacto.

Un hilo de voz enérgica le cortó la aventura.

—Juanito, no sea majadero. Váyase.

Y Juanito volvióse tembloroso, desconcertado, inverosímil.

La noche apareció sobre el mar silenciosamente. Juanito, detrás de los cristales de las ventanas del pasillo, la vio crecer, sin luna, como una enorme boca negra que se abre. La paz de sus días se le tornó inquietud sobre el vientre.

El vientre le temblaba. Juanito vio que era el temblor como el tic-tac nervioso de un párpado fatigado. Un miedo raro le envolvió el alma, y sintió sus piernas vibrar como dos alambres al viento, ellas que eran pingües y velludas.

Instintivamente regresó a la puerta del cuarto.

Y ahora quería que el inglés reventase de una vez. Era cosa de darle un susto para que el corazón le brincara y le subiera al gaznate. ¿Pero aquel bárbaro era capaz de asustarse? ¿Un hombre que trataba a la muerte como a un oficinista?

Sin embargo la muerte debió haber penetrado, ya no podía ser menos. Eran muchos días y había pasado con exceso el plazo del diagnóstico. Juanito pensó que con volver a entrar la muerte vendría enseguida. ¿No podría ser así? Y cuando él estaba esperando a su amigo y el amigo tardaba, ¿no aparecía más pronto asomándose cada momento a la ventana? ¡Cuántas veces le ocurrió lo mismo! Esperar, esperar. ¡Y ése que no viene! Y asomarse para que llegara, una, dos, tres, muchas veces... Y llegar al fin. Y decir él, Juanito: «¡Por fin vino!»... La muerte era como todas las cosas de la vida. Además Mr. Carlson aseguraba que no llegaría a la noche. Y él era puntual. Entró decidido. De esta vez repuesto del susto y hasta con cierta soltura. Pero de nuevo, la helada voz le interrumpió el camino:

—Qué torpe está usted. ¡Aún no he terminado!

Y ya Juanito no supo cuál era su cabeza, ni cómo sus ojos podían ver sobre las paredes ensombrecidas del pasillo, millares de luces combatiendo como espíritus de otros mundos fantásticos.

La noche entera se metió en la casa y en el alma de Juanito. El pasillo tenía como un vaho de luz blancucha, espectral. Juanito, desconcertado, empezó a dar vueltas disparatadas en el pasillo. ¡Pero hombre! ¿Cómo le podía imponer la muerte de aquella manera, si el espectáculo no podía ser más divertido? Diose de repente cuenta de una cosa terrible. La muerte no espanta, cuando se prepara de antemano. Si aquel inglés tuviera un frailuco que le ayudara a bien morir, una familia con el pañuelo en los ojos, un notario grave y enlutado, y, fuera, una mujer con una caja y unas coronas, es posible que Juanito estuviera a gusto, sin miedo. Velar un cadáver en comunidad, con lirios y cintajos, es casi como jugar al tresillo en el casino. Pero aquella muerte seca, fría, de pura acción, tan moderna...

¡Vaya señor! Esto no se ve más que en Inglaterra. Juanito evocó dulcemente la vela de un cuñado suyo que murió de tercianas.

Los pies de Juanito movíanse estremecidos. En vez de caminar, saltaba ligeramente como los japoneses y los pájaros. Las horas se le tupían de tiempo en tan abrumadora manera que un minuto era como sesenta. Sintió caer tiempo sobre su tórax y con lentitud de copos de nieve. Eran unos copos de nieve negra y nutritiva. Tembló de frío. Y sin saber a dónde le llevaba ya la fatalidad, empujó la puerta.

Y no pudo entrar siquiera, porque el diablo del inglés lanzó desde las fronteras de la otra vida la última serpentía de su voz: —Es usted muy bruto, Juanito. Todavía no tiene usted que hacer nada aquí.

Y Juanito, en el pasillo de nuevo, viose lleno de hombres que agonizaban de broma y se ponían rígidos imitando jocosamente la postura de los muertos. Por el ventanal entraban aquellos bufones macabros, por las rendijas de las puertas se metían. Abrió el ventanal desesperado. La calle solitaria le azotó con su soledad el rostro, Juanito creyó que era una mano negra y retiró la cabeza; apoyóse después sobre el alféizar y exclamó:

—Si ese hombre no se muere, muérame yo entonces...

Corrió una hora como un siglo. Juanito despertó de su ensueño. Al verse en la casa a oscuras y con el hombre moribundo, otra vez pensó en huir. ¿Huir? ¿Y a dónde? ¿Y si perdía el empleo? El inglés era capaz de dejar escrita su cesantía. No, huir no. Pero entrar por cuarta vez, sí. ¡Ya la cosa tenía que haber sido! Eran las nueve de la noche.

Pero no se atrevió a entrar, sin embargo. Desde la puerta llamó quedamente:

—Mr. Carlson, Mr. Carlson.

Silencio, insistió:

—Mr. Carlson.

¿Qué hacer? El inglés había muerto, sin duda. Meditó un rato. ¿Y si estaba dormido? Dejó correr unos minutos mirando el reloj; quince minutos.

Volvió a llamar. Ahora más fuerte.

—Mr. Carlson... Mr. Carlson... ¡Mr. Carlson! —y luego de unos segundos, gritó con la voz temblorosa:

—¡Mr. Carlson!

Nada. Encendió la luz desde la puerta. Oteó el lecho. El inglés, tieso con los ojos cerrados, parecía sonreír desde otro mundo.

Juanito sintióse libre del peso de esta muerte ajena que se había entrado como propia en el alma, y respiró con toda el ansia infinita del hombre feliz. La alegría súbita le embraveció de nuevo sus piernas robustas; apagó la luz, y cerrando la puerta, corrió a la calle jubiloso...

La casa quedó con su muerto dentro. Un muerto que tenía un corazón hiperbólico. Un corazón que no había servido ni para tener dolor.

Volvió Juanito más tarde con la tropa de los oficinistas. Entraron todos joviales, encendiendo las luces del pasillo. Juanito los detuvo.

—Silencio. Hay que respetar aunque sea Mr. Carlson. No entren, tengo que envolverlo en la bandera. Hay que cumplir todo lo que dejó dicho.

Los mozos callaron; Juanito abrió la puerta, e iluminó la cámara. Los oficinistas, desde la puerta, sobrecogidos y curiosos contemplaron el cadáver del inglés. Juanito avanzó con un temor fingido, porque ahora no tenía miedo ninguno. La muerte empezaba a ser lógica. Ya había cierto dolor oficioso, rondando en el lecho. Pronto llegarían los cirios, y la noche sería propicia a la velada fúnebre.

Siguió avanzando. Descolgó la bandera. Acercóse al lecho. Extendió los brazos... y los ojos del muerto se abren súbitamente, llenos de una energía desconocida y arbitraria.

—Veinte años hace que está usted en la oficina y todavía no ha aprendido usted a hacer las cosas.

Los mozos retiráronse de la puerta, estupefactos. Juanito apenas logró balbucear unas palabras torpes. Temblando, como un niño sorprendido, enrollóse en su propio cuerpo el pabellón flamante. La mirada del inglés lo encadenaba. Por último pudo exclamar:

—Yo le llamé, Mr. Carlson, yo le llamé.

—Y yo lo oí.

—Entonces, Mr. Carlson...

—Es que usted ya me había llamado.

—Yo no comprendo entonces.

—Estaba cansado de responderle.

—Pero Mr. Carlson, usted me dijo que le llamase de rato en rato. Yo he cumplido.

El inglés calló. La respuesta era lógica. En el borde de la tumba un español plebeyo lo vencía. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y respondió secamente:

—Sí, Juanito. Pero usted me llamaba muy seguidamente... y eso no es correcto.

[*«El Liberal»*, Las Palmas, 18 noviembre 1925]

LAS INQUIETUDES DEL HALL

Novela de ingleses coloniales

*A Mr. y Mss. Lewison, en Sydney,
con el recuerdo de muchas noches del Hall.*
A. Q.

I

El Hall de aquel Hotel era, ciertamente, el único Hall legítimo de la isla. Todos los demás simulaban halles más o menos ingleses, pero no tenían la imperturbable blancura esmerilada de aquel Hall. Era un Hall quizá como el de los grandes hoteles de Londres; bastante más reducido, pero de sustancia nacional idéntica. Salvaba siempre de toda posible ruina crematística al Hotel. Ya no quedaban abiertos hoteles británicos. Finada la gran guerra, este hotel fue el verdadero sostenedor de los prestigios de Inglaterra en la isla como máxima muestra de hoteles coloniales. Acabáronse todos los hoteles ingleses; sólo algún *boarding-house* flotó, extraviado, en un rincón de la playa o entre los eucaliptos de algún pueblo montaños. El turismo menguaba, pero la invariable y eterna cola viajera refugióse íntegra en este Hotel del Hall maravilloso.

El alma del inglés colonial es un pequeño Hall. Toda la cosa espiritual de su vida se concentra en el Hall. La

vida extranjera y lejana tórnaseles tibia y plácida por la correcta claridad del Hall. Ningún lugar para digerir certeramente un *roast-beef* como el Hall. El Hall evita la altura de la voz, el desmesurado ejercicio de las manos. El corazón se somete, el ánimo se disciplina, la mirada se vuelve mansa como la de un buey y el pie es como si tuviera una perpetua zapatilla de baile.

El Hall es una brillante pechera de smoking. Y ese botoncito de la pechera, ese botoncito luminoso, es en el Hall como el eje del alma del Hall: la lámpara central que pende del techo de cristales. Una inglesa colonial en el Hall es siempre agradable y breve. Por la mañana la vemos en el mercado con un cesto, un traje blanco y una pamelita: absurda silueta de una mujer sin sexo expresivo; el zapato le arrastra, como un aburrimiento. Pero a la noche, es como si biselara su figura, para encajarla en este excelente marco del Hall, que le prende el zapato y el ánimo.

Gran reformatorio urbano es el Hall. Ese tono bajo y uniforme de la voz británica nace del Hall. Siempre ha existido en Inglaterra la clara teoría del Hall. Hamlet mismo es la suprema profundidad del Hall.

El Hall de este Hotel ha vivido del abolengo de sus anteriores halles. Es como el nieto de esa gran familia noble del primer Hall. Guarda ese silencio exquisito de la cortesía británica y en todo instante espera el huésped espiritual que ahínque en su historia y la cuenta.

Es orgulloso poseedor de unas blancas columnas de un blanco mate, como los cuellos de las mujeres de Hall; de unos largos espejos, de unos sillones graciosos, con cojines de cretonas vivas; de unas donosas estatuas de mármol: una pequeña Grecia doméstica y sentimental que se aviene con el Hall por una misteriosa razón de *baedeker*. Tiene el Hall también una mesa femenina y ligera, con su papel

de escribir grabado el nombre del Hotel con letra inglesa, esa letra de ondulación grata, como la gracia de una *miss* en traje de etiqueta ceremoniosa por el Hall. Todas las puertas se abren sobre el Hall como para ver qué ordena la limpia mirada del Hall. Nada se puede imaginar en el Hotel fuera de esta corrección lineal de su Hall. El Hall es la vida perfecta de la colonia, una mansa vida sin cavilaciones.

Jorge Brown penetró, su primera noche, en este Hall y se detuvo sonriente en la puerta. Jorge era un inglés, mozo todavía, pálido y bello, con una extraña elegancia gris que hacía sorprendente su figura. El rostro se le recordaba siempre, una vez visto. Mister Oscar Wilde, que no recordaba nunca el rostro inglés, hubiera hecho una justa excepción de este rostro.

Jorge permaneció un rato con la abultada maleta en la mano. Notábase que era fatigosa su actitud, pero la sujeción del Hall iluminado lo mantenía absorto. Esparcía la mirada curioso. Todo estaba tranquilo. En la mesa ligera una *miss* escribía. Jorge descubrió súbitamente que toda la gracia del silencio se proyectaba sobre la nuca de aquella inglesa preciosa y blanca. Escuchó. La pluma de la *miss* acariciaba el papel con una ligereza de brisa de mar; tal como una falda británica de clara batista roza en las playas atlánticas la densa luz tropical. Jorge Brown clavó su mirada, húmeda aún de niebla, sobre el hombro inclinado de la *miss*. La muchacha volvióse rápida y le sonrió interesadamente.

El reloj del Hall sonó entonces las siete campanadas de la noche. Jorge tendió los ojos sobre el Hall y vio que de todas las puertas salían como por ensalmo los huéspedes del Hotel. Brillaron los *smokings*. A Jorge le producían, sin embargo, estas cosas corrientes de su vida de inglés, una extraña sensación en los ojos. Los ojos cegáronse un momento por aquel brillo de espejos negros

que son los rasos del smoking, y que recogiendo la luz de las lámparas se la devolvían punzadora a su mirada sorprendida y turbia. Era aún sus ojos, ojos de viajero que buscan la anhelada silueta de la tierra. No podía reposarlos bien sobre las cosas. Y de pronto sintió que la maleta le tiraba, con fuerza, del brazo, como recordándole el camino interrumpido. Número CATORCE... parecía decir la afanosa maleta. Número 14. Es el número que te han dado en el Office. Vamos...

Y desapareció por las escaleras del Hall hacia el piso bajo.

Llegó al número 14. Empujó la puerta y notó que todo el rumor del mar que estaba acurrucado en su cuarto se escapaba, como un lince, por la puerta entreabierta. Las piernas sintieron cómo se deslizaba entre ellas un lomo de piel fría: esa serpiente sutil que es el rumor de las cosas profundas cuando está encerrado muchos días en las cámaras pequeñas. El rumor se acumula, se adensa y se palpa entonces. La mano que se hunde en este rumor conserva largo tiempo una huella de terciopelo helado. Jorge Brown, a pesar de su sutileza, percibía estas cosas sin saber claramente la verdad de las sensaciones. Al abrir la puerta él creyó que se acercaba otro vómito rojo. Le hormigueaban las piernas, paralizábasele el aliento. El espacio del cuarto era duro, como si no existiera espacio, y la maleta fue, de repente, como si se le llenara de arena mojada. Hubo de soltar la maleta y acudir aprisa al lecho. Sin correr el velo del mosquitero, sentóse en el lecho. Cerró los ojos. Volvió a abrirlos, y los ojos poco a poco se acostumbraron a la luz. Después de un vago instante de inquietud pudo encajarse correctamente en la caliente noche africana. El aire del mar, entrando por la ventana entreabierta, le fue confortando los ojos.

Lavóse ligeramente y sacó de la maleta el smoking; acicalóse la infantil cabellera rubia; metió en el bolsillo

del chaleco una petaquera extraplana y subió de nuevo al Hall.

No había nadie en el Hall. Lejos, en el *dining-room*, presentía una blandura de *roast-beef* aclimatado, una larga clavícula de señora inglesa y un temblor de gelatina sobre un mantel almidonado: esa gelatina de la mitad de las comidas británicas que tiene un charolado de tiesa pechera y un sobresalto de nalga regordeta y opresa.

Jorge Brown no tenía apetito ninguno. Paseó por el Hall un rato. El Hall estaba sonriente, pacífico. Jorge contempló las sillas, los canapés del Hall. Quiso sentarse, pero no se atrevió. Los asientos parecían como en expectativa de otras asentaderas. Eran, sin duda, asientos tomados de antemano. Cada vez que Jorge se acercaba a uno sospechó que le decían: «Pídalo, está tomado». ¿Quién tiene la audacia de ocupar el asiento de un Hall colonial, mientras los ingleses comen? Eran estos asientos como las mesas del comedor que ya están con su botella de Apollinaris preparada para un huésped determinado, su servilleta con un lazo enorme, su tarro de *Fosferine*... Al entrar en uno de estos comedores coloniales es necesario otear desde la puerta la mesa huérfana, que suele estar siempre en un rincón apartado y desapacible; la mesa para el eterno huésped de última hora, desde donde acechamos por muchos días el desahucio de la mesa simpática, la mesa que nos conquistó el primer momento que llegamos; la mesa que nos hurtó nuestro terrible enemigo, ese señor que siempre es idiota, lleno de inteligencia y repulsivo, siendo el verdadero dueño de la más simpática cordialidad.

Los asientos del Hall estaban igual que estas mesas. Tenían ya el molde de los cuerpos de sus dueños. Parecían desperezarse en un momento de jolgorio. Estiraban imperceptiblemente los brazos y afianzaban las patas en el

suelo, condensando, de propia voluntad, los músculos de sus miembros.

Jorge hizo un descubrimiento delicioso: un gramófono en un ángulo del Hall. Sintióse con infantiles deseos de oír el aparato y lo hizo andar. Necesitaba una caricia lírica en el ánimo aunque fuera plebeya o vulgar. El gramófono ronqueó; después tarareó un *one-step* sorprendente. Jorge tembló, apresado por un miedo curioso y humorístico. ¡Un *one-step*! Bueno. ¿Quién había puesto aquella piezaailable en el disco? Revolvió sonriente los otros discos. Todos eran piezas de baile. Quedóse un momento perplejo. Luego sonrió regocijado. Una alacridad nueva, infinita, brotó en su espíritu y fue de tanto donaire el regocijo, que el estómago despertósele como una llamada de *cock-tail*.

Corrió al comedor. En la puerta le azotó el rostro el masticado silencio de los huéspedes como una onda de polvo. Buscó la mesa abandonada y se sentó. La *miss* que escribía en el Hall, echada de codos sobre una mesa cercana, lo contempló largamente. Después bajó sus codos y sacó un cigarrillo dorado. Jorge la vio perderse, envuelta en los velos azules del humo.

Comió bien, con apetito improvisado. Sintió que su pecho había hallado al fin un lugar propicio. Cuando llegara el nuevo día se hartaría de sol y de mar. ¡Cómo iba a cobijar sus pulmones bajo esa infinita manta caliente que les secaría aquella humedad de impermeable en que los había convertido la fatigosa niebla de Londres! Volvióse a sentir con más alegría por la sospechada salud. El pensamiento revoloteando contento saltó al Hall, junto al pintoresco gramófono, y sus labios se abrieron, sin querer, sobre la muchacha blanca que no cesaba de mirar su frente y acariciar con sus pupilas el invisible viaje de su corazón por todo el Hall solitario.

Bajo las mesas del comedor asomaban los perniles de las damas. Los mozos cruzaban con el *puding*, silenciosos, como en una película. Nada de rumor se percibía. Parecían los cubiertos engomados como las ruedas de los coches de lujo. Todo era de un silencio recalcado, insistente. Como si el silencio fuera conversación y grito, ruido de piernas junto a las sillas y golpes de cuchara en los platos hondos. La distinción del reposo y de la quietud era de manos metidas en los bolsillos de un pantalón de frac. La risa misma de las inglesas no se oía, era una risa petrificada, de inmóvil piedra preciosa. En la mesa más amplia una *mistress* enlutada leía una novela, abierta sobre el misal de una copa de vino. Jorge Brown comióse toda su larga comida y tornóse satisfecho al Hall.

El Hall empezaba ya su noche. Unas señoras hacían punto inglés; otras, fumaban. Un matrimonio, con marcado aire de pañeros de Manchester, leía la misma novela en dos ejemplares diferentes. Iba la lectura por la misma página, casi en la misma línea. El libro les producía el mismo deleite, la misma gracia. Florecíales la sonrisa un instante y se apagaba después para brotar de nuevo con idéntica intensidad. Jorge Brown creyó hallarse en su casa de Londres, como en su propio Londres, en un Londres, claro, más honesto, pero sin imitación. Sólo aquel gramófono con su extravagante *one-step* lo desazonaba un poco.

Cuando todos los sillones estuvieron ocupados, ocupó él el sillón libre, que, también, como la mesa del comedor, estaba oculto y solitario. La *miss* de la carta entró en el Hall. Caminaba como una herida, pero respiraba un perfume de claridad infantil, que Jorge halló desconocido. La muchacha sin plegar la sonrisa que traía fuese junto al gramófono y puso en ejercicio el disco del *one-step*. Un inglés anciano, rasurado y bello, invitó a la moza. Jorge estaba asombrado, pero casi conforme con su asombro.

La pareja inició el baile. En un momento, el Hall se estremeció de bailarines; las señoras soltaron su punto inglés y sus cigarros. Y en una blanca ondulación iluminada convirtióse el pacífico Hall del Hotel.

Jorge vio entonces que el Hall salía de su propia alma, como un lánguido y corporizado deseo de quietud y de temporada convaleciente. Y entornó los ojos fatigado. Oyó el trazo de la línea coreográfica en el aire y el estertor del gramófono que ahogaba su *one-step* en un ridículo suspiro. Le pareció que se dormía con los ojos abiertos, aunque le caían los párpados sobre los ojos con pesadez de leño. Le llegó un perfume de limpieza expresada, vehemente. La *miss* de la carta rondaba en silencio su figura. La sentía cerca, quiso verla, la veía casi, pero los ojos no lograban levantar los párpados rendidos. Pudo adivinar la sonrisa de la moza metiéndosele por la rendija de los párpados; y esforzó su voluntad en el entresueño.

Abrió al fin los ojos. La *miss* lo miraba desde un sillón frontero.

—¿Para usted será muy extraño que sin presentación, una inglesa se le acerque y le hable, señor...?

Jorge Brown dijo:

—Tantas cosas gratas he sentido en una hora que no puedo pensar en cosas de cortesía, señorita.

—Perdone usted. Presumo, no sé por qué, que viene usted demasiado solo y trae usted un deseo de paz. Quizá yo pueda ayudarle. ¿Está usted muy cansado...?

—Un viaje largo, casi de turista de 16 guineas. Sin parar. Londres, Liverpool, Vigo, Lisboa, la Madeira...

—¿Viene usted enfermo...?

—Enfermo.

—Yo también he venido enferma. Todos los ingleses del Hotel están casi enfermos.

—Entonces —respondió Jorge— no hay peligro.

La moza sonrió con mayor simpatía. Continuó después:

—¿No baila usted?

—Bailo... ¿Pero cómo es eso del gramófono? No he podido comprender la grandeza humorística de ese oficio.

—¡Ah! Es muy gracioso, ¿verdad? Lo he pensado yo. Es una solución mía. Después de la guerra el dueño no quiere músicos. El turismo se ha debilitado algo. Los miércoles, los sábados y los domingos suele venir una rondalla del país y entonces bailamos con son de bandurrias y guitarras. Pero no era posible dejar de bailar ningún día. Y por eso mandé a buscar esos discos: hay *two-step*, *one-step*, *tango-argentino*, *fox-trot* y un vals de Woslley. Y así bailamos también durante la semana.

Callaron y Jorge la miró de nuevo. Era bonita, leve, tierna. La expresiva limpieza de la muchacha le penetraba en el pecho como un aire purificado. La olió intensamente, la sorbió con los ojos y las narices dilatadas. La *miss* sintió la caricia interior y se dejó aspirar, encogida, como una criatura infantil en los brazos.

De repente la moza preguntó:

—¿Qué número tiene usted?

Jorge contestó lentamente:

—El 14.

—Junto a mí. Yo tengo el 15. Es en el piso bajo, debajo del Hall; el mejor, porque el aire del mar entra más cariñoso.

Hizo una pausa. Levantóse después, agitada, añadiendo:

—Voy a poner otra vez el disco. ¿Baila usted...?

Jorge asintió inclinando la cabeza.

Y pronto se vio *más dentro* del Hall. ¿Cómo era posible? La muchacha lo llevaba como si fuera el sueño breve del Hall. Apenas ponía él gracia de su voluntad. Iba como en el medio sueño de antes, arrullado por la blandura del Hall que se extendía ante ellos con una ilusión de playa infinita. Todo el Hall lo miraba asombrado. ¿Quién era aquel extraordinario bailarín? Y al llegar cerca de los espejos de la pared, Jorge quiso mirarse y no pudo. Vio ante él la prolongación del Hall que era una cándida sonrisa abierta. Un camino tibio y confortable, sin variaciones y sin inquietud. Por primera vez comprendió la trascendencia naturista del Hall. En él hay viento sano y aroma de incienso. El Hall es la mañana y la tarde de un grato sanatorio.

Buscóse otra vez en los espejos. No lograba verse. Sólo la inglesita daba unas vueltas vertiginosas en los espejos, llena de luces raras, cortadas sobre ella. La muchacha era como una llama de colores artificiales. Entre la luminosidad de los colores bonitos se perdía. Jorge tornóla a ver entonces desaparecer, como en el comedor, detrás del humo azulado. ¿Dónde estaba él metido? Perdió la conciencia, se cayó en el suelo. Cuando se sentaron, el silencio le traspasaba las sienes como un sutil alfiler de oro.

Hablaron otra vez.

—Señorita. Ha bailado usted sola, conmigo dentro.

—¡Dentro! —Y la moza quedó pensativa. Prosiguió:
—No diga usted esas palabras. Soy un poco romántica.
¿Piensa usted por eso que me he enamorado de usted tan rápidamente?

—No. Soy yo el que de una manera involuntaria se ha metido. Al pasar, el espejo sólo ha proyectado en él su imagen de usted. Estoy pensando que ya no podré volver a verme. Su espíritu de usted es un lugar delicioso.

—¡Un Hall! ¡Un jardín! ¿Cree usted que un *one-step* tocado por un gramófono es cosa suficiente para unir corazones?

Jorge meditó. Luego dijo:

—Después de todo, la raíz de las cosas es siempre un poco grotesca, *miss... miss...*

Ella dio su nombre:

—Oliva.

—Miss Oliva... ¿Es usted de Londres...?

—Soy irlandesa.

Jorge abrió los ojos sorprendidos, ardientes. El fatigado corazón agitósele como un juguete, las manos se le unieron en amorosa sorpresa. Por un instante sintió que le volvía la oleada caliente al pecho, pero apretó los labios con emocionada ansiedad y después de un silencio tímido murmuró tembloroso:

—¡Yo también!

II

Silencio. El Hall tenía un medio sol mañanero que traspasaba el cristal del techo. Una pirámide de luz solar en el suelo y un silencio de ausencia. Los sillones estaban rozagantes, frescos, con los cojines como acabados de escardarles la lana: un Hall fregado y libré de resuello humano. El doctor Cross llegó al Hall, deprisa, bastoneando en el piso que sonó como un cristal duro. Sonrió el doctor a la mañana del Hall y se sentó un momento, acordando su cronómetro con el reloj del Hall. Luego levantóse jovial y desapareció por la escalera del piso terrero. Entró en el número 15.

Oliva, en la cama, dolorida, exangüe, lo miró tristemente.

—¿Cómo ha sido eso, señorita?

Oliva respondió con una voz velada, gris:

—¡Nunca había arrojado sangre, mi querido doctor...!

El doctor sentóse junto al lecho y dijo sonriente:

—Pero ya la ha arrojado usted una vez. ¿Se asustó usted mucho...?

—Un poco... —Y luego, como una niña desesperada de temor, añadió: ¿Qué vamos a hacer para que no arroje más...? ¡Es muy malo, doctor, muy malo...!

—Vamos, mi querida señorita Oliva, no tema usted. Todo es cuestión de ligereza. Cuando sienta usted cosquillas calientes en la garganta, cierre usted la boca, apriete usted los labios...

—Se burla usted. ¿Y si la boca se me llena de sangre...?

—Tráguesela usted.

—Es usted un terrible humorista, Mr. Cross. ¡Me ha dicho usted tantas cosas absurdas en un momento!...

¡Señor! Yo debo estar muy mala... En Londres no arrojé sangre nunca.

—En Londres no se arroja sangre, señorita. Los que pueden arrojar sangre en Londres están repartidos por todo el mundo templado...

—¿Entonces ya...?

—Es un percance peligroso, pero no mortal, mi querida *miss* Oliva. No tema usted. Paciencia, quietud, paz. Muchos días, meses... No sé. Veamos.

Levantóse y descubrió la graciosa figura de la muchacha. Acercó precipitadamente la cabeza al pecho. Los senos irguiéronse. El doctor sintió como el pezón de un seno se encajaba en su oreja y exclamó:

—No tiene usted más que un pájaro encerrado. He sentido un picotazo en la oreja.

Oliva sonrió:

—Juega usted con la muerte como si hiciera prestidigitación con una baraja... ¡Gran humor a sus años...!

La anciana cabeza se juntó más recia al pecho. Oliva sintió un vaho de infinita tristeza, un amargor de sangre rezagada en la boca.

La cabeza del doctor le oprimía el corazón. El mal debía ser otra cabeza enorme, dentro. Sobre la fina piel del pecho arañaban los cabellos del médico. A Oliva le pareció como si la sangre cuajada, reseca, sobre la piel, le ardiera con un fuego de arena al sol. Por el hombro del médico contempló la playa, que se extendía, alegre, ante el ventanal entreabierto.

La vida se le iba por las rendijas de las verdes persianas. ¿Por qué aquel sol tan espléndido no fue más bueno con ella? ¿Y la vieja alegría de las noches del Hall...? Recordó a su amigo. ¿Y su amigo...? Recordó su pasada vida gimnástica, deportiva; el gentil humo de sus cigarrillos...

¿Cómo en aquellos días, la sangre no se había volcado...?
¿Y ahora sí, que estaba tranquila sobre el lecho mirando al mar, escuchando la salud del mar...?

El doctor Cross levantó la cabeza. Corrió al ventanal y abrió de par en par las persianas sobre la playa. Después dijo:

—Quietud. Vendrá una enfermera, señorita Oliva. No fume usted. No se mueva usted por muchos días. Pondremos la cama junto al ventanal. El sol hará el trabajo más importante. Y ahora... ahora, le voy a decir a usted una cosa desagradable, de una manera sonriente, claro... usted lo comprenderá y no se apurará mucho... ¿Me lo promete usted...?

—¡Estoy muy enferma, muy enferma! ¿No?

—No señorita, no... Lo que le voy a decir a usted es otra cosa... Su amiguito de usted, ese amigo que bailaba con usted anoche, también ha amanecido enfermo... Está... está más o menos... como usted. Voy a repetir al diagnóstico... a un vecinito...

—¡Mr. Brown! ¡Mr. Brown! ¡Mr. Brown!

—Sí, señorita. Mr. Brown, como usted, ha tenido esta mañana otro vómito de sangre...

Oliva calló. Hundió su silencio como un cuchillo sobre el lecho y creyó que el nuevo amigo taladraba la pared medianera con su mirada grande y humedecida. Sintióse de pronto enjuta, amarilla, impalpable. No percibió la huida del doctor que cerró la puerta con estrépito; y se vio los ojos en el espejo del lavabo, unos ojos sueltos que se quedaron flotando sobre el aire, como huyendo del arroyo sangriento que la había iluminado al amanecer. Vio que sus ojos lloraban, solos, contemplándola desde lejos; que se marchaban por un camino más transparente que el de su propia vida.

La playa entró por la ventana envuelta en un viento ancho y poderoso. La moza acurrucó su menguada figura entre los pliegues de las sábanas y atendió al ruido robusto del mar, que le pareció el aliento de un negro gigante. Removiósse en el lecho y reposó la dorada cabeza en una imaginada blandura. El sol desgarraba las nubes grises de su amanecer y empujaba la tristeza, que despejaba en el cielo, sobre el desolado rincón de la cámara. Una mano se le posó a Oliva de repente en un costado. Angustióssele más el ánimo y viose colgada sobre un abismo helado. El miedo le mojó de escalofrío los rubios cabellos, sueltos sobre la almohada.

Después escuchó al través de la recia pared de su cuarto un rumor de palabras alegres, regocijadas. Juntóse a la pared, arrastrando tímidamente por la cama el cuerpecillo rendido. Auscultó en el muro. Clavó el oído, punzó la pared con el oído, hincándolo todo en ella. El rumor no acrecía sino que se rompía antes de atravesar el muro: ahogábase en la tersa arena del muro. Separóse. El rumor era de voces varoniles. A veces una palabra del doctor subía sobre las demás palabras y se quedaba rebotando detrás de la pared con un fuerte aletazo. Oliva no podía moverse bien. La arruinada figura le colgaba toda de los ojos, lo más vivo de su cuerpo. Una congoja repentina entrósele y lloró de arrepentimiento espontáneo por toda su pasada vida de alegría. Culpó a su alegría de su dolor y le hizo una larga mueca con la boca emblanquecida.

La cabeza volaba, volaba, como un gorrión sobre un tronco reseco. Sentía la moza cómo cercenaba el silencio el vuelo de su cabeza inflamada y tornóse a la pared. Clavó otra vez los ojos, y las manos, arañando el estuco, como si estuviera enterrada viva detrás de aquella pared terrible. Sorbía la fragancia marina y llevaba después el aliento logrado hacia la pared. Quería enternecer el muro, ablandar el muro, con la infinita resistencia azul. Removiósse de nuevo. Dilató las pupilas y se ahogó en la gloriosa luz matinal.

En el otro lado de la pared, Jorge Brown también estaba solo. No podía presentir la dolorosa ansiedad de su amiga. Por el ventanal de su cámara entraba igual el día, randado de oro, maravilloso y tibio. Era una inmensa paz cordial que lo instaba a agazaparse en ella. Olía el mar lejos y se lo imaginaba verde, con verdor luminoso de árbol de otoño. Una soledad dulcísima penetrábale en el pecho y se lo llevaba a una región silenciosa, de media luz y de aromas tenues. Acordóse de pronto de Oliva y el corazón llenósele de un contentamiento extraño y vivo. Acercóse a la pared instintivamente. Y con un secreto deleite palpó, enérgico, sobre el muro medianero. Aguardó un instante. Adivinaba la figura sutil a través de la pared. La pared le pareció un cristal que se abría. Volvió a tocar... La muchacha sintió la llamada y respondió, con su mano perdida y débil.

Jorge Brown escuchó entonces cómo el corazón se le rasgaba de emociones. Empezó a lloverle dentro del corazón la luz de la mañana, una lluvia rápida y continua, amparadora. De espaldas sobre el lecho envió al cielo la alabanza de su más pura mirada.

Y volvió a llamar. Y los dedos femeninos respondieron otra vez.

La salud, empero, estaba emparedada en aquel muro maldito. Los nudillos acariciaban el muro y las débiles vibraciones cruzaban la pared como paladín de ojos ansiosos. Oliva sonrió un instante. El amigo percibió la sonrisa soñando en los dedos. Oliva se quemó los labios de sol. Los rayos del sol se los mancharon de sangre y en el espejo del tocador proyectóse un punto rojo como una herida de cristal. Oliva imaginó que la mano vecina se le adentraba cálida en el pecho y la iba alisándola dentro, como bruñiéndola de sana perfección el alma.

Continuaron los dedos la plática muda. Y los dedos amigos contestaron del otro lado, cada vez más ardientes y más fortalecidos.

Y el sol del mediodía les trajo del mar un sueño inverosímil y abierto.

III

Aquella noche en el Hall hubo un comentario, correcto, breve. El gramófono estaba de luto. Mr. Harrison explicó la romántica coincidencia, casi celebrándola. Pero el Hall no pudo avenirse bien con el episodio. La señorita Oliva era irlandesa. El Hall escuchó esta palabra distraído. Los ingleses abrieron el *Manchester Guardian* y se perdieron en el laberinto de las columnas. El Hall hizo por olvidar este secreto.

Mr. Harrison, como si la historia tuviese una pasmada emoción de cosa absurda, iba relatándola al Hall indiferente.

El regocijo cotidiano de la *miss*. La nota leve, más blanca del Hall. La gracia práctica de su gramófono; esa pueril cosa que ella sostenía todas las noches alumbrándola con la mirada verde de sus ojos. La serena confianza en su tolerante alegría. Cómo se sometían todos, humildes, a la alborozada moza y cómo ninguno sospechó que la retozona sangre manchara el retozo más allá de los labios. El Hall no puede penetrar estos íntimos secretos. El Hall es sólo un ojo claro, blanquecino, amable, sin desesperada ansiedad. Todo lo que pasa por el Hall necesita la tranquila visión de un paisaje solitario.

Mr. Harrison culpó al cigarrillo de la *miss*. La muchacha fumaba con exceso nervioso que le traía el mal más aprisa. La sangre llegó a tirones; el humo del opio tiraba por ella, con un esfuerzo de marinero que saca un trasmallo abundante. No era humorístico asegurar que la muerte de la señorita Oliva aguardaba en la playa, fumando, la hora propicia.

De pronto el Hall recordó que en estos últimos días la moza era un perfil lechoso, con verdes reflejos que le daba la luminosa sombra de las pupilas. Puesto a recordar, el Hall recordó también la fantasmal aparición de Jorge. Esa clásica aparición del inglés enfermo que lo descompone la luz del Hall y lo mete en una campana de cristal, como un Hall pequeñito que aísla al Hall grande de todo posible contagio. El señor Brown era el enfermo grave de todos los hoteles coloniales que el propio día de su llegada necesita arregostarse a un lecho de mantas escocesas. Uno de esos ingleses, enfriado, con sabor a leche frita, que suelen volcar en silencio todas las noches su copa de sangre.

Pero el Hall estaba inquieto sin saberlo. El suceso truncaba la serenidad de las noches y ponía una nota roja en un ambiente blanco, que necesitaba sostener su blancura por todos los más aplastantes medios de la lógica.

Uno se aventuró a afirmar que el episodio vulgar e insignificante se repetía en aquel mismo instante en Egipto, en Tánger, en la Madeira, en Sierra Leona, en cualquier colonia que tuviera un hotel inglés y un clima discreto. El Hall escuchó la afirmación y volvióse a distraer enojado.

Las románticas damas encrespáronse sin embargo con el relato minucioso del Sr. Harrison. Y pronto se notó que fatalmente en el Hall había como un imperceptible aleteo de la muchacha enferma. Las mujeres quedáronse suspensas un instante. Envueltas en el recuerdo de la noche anterior intentaban enfriar las emociones hablándose vanamente. El matrimonio de las novelas adquirió un aspecto inmóvil de cirios gordos sobre los cuales vibra una mínima llama. El temblor luminoso de las gafas era esta llama. Perdidos los dos en la lectura, iban sin compañía por el Hall.

Un inglés largo vino del Bar y echóse, junto a una columna, en el más vivo sofá de cretonas. La sueca de la cara candente mostraba una pierna dura, que se le veía arder, a través de la media de seda gris. Esta mujer tenía unos senos de hombre que tuviera senos de mujer, y era de una construcción fuerte y aldeana. Afirmaba con fuerza siempre los pies cuando se sentaba en el Hall y el seno perennemente hostil le ondulaba por toda la plebeya figura. Chupaba un cigarrillo, insaciable, como si succionara una herida sabrosa; cortábase los labios con el humo, pues era el humo, al pasar por el belfo enrojecido de violencia, como el filo de puñal de acero. Al mirar, parecía como si se desnudara ebria y enseñara, cegándolo todo en derredor, aquella linterna roja de su cuerpo. Veíasele arder la sangre a flor de piel, y el vaho caliente de su fuego proyectábase en las pálidas caras de los británicos como un aire de desierto árabe. El Hall se encogía como un niño débil al paso de la sueca.

Aquella noche se fatigaba el Hall de demasiado silencio. Los huéspedes yantaron con una excesiva quietud marchita. Desde el comedor vislumbrábase el pobre Hall abandonado. De raro en raro cruzaban el Hall las sombras grises de las enfermeras. El Hall se refrescaba entonces del temerario fuego de la sueca. El reloj sonaba lento, paladeando la hora, las sordas notas de la hora, como si en vez de apartar el tiempo para otro día que volviera, se lo engulliese, íntegro, para siempre.

Había luna sobre el mar, una luna opulenta y latina como una pingüe y desposada matrona. Y esta luz que envolvía al Hotel en una cómoda caricia de velo, cubría el silencio británico de una extraña excelsitud litúrgica.

Y así estaba todo de reposo y de paz cuando la brisa del silencio fue invadida por un ansioso viento que no era de mar sino de canto humano.

Llegaba al Hall un rumor entristecido de salmodia. Cruzó por el Hall y penetró en el comedor lánguidamente. Al oír la letanía inusitada el comedor quedóse estremecido. El puding se detuvo en las bocas absortas.

Las voces al salir del lugar de su nido dilatábanse y acrecían. Era un rezo emocionado e hiriente, una cantinela católica de religiosa súplica. Descendía el rumor y se elevaba en el Hall desconcertado, expandiéndose por el comedor del Hotel, hacia el constelado cielo. Canción de piedad desconocida en un Hall, que penetraba como una húmeda canción de la noche. Las inglesas no pudieron aguardar. Levantáronse prestas. Mas ellos, quedáronse, flemáticos, a descascarar las bananas.

Llegaron las damas al Hall. El Hall estaba solo, pero lleno de densidad sonora. El gramófono, inmóvil y olvidado, parecía impresionar la tristeza llorosa del ungido murmullo. Los empleados del *office* atendían el rumor desconcertados. El rumor abrió un momento la gracia de su unidad y oyéronse voces femeninas que corrieron jubilosas por el canto. Las damas, más absortas, detuviéronse junto a las columnas y los trajes de noche se agitaron por la brisa que venía del mar. Quedaron las piernas visibles a la luz, como palos afilados y blancos, descubriendo la menguada tramoya de aquellas secas esculturas, rellenas de aserrín humano y sostenidas por palitroques, al igual de esas vírgenes de devoción celebrada. La canción, llana y ardorosa, volvió a subir, y el rumor se iba rasgando y perdiéndose, tembloroso, por entre aquellos alambres vivos.

No podían sospechar el origen. Del cuarto del inglés enfermo parecía brotar la salmodia, pero no acertaban la razón de tan enternecida melodía. Sentáronse en el Hall y notaron que el Hall no estaba en su sitio, que algo profundo y amargo lo inflaba; el Hall se movía ligeramente inquieto, mirando a todas las puertas, sacudiéndose

la armonía oscura que cegaba su dulce claridad cotidiana. Pasmadas y arrebatadas escucharon las palabras de las enfermeras. También sonó la turbia voz del hombre enfermo. Levantáronse y se acercaron de nuevo. La voz llegó más dulce y clara, como un halago.

Comprendieron al fin. Era un salmo que pedía en la noche el júbilo de la salud quebrada; cantaba el milagro de los santos esclarecidos y suplicaba ardiente un lugareño sosiego, después de sanado bien el corazón.

Luego fuese acabando el canto y surgió la voz de Oliva respondiendo la oración, con un dejo fatigoso y fino; una escurriente voz, malherida... El silencio cayó después sobre el Hall más intenso, y oyéronse los menudos pasos de las enfermeras que se acercaban.

Los ingleses llegaban al Hall entonces. Tropezaron con el desnivel del Hall y se tornaron cenceños, sintiendo cómo lo yantado se les evaporaba con la idea del asombro. Los trajes ondearon sobre los cuerpos vacíos. Mr. Harrison, más osado que ninguno, inquirió a las enfermeras.

—¿Son también católicos...?

Ellas contestaron breves:

—Todos, ellos y nosotras.

—¿También sois irlandesas?

—Sí.

—¿Pero la salud está tan mal que ya es preciso la súplica celeste? ¿No será posible llevarlos al Hospital...?

Las enfermeras alzaron los ojos. Luego respondieron menos breves:

—Salud. Nada más que Nuestro Señor Dios dispone. Hospital, dispone el *manager*.

Entonces la sueca, con un gesto agrio, se acercó al gramófono. Sonó un *fox-trot* con desesperada alegría del colegial suelto. El matrimonio de la novela, apergaminado y tieso, cerró de golpe la última página de la historia. Limpiaron los cristales de las gafas y sonrieron con un recóndito goce efusivo. La música del gramófono incorporóseles poco a poco al goce literario y así levantáronse devotos, y diéronse a bailar gravemente, retardadamente...

IV

«Mi querido señor: Gracias por el cuidado constante hacia mí. Hoy he amanecido sin dolor en la espalda. El Dr. Cross continúa asegurando que el vómito de sangre es una cosa bella, sin peligro. El Dr. Cross es bueno. Pienso que su gracia excéntrica es para consolarme, pero siento que de verdad me consuela cada instante que pasa y la recuerdo. No puedo creer que si el Dr. Cross no se conmueve es por dureza de ánimo, sino que yo realmente no inspiro la amargura necesaria. Me dice el Dr. que está usted mejor también y que usted le pregunta siempre emocionado por mí. ¡Gracias, mi querido señor! Su voz está más fuerte que la mía. La oración de anoche alivió mi ánimo, por la oración y el consuelo de su voz. Yo confío en que este sol nos ha de renovar pronto la salud.

¿Sabe usted que en el Hospital Inglés no hay número para nosotros? No pueden llevarnos. El dueño ha decidido, pues, que nuestra curación se haga en el Hotel... Escribame usted. No hago más que recordar la noche del Hall y todas las gratas perspectivas que se nos truncaron.

Adiós, mi querido señor. ¡Qué extraña tristeza la de nuestro encuentro aquí...!

Oliva

P/S.—Cuénteme su última impresión de Londres.»

«Mi querida señorita Oliva: ayer era el sonido de sus manos, hoy es el dibujo de sus manos. ¿Por qué estoy yo tan enfermo...? Yo presiento que usted mejorará pronto. Yo apenas tengo aliento para escribirle. El lápiz es pálido, diminuto. No es posible a mi mano —¡si usted la viera!— afianzarlo mucho, porque el pecho se fatiga. La recuerdo a usted con esfuerzo. Me parece que no he podido verla bien. Si me contemplara usted ahora no me conocería nada. Aquí, enfrente de mí, está un espejo y me veo como un muerto. Yo no sé si usted tendrá recuerdos familiares. Yo no tengo ninguno. Soy un irlandés solitario. He vivido en Londres distraído. Una noche después de la guerra —¡habría de ser después de la guerra!— me inundó la sangre la boca. El doctor de Londres me mandó a este rincón cálido. Llegué casi sano y no puedo explicarme la amargura de esta nueva acometida... ¿Y usted que hace tantos meses que se nutre de sol y de mar...? La salud es de una gran tristeza, señorita, porque no existe. La salud es como la felicidad: un sueño sin fin. Piense usted algo en mí. Escribame usted mañana. Escribame usted todas las mañanas.

J. A. Brown»

«Mi querido Mr. Brown: Su carta me llenó de tristeza. Me he despertado hoy con un ligero dolor en el costado izquierdo y aunque poco podía moverme me acerqué a la pared y le he llamado. Estaba usted muy silencioso. ¿Dormía? Quién sabe si sanaremos juntos. Toda nuestra última vida ha sido de una misteriosa unidad. No me dice usted nada de Londres... Acaso tenga usted razón de callarse.

No se concibe ni el recuerdo de Londres con este sol. Yo veo a Londres siempre como a través de un cristal empañado. El sol no tolera la humedad en los cristales.

Ahora mismo siento una súbita tristeza, Mr. Brown; pero no parece de la enfermedad.

Oliva»

«Dos palabras señorita Oliva. Hoy no puedo respirar tranquilo. Esa tristeza de usted es la misma tristeza que yo tengo. Sobre la enfermedad, la tristeza... Anoche, en un momento de embriaguez sentimental, intenté levantarme y acudir a su cuarto para verla. Se me está olvidando su cara.

J. A. Brown»

«El doctor dice que no sueñe tanto. ¿Pero podemos evitar el sueño? ¡Anoche he soñado con usted una cosa tan melancólica...! Ibamos por un camino de Irlanda, pero no era ciertamente un camino de Irlanda porque el sol ardía demasiado. Usted llevaba mi convalecencia colgada de un brazo. De pronto, nos olvidamos del camino y seguimos andando, andando sin saber cuál era el fin. Los árboles, el paisaje entero, eran un dibujo borroso, extraño, como si el paisaje corriera veloz empujado por el viento. Como esos paisajes de los pintores de hoy que tienen unos colores raros, violentos, y que parecen mezclarse a cada instante con una agitada inquietud. El Dr. Cross dice que es anemia. Tengo ahora mucho miedo a morirme... ¡Si muriera en este cuarto, mañana, pasado...! ¡Qué dolor! ¿No lo ha pensado usted?

Oliva

Estoy sospechando una cosa de usted. No me aventuro a decirlo.

O.»

«No sufra usted mi querida señorita Oliva. Después de todo, la vida no tiene una gran importancia. Yo he venido a curarme sin mayor interés. He cogido el barco y he saltado después distraídamente. Busco la salud como el que busca una casa cómoda. Y digo: necesito una casa. Voy a buscarla. Si la logro, bien; si no la logro, otro día será... Y doy un largo paseo por un camino de casas bonitas. Y me detengo ante una casa. ¿Estará deshabitada? En un instante siento el dulce deseo de que no lo esté... Yo estaría muy bien en ella. Un balcón ancho sobre el jardín. Yo me sentaría en él por las tardes... La ilusión es breve. Entro y me dicen que la casa está habitada, que lo están todas las demás. Siento entonces la suave melancolía del fracaso. Y aún, a lo largo del camino, el recuerdo me acompaña un poquito. Pero sigo andando. Al fin, en el despoblado, olvido. Y el despoblado me ancha el alma y vuelvo a pensar. ¡Qué inmenso es este espacio solitario..! Y crea usted, señorita Oliva. Me gustaría entonces unir mi vida a esta soledad sin casas y andar siempre, siempre, solo ante un horizonte infinito.

Estoy mejor; es decir, no estoy peor. Me va haciendo bien la tristeza. La tristeza es cómoda ante el sol y frente a un mar como el Atlántico. Ella va como un ave ondulando lenta bajo el cielo brillante. Como la ventana está abierta, yo suelto mi tristeza hacia el mar para verla alejarse y volver como una paloma mensajera.

Tenga usted siempre esperanza. Cuídese usted. Yo me cuidaré también aunque no sea más que por verla, clara, un día.

J. A. Brown

¿Cuál cosa sospecha de mí?»

«Mi querido Jorge: ¡Qué hermosa historia cuenta usted de la tristeza! Hoy le diré cuál es la cosa que sospecho. Ya sé también cuál es esa tristeza que entra por mi ventana todos los días...

Hoy ha venido la sueca a saludarme. Es una mujer absurda, dura, pero interesante. Estuvo husmeándome en los ojos y después me dijo que ella no podría estar echada en la cama sola, sin ponerse a fumar un cigarrillo. El doctor dice que es una mujer que sólo tiene honrado la salud. Que es una salud fría, asexual, que únicamente se morirá bebiendo mucho vino.

Ciertamente es así. Mi imaginación ha querido tocar su salud y ha sentido el contacto de un árbol enorme, uno de esos árboles que ya están hechos madera curada antes de salir de la entraña de la tierra... ¿Me comprende usted?

Hoy le diré la cosa terrible. Pero de un modo indirecto. Escuche usted. ¿Por qué no me escribe usted unos versos...? Acaso haya usted escrito muchos... ¿No ha escrito ninguno...? Yo me pasé la infancia y me paso la juventud leyendo muchos versos. Mi madre es novelista y en casa siempre se ha vivido de una manera espiritual. Tengo una prima que es actriz. Ella estrenó una comedia de Mr. Barrie. Han telegrafiado para que venga mi madre. Se asustará mucho, pero yo quiero tenerla a mi lado. Hoy le envío una novela de mi madre: *Mabel*. Es la historia de una huérfana.

Ayer tarde los niños rubios que viven al lado del Hotel estuvieron mirándome desde la ventana largo rato. Yo lloré mucho al verlos.

Oliva

P/S.—¿Ha notado usted cómo las pisadas en el Hall resuenan como cosas del otro mundo? ¿Tiene usted ganas de volver al Hall? No se olvide de mis versos.

O.»

«Mi alma arde
en pura llama roja.
Sólo mi alma vivirá como una llama.
El fuego es infinito,
y mi cuerpo arderá en este fuego
Cuando no quede nada
la llama solitaria
será una luz en tu camino abierto...

J. A. B.»

«Y si arde mi cuerpo antes, querido Jorge, ¿será mi alma suficiente luz para vuestra memoria?

Oliva»

V

El mar centelleaba de rayos de sol de junio. Los granos de la arena atlántica temblaban gozosos de lumbre, y el horizonte estaba tan cercano que se deshacía en espumas sobre la orilla. El sol tenía un magnífico estremecimiento sonoro y toda la isla parecía brotar del mar con la misma abundancia de su epifanía remota. El sol había apagado los vientos que se zambullían en el agua generosa, y el caliente mediodía podía palpar como un seno. El silencio era de un nuevo goce primitivo; un extraño silencio trenzado de rumor luminoso que extendía el humano contento y lo fundía íntegro en las inmensidades del azul.

Las ventanas del Hotel, lejos del Hall, abiertas al mar, estaban como unos ojos sorprendidos y alucinados. Las verdes persianas brillaban con una alegría humilde, tras-pasadas de rayos, y la tea, bajo el verde limón de la pintura, crujía de amor recordando el bosque lejano. Un velero latino cruzaba el horizonte del mar. Cortaba la vela el silencio de los rayos solares, y el mar tembló con más centellas en su fondo.

Los niños corrían en la playa. Las cabezas rubias incendiaban los rostros blancos, de una blancura de nácar, y los graciosos pies descalzos relucían con las puntas de oro de la arena seca. Un grito infantil vertió su alegría sobre la playa; el juguete de un arco rodando por la arena trazaba las huellas de un camino largo, estrecho, ondulado, de serpiente. Los trajes blancos tamizaban el sol, y sobre los vientres redondos, prietos, el sol iba poniendo el punzón saludable de sus rayos. Los niños remangábanse los trajes y las manecillas regordetas extendían sobre el vientre la eficacia de los rayos, rascándose voluptuosas el ardor áspero.

Parecía el rumor apagado de una campana enorme, el día. La paz gloriosa del mar llegaba a la playa con una halagüeña y material caricia. Los pies infantiles machucaban dulcemente la espuma y coronaba la risa el dolor de la espuma. En el resplandeciente metal del sol se proyectaba, solemne, el sano relieve de la tierra.

La sueca del Hotel apareció en la playa envuelta en una sábana negra. Los niños se apartaron. La sueca descubrióse ante el mar y la brisa marina la besó candente. Las carnes ilumináronse con un rojizo resplandor de incendio y los ojos de piedra azul y fría recorrieron todo el cuerpo de la dueña, como refrescándola. Contemplóse el ceñido traje de punto; oprimióse con las manos los dos senos bruñidos y palpóse luego las dos nalgas redondas y pequeñas, de andrógino. Juntó los brazos en una previa

actitud de nadadora clásica y metió toda la sangre hirviente en el agua. La espuma ardió, borbotoneando sobre la mujer, como si se hubiera hundido en el mar un hachón llameante.

Los niños la contemplaron asustados. La sueca, bajo el agua, nadaba locamente. Lejos apareció la cabeza roja como un pedazo de sol apagado. Extendía los brazos, pulía el cristal del mar con el muñón de los senos y abría las piernas como unos brazos ansiosos de amor. Toda la sensación del mar la embargaba, y, enrollándose como una serpiente marina, sacudía la espuma a coletazos. Hundióse. Tornó a surgir y sonó como un prolongado silbido lejano. Un largo instante se tumbó sobre las olas como una muerta, y dejóse traer a la playa por las olas, cerrando los ojos al sol que la arañaba furioso.

En la amplia galería del Hotel los ingleses devotos del Hall acribillaban con sus gemelos el cuerpo humedecido sobre la orilla.

Pero la sueca volvióse a entrar. Hundía las manos en las olas, desesperada, con una desesperación arbitraria, histérica. Lanzó un grito agudo hacia el fondo del mar, un grito salvaje y apasionado, y apretó entre sus manos montones de agua del mar; mojóse los labios de espuma y la gustó con su lengua, y desató al fin su cabellera azafranada sobre el cristal azul. Sólo llegó a verse la mancha bermeja en el agua como la sangre de un pez herido de un arponazo. Y corrió otra vez, ahora lejos, donde la cabeza era menos que un ojo. Y al fin trepó a una lancha de pescadores que se acercaba. Y, ceñida de agua, transparente de mar, remó, remó con los mozos marineros hasta la orilla.

Dio un salto de tigresa y se revolcó en la arena untándose de arena. La mirada ansiosa alargóse luego sobre el mar; el pecho se le subía hinchado; el sol le secó la arena y, al ponerse en pie, erguida y brutal, el polvillo dorado le caía del cuerpo, como el de una mariposa profanada.

Aún tuvo aliento para volver a zambullirse, pero nadó fatigosamente, con un lánguido dejo de esclava. El cuerpo fuéle ablandando, enterneciéndosele, y cuando salió, el rojo color de la figura habíasele cambiado en un rosa anacarado y fino. Caminó pausada hacia el Hotel, llevando a rastras la sábana negra. Los niños se le acercaron entonces, mas ella les acarició las cabezas, distraída, al pasar.

Por un punto roto del traje asomaba un pezón, como una avellana.

Y aquella noche escribió Oliva a su amigo desde el lecho, y la fiel enfermera llevó la carta con una rosa dorada.

«Mi querido señor Brown: Esta tarde se ha bañado la sueca y ha sido verdaderamente para mí como un tónico extraordinario. Mis ojos se han fortalecido tanto que han podido mirar al sol sin desconsuelo. Es una mujer de roble. Agitó el mar de tan valiente manera que toda la tarde tuve brisa sana en el cuarto.

El doctor dice que podré levantarme pronto y salir en un sillón a la playa. Leo sus versos todas las noches antes de la oración.

Hoy va con mi carta una rosa, una rosa dorada. ¿Sabe usted quién me la regaló? ¿Recuerda usted al matrimonio viejo que leía la noche de su llegada una novela en el Hall? La señora me mandó la rosa. Habían visitado hoy el campo, vieron la rosa y la compraron para mí. Es curioso ¿verdad?

Adiós. Mucha salud para mi amigo.

Oliva»

Y Jorge Brown respondió en la mañana del otro día la carta de su amiga con unas breves palabras misteriosas:

«El baño de la sueca, mi querida Oliva, fue para mí de un peligroso espectáculo...

Toda la noche sentí en el pecho una espuma fría y pesada...»

VI

El Hall creyóse ya totalmente perdido. El destino lo había marcado con una cruz sangrienta. Era una persecución tenaz en estos últimos tiempos, una persecución cotidiana, terrible. Ya no tenía paz, ni claridad, ni reposo. El silencio era un girón negro, colgado sobre una columna. ¿Qué tragedia se estaba forjando en las sombras? Porque ya el Hall tenía sombras; un ceño largo, adusto, cayéndose sobre los ojos entornados.

La aclimatación del Hall en aquel país hispánico fue de una labor premiosa, sutil. Un paso extranjero en el Hall era censurado con la mirada silenciosa. Una voz, aunque fuera de inglés de Liverpool, hería la autenticidad del *manager*. Y así, lentamente, el Hall purificóse hasta el límite de las purificaciones. Y al entrar en él se dejaba todo apego meridional en la puerta, todo ejercicio disonante en el casillero del *Office*. Un español que se llamara Ladrón de Guevara y Figueroa de Martínez, Fernández de Córdoba y Amador de los Ríos necesitaba petrificar la sonoridad de su apellido en la tarjeta del casillero y entrar solo en el Hall como L. Martínez o C. Ríos. El Hall se estremecía con la excesiva largura patronímica que consideraba como un importuno y grosero bostezo.

Pero aquella noche, todo el correcto esfuerzo imaginable fue echado por tierra con un estrépito de revolución latina. Puesto a pensar el Hall en su acabamiento, nunca se lo imaginó espectacular, sino profundamente silencioso como era de su nativa condición: una muerte desteñida y pacífica, igual a la de su color de anilina bajo mucho

sol. Y al presentir el futuro que podía aguardarle si el destino no cesaba en su castigo, el Hall cambió su blancura habitual por una lividez de difunto. Y viose sin sentido, caminar hacia el paraíso eterno de los halles.

¿Qué le ocurría, pues? La señorita sueca se había extralimitado de una manera violenta, antibritánica. Era una perfecta bárbara del Norte. Habíase atrevido a besar en pleno Hall al signore Wladimiro Lamberti, un italiano injerto en yankee, viajante de una poderosa compañía petrolera. El señor Wladimiro era un hombre bello, con un tipo cobruno de ambiguo napolitano. Parecía tallado en bronce; era, sin duda, un macho inadecuado a un Hall.

Wladimiro llegó al Hall en el instante lírico del gramófono. En la grave danza de los huéspedes aquel león dorado se había metido con una brillantez salvaje rasgando la mansa hipocresía del baile inglés. Por el lomo del Hall cruzó como un escalofrío la voluptuosidad mediterránea del señor Lamberti.

La sueca lo creyó tan amplio como el mar y se zambulló en él con su acostumbrada incorrección desnuda. Bailaban una danza de fuego que teñía al Hall de sangre. Las inglesas miraron absortas la incendiada pareja. El señor Lamberti mostraba en tanto, detrás de su sonrisa de gallo, una dentadura de escarapate, blanca como la de un negro y afilada como la de un lobo. Y esta dentadura fue, con su chispa blanca, la propagadora del trágico incendio.

En una vuelta rápida, cuando la boca del señor Wladimiro reía con una gloriosa y presumida fecundidad de semental, la sueca perdió toda perspectiva del Hall y estalló sus labios sobre la sonrisa irresistible.

En el acto el Hall lanzó un alarido de miedo, y el señor Lamberti quedóse corrido de vergüenza. Los huéspedes

del Hall levantáronse secamente y se perdieron por todas las galerías del Hotel. La sueca desapareció de un salto por las escaleras del piso, hacia abajo, como buscando un infierno sin Hall.

Los criados recogieron apresurados los muebles, corrieron las cortinas, cerraron las puertas de cristales como para librar al Hall de esa corriente de aire maligno que debe ser un beso extemporáneo en el Hall.

El gramófono acabó solo su *one-step* y persistió largo tiempo recalcando su estertor abandonado.

El Hall se quedó solo; solo como un niño huérfano. En los pasillos murmuraban las voces del Hall, como los parientes que han soñado con heredar al Hall y descubren al fin que el Hall dejó su fortuna para mandas piadosas. Mr. Harrison quería buscar una razonable teoría. Aquello era tan desusado que no se alcanzaba ni a pensarlo siquiera. El doctor Cross aseguró que aquella noche del Hall y el Macbeth de Shakespeare, eran las dos cosas más violentas que se habían producido en Inglaterra. Y se encontraron presos de una incorrecta y desagradable agonía, que les aplomaba los pies y les hacía correr por el lomo un rápido sudor de esplín.

Habían tolerado la presunta historia de la sueca porque era una historia silenciosa. Aquellos paseos solitarios con algún español bajo las frondas del jardín tenían también cierto silencio admirable. El mismo espectáculo de las piernas, el espectáculo hasta las rodillas, lo disimulaba la media de seda que es asimismo silenciosa y suave... ¿Pero aquel beso en un Hall? ¿Que estúpida ignorancia! ¿Lo que es no saber hasta dónde llega un Hall estilizado!

Mr. Harrison no comprendía. Una mujer harta. Porque debía ser una mujer harta de besos, para quien el beso no ofrece ya sorpresas ni emociones. Pero el doctor Cross

explicaba que el beso no había sido más que un exceso de salud.

Y mientras el Hall esparcido por el Hotel intentaba ahuyentar la memoria del escándalo y los amigos y alba-ceas del Hall lo abandonaban ingratos, la sueca, encerrada en su cámara, apretábase la boca y la sien, que las dos cosas le brincaban con un estremecimiento de motor caldeado. ¿Qué porvenir le aguardaba en un Hotel español? Porque el Hall se quejaría al *manager* y el *manager* le diría de un modo breve, británico: «Señorita: he decidido cerrar el Hotel y suspender el negocio.» La sueca temblaba de descontento y de rabia. ¿Aquel beso no hubiera estado mejor y más prolongado bajo la glorieta del jardín...? Pero ya era irremediable.

Sintió sobre su cabeza el peso del Hall; el Hall caía rígido sobre su cámara. Y el silencio de las reflexiones lejanas de los huéspedes, sintió la sueca que se volvía a ahogar con el melodioso salmo de los irlandeses. Y este rumor del salmo fue lo que le adormeció las sienes y se fue quedando poco a poco echada al borde de una pacífica resignación.

¡Qué vida rota la del Hall! Fue recta, monótona, almidonada. Y ya no era aquello un Hotel inglés sino una casa romántica llena de inquietudes. Los ingleses recorrían imaginativamente todos los halles ingleses del mundo. Y veían un Hall en Londres magnífico, espléndido, con cien criados cuidadosos de la armonía blanca. Y otro Hall en Gibraltar, y un español sentado en este Hall con un sombrero pавero acorralado entre las piernas tímidas. Y otro Hall en Egipto, con un criado egipcio rasurada muchas veces la tostada piel para no descomponer la luz del Hall; rasurado hasta la piel misma que se volvía blanca por el brillo de la navaja plateada... Y muchos halles más, y llegaron a tener casi miniaturas de halles en la mano, como cajas de bombones de Cadbury, y sus almas de

eterno hospedaje se llegaron a plegar, como unos labios hartos de malhumor y de día gris.

La vida en los hoteles coloniales era siempre como la agria mermelada del desayuno. El tibio silencio del Hall donde la luz de la lámpara está haciendo continuamente una laboriosa digestión de luz... Y el carrito del café con sus llantas de goma que va de huésped en huésped en el Hall como un *perambulator* con un niño dormido. Y la novela del Hotel que está siempre en el Hall, esa novela del forro verde oscuro que se titula invariablemente: *La casa roja*, *Los cuatro hombres del camino*, *Ivanhoe*, *El Castillo del Misterio*... El baile digestivo de todas las noches, el silencioso billar, el bar correcto de las borracheras interiores, el bar donde no se moja nada y hasta una gota de whisky que cae sobre la mesa se seca por un procedimiento de misterioso secante... Y el anteojo del corredor que acerca el camino de los barcos ingleses en el horizonte... Aquel anteojo gentleman que todo lo allana y lo decora de silueta azul... Todo esto se perdía. El Hotel entero con el beso de la sueca había crujido y el Hall estaba erizado, amarillo, fatal... El beso onduló mucho tiempo sobre el Hall. De vez en vez una lámpara temblaba y se oscurecía: Era un aletazo del beso... Y los huéspedes, acorralados, se decidieron a hacer recuento de besos...

El matrimonio de la novela única evocó todo un ancho paisaje de besos. Treinta años de besos serenos. Primero, el beso en el Serpentine de Hyde Park, un poco juvenil, rozagante y osado. Después el otro beso en un tren de Escocia, emocionados al pasar frente a un viejo castillo... Los besos acumulados de los primeros meses. Luego el beso alternado en el *boarding-house* de Liverpool, y, más tarde, aquel de despedida en el muelle, y el de retorno de Africa donde él estuvo siete años. Los besos insectos de las cartas: una línea graciosa de crucecitas negras sobre el irremediable *Mary* de la firma. Y el beso lento de los

cuarenta años, beso de péndulo sordo, antes de dormir todas las noches.

El viejo matrimonio pesó, midió y examinó al través de su memoria todos estos besos correctos de su vida. Ninguno fue totalmente publicado, mas no hubieran desmerecido jamás la luz. Pero aquel beso sin regla, en un Hall y a un extranjero tan distante, no era un beso sino más bien un chupetón de fiera que acababa con todos los pudores del mundo y cubría de remordimientos la timidez de los demás besos legales.

La *mistress* del pelo gris también sufría dolor del beso de la sueca. El ordinario estallido había reblandecido la tesura de su peinado. Quedósele el peinado como un campo herido por una centella.

El beso flotó durante toda la noche por el Hall... ¿Por qué no habría sonado en la sombra? Era como el pájaro escapado de una jaula. El Hall tenía un desconsuelo de jaula vacía, con la puertecilla abierta y un rábano ridículo cabeceando como un péndulo: la azarante movilidad del *manager* que iba y venía de un ángulo a otro ángulo sin encontrar el malhadado ratón del beso.

Mas cuando en la memoria de los ingleses se fue esfumando el beso fatal, los huéspedes tornaron al Hall, silenciosos, alicaídos, con una apariencia de más consistente protestantismo. El reloj sonó las diez y las notas de la campana cojearon, y crujieron pesarasas las ruedas de la hora... El beso había buscado un asilo seguro en el corazón del reloj...

Un sueño previo flotó sobre el Hall. Nadie atrevióse a poner sus manos sorprendidas sobre el abandonado gramófono. Los ojos de los huéspedes caían avergonzados sobre el lazo de las zapatillas. Las cortinas cerraban las puertas como si taparan todo probable espectáculo frente

al Hall. Un momento parecía que detrás de las cortinas se besaban furiosos unos huéspedes imaginarios...

Fue la noche del beso. Mr. Fisher apuntó en su libro de notas el comienzo de esta nueva era del Hall. Todo el mundo mirábase aturdido sin acertar claramente el íntimo deseo que los dominaba. Querían volver a ver a la sueca. ¿Qué haría la sueca? ¿Y el señor italiano campeón del beso espontáneo...? ¿Cómo estaría la mirada de la sueca en aquel instante? ¿Y el gesto del Sr. Lamberti...?

Y junto a este recuerdo obsceno, el dolor de los días pasados: la pequeña tragedia que ardía bajo el Hall. ¡Ah! El Hall estaba cercado por el corazón y por la cabeza... Lentamente corría el reloj con su beso dentro. Y de pronto las luces se estremecieron y empezaron a menguar. Poco a poco enturbióse el reflejo y hubo un segundo de líneas rojas dentro de los cristales de las lámparas eléctricas. Apagáronse, al fin, y los huéspedes sacudieron, espantados, la cabeza dentro del almidonado cuello... El beso había maleficiado también a la luz.

Pero el Hall se inundó de blancura de luna. Vino por los largos corredores la dócil luz celeste y sobre el cristal del patio extendióse la castidad lunaria como un manto purificador.

Las enfermeras cruzaron sonrientes, con un pedazo de la regocijada historia en la boca. Bajo el Hall hubo también el comentario preciso. Jorge Brown escribió a su amiga: «¿Sabrá usted el acontecimiento de la noche, en el Hall? ¿Cómo es tan poliforme este Señor Amor, que yo no he podido concebir nunca sino como un dulce sueño vivo...?» Y Oliva respondió que no era el Señor Amor verdadero, el Mister Amor romántico y vendado, sino un emisario torpe de él, un falso Señor Amor que no sabía utilizar con sutileza el beso...

Pero en el Hall insistía sórdidamente la noche. Ninguno hallóse con valor para rodar los sillones ni las piernas. El beso continuaba oculto, en procaz acecho. Ellos no sabían dónde. Las faldas por tal temor no se movían tampoco, y el punto inglés, amparado por la luz de la luna, tejía silencioso como si tuviese el tejido una respiración contenida y breve. Las luces de las lámparas permanecían mudas. ¿Era una prosaica avería de la Fábrica o un terrible anatema del Pudor...?

Sumergíanse los huéspedes en el agua de la luna, como para refrescarse el sudor del agua candente... Dulce noche que sin el beso pudo ser como un cursi recuerdo en un lago... Todos los besos más o menos apasionados recorrían la memoria del Hall. Ningún beso fue desmesurado nunca. Cada hora con su beso, como el té de las cinco.

Brotó una palabra inmediata, nacional: *shoking*. Aquel episodio más que inmoral fue *shoking*... ¿Pero realmente ellos tenían alguna complicidad en la historia? No, no. Ella era sueca y él un italiano yankee casi tanto como esa ópera del Sr. Puccini que se cantaba con tanto entusiasmo en el Metropolitano.

El Hotel no se resignaba, empero. En un azaramiento extraño los huéspedes sentíanse invadidos de invisibles agujetas, como miles de besos mínimos... De nada servían ya los rincones discretos. Y aquella escalera del billar con la deliciosa trampa del *Lavatory*. Y la glorieta final del jardín y aun el mismo zig-zag de los pasillos...

Y no se marchaban. Y dolíanse de aquella extravagante humedad del Hall y no podían levantarse. Y sonaron las once.

Los cajeros se dormían torciendo las rojizas testas con una pesadez de caja de caudales resistente al fuego.

Un inglés adelantó su cama envolviéndose en la densa sábana del *Times*. Todos querían borrar de la pizarra de la noche ese beso blanco y llamativo. El esfuerzo por levantarse no pasó de pueril teoría.

A veces notábaseles un movimiento decisivo en la nuca, pero volvían a encajarse en los cuellos. Pensaba cada uno que el otro no estaba allí, sino huido, y tenían vergüenza de no poder huir ellos también. Un ruido de faldas, un rodar de sillones habría de espantar al beso oculto... ¿Qué sería de la noche si en el Hall volvía a aletear el beso inaudito?

Y oyeron las remotas sirenas de los barcos que se alejaban del Puerto y el agrio ulular de los automóviles en el camino. Por un ventanal del Hall, abierto sobre el paisaje de la ciudad, veíanse cruzar las siluetas de los camineros. Una casa lejana, entre la montaña, abría dos huecos luminosos, como dos ojos grandes y una puerta oscura con un farol que ondulaba por el viento. Era como una cara negra, tiznada, que los husmeaba burlona de lejos, enseñándoles una centelleante y descarada lengua.

Los indígenas cruzaban frente al Hotel sin adivinar la silenciosa tragedia. Nuevos viajeros venían del Puerto en automóviles que atronaban la noche con el turista clamor de sus bocinas. El trasatlántico inglés, fondeado en la bahía, brillaba de los puntos de luz de las cámaras y, enorgullecido de su humo de carbón de Cardiff, lanzaba sobre el cielo un penacho negro que al rozar la luna se volvía blanco y transparente.

Un automóvil se paró ante el Hotel. Una señora alta y roja subió las escaleras precipitadamente. En el Hall despabiláronse las cabezas y otra vez se agitaron los corazones. El Hall creyó que se avecinaba un nuevo episodio perturbador. Porque la señora entró en el *Office* y apuntó

su nombre, inquieta. Indagó. Paróse un instante y penetró, al fin, decidida en el Hall. Contempló las caras angustiadas de los huéspedes, mas no pudo sembrar ninguna palabra oportuna porque no conocía a nadie. Sólo buscó la orientación de un camino fijo y desapareció, desolada, por las escaleras.

Los ingleses se miraron estupefactos, y como si de repente se hubiese roto el hilo que los ligaba al Hall, giraron las cabezas, las piernas desentumeciéronse y las manos apalancaron, sobre los brazos de los sillones, las figuras. Quedáronse todos en pie, pero sin órbita. Una recóndita emoción les pesaba dentro. Se despidieron tristes, con retazos de esplín en los ojos. Y el Hall volvió a su inquietud propia, a aquella aparente indiferencia helada. La luna cubrió los huecos vacíos. Y el matrimonio de la novela unánime, rezagado en la despedida, avanzó lentamente detrás de la roja señora.

Las puertas de las cámaras se fueron cerrando; un estrépito de cristales sonó en el corredor del mar y por todos los rincones del Hotel oíanse pasos sordos. Un camarero atravesó el Hall con una bandeja de bujías, como si fuera una enorme ración de espárragos. El reloj dio las once y media y se paró en aquel punto como un perfecto reloj inglés que también tuviese derecho al descanso. En el contrato de los relojes ingleses está esta cláusula de dormir a la hora de los huéspedes y no pararse nunca a la hora del día, cuando el inglés necesita fijar su tennis, su lunch y su té.

El Hall dio un largo bostezo y se tendió en sí mismo, fatigado.

El matrimonio de las novelas continuó su camino por los pasillos bajos del Hotel. Les sonaba ya sobre las cabezas la dormida pesadez del Hall. Pero los labios no se abrieron; mirábanse sólo a los ojos, como dolidos por

una desvergüenza filial, y apresuraron el paso. Al llegar junto al número 15 oyeron un rumor de sollozos ahogados, partidos, y la débil vocecita de Oliva que exclamaba llena de ternura:

—¡Mamá!... ¡Mi mamá querida...!

VII

Los jardines del Hotel eran los verdaderos enemigos del Hall; gozaban de una maligna historia... La glorieta del fondo era un cofre de amorosos recuerdos: hojas secas, quizá algún lazo antiguo perdido entre las hierbas, huellas de zapatos de tenis... Colgaba de la glorieta una lámpara eléctrica, rota de un puñetazo.

De día ya nadie atreviase a penetrar en la glorieta abandonada. Las inglesas nuevas, en los paseos de la tarde, miraban de soslayo la glorieta. Todos guardábanse bien de mentar el rincón historiado, y, al pasar de largo, extendían la mirada sobre el mar, pero observando con la memoria el rincón, y orientando hacia él el ánimo curiosa.

La glorieta había cobijado muchos momentos internacionales de amor: la violinista inglesa y el oficial de artillería español; la viuda del general inglés —cuarenta y cinco años magníficamente estucados— y aquel cónsul del Uruguay, tan interesante como un indio. Las tres hijas del naviero británico y el francés de las drogas, el italiano del vermuth y el andaluz del coñac. Y después aquella rara y solitaria *miss* Bland que iba sola a la glorieta en busca de todos los amores muertos. Deleitábase en evocarlos sintiéndose la verdadera amada en todos los instantes. El rostro pecoso, los cabellos de color de vaca y el pecho aislado, dábanle, dentro de la glorieta, un

aspecto de Buda atrabiliario, anacrónico. Pero ella se sentía embellecida en el cobijo de aquel sagrario rural, y la embriaguez de la evocación la envolvía como el humo de un incienso celeste, infinito. El doctor Cross llamaba a la glorieta: el justillo simbólico.

Oliva y su madre llegaron pausadamente a la glorieta. La muchacha empalidecida y fatigosa apoyábase en el brazo mayor, nostálgica de la pasada alegría de su Hall y su tennis. La madre alisaba los cabellos rubios que resplandecían bajo el sol, este día más estival que nunca. Sentáronse en la glorieta. El aroma de los recuerdos voluptuosos sostenido por un raro prodigio de humedad entre las ramas, disipóse como el último aliento del hogar apagado. El mar tenía una dulce quietud de siesta. La playa ardía. En el amplio muro que separaba el Hotel de la playa asomaban las cabezas de los niños a contemplar a Oliva. Ella los saludaba con la mano, que tenía la pequeñez y la ternura de un fino pañuelo de encajes.

Habían transcurrido muchos días. El Hall estaba otra vez con su monótona seriedad recobrada. La sueca desapareció de la isla y el bello señor Lamberti prosiguió su viaje a Marruecos. Del escandaloso suceso quedaba sólo el agrio recuerdo de una comida excesiva. El amor peculiar del Hall parecía surgir renovado. Volvió a ser el Hall el sacro lugar de las abluciones de luz honesta. Toda mácula de la glorieta la lavaba el Hall y entibiaba la vehemencia canicular de la glorieta con esa mano suave y brillante que es el Hall colonial los verdaderos días africanos.

El *one-step* sonaba un rato todas las noches. El matrimonio recuperó las horas de su misma novela, y el tiempo, limpio ya de emociones, pasaba sin contrariar la comfortable comodidad de las horas inglesas. Los huéspedes recordaban a Oliva y solían visitarla en su cámara. Ella, por otro lado, aguardaba despacio la salud. La salud venía tímidamente, cuidadosa de no romperla. Alguna

vez el viento del mar se hinchaba demasiado y Oliva temía por el espanto de su salud. Porque la salud estaba en el mar y llegaba, ligera, como un ave pequeña y miedosa. El viento del mar era un peligro para la delicada ruta.

Y el corazón de la moza sólo atisbaba el eco de la salud. Y el instante era siempre de una temerosa sutileza.

Aquella tarde fue su primera salida a la luz. Envuelta en un jersey de estambre verde parecía más callada y más niña. La madre la juntaba contra su pecho, dentro de la glorieta condenada y como no penetraba mucho sol, apartó ramas del techo y entonces los dorados rayos cayeron rectos, firmes, sobre el cuerpo aterecido. Oliva sonrió y los labios pudieron recobrar el rosa de otros días.

Y el recuerdo vino a traerle el amor de su amigo. Contaba la historia con un tono premioso, tierno. La señora novelista sonreía besándola la cabeza dorada.

—Mira mamá. Tan simple fue todo... Llegó y algo debió decirme el espíritu que era nuestro. Tenía una señal de larga tristeza en los ojos... Estaba yo muy alegre y aquella noche me puse triste... Después sentí la angustia en el pecho... Y luego una gran ternura por cuidarlo. Y lo fui cuidando desde el lecho y él a mí... Y así muchos días pasaron... Oye: si él no viniera esta tarde, yo quisiera verlo en su cuarto... ¿Nos podremos amar algún día...? ¿Llegará la salud...?

Oliva recostóse en el pecho de la señora. Sentía rondar la vida en su torno con un zumbido de abeja. La lentitud del mediodía infundíale a su corazón una sensación de espacio eterno. El Amor aparecía, en pie, frente a ella. Era un huésped nuevo en el Hall. Un huésped hermoso, de una blancura griega, sereno y de ternura mística. Los árboles del jardín temblaban con la inesperada visita.

Una dulce llama ardía entre los árboles reverdeciéndolos más con una húmeda verdura de esmeralda.

La madre dijo:

—Tú sanarás, pequeña. Y tu alegría volverá trayéndote ese amor soñado...

Pasaron después mucho tiempo en medio de un silencio distraído. Oliva se entredurmió y llególe ese breve sueño de los medios instantes del alma. El amor continuaba en pie, cada rato más fijo en ella. Era la brisa del mar que le sembraba los cabellos sobre las pupilas entreabiertas. Miró, en el sueño, por entre el oro de los cabellos y vio cómo estaba todo el horizonte iluminado y reposado, de una devota quietud. El pecho caminaba con paso corto, tenue, de ave. La madre le cuidaba el sueño con profunda tristeza. La moza sentíase íntima y gozosa, traspasada por la llama del día, que la fortaleció en el sueño de todas las palideces de su real desamparo. La señora velaba el sueño con una romántica y patricia actitud. Solazábase en aquel día extraordinario, aquel día inverosímil para ella, lejano de toda posibilidad británica, y no acertaba a comprender cómo el sol de un sólo día no era bastante a sanar las grietas de la más recóndita amargura. Soñó despierta. De lo hondo del ánima llególe un aliento de nueva maternidad y fue como si envolviera a la moza en una salud afirmativa y caliente. La muchacha respiró con ahínco, perdida por los largos caminos del sueño...

El sol marcaba un camino ancho y rubio sobre la tierra del jardín. El jardinero regaba los alélies que sembraban sobre la luz una aromada brisa de encanto. Cantaron los pájaros y volaron hacia la ciudad, alegres. Y el camino del sol se fue cubriendo de una sombra larga y fina...

Caminaba un hombre por el camino de la luz. Un hombre que iba apagando el sol y guardándose resplandor

en el alma. Un paso menudo y débil, que apenas se percibía. La sombra acercóse por el ardiente sendero. Un momento se detuvo ante la glorieta, sorprendida... La señora abrió los ojos y cerró los labios sellando la unión con un dedo de su mano...

El hombre contuvo el aliento que era escaso y por eso fue de mayor ternura su cortesía:

—Sí señora... yo soy...

Y se echó en el suelo por el lado del sol, aspirando vehementemente la quieta abundancia del mar...

VIII

Una mañana, más fortalecidos, salieron juntos al Hall. El Hall los miró casi sin recuerdo. Ellos se sentaron, desprovistos de amor al Hall, que tenía esa lavada frialdad de las mesas de mármol de los bares, cuando están sin parroquianos hasta la hora del sol. Ella preguntaba:

—He pensado tantas veces, mi querido Jorge, en nuestra historia, tan vulgar y sin embargo tan inverosímil. ¿Si nos hubiéramos encontrado en Inglaterra hubiese sido así...?

El respondía:

—¡Quién sabe! Pero en Inglaterra no nos hubiéramos encontrado. El Amor es a veces tan chico que no se puede hallar sino en los lugares ocultos...

Ella añadía:

—Es una historia romántica que a nadie interesa; una historia inadecuada para esta vida de Hall seco.

—Oliva: Las historias románticas, claro que estrictamente no caben en el Hall, pero interesan siempre. Cada uno de estos hombres y estas mujeres tienen su historia o su deseo de historia romántica. Sólo que el romanticismo es de otra hora. Aquí todo lo hacen por horas. La historia romántica interesa hoy más que nunca porque ya no hay de estas historias. Desgraciadamente, es lo clásico en la literatura... y en la vida. Aquel aspaviento moral por el beso de la señorita sueca no es, en el fondo, más que una inconsciente protesta de romanticismo... Y por lo que a nosotros respecta... ellos nos ven mejorar y les parece que la novela toma un aspecto más de Hall... Piense usted un poco y verá como nuestra historia escrita puede ser leída con agradable interés en un Hall...

—Es usted muy interesante, Jorge. Debe usted tener un secreto que no quiere decirnos. Ya sanos, felices casi, ha pensado usted en casarse conmigo... y no quiere descubrirme ese secreto que yo por otro lado sospecho...

—No es secreto, Oliva. Yo he venido a curarme el cuerpo y el ánimo. El destino le ha puesto a usted en mi sendero de un modo significativo, gentil. Si podemos vivir serenamente ¿para qué complicar nuestra serenidad, que debe ser de Hall, también...? Es la verdadera vida. Nuestros queridos enemigos, estos ingleses deliciosos, son los maestros del lago. Todo inglés es un lago: clara perspectiva de la vida... Y han hecho el Hall que es un lago doméstico. Nosotros nos casaremos como irlandeses, pero debemos vivir con cuidado.

—¿Piensa usted mucho en ese día?

—Sí.

—¿Pero se ha detenido usted en ese momento?

—No. He mirado, sin poder remediarlo, hacia el futuro. He llegado hasta más allá del hijo...

Oliva calló y luego, recogiendo la claridad de sus ojos, murmuró quedamente:

—¿Y lo ha visto usted como ese niño de mister Harrison, tan rubio y tan sabroso...?

—¡No!

Y callaron los dos. La tristeza apareció como un sueño repentino.

Una tarde el Hall estaba más inquieto. Paseaba por él, caviloso, un francés espectacular, de rostro mefistofélico y chaquet azul. El francés metía sus pies en el piso del Hall como si fuera un arado. Y empujaba su caminar con ese ahínco del boyero recio que empuja la esteva con ensañamiento de puñalada. El francés murmuraba a ratos: «¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu!» Y se alisaba la barba como exprimiéndola el vello sobre el Hall erizado. Era el francés un perfumista. Se le notaba, con poca cavilación, que lo era, en el pañuelo estridente que le asomaba al bolsillo del chaquet y en el cosmético de su cabellera, una cabellera con guarnición, barnizada sobre la nuca.

El francés buscaba un hongo cuadrado. Lo había dejado sobre la mesa de escribir del Hall y ya no estaba allí. Por eso rumiaba su corajiento «¡Mon Dieu!», decidido a empujarla a puñetazos con el Hall. Un momento se paró en medio del Hall y dio un grito. El Hall hizo su acostumbrada bola.

—¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu! Garçon, Garçon...

Y lanzó seguidamente una exclamación española.

El mozo apareció.

—¿Y mi sombrero, gamín...? ¿Dónde está mi sombrero?

El mozo respondió imperturbable:

—Su sombrero está en el cuarto de los sombreros que se quedan olvidados en el Hall.

—¿Cómo es eso? ¿Es una lección de urbanidad inglesa...? ¿De manera que si yo dejo mi sombrero en el Hall, se coge sin mi permiso el sombrero y se le mete en un cuarto que a lo mejor huele a neumáticos sin estrenar? Porque todos estos cuartos del Hotel huelen a neumáticos...

—No señor. El sombrero tiene su percha. Y el guardarlo no es lección sino prudencia...

—¡Ah, vamos! Un castigo. ¡Qué esprit! Mi hongo ha sido castigado... De manera que mi hongo ha tenido el honor de ser motivo de *humour*... ¡Humour! Estoy hasta la misma barba de cosas humorísticas... Tráeme el hongo, ingenioso gamín...

Oliva y Jorge Brown sonreían ante la furia del perfumista. Y al alzar los ojos notaron que el matrimonio de las novelas estaba detenido y temeroso en una de las puertas del Hall.

El francés recogió su hongo y fuese tirando de la punta de su barba y rezongando palabras enojosas.

El Hall retorcióse apesadumbrado. Los amigos se levantaron y miraron desde la puerta del corredor el mar de la tarde.

—Cuando estemos juntos de verdad —dijo Oliva— vendremos mucho por este mar saludable...

El no oía. De espaldas al Hall sentía cómo la congoja del Hall le arañaba la espalda. Miró lejos. Su memoria vagó por el luminoso cielo y se entretuvo en enlazar los

pensamientos perdidos a los rayos del sol. Gozábase en acercar las ideas y hacer como que las quemaba en los rayos. Y después las recogía apagándoles la llama en el agua del mar. No se encontraba bien aquella tarde. Quería transfundirse en el mar; estirarse, alargarse en el mar para no oír el renquear de su pecho. En el pecho estaba todo turbio, oscuro. ¿Para qué tener ese cofre del pecho como una maldita caja de amarguras? La esperanza del hombre se guarda en el pecho. ¡Ah, si pudiera estar abierto, iluminado, como el mar! ¡Si pudiera sentirse con el ancho lomo del mar por espaldas, hincharse de vida, ampliarse, sin recato, sin dolores...!

Ella insistió:

—Nos bañaremos juntos, pronto. ¿Verdad, Jorge? Yo sería hoy capaz de correr.

El callaba. Sí, correr. La voluntad de correr asimismo la sentía en el fondo de su espíritu, pero aún tardaría mucho antes de llegar arriba. ¿Y llegaría acaso alguna vez? La miró ansioso. Ella estaba más sana que él. Lo descubría en la limpia humedad de los ojos y en el olor de la figura: un breve olor de cuerpo recién lavado, fresco y puro. Indudablemente la sangre de la moza corría ya sin tropiezo. Y repentinamente sintió una sorda repugnancia por su cama. Le llegó un vaho de su cama que le truncó el aliento del mar.

Ella repetía alegre:

—Jorge, mi querido Jorge. No sabe usted cuánto le quiero. ¡El amor es como un mar para mí! Tan sano, tan abundante...

El Amor. El Hall le tocó en las espaldas a Jorge y le dijo al oído: «¡Eso del Amor, más allá, un poco más allá! ¡A la glorieta...!»

Y él no pudo ver el Amor. ¿No existiría tampoco, como la felicidad, como la salud...? ¿No sería el Amor estas dos cosas juntas...?

Y vislumbró en un lugar remoto la felicidad. Una sonrisa. Y de pronto un niño que se cae y se desnuda. Y la sonrisa cámbiase en amargura para siempre... Y vio la salud como una fuerza anónima en el alma, que le tiraba de los músculos, afirmándolos, enérgica, en su raíz. E inesperadamente un humo de carbón que lo ciega y lo aturde y se le mete en el pecho taladrando, carcomiendo el fondo poco a poco... Y el Amor era al fin un camino recto, invariable, de muchos días, de muchos años quizá. Todo luciente, cálido, apasionado... Y en un recodo, acechando el paso, una sombra podrida y gibosa... La raíz fatigada.

Ella lo miró dulcemente:

—¿Qué piensa usted tan largo...? Mi espíritu se afinó tanto con el mal que no tengo sino deseos puros, visiones puras... ¿Por qué usted que es tan sutil, de una sutilidad tan perfecta, no me dice esta tarde, un poco separado de este Hall burgués y frío, una cosa pura, exclusivamente?

—¿Una cosa pura, Oliva?

—Sí.

Calló un instante Jorge Brown. Después respondió con jovial melancolía:

—Para que usted comprenda la infinita pureza del alma, es preciso una cosa que no debemos querer, Oliva: ¡que la muerte nos sorprendiera abrazados en un sueño!

Se volvieron de repente porque el aire del Hall silbó, con un agrio silbido. Era el francés que volvía y atravesaba el Hall con el hongo encasquetado...

IX

Avanzó el verano y la vida en el Hall iba siendo cada vez menos digestiva. Las diferentes emociones lo habían esquinado, y apenas daba, con la prístina regularidad, su luz. Sin embargo, la última nueva lo reconfortó unos días. Fue otro episodio emocional, pero casi correcto, amable. ¿Cómo pudo el Hall recibir este premio? El doctor, gran psicólogo del Hall, había traído gentilmente la noticia, sin darle, cierto, una gran importancia nacional, pero sí con singular complacencia.

El señor Brown era el poeta señor Brown. El nombre llegó algunas veces en el *Times* confundido entre los tipos de cambios y las acciones de los ferrocarriles. La colonia, pues, tenía un miembro importante. Entre el anodino montón de cajeros graves y de *clarks* musculosos, aquel mister poeta que estuvo a la muerte el año anterior, ponía una distintiva nota en el racial orgullo del Hall. Y recordaron los ingleses todas las eminencias que pasaron antes por la colonia, ungiendo el Hall de un solemne prestigio de Abadía.

...Lord Irving, gran africanista, miembro del cuarto privado del Rey. Estuvo dos horas y fue como si el Hall se encharolara. El notable Lord desembarcó con zapatos blancos y todos admiráronse de tan graciosa democracia; les parecía que un Lord no podía salir sino de un zapato de etiqueta. Lo vieron correr por el Hall con un silencio de camino privado, sonriendo a la Condesa que había también venido de Africa con una maleta llena de cocos... Lord Irving relató los progresos de Cape Town y enseñó unas curiosas fotografías de indígenas en las que se veía sólo unos dientes de risa troglodita y, entrelazados, unos enormes pechos puntiagudos.

Recordaron a Sir Archibaldo, el naviero brutal que había extendido el cheque más grande del mundo para

comprar una compañía de vapores; a Mr. Scott, el bufón; a Mr. Cohen, el explorador... ¡Oh, este Mr. Cohen, qué noches de terrible escalofrío hizo pasar al Hall contando sus aventuras en West-Africa! Entonces no había guerra y la orquesta acompañaba el coro de las cacerías de Mr. Cohen... Mr. Cohen estaba inmortalizado en una caja de plumas de escribir... Mr. Harrison, cada vez que cambiaba su pluma vieja, sonreía emocionado contemplando el retrato de Mr. Cohen en la tapa de la cajita...

¡Qué recuerdos! Aquella gente ilustre pasó siempre de un modo distinto a los diputados españoles, que escupían sobre las losas del Hall los pedazos del puro. El Hall hubiera sido inmortal, intangible, con un inglés ilustre cada año...

Mas un poeta, quizá tan celebrado como aquel dulce Mr. Shelley, no había el Hall imaginado poseerlo nunca. ¿Resistiría ahora el Hall tan quebrantado de inquietudes, este excesivo reconstituyente de última hora?

El Hall había perdido su buen humor, su clara armonía. Nada se podía hacer en la confidencia del Hall porque todo lo ponía ya en ascuas, en temerosa expectativa, en cuidadoso extremo. Lo único inmaculado del Hall era todavía el blanco piso por el que podían libremente, los pies ligeros, trazar las sutiles líneas de la danza. El día en que el piso del Hall fuera castigado con algún raro episodio, como el de la sueca, se perdería para siempre el Hall.

Los ingleses lo sospechaban así y por eso el descubrimiento de Jorge animábalos para una nueva era de tranquilo paisaje de Halles. Lo quisieron hacer presidente honorario del Hall para que el Hall se dignificara y pudiera ir tirando de su quebrado prestigio. Lo ponían delante del francés, cuando el francés taconeaba demasiado, y siempre buscaban un pretexto para que Jorge

estuviera en el Hall. El Hall se ennoblecía con el vate y los pasados deshonores se perdían detrás de este gran honor actual.

Y una noche Mrs. Walker organizó un concierto a beneficio del Instituto de los marineros. Ella cantó una canción escocesa muy antigua, una canción de caza. El doctor Cross pronunció un *speech* sobre la poca eficacia de los polvos insecticidas en las literas de los barcos que van a la costa y Oliva cantó también una triste canción irlandesa. Aquella noche el Hall, rejuvenecido, acordó que la moza poseía de nuevo su completa salud, recuperada casi al mismo tiempo que el Hall su prestigio. Retregaron ahincadamente el concierto sobre el Hall como un peregrino masaje que lo enderezara para siempre.

La voz de Oliva resonó en el Hall con una sonoridad tan tierna que Jorge Brown la oyó en un confortador sueño de convalecencia. El Amor se estilizó en aquella resurrección del Hall. Cada instante se transparentaba la vida interior y los ingleses volvían a su cauce sereno y digestivo.

Pasaron las horas. El concierto sacudió la pesadumbre extranjera que roía las entrañas del Hall. Al finalizar una parte la madre de Oliva leyó un cuento indio como los de Mr. Kipling, y el piso del Hall se sintió como si tuviera alfombras de piel de tigre. Bailaron. El Hall extendió su mármol, que no había perdido del todo su anchura y su pureza. Este piso lo salvaba siempre. ¿Qué sería del Hall colonial si alguna maldición cayera sobre su facultad bailable? ¡Oh —pensaban las inglesas en sus vueltas armoniosas— que se nos conserve la intangibilidad del baile, que nunca pueda el Hall perder este sortilegio maravilloso...!

Y envolvían con la mirada al poeta Sr. Brown y pensaron entonces que los dos amigos deberían casarse. Ellos

le perdonaban a él la raza, más bien olvidábanla, acercándolo tanto a Londres, metiéndolo en el tumulto de la urbe tanto que la amorosa tierra del poeta no era más que un tenue paisaje de fondo. El, por otro lado, no habló de Irlanda jamás. Cuando en el Hall Oliva bailaba, leía su pequeño Shakespeare en silencio.

La noche del concierto, Jorge tenía contenta el alma. Se había renovado. Pensó que la vida era una cosa simple y fácil de llevar con relativa salud. Miraba al Hall sonriente y escuchaba los cantos con regocijo... A su lado Mrs. Harrison le espiaba la sonrisa.

—Mister Brown no ha querido leer un poema. Hubiese estado tan bien en el Hall una poesía de mister Brown. Respondió a la señora:

—Yo he puesto una libra en la bolsa de seda de Mrs. Walker. La poesía no es necesaria donde está la libra.

—Pero usted que es católico ha debido sentirse conmovido con una fiesta benéfica.

—Sí, Mrs. Harrison, lo estoy. ¿Me cree usted tan incorrecto...?

—¡Oh, no! ¡Pero cómo hubiese acabado la fiesta! El Hall al descubrirle ha recuperado toda la fuerza quebrada con los últimos sucesos... ¿Se acuerda usted de aquel beso chocante...?

—Sí, sí; fue un beso de anti-hall.

Oliva acercóse entonces:

—Jorge: cruza frente al mar trasatlántico de los alemanes, el gran trasatlántico que es nuestro hoy. Es un espectáculo magnífico porque el barco tiene luces en

todos los sitios y la estela misma que deja parece que es también de fuego... ¿Vienes?

Alejáronse. El corredor estaba solo. Ya todos los ingleses habían visto su barco y volvían orgullosos al Hall. Lejos oyeron los amigos el rumor de la orquesta, aquella noche contratada especialmente. En el jardín, los árboles proyectaban la sombra hacia la playa. Les rodeó la noche, como una suave mano en el talle. Aspiraron el mar de la noche embebidos en una nueva dulzura sencilla. El trasatlántico envió el resplandor de sus luces sobre los rostros unidos de los mozos. Viéronse sembrados de graciosos puntos de fuego. El perfil de la muchacha destacábase en la sombra con una débil luminosidad de lucero...

El barco avanzaba abriendo más heridas de luz sobre el mar. En la playa, unas manchas movedizas los sobrecogió de miedo dócil e infantil, que comentaron silenciosos con una invisible sonrisa.

Empezó a difundirse más densa la noche. El silencio parecía de aves posadas sobre las sombras. Oyóse un canto de marinero remoto, una voz turbia, roída de salitre y soledad. Juntáronse más entonces. Y callados, amorosamente callados, iban arrojando las palabras al mar y a la noche.

Besáronse al fin, tirando anhelosos del beso que intentaba huir por el húmedo camino de un sollozo...

X

...Y como ya en el Hotel no había sino huéspedes ingleses, se acordó la boda para antes del invierno, que era la estación más clara de la isla.

¡El invierno atlántico! ¡La estación templada y luminosa del turismo y de la invasión tuberculosa universal! Estación de hondas perspectivas humanas en que los huevos suben a un precio inverosímil y las vacas atlánticas se quedan sin ubre... Los ingleses acordaron que antes de esta fecha era mejor la boda, porque habían de hacer una excursión al campo todos juntos y era mejor hallar soledad en las montañas. Al regreso de esta excursión celebrárase la boda en el Hall. Había que premiar y pulir el Hall resignado. El Hall, presintiendo la boda estaba confundido en un inesperado goce de renovación.

Pero el día de la gira alegre, amaneció el Hall triste y pesaroso. ¿Qué sería de él con su soledad aquel día? Sólo el reloj le acompañaba las horas, pero contándoselas con una sádica crueldad, que le abría más el conocimiento del tiempo...

Y quedóse irremediabilmente solo en la mañana mientras sus amigos se tumbaban sobre el Hall natural de las montañas insulares.

Y corrieron los ingleses por las veredas del campo con su peculiar agilidad deportiva; gozaron de una luz sin cristal y se apretaron los pechos, abriendo con ansiedad la boca mientras recordaban con cariñosa memoria el abandonado Hall del Hotel.

Al atardecer regresaron y sorprendieron en el Hall un raro achicamiento que no obedecía a silencio ni a olvido, sino a un nuevo castigo inesperado.

El *manager* contó. ¡Otro espectáculo! Unos españoles habían almorzado en el Hotel. Habían bebido, la voz desenvolviéndoseles con ese tono mayor de las voces españolas. Habían volcado el café del *perambulator*, aunque al entrar en el Hall se quedaron un instante como cohibidos por la rigidez natural del Hall que los recibió

adusto. Pero apenas hicieron confianza con el Hall rieron de un modo hambriento y llamativo. Burláronse del gramófono y se habían puesto a bailar unos con otros el *one-step*. Por fin se marcharon dejando el Hall sembrado de gotitas de saliva... Los criados estuvieron limpiando toda la tarde, pero el Hall no estaba encajado aún.

Añadió el *manager* que ya tenía las banderas preparadas para adornar el Hall y que aquella noche no admitiría ningún otro huésped. Sólo un huésped nada más, porque llegó por la mañana y no pudo evitárselo. Pero era inofensivo. El huésped tenía su cuarto enfrente del Hall. Podían verlo porque acababa de abrir la puerta.

Los huéspedes alzaron los ojos y sintieron que el Hall daba una vuelta de montaña rusa.

El huésped era un negro de Madagascar que los contemplaba sonriendo, con salacot y abrigo largo...

Cruzaron las banderas sobre las columnas del Hall y llenaron de flecos de papel de colores las cornisas del techo. De columna a columna unas blancas guirnaldas alegraban las noches del Hall. Luces de colores y unos tapices con las estaciones líricamente tejidas, daban al Hall una extraña compostura de dama sufragista.

Sin embargo el Hall se alegraba al sentir las caricias de la luz y el cosquilleo de los flecos del papel. Unos músicos afinaban las cuerdas de sus violines, en tanto el *manager* disponía la colocación de las decoraciones. La novela, pues, terminaba de una manera muy inglesa.

Celebrarían la boda antes de efectuarse la boda, con esta verbena de Hall en noviembre. Después, mañana, beberían el whisky y atarían el zapato simbólico al automóvil de la dicha...

Pero, mientras, había que cantar la felicidad y ahogar todas las pasadas inquietudes del Hall.

El doctor Cross llegó con su frac ceremonioso y triunfante. El matrimonio de la novela vestía una indumentaria un poco antigua, pero conservada en la excelsitud de la seda legítima. Y la intimidad inglesa, esa intimidad un poco cursi y un poco admirable, fue recorriendo por todas las vértebras erizadas del Hall.

El Hall estiraba su lomo blanco de gato maravilloso porque la mano de esa intimidad rozaba esa elástica e invisible columna dorsal que tiene todo Hall auténtico; la columna que está en su perfecta derecho a la hora del té. Y el Hall, esa noche, perdonó el irremediable golpe de una puerta o el precipitado paso de algún mozo aturdido.

Jorge apareció en el Hall. Sonreía, evocando los días futuros en el campo: el agua limpia de las acequias, las campesinas saludables que repartían sanidad, ebrias de juventud y de color enrojecido, al cruzarse con él en las veredas. Todo su porvenir estallaba de salud y de fuerza. Realmente la tierra atlántica era una tierra moza y gigantesca donde el corazón se recoge devoto o se tiende a arder bajo la llama solar. Veía a Oliva segura también de su fuerza. Y por un instante sintió que el ánimo se ahogaba en el Hall. Y no podía respirar en el Hall. Sin embargo...

La noche tenía una alegría nueva. No había resquicio de mal ni de amargura, y Jorge se cobijó bajo la bullanguera y ridícula decoración del Hall, como si se metiese en una fiesta primitiva de aldea.

Apareció Oliva con un transparente traje blanco. Y los huéspedes aplaudieron y lanzaron un hurra de Hall,

concordante y alegre, y la orquesta sonó entonces con la marcha de resurrección del Hall.

Bailaron. El baile se abrió con una cortesía inverosímil en un lejano Hall espléndido. Llegaba la noche por los corredores y la luz de las lámparas contenía la invasión de las sombras que sonaban a mar y olían a playa.

El Hall dejaba sembrarse la lluvia de las alegrías inglesas y la empapaba en su piso que lucía aquella noche con todo el alarde incólume de su blancura. Nada podía macular aquel piso infinito, donde la línea de la danza trazaba unos surcos interiores.

Oliva era un torbellino en los brazos del viejo doctor. Los ojos azules sobre el rojo blancor de la cara dilataron la noche renovada de Hall, augurándole una larga perspectiva de noches más azules e imperturbables.

Era una alegría desesperada la del alma de la moza. Los labios vibraban firmes, como dos llamas sin brisa, y la palabra caliente, emocionada, caía sobre la blanca testa del doctor iluminándola. La novelista madre planeaba el cuento final de su hija, un cuento rosa y honesto para *misses*.

—Doctor —decía Oliva— mi salud es tanta que parece desbordarse...

Y de repente la cabeza de oro se desprende sobre el hombro del anciano y los colores rojos se apagan y Oliva lanza un grito agudo, como si el alma se le saliera silbando del pecho.

El doctor la recogió en sus brazos. El Hall estremeciése como nunca por un escalofrío de muerte. La muchacha irguió la cabeza de nuevo; abrió los ojos como dos cuencas

vacías y arrojó sobre el Hall toda la roja fuente de su vida.

Acudieron espantados. La sangre corría por la figura lívida, sin color, como una azucena rápidamente marchita. La sangre corrió por el Hall ante el desconcierto trágico de los huéspedes que intentaban huir sin atreverse. Jorge Brown como un espantoso dolor frío apretaba contra su pecho la desmedrada figura. La madre de la moza vio que sus gafas rodaban por la nariz y se le metían por el pecho con un frío de puñal. Volvió la sangre de Oliva a brotar más abundante: era un magnífico mar de salud que se iba...

El doctor Cross cogió la mano de la muchacha, acercó la cabeza al pecho hundido. Después exclamó doloroso:

—Ni una gota de sangre, ni esa leve gota que abre la punta de un alfiler, se le ha quedado dentro...

Lleváronse la. El Hall se quedó solo. Con una soledad herida y profunda...

Sobre el blanco piso de mármol, la roja mancha era el terrible fin de una historia. Un enorme punto trágico y silencioso.

¿Qué le quedaba al Hall?

¿Quién osaría bailar de nuevo sobre aquella honda huella eterna...?

Alonso Quesada, nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1886; murió en Santa Brígida, en 1925. Como resultado de una capacidad de trabajo admirable escribió varios libros (verso y prosa, teatro, novela, etc.) además de haber realizado una numerosa colaboración periodística en diarios locales y nacionales.

En vida del autor se publicaron *El lino de los sueños* (1915), *Crónicas de la ciudad y de la noche* (1919) y *La umbría* (1922). Después de su muerte aparecieron *Los caminos dispersos* (1944), *Llanura* (1950), *Smoking-Room* (1972), *Las inquietudes del Hall* (1975) e *Insulario* (1982).

Salvo un viaje a Madrid, Quesada residió permanentemente en su ciudad natal. Allí compartió su intensa actividad creadora con un puesto burocrático en el Bank of British, con la dirección de diversos periódicos locales, la amistad entrañable de Saulo Torón y Tomás Morales, y con la larga y complicada enfermedad que acabaría con su existencia: la tuberculosis.

Lázaro Santana. Las Palmas de Gran Canaria, 1940. Ha ejercido una intensa actividad como poeta y crítico de arte y literatura. Ha publicado, entre otros libros, *Efemérides* (1973), *Destino* (1982), *Que gira entre las islas* (1985), *Perfil del oficinista* (1988), *Visión insular* (1988) y monografías sobre Plácido Fleitas (1973), Antonio Padrón (1974), Juan Guillermo (1977), Felo Monzón (1986), Cristino de Vera (1986), etc.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

La obra de Quesada ha proporcionado a la literatura canaria el paradigma de una escritura comprometida con una *situación insular*; traduce una peculiar visión del mundo, una forma única de estar y de sentir, de mezclarse con él y de asumirlo. A pesar de su marginalidad, o precisamente por ella, esa manera de asunción tiene carácter resueltamente universalista; su vigilancia crítica le hace superar el riesgo de localismo y alcanzar una forma de expresión donde el valor poético, sin desdecir de sus raíces personales y geográficas, funciona autónoma y suficientemente.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

JOCADEM